Edgar

Morin

La vía

Para el futuro de la humanidad

¡No te conformes con indignarte!

Según **STÉPHANE HESSEL**, autor de ***¡INDIGNAOS!***: «Las respuestas a los problemas de nuestra sociedad hay que buscarlas en otro libro: ***La Vía***, de **Edgar Morin**.»

MÁS DE 100.000 EJEMPLARES VENDIDOS EN FRANCIA.

PAIDÓS

La Vía

Para el progreso de la humanidad

Edgar Morin

Traductor: Núria Petit Fontserè
Cubierta de Judit G. Barcina
©2011, Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
Colección: Paidós estado y sociedad, 186
ISBN: 9788449325939
Generado con: QualityEbook v0.70 y UltraEdit 20

Edgar Morin (París, 1921)

Es director de investigaciones emérito en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS), de Francia. Pensador multidisciplinar e indisciplinado, es autor de una extensa obra de referencia y ha sido reconocido internacionalmente por haber concebido el «pensamiento complejo» en su obra maestra, El Método. Es doctor *honoris causa* por veinticuatro universidades de todo el mundo.

Es autor, entre otros libros, de *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro, Breve historia de la barbarie en Occidente, El año I de la era ecológica, Para una política de la civilización, ¿Hacia el abismo? Globalización en el siglo XXI* y *¿Hacia dónde va el mundo?*, todos ellos publicados por Paidós.

Sinopsis

«TENGO un propósito: buscar la vía que puede salvar a la humanidad de los desastres que la amenazan.» Edgar Morin, sociólogo y antropólogo Edgar Morin traza las diferentes vías reformadoras que se podrían adoptar para conducirnos a una metamorfosis de la sociedad tan asombrosa como la que engendraron la sociedad que pasó de cazadora a recolectora. La nave espacial que es la Tierra sigue a toda velocidad su carrera en un proceso compuesto de tres elementos: globalización, occidentalización y desarrollo. Ahora todo es interdependiente, aunque, al propio tiempo, todo está separado. La unificación tecnológica y económica del planeta va acompañada de conflictos étnicos, religiosos y políticos; convulsiones económicas, deterioro de la biosfera y de la crisis de las civilizaciones tradicionales, pero también de la modernidad. Una multitud de crisis que a su vez forman parte de la gran crisis de la humanidad, impidiéndole convertirse en una verdadera humanidad. ¿Adónde nos conduce la vía que estamos siguiendo? ¿Hacia un progreso sin fin? Ya no podemos seguir creyendo en él. La muerte del «pulpo totalitario» ha despertado al de los fanatismos religiosos y estimulado al del capitalismo financiero, y todos ellos aprisionan cada vez más al mundo con sus tentáculos. Así, la disminución de la pobreza no sólo se produce con un crecimiento del bienestar material, sino también a costa de un enorme aumento de la miseria. ¿Estamos abocados a una sucesión de catástrofes en cadena? Este es un destino probable si no conseguimos cambiar de vía. Edgar Morin prepara el terreno de una «Vía» practicable que podría trazarse mediante la conjunción de múltiples vías reformadoras y conducirnos a una metamorfosis tan asombrosa como que la que engendraron las sociedades

históricas a partir las sociedades arcaicas de cazadores-recolectores.

GRATITUD

SI he podido llevar a buen término esta difícil obra ha sido gracias a toda la ayuda que he recibido.

En primer lugar, doy las gracias a Sabah Abouessalam por acompañarme durante toda la redacción de la obra, animándome a continuar contra viento y marea. Socióloga especialista en problemas urbanos como la pobreza y la gestión, Abouessalam es también la principal autora del capítulo 10 de la primera parte, «Desigualdades y pobreza», así como del capítulo 2 de la tercera parte, «Ciudad y hábitat».

Doy las gracias a Karima Abouessalam, que me ha facilitado documentación importantísima e indispensable para los capítulos «La vía económica», «El agua», «Justicia y represión», «Medicina y salud», «Agricultura y mundo rural», «La alimentación», «El consumo» y «El trabajo», y que también ha releído las pruebas. Agradezco a Jean-Louís Le Moigne, mi permanente y fraternal interlocutor, su trabajo de revisión, así como su crítica atenta e informada de la segunda versión del texto. Doy las gracias a Jean Tellez, quien, a pesar de sus obligaciones, ha encontrado tiempo para releer las pruebas. Asimismo, agradezco a Catherine Loridant la gran ayuda que me ha prestado durante estos últimos años, seleccionando para este libro una abundante documentación y releyéndolo atentamente. Doy las gracias, también, a Stéphanie Prouteau por su polivalente ayuda y su lectura crítica de las pruebas.

Agradezco muy particularmente la contribución de Claude Durand, cuyo papel ha sido más de colaborador que de editor, reescribiendo a la manera de un benedictino un texto todavía mal escrito y dándole su forma definitiva.

Gracias a Pierre Bergé, cuya ayuda amistosa me ha sido valiosísima una vez más.

Gracias, finalmente, a Héléne Guillaume, que me ha ayudado con las últimas correcciones.

Siento que la distancia atlántica entre Francia y Brasil haya impedido la colaboración de Marta de Azeivedo Irving, con quien había proyectado este libro.

Es indudable que este trabajo contiene lagunas, cuando no inexactitudes, que espero que los lectores me señalen. Además, no incluye una bibliografía general, dada la inmensidad de los terrenos abordados. Esta primera versión podría, por tanto, servir de texto orientativo para un segundo volumen que reuniera, según las diversas «vías», en una especie de enciclopedia inacabada y destinada a permanecer así, la suma de las iniciativas creadoras y portadoras de futuro de las cuales ahora tan sólo doy unas pistas. Este segundo volumen, que supera mis fuerzas, podría ser redactado por un comité competente.

Sólo puedo repetir aquí, como preliminar a esta obra última, lo que ya escribí al final de mi prefacio en *El método*: «Me siento conectado al patrimonio planetario, animado por la religión de lo que relaciona y liga, y el rechazo de lo que rechaza, por una solidaridad infinita...».

E. M.

Prólogo

SPARSA COLLIGO

1

CUANDO trato de remontarme a las fuentes subjetivas de este libro, encuentro en mis años de infancia un incontenible sentimiento de compasión por los negros esclavizados y los pueblos americanos subyugados, oprimidos y despreciados, provocado por la lectura de *La cabaña del tío Tom*, de las novelas de Gustave Aimard y de Fenimore Cooper. De adolescente sentía una compasión parecida por la miseria humana, no sólo la miseria material que mostraba, por ejemplo, la película de Pabst, *La ópera de cuatro cuartos*, sino también la miseria interior procedente de la humillación y la soledad que, a mis quince años, me reveló Dostoievski. Sin duda fue el sufrimiento y la soledad que me produjo la muerte de mi madre cuando tenía diez años lo que me predispuso a compadecer otras desdichas. Obviamente, fue también el hecho de que, aunque había adoptado como propia la historia de Francia, con sus luces y sus sombras, sus desastres y sus resurgimientos, y a pesar de sentirme *enraizado* como francés y de que no había experimentado jamás personalmente el rechazo, notaba la agresividad de cierta prensa contra los judíos, los metecos y los inmigrantes, despectiva también con negros y orientales, lo que me alistaba junto a los excluidos de los que entonces me sentía hermano. Pero también es la cultura francesa con la que me identificaba, de Montaigne a Montesquieu, de Voltaire a Diderot, de Rousseau a Hugo, la que me llevó al universalismo. Era francés, por supuesto, pero en primer lugar era parte integrante de la especie humana, una prioridad en la cual insistía el autor de *El espíritu de las leyes*.

En los años tormentosos de antes de la guerra, fui naturalmente sensible a las ideas de fraternidad internacional de los partidos revolucionarios, y los valores humanistas, constantemente regenerados desde la Revolución francesa, me hicieron partidario de la emancipación de los pueblos. Aunque el comunismo estalinista me repugnaba por sus procesos y sus mentiras (que descubrí a través de mis lecturas, entre ellas las de Souvarine, Trotski, Victor Serge y Gide), su principio universalista era el mío.

A los veinte años, bajo la ocupación nazi, me alisté no sólo para liberar a mi país, sino para participar en lo que yo creía iba a ser

una lucha grandiosa por la emancipación de toda la humanidad. Entonces no sabía que mi universalismo era abstracto, porque ignoraba la importancia de las naciones, las etnias y las culturas.

Durante la apasionante aventura de la revista *Arguments* (1957-1962) descubrí e incorporé, a través de Axelos, la noción de Heidegger de era planetaria. También comprendí que no sólo había que inscribir lo político en la era planetaria, sino considerarlo en sus dimensiones humanas fundamentales: de ahí surge el concepto de «antropolítico» que formulé en mi ensayo *Introduction à une politique de l'homme* (1965).

Mis dos primeras largas estancias en América Latina (1961-1962) me sumergieron en civilizaciones mestizas: Brasil, Colombia, México... Quedé hechizado por los pueblos andinos y empecé a darme cuenta de la riqueza humana que representa la diversidad cultural.

Mi encuesta sobre la modernización en Plozevet (1965), en el Pays Bigouden, me reveló la justa resistencia de una cultura étnica que, pese a desear la modernidad, se niega a desintegrarse en ella.

En el transcurso de las décadas siguientes, mi espíritu ya dispuesto a afrontar las contradicciones gracias a Heráclito y a Hegel, y formado para relacionar conocimientos separados (en *El hombre y la muerte*, 1951), elaboré en *El método* un mundo de conocimientos y de reflexión capaz de aprehender lo complejo, y coloqué en el núcleo del pensamiento complejo la idea de *unitas multiplex*, la unidad de la multiplicidad y de la diversidad humanas: La unidad humana engendra la diversidad humana y la diversidad humana mantiene la unidad humana. De ahí surge esta afirmación: «la diversidad es el tesoro de la unidad humana; la unidad es el tesoro de la diversidad humana». De esta forma superé el universalismo abstracto para acceder a la conciencia de la complejidad planetaria. Finalmente, la noción de Tierra-Patria vino a enraizar mi universalismo en lo concreto.

Fue en *Pour sortir du XXIe siécle*, fechado en 1981, que veinte años más tarde titulé *Pour entrer dans le XXIe siécle*, donde formulé dos ideas conjuntas para caracterizar la fase actual de la era planetaria: seguimos estando en la «edad de hierro planetaria» y en la «prehistoria del espíritu humano». En el transcurso de la década de 1990 me surgió la idea de que la nave espacial Tierra,

propulsada por cuatro motores incontrolados (ciencia, técnica, economía y afán de lucro), tiene una altísima probabilidad de sufrir catástrofes en cadena, aunque probable no signifique inevitable y no se excluya, así, la posibilidad de un cambio de rumbo.

En 1994 se me ocurrió la idea de la *política de civilización*, destinada a reaccionar contra los crecientes efectos perversos engendrados por la civilización occidental, ahora ya globalizada y globalizadora. Esta *política de civilización* era el preludio de una empresa más amplia, que es la que expongo en este libro: buscar la vía que puede salvar a la humanidad de los desastres que la amenazan.

Ya me lancé a una misión casi imposible al abordar *El método*. Pero al mismo tiempo pensaba que no podía renunciar a ella. Hoy siento que ocurre lo mismo con *La Vía*. Puedo renunciar incluso menos, puesto que este proyecto ya estaba en germen en la *Introducción a una política del hombre*; maduraba en el transcurso de los treinta años en que he escrito los seis tomos de *El método*, en especial los dos últimas, *La humanidad de la humanidad* y *Ética*. Lo he ido elaborando paralelamente en artículos de interés político, publicados durante las últimas décadas y están reunidos en *Ma gauche*.

Soy consciente de que la posibilidad de cambiar de vía es cada vez más improbable. Recuerdo que de adolescente, en la década de 1930, en plena crisis económica y democrática, me dedicaba a buscar una tercera vía, que se enfrentara a la vez al nazismo hitleriano y al comunismo estalinista. Leía los artículos de Robert Aron y de Arnaud Dandieu, de Emmanuel Mounier, de Simone Weil y otros, que se esforzaban en formular los principios de esta tercera vía. Me inscribí en el partido de Bergery porque afirmaba que era necesario luchar en dos frentes. Aquella búsqueda a ciegas fue barrida por la guerra. Entonces ya no hubo tercera vía posible. Sólo la resistencia y, para muchos, yo entre ellos, la elección de una vía enemiga contra la otra.

Hoy siento, como entonces, que hay una primavera que desea nacer. Pero también percibo que se anuncia una nueva edad de hielo que quiere aniquilarla antes de que nazca.

Presiento, pues, que lo improbable a lo que me consagro puede convertirse en imposible. Pero, aunque el *Titanic* naufrague, quizás

una botella lanzada al mar llegue a la orilla de un mundo en el que todo deba comenzar de nuevo...

Nadie sabe nunca cuándo ni si es demasiado tarde.

La gran Vía no tiene puertas. Miles de caminos desembocan en ella.

PROVERBIO ZEN

Están los que quieren mejorar a los hombres y los que consideran que esto sólo puede hacerse mejorando primero sus condiciones de vida. Pero sabemos que lo uno no es posible sin lo otro, y no sabemos por dónde empezar.

ANDRÉ GIDE, Journal, 1942-1949, pág. 31

Habría que ver, por una parte, si el proyecto humano realizado durante estos seis milenios por el Homo históricas es el único proyecto humano posible y, por otra parte, si no habría que hacer hoy algo distinto.

RAIMON PANIKKAR

Si el campo de las ideas está revolucionado, la realidad no puede permanecer tal cual.

G. W. F. HEGEL

Seguimos buscando quien repare el planeta Alpha cuando estamos en el planeta Beta.

P. CAILLÉ

¿Puede una tierra finita soportar un proyecto infinito?

LEONARDO BOFF

Quien crea que un crecimiento exponencial puede durar siempre en un mundo finito o está loco o es un economista.

KENNETH BOULDING

Cada cosa, en todas las épocas, camina junto a su contraria.

LAS MIL Y UNA NOCHES

Para alcanzar la humanidad, hay que intuir algo más allá de la humanidad.

FRIEDRICH SCHLEGEL

No se trata de encontrar «soluciones» para determinados «problemas», sino de hallar un modo de vida distinto, que no sea la

negación abstracta de la modernidad, sino su superación [Aufhebung], que persiga la conservación de sus mejores conquistas y su proyección hacia una forma superior de la cultura, una forma que restituya a la sociedad ciertas cualidades humanas, destruidas por la civilización burguesa industrial. No implica un retomo al pasado, sino un rodeo por el pasado hacia un nuevo porvenir...

MICHAEL LOWY

La humanidad es para sí misma y a la vez su peor enemigo y su mejor oportunidad.

PATRICK VIVERET

Hay una manera de contribuir al cambio, y es no resignarse.

ERNESTO SABATO

No dudemos jamás de que un pequeño grupo de individuos conscientes y comprometidos pueden cambiar el mundo. Es así como ha ocurrido siempre.

MARGARET MEAD

INTRODUCCIÓN GENERAL

¿CAMBIAR DE VÍA?

LA DIFICULTAD DE PENSAR EL PRESENTE

«NO sabemos lo que pasa y eso es lo que pasa», escribe Ortega y Gasset.

Siempre hay, en efecto, una distancia entre el acontecimiento y la conciencia de su significado; el conocimiento se retrasa respecto a lo inmediato: «El ave de Minerva (de la razón) levanta el vuelo al crepúsculo» (Hegel).

El presente sólo es perceptible en su superficie. Está minado en profundidad por fuerzas subterráneas, por corrientes invisibles bajo un suelo aparentemente firme y sólido.

Además, el conocimiento se ve desbordado por la rapidez de los cambios contemporáneos y por la complejidad propia de la globalización. Se dan innumerables inter-retro-acciones entre procesos extremadamente diversos (económicos, sociales, demográficos, políticos, ideológicos, religiosos, etc.).

Finalmente, nosotros, los habitantes del mundo occidental u occidentalizado, sufrimos, sin ser conscientes de ello, dos tipos de carencias cognitivas:

—la ceguera propia de un modo de conocimiento que, al compartimentar los saberes, desintegra los problemas fundamentales y globales que exigen un conocimiento interdisciplinar;

—el occidentalocentrismo, que nos coloca en el trono de la racionalidad y nos da la ilusión de poseer lo universal.

Por lo tanto, no es sólo nuestra ignorancia, también es nuestro conocimiento lo que nos ciega.

Aun dedicándome al conocimiento complejo, soy muy consciente de todas las dificultades acumuladas para comprender lo que estamos viviendo y sufriendo: sé que no soy el Observador/

Creador situado en Sirio. Estoy viviendo, junto a seis mil millones de seres humanos, una aventura loca y grandiosa, terrible y poética, soy abducido por lo local y lo contingente. No sólo la esperanza es una apuesta, también lo es el conocimiento. Y no puedo ignorar mi ignorancia.

DE LA MUNDIALIZACIÓN A LA GLOBALIZACIÓN

El proceso de mundialización empezó a finales del siglo XV con la conquista de las Américas y la circunnavegación de Vasco de Gama.

Desde la década de 1960, todo individuo del llamado mundo desarrollado tiene inconscientemente interiorizada la presencia de lo planetario. Por la mañana, toma un café suramericano o un té asiático, saca de su nevera alemana una fruta exótica, se abriga con un jersey de algodón de Egipto o de la India, conecta una radio japonesa para escuchar las noticias internacionales, se viste con un traje de lana de Australia tejida en Manchester, conduce un coche coreano mientras escucha una canción flamenca en su iPhone californiano. Puede ver películas americanas, japonesas, chinas, mexicanas o africanas. Asiste a una ópera italiana en la que la diva es afroamericana y la orquesta está dirigida por un japonés. Luego, tal vez cene chile con carne o arroz cantonés.

Los pobres de los barrios de chabolas de África o de América del Sur han sido expulsados de su tierra por el monocultivo industrializado importado de Occidente, llevan una camiseta con una inscripción americana y se ganan la vida recuperando los desechos de la civilización occidental.

La globalización es el estadio actual de la mundialización. Empieza en el año 1989, tras el hundimiento de las llamadas «economías socialistas». Es fruto de la conjunción entre un bucle retroactivo del auge desenfrenado del capitalismo (que, bajo la égida del neoliberalismo, invade los cinco continentes) y el auge de una red de telecomunicaciones instantáneas (fax, teléfono móvil, Internet). Esta conjunción hace posible la unificación tecnoeconómica del planeta.

Como consecuencia de la implosión de la URSS y de la derrota del maoísmo, la globalización ha provocado una oleada democratizadora en diversos países y la revalorización de los derechos del hombre y de la mujer, cuyos resultados siguen siendo inciertos y limitados, cuando no combatidos.

También ha comportado tres procesos culturales, a la vez

concurrentes y antagonistas: por una parte, un proceso de homogenización y de estandarización según los modelos norteamericanos; por otra, un contraproceso de resistencia y de revitalización de culturas autóctonas; y finalmente, un proceso de mestizaje cultural.[2]

Por último, la globalización ha diseñado la infraestructura de una sociedad-mundo. Una sociedad requiere un territorio con numerosas intercomunicaciones permanentes, y esto es lo que se ha producido en nuestro planeta: necesita su propia economía, una economía mundializada. Pero una sociedad debe controlar su economía, y este control es lo que falta, faltan también las autoridades legítimas dotadas de poder de decisión, y está ausente la conciencia de comunidad de destino indispensable para que la sociedad se convierta en Tierra-Patria. La ONU tiene muy poca autoridad y muy poca legitimidad. La FAO, la OMC y la UNESCO sólo son los embriones de las instituciones que podría tener una sociedad-mundo. Únicamente ha aparecido el concepto de crímenes contra la humanidad, el Tribunal Internacional con unas competencias limitadas, y una corriente altermundista que todavía no ha podido elaborar su pensamiento, beneficiosos para una sociedad de ese tipo, aunque dispersos como bloques erráticos en pleno desierto. Hoy ya no encarnan la conciencia de la humanidad grandes intelectuales como Victor Hugo, Romain Roliand (en 1914) o Raimon Panikkar (última gran conciencia del mundo, muerto en 2010); ahora tenemos el Club de Roma o unas ONG humanitarias (Survival International, Amnesty International, Greenpeace, Médicos sin fronteras, etc.).

No son sólo las soberanías absolutas de los estados nación las que impiden la formación de una sociedad-mundo. También es el movimiento tecnoeconómico de la globalización el que, al crear su infraestructura, provoca las resistencias étnicas, nacionales, culturales y religiosas que se oponen a la homogenización mundializadora. Las consecuencias del fracaso histórico del comunismo han sido enormes: no sólo los desbordamientos del capitalismo, sino también el hecho de que las oleadas etnorreligiosas (incluidas y, a veces, especialmente, las de los países ex socialistas) ya no chocan contra ningún obstáculo.

Todo ello contribuye a que la globalización provoque una crisis

planetaria de múltiples rostros. Como indicó Mohamed Arkoun, «el colapso de la Unión Soviética fue un Chernobil sociopolítico». Eliminó del globo durante un tiempo al pulpo totalitario. Pero hizo reaparecer otros dos: el pulpo del capitalismo financiero y el del fanatismo etnorreligioso.

La crisis de la unificación

La unificación tecnoeconómica del globo está en crisis. Existe una coincidencia entre la proliferación de estados soberanos, el aumento de su interdependencia y su rigidez etnorreligiosa. Esta coincidencia no es fortuita. Se explica por: a) las resistencias nacionales, étnicas y culturales a la occidentalización; b) el desmoronamiento generalizado de la esperanza puesta en el progreso. El progreso, gran mito providencial de Occidente, invadió todo el planeta durante la segunda mitad del siglo XX. Aseguraba la mejor sociedad posible en el Oeste, un futuro radiante en el Este, y en el Sur la emancipación, ya fuera por la democracia del Oeste, ya fuera por el socialismo del Este. La ilusión de un progreso concebido como una ley de la historia se disipó a un tiempo con los desastres del Este, las crisis del Oeste y los fracasos del Sur, con el descubrimiento de todo tipo de amenazas, especialmente nucleares y ecológicas, que planean sobre la humanidad, y con la invasión de una extraordinaria incertidumbre en el horizonte futuro. La pérdida de un porvenir asegurado, unida a la precariedad y a las angustias del presente, engendra reflujos hacia el pasado, es decir, hacia las raíces culturales, étnicas, religiosas y nacionales.

Al mismo tiempo, y a pesar de la hegemonía tecnoeconómica y militar de Estados Unidos, se desarrolla un mundo multipolar dominado por bloques con unos intereses a la vez cooperativos y en conflicto, y donde múltiples crisis aumentan las necesidades de cooperación, pero también los riesgos de conflicto.

Así, la globalización, a la vez una y plural, conoce una crisis propia, que acerca y disgrega, unifica y separa.

Las policrisis

La globalización no sólo provoca su propia crisis. Su dinamismo acarrea crisis múltiples y variadas a escala planetaria.

La crisis de la economía mundial aparecida en el año 2008 es resultado, fundamentalmente, de la ausencia de verdaderos

dispositivos de regulación. No se puede entender como un accidente provocado por la hipertrofia del crédito, que, a su vez, no se debe, únicamente, al hecho de que una población empobrecida por el encarecimiento de los precios decida mantener su nivel de vida a través del endeudamiento. Esa hipertrofia también la causa la especulación del capitalismo financiero con el petróleo, los minerales, los cereales, etc. Al escribir sobre André Gorz, Patrick Viveret cita a dos autores que hablan desde dentro del sistema: Patrick Artus, director de estudios de Natixis, y Marie-Paul Virard, redactora jefe de *Enjeux-Les Échos* entre 2003 y 2008. Escribieron su libro *Globalización: lo peor está por llegar* antes de la gran crisis de septiembre de 2008. La introducción de la obra profetiza: «Lo peor vendrá de la conjunción de cinco características esenciales de la globalización: una máquina no igualitaria que socava los cimientos sociales y atiza las tensiones protectoras; una caldera que quema los recursos escasos, favorece las políticas de acaparamiento y acelera el calentamiento del planeta; un aparato que inunda el mundo con liquidez y estimula la irresponsabilidad bancaria; un casino en el que se expresan todos los excesos del capitalismo financiero; una centrifugadora que puede hacer explotar Europa».[3] En cuanto a Alan Greenspan, el ex director de la Reserva Federal americana, reconoce en su libro *La era de las turbulencias*[4] que las finanzas mundiales se han convertido en un barco ebrio, desconectado de las realidades productivas.

La crisis ecológica se acentúa con la degradación creciente de la biosfera, que, por su parte, provocará nuevas crisis económicas, sociales y políticas.

La crisis de las sociedades tradicionales deriva de la occidentalización que tiende a desintegrarlas.

La civilización occidental, que produce las crisis de la globalización, está ella misma en crisis. Los efectos egoístas del individualismo destruyen la antigua solidaridad. Un malestar psíquico y moral se instala en el corazón del bienestar material. La intoxicación consumista de la clase media se desarrolla mientras se degrada la situación de las clases más pobres y se agravan las desigualdades. La crisis de la modernidad occidental ocasiona que las modernas soluciones para las crisis sean irrisorias.

La crisis demográfica se amplifica a causa de la conjunción de

diferentes fenómenos: la superpoblación de los países pobres, la disminución de la población de la mayoría de los países ricos y el desarrollo de los flujos migratorios engendrados por la miseria.

La crisis urbana se desarrolla en las megalópolis asfixiadas y asfixiantes, contaminadas y contaminadoras, donde los habitantes están sometidos a innumerables fuentes de estrés, y donde proliferan enormes guetos pobres mientras los guetos ricos se protegen con muros.

La crisis del mundo rural es una crisis de desertificación, provocada por la importante concentración urbana y por la extensión de los monocultivos industrializados, entregados a los pesticidas, privados de vida animal, así como por las dimensiones de la ganadería industrializada, productora de alimentos degradados por las hormonas y los antibióticos.

La crisis de la política se ve agravada por la incapacidad de pensar y de afrontar la amplitud y la complejidad de estos nuevos problemas.

Las religiones, que habían retrocedido gracias al avance de la laicidad, están progresando en detrimento de esta última, pero también están en crisis, divididas entre corrientes modernistas e integristas, socavadas por conflictos internos entre cultos enfrentados, más incapaces que nunca de asumir sus principios de fraternidad universal.

Por su parte, los laicismos se hallan cada vez más carentes de savia y más corroídos por los recrudecimientos religiosos.

El humanismo universalista se descompone en aras de las identidades nacionales y religiosas, cuando aún no ha logrado convertirse en un humanismo planetario que respete el lazo indisoluble entre la unidad y la diversidad humanas.

La crisis del desarrollo

El conjunto de esas múltiples crisis interdependientes es ocasionado por una mundialización que, al igual que la Trinidad cristiana, es una y trina: globalización, occidentalización y desarrollo.

Mientras que la occidentalización se sobreentiende, el término «desarrollo» se ha convertido en la palabra clave que pone una etiqueta de solución y de progreso al complejo trinitario. Todavía se considera en buena parte del mundo como la vía de salvación para la humanidad.

La noción de desarrollo engloba múltiples avances en la prosperidad y el bienestar, la mejora general de las condiciones de vida, la reducción de las desigualdades, la paz social y la democracia. Es la locomotora del desarrollo tecnoeconómico la que se supone que arrastrará los vagones del bienestar, de la armonía social y de la democracia. Pero, de hecho, el desarrollo tecnoeconómico es compatible con las dictaduras, en las que va acompañado de la esclavización de los trabajadores y de la represión policial, como fue el caso en Chile y en Brasil, y como lo demuestra el hiperdesarrollo actual de China.

El crecimiento se concibe como el motor evidente e infalible del desarrollo, y el desarrollo como el motor evidente e infalible del crecimiento. Ambos términos son, a la vez, fin y medio el uno del otro. Ahora bien, como dijo Kenneth Boulding, citado en el epígrafe, «quien crea que un crecimiento exponencial puede durar siempre en un mundo finito o es un loco o es un economista». Se ha calculado que si China alcanzase una tasa de tres automóviles por cada cuatro habitantes, como es el caso hoy en Estados Unidos, se alcanzarían los mil cien millones de coches, frente a los ochocientos millones que tiene actualmente el planeta, y las infraestructuras necesarias (redes de carreteras, aparcamientos) ocuparían una superficie casi igual a la que hoy se destina al cultivo del arroz.

Como indicamos posteriormente, la idea fija de crecimiento debería sustituirse por un concepto complejo que comportase crecimientos, decrecimientos y estabilizaciones diversas.

Como la mundialización y la occidentalización de la que forma parte, el desarrollo es complejo, es decir, negativo y positivo a la vez.

El aspecto positivo es que ha originado en todo el planeta unas zonas de prosperidad según el modelo occidental, y ha determinado la formación de unas clases medias que han accedido a los estándares de vida de las clases medias occidentales. Ha permitido autonomías individuales emancipadas de la autoridad incondicional de la familia, el acceso al matrimonio libre y no impuesto, la aparición de las libertades sexuales, nuevos tipos de ocio, el consumo de productos desconocidos, el descubrimiento de un mundo extranjero «mágico», representado por los productos de McDonald’s y de Coca-Cola. Ha despertado, también, grandes

aspiraciones democráticas.

Pero también ha aportado, en el seno de las nuevas clases medias de los países emergentes, la intoxicación consumista propia de sus homologas occidentales, el aumento del componente imaginario de los deseos, así como la insaciabilidad de necesidades que se renueva sin cesar. Ha aportado los lados más sombríos del individualismo: el egocentrismo, la autojustificación (que suscita la incomprensión del otro) y el afán de lucro.

El desarrollo ha creado nuevas corrupciones en el seno de los estados, de las administraciones y de las relaciones económicas. Ha destruido la solidaridad tradicional sin crear otra que la sustituya y, como resultado, se han multiplicado las soledades individuales. Al desarraigar y crear guetos, se plantan las semillas de la criminalidad.

En este sentido, el desarrollo es antiético. Finalmente, ha creado enormes zonas de miseria, como demuestran los cinturones desmesurados de barrios de chabolas que rodean las megalópolis de Asia, África y América Latina.

En las condiciones de la globalización neoliberal (privatización de los servicios públicos y de las empresas estatales, retroceso de las actividades públicas en provecho de las actividades privadas, primacía de las inversiones especulativas internacionales, desregularización generalizada), la explosión de un capitalismo planetario sin frenos, desde la década de 1990, ha amplificado todos los aspectos negativos del desarrollo. El aumento permanente de las rentas del capital en detrimento de las del trabajo acrecienta constantemente las desigualdades. El desarrollo, por lo tanto, ha aumentado el número de trabajadores esclavizados en China, en India y en numerosas regiones de América Latina. El abandono de la agricultura de subsistencia en aras de los monocultivos industrializados para la exportación expulsa a los pequeños campesinos o a los artesanos, que gozaban de una relativa autonomía al disponer de sus policultivos o de sus herramientas de trabajo, y transforma su pobreza en miseria en los *bidonvilles* de las megalópolis. Un informe de Naciones Unidas para el Desarrollo, publicado en 2003, mencionaba 54 países que eran más pobres que en 1990; la esperanza de vida había retrocedido en 36 de ellos. ¿Quién dijo: «El desarrollo es un viaje que comprende más

náufragos que pasajeros...»?

Por otra parte, el desarrollo instaura un modo de organización de la sociedad y de las mentes en el cual la especialización compartimenta a los individuos, de forma que cada uno sólo tiene una parte estanca de responsabilidades. Con esta compartimentación, se pierde la visión de conjunto, lo global y, con ello, la solidaridad. Sin olvidar que la educación hiperespecializada reemplaza la antigua ignorancia por una ceguera nueva, que se mantiene gracias a la ilusión de que la racionalidad determina el desarrollo, cuando lo cierto es que éste confunde la racionalización tecnoeconómica con la racionalidad humana.

Esta ceguera es resultado también de la concepción tecnoeconómica del desarrollo, que no conoce sino el cálculo como instrumento de conocimiento (tasas de crecimiento, índices de prosperidad, de renta y estadísticas que pretenden medirlo todo). El cálculo ignora no sólo las actividades no monetarizadas como las producciones domésticas y/o de subsistencia, los favores mutuos, el uso de bienes comunes y la parte gratuita de la existencia, sino también y sobre todo aquello que no puede calcularse ni medirse: la alegría, el amor, el sufrimiento, la dignidad, en otras palabras, el tejido mismo de nuestras vidas.

Finalmente, el desarrollo ha permanecido ciego, durante mucho tiempo, a la degradación ecológica que aún sigue provocando (industrias contaminantes, ciudades contaminadas, agricultura, ganadería y piscicultura industrializadas); ha puesto y pone cada vez más en peligro la biosfera, debido a la sobreexplotación del petróleo y del carbón, a la deforestación y a la desnaturalización provocada por los cultivos y la ganadería industrializados.

Por eso, la idea generalmente admitida de desarrollo es ciega a los daños y al deterioro que produce. ¡La idea de desarrollo es una idea subdesarrollada!

El desarrollo es una fórmula estándar que ignora los contextos humanos y culturales. Se aplica de forma indiferenciada sobre sociedades y culturas muy diversas, sin tener en cuenta sus singularidades, sus saberes y sus técnicas, sus formas de vida, vigentes en pueblos de los cuales se denuncia el analfabetismo, sin percibir las riquezas de sus culturas orales tradicionales. Constituye un verdadero etnocidio para los pueblos pequeños.

De hecho, el desarrollo presenta el modelo occidental como arquetipo universal para todo el planeta. Supone que las sociedades occidentales constituyen la finalidad de la historia humana. Producto del sociocentrísmo occidental, el desarrollo también es el motor de una occidentalización frenética y, aunque no aporta al resto del mundo lo que la civilización occidental tiene de positivo (derechos humanos, libertades, democracia), sí comporta inevitablemente sus vicios.

El desarrollo, que pretende ser una solución, ignora que las propias sociedades occidentales están en crisis a causa, precisamente, de ese desarrollo, que ha segregado un subdesarrollo intelectual, físico y moral. Intelectual, porque la formación disciplinar que recibimos los occidentales, al enseñarnos a disociarlo todo, nos ha hecho perder la capacidad de relacionar las cosas y, por lo tanto, de pensar los problemas fundamentales y globales. Psíquico, porque estamos dominados por una lógica puramente económica, que no ve más perspectiva política que el crecimiento y el desarrollo, y estamos abocados a considerarlo todo en términos cuantitativos y materiales. Moral, porque el egocentrismo domina sobre la solidaridad. Además, la hiperespecialización, el hiperindividualismo y la falta de solidaridad desembocan en el malestar, incluso en el seno del confort material.

Occidente siente un vacío y una carencia: cada vez hay más espíritus desamparados que recurren a los psicoanalistas y a las psicoterapias, al yoga, al budismo zen, a los gurús, etc. Algunos tratan de encontrar en las culturas y las sabidurías de otros continentes remedios a la vacuidad creada por el carácter cuantitativo y competitivo de su existencia. Vivimos, así, en una sociedad en la que las soluciones que brindamos a los demás se han convertido en nuestros problemas.

La toma de conciencia de la crisis del desarrollo se ha reflejado —aunque sólo de forma parcial, insuficiente y limitada— en la problemática ecológica, lo cual ha conducido a «atenuar» la noción de desarrollo añadiéndole el epíteto de «sostenible». ¡Pero el «núcleo duro» persiste!

La idea de «sostenibilidad» pretende que el desarrollo tenga en cuenta la salvaguarda de la biosfera y, correlativamente, la de las generaciones futuras. Dicha noción contiene una componente ética

importante, que, sin embargo, no mejora sustancialmente el concepto mismo de desarrollo. Sólo suaviza y dulcifica su apariencia.

Finalmente, y puesto que el desarrollo, la occidentalización y la globalización son motores que se retroalimentan, todas las crisis que hemos enumerado pueden considerarse como componentes de una megacrísis que tiene tres caras inseparables: crisis del desarrollo, crisis de la occidentalización y crisis de la globalización. El hecho de que ese carácter complejo de la crisis planetaria sea generalmente ignorado indica que la multicrisis también es cognitiva.

La crisis de la humanidad

Así pues, la globalización, la occidentalización y el desarrollo alimentan la misma dinámica que produce una pluralidad de crisis inter dependientes, intrincadas, incluidas la crisis cognitiva, las políticas, las económicas y las sociales, que, a su vez, producen la crisis de la globalización, la de la occidentalización y la del desarrollo. *La gigantesca crisis planetaria es la crisis de la humanidad que no logra acceder a la humanidad*.

Estamos en el momento crucial de una aventura loca que empezó hace ocho mil años, llena de crueldad y de grandeza, de apogeos y desastres, de servidumbres y emancipaciones, y que hoy arrastra a seis mil millones de seres humanos. ¿Cómo no sentir que, en esta crisis y a causa de ella, se recrudece la formidable lucha entre las fuerzas de la muerte y las de la vida? Las unas y las otras no sólo combaten entre sí, sino que se retroalimentan, ya que la descomposición de la muerte hace posible el renacimiento y la metamorfosis, pero también los asfixia: «Vivir de muerte, morir de vida», la fórmula de Heráclito que expresa la ambivalencia de la crisis planetaria.

¿Abocados al abismo?

El desarrollo del desarrollo engendra y acentúa su crisis y conduce a la humanidad a probables catástrofes en cadena.

La nave espacial Tierra se propulsa mediante cuatro motores incontrolados: la ciencia, la técnica, la economía y el lucro, poseedores, cada uno, de una sed insaciable: la sed de conocimiento (ciencia), la de poder (técnica), la de posesión y la de riquezas. Sus efectos son ambivalentes. La ciencia ha dado lugar a muchas

elucidaciones y sus aplicaciones han sido beneficiosas, pero también ha producido armas de destrucción masiva, en especial nucleares, y la manipulación de los genes y del cerebro humano conlleva posibilidades desconocidas. La técnica, ambivalente por naturaleza, ha dominado las energías naturales, pero también ha sometido a los seres humanos.

La economía ha producido riquezas inauditas a la vez que miserias insondables, y su falta de regulación da rienda suelta al lucro, a su vez propulsado y propulsor de un capitalismo desenfrenado, fuera de todo control, que contribuye a esa carrera hacia el abismo.

El capitalismo financiero dominante, desconectado de la economía real y dedicado a defender el interés exclusivo de los especuladores, ha provocado la crisis económica de 2008 y sigue alimentándose, como un vampiro, de nuestras sustancias vivas. Como ha dicho Alain Touraine en *Aprés la crise*[5] el capitalismo se ha puesto por encima de la humanidad y deberíamos desterrarlo de la humanidad.

A ello se añade el empeoramiento de las diversas crisis intrincadas que, en un mundo dislocado, acentúan los antagonismos, que, a su vez, alimentan los movimientos ideológico-político-religiosos, que intensifican los maniqueísmos, los odios ciegos, y provocan histerias que favorecen las guerras y las expediciones punitivas. Hay dos barbaries que se encuentran más aliadas que nunca: la barbarie surgida de las profundidades de la historia, que mutila, destruye, tortura y masacra; y la barbarie fría, gélida, de la hegemonía del cálculo, de lo cuantitativo, de la técnica, del lucro a costa de las sociedades y las vidas humanas.

Estamos hundiéndonos en una edad de hierro planetaria. Los bárbaros, enemigos de la humanidad, están hoy en plena actividad eruptiva; cuando se oponen entre sí, su antagonismo contribuye a acrecentar un maniqueísmo ciego y henchido de odio. El capitalismo desenfrenado de hoy no es la única amenaza para la humanidad: hay fanatismos desenfrenados, dictaduras implacables; existe la posibilidad de que aparezcan nuevos totalitarismos y hasta de que comiencen guerras de exterminio.

Lo peor y lo mejor

El resultado catastrófico del desarrollo actual de los

acontecimientos es altamente probable. Esta probabilidad se define a partir de lo que pueda deducir un observador, en un momento y un lugar determinados.

Por eso podemos decir que la globalización constituye lo peor que le ha ocurrido a la humanidad.

Aunque también hay que reconocer que constituye lo mejor. Y es que, por primera vez en la historia humana, se han unido las condiciones para superar una historia hecha de guerras y cuya capacidad de destrucción se ha acrecentado hasta permitir, hoy, un suicidio global de la humanidad.

Lo mejor es que ahora, en el planeta Tierra, hay más interdependencia de cada uno con todos, naciones, comunidades e individuos, que se multiplican las simbiosis y los mestizajes culturales en todos los campos, que las diversidades resisten pese a los procesos de homogenización que tienden a destruirlas. Lo mejor es, también, que las amenazas mortales y los problemas fundamentales crean una comunidad de destino que abarca a toda la humanidad.

Lo mejor es, por otra parte, que la globalización ha producido la infratextura de una sociedad-mundo; que, en estas condiciones de comunidad de destino y de una posible sociedad-mundo, podemos considerar la Tierra como patria sin que ésta anule las patrias existentes, sino que, por el contrario, las englobe y las proteja.

Pero la conciencia de los peligros todavía es muy débil y dispersa. La conciencia de la necesidad de superar la historia aún no ha emergido. La conciencia de una comunidad de destino sigue siendo deficiente. La conciencia de una Tierra-Patria todavía es marginal y está diseminada. La globalización tecnoeconómica impide la emergencia de la sociedad-mundo de la cual, sin embargo, ya ha diseñado las infratexturas. Existe una contradicción entre las soberanías nacionales, todavía absolutas, y la necesidad de unas autoridades supranacionales para tratar los problemas vitales del planeta. Las convulsiones de la crisis de humanidad pueden ser mortales.

De ahí que, efectivamente, la globalización sea, a la vez, lo mejor (la posibilidad de que emerja un mundo nuevo) y lo peor (la posibilidad de que la humanidad se autodestruya). Comporta unos riesgos inauditos, pero también unas increíbles oportunidades. Lleva

consigo una probable catástrofe, pero también permite la improbable aunque posible esperanza.

Estos procesos actuales presentan ambivalencias.

Toda crisis comporta riesgos y oportunidades, y la crisis planetaria lo hace de forma paroxística. La oportunidad está en el riesgo. La oportunidad aumenta con el riesgo. «Donde crece el peligro también crece aquello que salva» (Hölderlin).

Pero la oportunidad sólo es posible si es posible cambiar de vía.

¿Es posible?

¿Vamos hacia una metamorfosis?

Cuando un sistema no puede resolver sus problemas vitales, se degrada, se desintegra, o bien se revela capaz de generar un metasistema que sepa tratar sus problemas: se *metamorfosea*.

En su estado actual, el sistema Tierra es incapaz de organizarse para tratar sus problemas vitales:

—el peligro nuclear que se agrava con la diseminación y tal vez la privatización futura del armamento atómico;

—la degradación de la biosfera;

—la economía mundial desprovista de un sistema de control/regulación;

—la reaparición de las hambrunas;

—los conflictos etno-político-religiosos que pueden degenerar en guerras entre civilizaciones.

Podemos entender la amplificación y la aceleración de todos esos procesos como el inicio de un formidable *feedback* positivo, como un proceso de irremediable desintegración de los sistemas físicos capaz, sin embargo, de transformar los sistemas humanos.

Lo probable es la desintegración.

Lo improbable, aunque posible, es la metamorfosis.

¿Qué es una metamorfosis? Encontramos numerosos ejemplos en el reino animal, sobre todo entre los insectos. Una oruga se encierra en una crisálida e inicia un proceso que es, a la vez, de autodestrucción y de autoconstrucción en una organización y una forma diferentes.

Cuando la crisálida se abre, se ha formado una mariposa que, aunque es el mismo ser, se ha convertido en otro. La identidad se ha mantenido y transformado en la alteridad.

El nacimiento de la vida puede concebirse como la metamorfosis

de una organización físico-química que, al llegar a un punto de saturación, crea una metaorganización, la auto-eco-organización viviente, la cual, aunque involucra exactamente los mismos constituyentes físico-químicos, lleva asociadas unas cualidades nuevas, entre las cuales están la autorreproducción, la autorreparación, la alimentación a partir de energía exterior y la capacidad cognitiva.

La formación de las sociedades históricas en Oriente Medio, India, China, México y Perú constituye una metamorfosis a partir de un conjunto de sociedades arcaicas de cazadores recolectores. Esta metamorfosis ha producido las ciudades, el Estado, las clases sociales, la especialización del trabajo, las grandes religiones, la arquitectura, las artes, la literatura y la filosofía. Para lo bueno y para lo malo (la guerra, la esclavitud y la barbarie).

A partir del siglo XXI, se plantea el problema de la metamorfosis de las sociedades históricas en una sociedad-mundo de un nuevo tipo que englobaría a los estados nación sin suprimirlos. Porque la continuación de la historia, es decir, de las guerras entre estados que disponen de armas de aniquilación, conduce a la casi destrucción de la humanidad. Hay una necesidad vital de metahistoria. Mientras que, para Fukuyama, la capacidad creadora de la evolución humana se ha agotado con la democracia representativa y la economía liberal, nosotros debemos pensar, por el contrario, que *es esa historia la que está agotada, y no las capacidades creadoras de la humanidad*.

Las capacidades creadoras se regenerarían a través de la metamorfosis. La noción de metamorfosis es más rica que la de revolución. Tiene la misma radicalidad innovadora, pero la combina con la conservación (de la vida, de las culturas, del legado de pensamiento y conocimiento de la humanidad). No podemos prever ni sus modalidades ni sus formas: todo cambio de escala supone un surgimiento creador.

De la misma forma que la sociedad histórica, que creó la ciudad, el Estado, las clases sociales, la escritura, las divinidades cósmicas, los monumentos grandiosos y las artes, era inconcebible para los humanos de las sociedades arcaicas de cazadores recolectores, tampoco nosotros podemos concebir aún cómo sería la sociedad-mundo generada por la metamorfosis.

Cambiar de vía

Para ir hacia la metamorfosis, es preciso cambiar de vía. Pero si bien parece posible modificar ciertas trayectorias y corregir ciertos males, no podemos ni siquiera frenar la ola técnico-científico-económica y de civilización que está llevando a nuestro planeta al desastre.

Y, sin embargo, la historia humana ha cambiado muchas veces de vía. ¿Cómo?

Todo empieza siempre con una iniciativa, una innovación, un nuevo mensaje inconformista y marginal, que muchas veces sus contemporáneos no perciben. Así comenzaron las grandes religiones. El príncipe Sakyamuni elaboró el budismo al final de una meditación solitaria sobre la vida; más tarde, una gran religión se extendió por toda Asia gracias a unos cuantos discípulos. Jesús era un chamán galileo que predicó sin ningún éxito ante el pueblo hebreo, pero su mensaje, retomado y universalizado por un fariseo disidente, Pablo de Tarso, se extendió lentamente por el Imperio Romano y se convirtió más tarde en su religión oficial. El profeta Mahoma tuvo que huir de La Meca y refugiarse en Medina; el Corán se propagó de discípulo en discípulo y se convirtió en el texto sagrado de innumerables poblaciones de África, Asia y Europa. El capitalismo se desarrolló como parásito de las sociedades feudales para finalmente imponerse y, con la ayuda de las monarquías, desintegrarlas. En 1492, el solitario pero obstinado genovés Cristóbal Colón logra, gracias a su insistencia, obtener de los Reyes Católicos (Isabel I y Fernando II de España) las carabelas que le permitirán llegar a las costas de América. La ciencia moderna se formó a partir de algunas inteligencias inconformistas y dispersas (Galileo, Bacon, Descartes) y luego extendió sus redes, sus asociaciones, se introdujo en las universidades en el siglo XIX, y posteriormente, en el siglo XX, en las economías y los estados de esa nave espacial llamada Tierra. En el siglo XIX, el socialismo germinó en unas cuantas mentes autodidactas y marginales, y se convirtió en una formidable fuerza histórica en el siglo siguiente.

La efervescencia creativa

En nuestra época debería fraguarse un replanteamiento, más profundo, incluso, que el del Renacimiento. Hay que repensarlo todo. Debemos volver a empezar.

De hecho, todo ha empezado ya, pero sin que lo advirtamos. Estamos en el estadio de unos preliminares modestos, invisibles, marginales y dispersos. Ya existen, en todos los continentes y en todas las naciones, una efervescencia creativa, una multitud de iniciativas locales que avanzan en el sentido de la regeneración económica, social, política, cognitiva, educativa, étnica o existencial. Pero todo lo que debería estar relacionado se encuentra disperso, separado, compartimentado. Esas iniciativas no están relacionadas entre sí, ninguna administración las tiene censadas, ningún partido toma nota de ellas. Pero son la cantera del futuro. Se trata de reconocerlas, de censarlas, de cotejarlas, de incluirlas en un repertorio, para abrir, así, una pluralidad de caminos reformadores. Son vías múltiples que, desarrollándose conjuntamente, podrán conjugarse para formar la nueva Vía, que descompondrá la que estamos siguiendo y nos dirigirá hacia la metamorfosis, todavía invisible e inconcebible.

La salvación ha empezado por la base.

Más allá de las alternativas

Para elaborar las vías que han de convergir en la Vía, debemos deshacemos de las alternativas:

globalización/desglobalización
crecimiento/decrecimiento
desarrollo/involución
conservación/ transformación

Es preciso, *a la vez*, globalizar y desglobalizar, crecer y decrecer, desarrollar e involucionar, conservar y transformar.

La orientación *globalización/desglobalización* significa que, si hay que multiplicar los procesos culturales de comunicación y de mundialización, si es preciso que se cree una conciencia de Tierra-Patria, una conciencia de comunidad de destino, también es preciso promover el desarrollo de lo local dentro de lo global. La desglobalización daría una nueva viabilidad a la economía local y regional.[6] Se dinamizaría la alimentación de proximidad, las artesanías y los comercios de barrio, las huertas en la periferia de la ciudad, las comunidades locales y regionales. La recuperación de los servicios sanitarios, escolares y postales de proximidad, la revitalización de los pueblos, donde volverían a instalarse cafés, panaderías y tiendas de ultramarinos, son procesos que

rehumanizarían el mundo rural.

Valorar los recursos endógenos, materiales e inmateriales, aseguraría autonomía y calidad alimentaria, así como higiene ecológica; permitiría reconquistar la agricultura de subsistencia en el Sur, y la agricultura campesina en el Norte, así como restablecer los servicios públicos locales.

Al mismo tiempo, las relocalizaciones y la reordenación territorial de las actividades deberían ir acompañadas de una democracia participativa local y regional, así como de la instauración de una política de civilización que revitalizase la convivencia y regenerase las solidaridades. Cabe añadir que si esas solidaridades son necesarias en un periodo de desarrollo mundial, todavía lo son más en la hipótesis, que no debemos excluir, de una gigantesca crisis de la economía, cuyas consecuencias sociales, políticas e incluso bélicas serían gravísimas.

En caso de desastre planetario, la soberanía alimentaria y un mínimo de autosuficiencia económica serían factores de supervivencia para muchísimas poblaciones.

Por último, la desglobalización significa también el retomo de la autoridad de los estados, abandonada con las privatizaciones en beneficio de un capitalismo desterritorializado, con la consiguiente recuperación de los servicios públicos de correos y comunicaciones, ferrocarriles, hospitales y escuelas.

Así pues, la desglobalización forma una pareja antagónica, es decir complementaria, con la globalización. No se deberían contraponer de forma absoluta la libertad internacional de los intercambios y las protecciones arancelarias. Éstas se imponen en los casos y marcos de salvaguarda de la autonomía alimenticia y de protección de un sector económico vital para una nación. Las protecciones parciales, sin embargo, no deben degenerar en proteccionismo. En otras palabras, hay que desarrollar a la vez lo global y lo local, evitando que lo primero deteriore lo segundo. Debe desarrollarse a la vez lo que se había desterritorializado y reterritorializado previamente. Así, el mundo evolucionaría en espiral, volviendo parcialmente al pasado (es decir, a los campesinos, los pueblos y los artesanos) para proyectarse mejor hacia el futuro.

La orientación *crecimiento/decrecimiento* implica que deben

crecer los servicios, las energías verdes, los transportes públicos, la economía plural, incluida la economía social y solidaria, el urbanismo destinado a humanizar las megalópolis, la agricultura y la ganadería tradicionales y biológicas, pero que también deben decrecer la fiebre consumista, la producción de alimentos industrializados y de objetos no reparables de un solo uso, el dominio de los intermediarios (en especial de las grandes superficies) sobre la producción y el consumo, el tráfico de los automóviles privados y el transporte de mercancías por carretera (en beneficio del ferrocarril).

La orientación *desarrollo/involución* significa que el objetivo ya no es fundamentalmente el desarrollo de los bienes materiales, la eficacia, la rentabilidad y lo calculable; también lo es que las personas atiendan a sus necesidades interiores, que se fomenten las aptitudes para comprender a los demás, ya sean próximos o lejanos, que se vuelva al tiempo lento del propio ritmo interior, no entrecortado ni estrictamente cronometrado. La involución implica mantener la inserción en la propia cultura y en la propia comunidad, dando prioridad a la calidad poética del vivir. El desarrollo fomenta el individualismo. La involución fomenta la comunidad. Como veremos, el desarrollo/involución da respuesta a la aspiración de todo ser humano a asociar autonomía con comunidad.

El eje *conservación/transformación* significa que muchas perspectivas de futuro, como las depositadas en la agricultura y la ganadería tradicionales, la reinstauración del artesanado, el abandono de los productos de un solo uso y la utilización de productos reparables, necesitan que se conserven los conocimientos y las prácticas heredadas del pasado. Una gran parte de las tecnologías «limpias» se basa en saberes ancestrales de comunidades marginales. Y, sobre todo, debemos conservar la vida del planeta, las diversidades biológicas y humanas, seguir emocionándonos y enriqueciéndonos con los tesoros sublimes de las grandes culturas y los grandes pensadores.

Ya no basta con denunciar. Ahora es preciso enunciar. No es suficiente reconocer la urgencia. También hay que saber empezar: empezar definiendo las vías que podrían conducir a la Vía. El mensaje que revela la Vía se está elaborando, y queremos contribuir

a ello con esta obra.

El origen está ante nosotros, decía Heidegger. La metamorfosis sería, realmente, un nuevo origen.

LAS VÍAS HACIA LA VÍA

LAS reformas políticas, económicas, educativas y vitales, por sí solas, han estado, están y estarán condenadas a la insuficiencia y al fracaso. Cada reforma sólo puede progresar si progresan las demás. Las vías reformadoras son correlativas, interactivas e interdependientes.

No hay reforma política sin reforma del pensamiento político, el cual supone una reforma del pensamiento mismo, que, a su vez, supone una reforma de la educación, que conlleva una reforma política. No hay reforma económica y social sin reforma política, que va unida a una reforma del pensamiento. No hay reforma vital ni ética sin reforma de las condiciones económicas y sociales, y no hay reforma social y económica sin reforma vital y ética.

Más detalladamente, podemos afirmar que la conciencia de la necesidad vital de cambiar de vía es inseparable de la conciencia de que el gran problema de la humanidad es el de las relaciones entre individuos, grupos y pueblos, muchas veces monstruosas y miserables. La antiquísima cuestión de la mejora de las relaciones entre los humanos, que tantas aspiraciones revolucionarias ha inspirado y tantos proyectos políticos, económicos, sociales y éticos ha suscitado, está hoy indisolublemente ligada a la cuestión vital del siglo XXI, que es la de la nueva Vía y la metamorfosis.

Ya he indicado que, en la base de todas las sociedades civiles, hay múltiples iniciativas dispersas, ignoradas por los partidos, las administraciones y los medios. Señalemos aquí que los lazos, desarrollos y convergencias de esas innumerables iniciativas permitirían abrir vías que convergerían para formar la Vía.

Primera parte
LAS POLÍTICAS DE LA HUMANIDAD

Capítulo 1
REGENERACIÓN DEL PENSAMIENTO POLÍTICO

LA política es un arte; por numerosos que sean los conocimientos en los que se basa, sigue siendo un arte, no sólo por la imaginación y la creatividad que exige, sino también por su capacidad de afrontar la ecología de la acción.[7] Saint-Just reveló sus dificultades diciendo: «Todas las artes han producido sus maravillas; sólo el arte de gobernar ha producido únicamente monstruos.» El arte de la política comporta inevitablemente una apuesta, y, por lo tanto, el riesgo de equivocarse. Como toda estrategia, debe saber combinar un principio de riesgo con un principio de precaución. No es posible planificar a priori la gestión de esos dos principios. El arte de la política es el que determinará que predomine el uno o el otro. Al mismo tiempo, el arte de la política, que tiene como misión alcanzar un ideal humano de libertad, igualdad y fraternidad y abrir la Vía que salve a la humanidad del desastre, debe llegar a un compromiso con la realidad para modificarla. Debe guardarse del sueño utópico de establecer la armonía en la tierra, pero también del realismo que ignora que el presente es provisional. El arte de la política se ve obligado, pues, a navegar entre la «Realpolitik» y la «Idealpolitik».[8] Debe autoexaminarse y autocriticarse permanentemente.[9]

La acción política se ha basado siempre, implícita o explícitamente, en una concepción del mundo, del hombre, de la sociedad y de la historia, es decir, en un pensamiento. Una política reaccionaria, por ejemplo, puede basarse en Bonald, Joseph de Maistre y Maurras; una política moderada, en Tocqueville; y unas

políticas revolucionarias, en Marx, Proudhon y Bakunin. Una política que se proponga mejorar las relaciones entre los humanos (pueblos, grupos e individuos) debe, más que cualquier otra, basarse únicamente en una concepción del mundo, del hombre, de la sociedad y de la historia, pero también en una concepción de la era planetaria. He intentado hacerlo en mi *Introduction a une politique de l'homme. Pour une politique de civilisation, Terre-Patrie*.[10]

Necesitamos, pues, un diagnóstico pertinente sobre el curso actual de la era planetaria que está arrastrando en su carrera a la especie humana. Es lo que he intentado hacer en mi texto *¿Hacia el abismo?* y en la introducción de esta obra encontramos una actualización de dicho diagnóstico.

Pero el pensamiento político se halla en el grado cero. Ignora los trabajos sobre el devenir de las sociedades y del mundo. «La clase política ha dejado de pensar en la marcha del mundo», dice el economista Jean-Luc Gréau. La clase política se contenta con informes de expertos, estadísticas y sondeos. Ya no tiene un pensamiento. Ya no tiene cultura. Ya no percibe el efecto de Shakespeare. Ignora las ciencias humanas. Ignora los métodos que serían aptos para concebir y tratar la complejidad del mundo, para vincular lo local con lo global, lo particular con lo general.

Privada de pensamiento, la política va a remolque de la economía. Como decía Max Weber, la humanidad ha pasado de la economía de la salvación a la salvación por la economía. Ésta cree resolver los problemas políticos y humanos mediante la competencia, la desregularización, el crecimiento, el aumento del PIB y, en caso de crisis, el rigor, es decir, los sacrificios impuestos a los pueblos. Y, al igual que la lechuza huye del sol, la clase política rehúye cualquier pensamiento que pueda iluminar los caminos del bien común.

La regeneración del pensamiento político supone, al mismo tiempo, una reforma del pensamiento que presentaremos más adelante.

Pero ya podemos adelantar que el pensamiento político debe ser necesariamente complejo, es decir, debe tener en cuenta contextos, interacciones y retroacciones, reconocer las ambivalencias y las contradicciones, concebir las emergencias,[11] considerar las relaciones helicoidales entre lo global y lo local. Debería basarse en

una concepción trinitaria de lo humano (individuo-sociedad-especie), en una concepción compleja del individuo (*sapiens/demens, faber/mythologicus, económicas/ludens*).[12] Debería ser capaz de pensar la era planetaria y preparar la Vía de la salvación común.

La nueva política obedecería a una doble orientación: la de una política de la humanidad y la de una política de la civilización. Debería pensar permanente y simultáneamente en lo planetario, lo continental, lo nacional y lo local.

Capítulo 2
POLÍTICA DE LA HUMANIDAD

LA comunidad de destino de la especie humana frente a problemas vitales y mortales comunes exige una política de la humanidad; se basaría en el concepto de Tierra-Patria, que supone la conciencia del destino, la identidad y el origen común de toda la humanidad. La Tierra-Patria, lejos de anular las patrias singulares, las integraría en una gran patria común. Los internacionalismos ignoraban la importancia de la diversidad cultural y nacional. La Tierra-Patria se ocuparía de salvaguardar indisolublemente la unidad/diversidad humana: el tesoro de la unidad humana es la diversidad humana, el tesoro de la diversidad humana es la unidad humana.[13]

La política de la humanidad obedecería a las normas complementarias antagonistas indicadas en la Introducción:

globalización/desglobalización
crecimiento/decrecimiento
desarrollo/involución
transformación/conservación

Percibiría que la globalización ha creado el sustrato de una sociedad-mundo (con una red de comunicaciones múltiples e inmediatas en el globo y una economía ya planetaria), pero sin generar unas instituciones propias ni una conciencia común. Primero sería necesario elaborar, a partir de una ONU reformada, no un gobierno mundial, sino una gobernanza global que dispusiera de unas primeras instituciones dotadas de poderes efectivos para prevenir las guerras (planificando, por ejemplo, un desarme progresivo y generalizado que comenzara por las armas de destrucción masiva), y asegurara la aplicación de normas ecológicas y económicas vitales y de interés planetario.

Se trataría, además, de ímplementar unas instancias para plantearse la reducción de las enormes desigualdades que existen en el mundo, así como la regulación de los flujos migratorios.

El conjunto de esas instancias podría, posteriormente, constituir el embrión de una primera forma de gobernanza confederal para una sociedad-mundo en formación.

MÁS ALLÁ DEL DESARROLLO

La política de la humanidad implicaría superar la idea de desarrollo, incluso de desarrollo sostenible (que hemos comentado anteriormente), y, en consecuencia, rechazar la idea de subdesarrollo. Calificamos de subdesarrolladas a unas culturas que poseen conocimientos, técnicas (médicas, por ejemplo), sabidurías y artes de vivir a menudo ausentes o desaparecidos entre nosotros; entrañan riquezas culturales, incluyendo sus religiones de bellas mitologías, que, en algunos casos, no participan de los fanatismos de las grandes religiones monoteístas, sino que preservan la continuidad de los linajes a través del culto a los antepasados, mantienen una ética comunitaria y una relación de integración con la naturaleza y el cosmos.

También conllevan, evidentemente, supersticiones e ilusiones, pero ¿acaso no hemos alimentado nosotros numerosas ilusiones, entre ellas entender el progreso como ley de la historia, o confiar en la capacidad de la economía liberal para resolver todos los problemas humanos? Debemos deshacemos de la arrogancia intelectual occidentalocentrista.

No se trata aquí de idealizar las sociedades tradicionales, que tienen sus carencias, su cerrazón, sus injusticias y sus autoritarismos. Hay que considerar sus ambivalencias, y, por lo tanto, ver también sus cualidades. Por otro lado, debemos tener en cuenta todas las contradicciones del desarrollo y promover los aspectos positivos de la occidentalización (los derechos del hombre y de la mujer, las autonomías individuales, la cultura humanista, la democracia). Estos elementos positivos pueden y deben fecundar una política de la humanidad, mientras que una política de civilización, tal como la enunciaremos más adelante, debería desterrar a un segundo plano todo aquello negativo que hoy ocupa un primer plano, es decir, la hegemonía del lucro, la reducción de la política a la economía y del conocimiento al cálculo (que ignora la multidimensionalidad de la existencia humana), el dominio de la

racionalización (que aparta todo lo que no cabe en su lógica cerrada) sobre una racionalidad abierta.

La política de la humanidad implica, asimismo, el respeto hacia los conocimientos, las técnicas, el arte de vivir de las diversas culturas, incluidas las orales. Integra todo aquello que es válido en la idea actual de desarrollo, pero para insertarlo en el contexto singular de cada cultura o nación. Además, como ya he indicado, la noción de desarrollo debe completarse con la de involución, es decir, de conservación de las protecciones comunitarias, de salvaguarda de las cualidades que el desarrollo tiende a destruir, de regreso a valores no materiales como la sensibilidad, el corazón y el alma.

La política de la humanidad contempla el respeto a la autonomía de las sociedades, incluyéndolas en los intercambios y las interacciones planetarias. También incita a la autonomía alimentaria en los productos básicos y, como ya hemos indicado, a reforzar lo local, regional y nacional al mismo tiempo que lo mundial.

La vía simbiótica

Una política de la humanidad puede y debe asumir las dificultades que, normalmente, debería resolver el desarrollo, por ejemplo, el problema creciente del hambre (que tratamos más adelante, en el capítulo «La alimentación»), el problema del agua y el de la salud, que exige el envío gratuito de medicamentos, en especial contra el sida, a los países del Sur. Una política de la humanidad debería encaminarse a proporcionar gratuitamente a esos mismos países todos los dispositivos productores de energía verde, como centrales eólicas, solares o mareomotrices. La política de la humanidad también es una política humanitaria a escala mundial, no sólo debe movilizar los recursos materiales, sino también a la juventud de los países llamados desarrollados, para alistarla en un servicio cívico planetario que sustituyese a los servicios militares, a fin de ayudar in situ a las poblaciones que lo necesitaran.

Una política de la humanidad abarcaría los distintos problemas que se plantean en todas las regiones del mundo y, en lugar de una fórmula estándar aplicada sobre los contextos más diversos, elaboraría acciones adaptadas a dichos contextos. Así, por ejemplo, los países ricos deberían combinar los crecimientos necesarios con

los decrecimientos menos vitales, mientras que, en el resto del mundo, se trataría de adoptar crecimientos diferenciados según las necesidades más urgentes.

Finalmente, una política de la humanidad podría entenderse como la simbiosis entre lo mejor de la civilización occidental y las aportaciones extremadamente ricas de las demás civilizaciones; sería, así, generadora de la *nueva civilización*.

La civilización occidental puede y debe propagar sus cualidades positivas: la tradición humanista, el pensamiento crítico y autocrítico, los principios democráticos, los derechos de la mujer, el niño y el hombre. Las sociedades tradicionales mantienen una relación con la naturaleza, un sentido de pertenencia al cosmos y unos vínculos sociales comunitarios que deben conservar al tiempo que incorporan lo mejor del acervo occidental.

La política de la humanidad es una política de simbiosis planetarias: propugna un encuentro entre el dar y el recibir, mencionado ya por Léopold Sédar Senghor. En el caso particular de la medicina, por ejemplo, se trataría de que la medicina occidental aportara sus conocimientos en materia de higiene o de tratamientos antisida, mientras que las medicinas indígenas contribuirían con sus tradiciones milenarias (India y China) y con los conocimientos recogidos entre los pueblos arcaicos, que conocen las virtudes de las plantas y de los venenos, así como las terapias chamánicas. Al mismo tiempo, Occidente podría integrar (ya ha empezado a hacerlo en materia de acupuntura) las virtudes de esas prácticas y esos recursos medicinales.

La vía mestiza

El planeta ofrece una enorme diversidad de culturas singulares. Pero, con excepción de los últimos pueblos primitivos, testigos de nuestra prehistoria, todas las culturas históricas, incluidas las más antiguas, han sufrido mestizajes genéticos y culturales. Los mestizajes genéticos son consecuencia de las guerras (violaciones), por una parte, y, por otra, de la esclavitud y los apareamientos, clandestinos o no, entre amos y esclavos, como sucedía, por ejemplo, en las *fazendas* del Brasil (donde se engendró la civilización mestiza de esa gran nación). También son el fruto de la integración de etnias muy diversas en imperios duraderos (como el Imperio Romano, el Imperio Austrohúngaro, el Imperio Otomano, el

Imperio Ruso), o en naciones modernas como Francia, donde se han multiplicado las uniones entre personas pertenecientes a diferentes etnias que conviven en una provincia. También son el resultado de las grandes migraciones que han invadido, en el transcurso de la historia, todos los continentes. Son consecuencia de las colonizaciones (sobre todo española, portuguesa y no europea) en las Américas, seguidas de migraciones forzadas (como la de los africanos deportados y convertidos en esclavos) y de inmigraciones de europeos de orígenes muy diversos. Por eso, las primeras civilizaciones mestizas se forman en América Latina (sobre todo en Brasil, México y Colombia), y justamente allá donde los pueblos andinos subyugados accedan a la igualdad política. La civilización mestiza democrática requiere, en efecto, la emancipación de los pueblos subyugados o minorizados. Ahora ya, la nación boliviana, fruto de las antiguas civilizaciones aymara e inca, ha accedido a sus derechos políticos y a la afirmación de su cultura precolombina, como se ha demostrado en la ceremonia de investidura del presidente Morales.

Esta era abre una nueva etapa de mestizajes, consecuencia de los viajes e intercambios múltiples y los nuevos flujos migratorios. A los mestizajes genéticos se añaden o se combinan los mestizajes culturales. Las culturas originarias se han mostrado, a la vez, abiertas y cerradas a las influencias foráneas. A menudo, han adoptado técnicas, ideas, mitos y dioses llegados del extranjero. Así, no hay ninguna cultura «pura», que se haya mantenido en su integridad inicial; al contrario, manteniendo sus fundamentos identitarios (lengua y costumbres), las culturas tradicionales han asimilado múltiples aportaciones externas. Las culturas nacionales, que integran las de etnias provincializadas en el seno de la nación, a veces han reprimido o prohibido las lenguas secundarias; en Francia, finalmente, se han reconocido en los últimos años del siglo XX, después de que la lengua francesa arraigase como lengua nacional común.

La era planetaria ha constituido y desarrollado una realidad transcultural que reúne las diferentes culturas en una cultura mundial, a la vez una y diversa. Un ejemplo es el cine, que no sólo se ha difundido por todo el mundo según el modelo de Hollywood, sino que ha permitido el florecimiento de muchas cinematografías

nacionales extraordinariamente diversas, primero la francesa, alemana e italiana, y luego la japonesa, surcoreana, china, iraní, egipcia, marroquí, senegalesa, marfileña, etc., que son, al mismo tiempo, asimiladoras, originales y creativas.

Los mestizajes y simbiosis (genéticos, étnicos y culturales) son, a la vez, unificadores y diversificadores. Los de la era planetaria contribuyen a la formación y al desarrollo de una vasta cultura mundial que se manifiesta de formas extraordinariamente diversificadas. No puede negarse que hay una tendencia a la homogenización cultural por desnaturalización, cuando no disolución, de las culturas originarias, ya que se impone un imperialismo dotado de una estructura económica poderosa. Pero, incluso en ese caso, hay innumerables culturas específicas que resisten y se desarrollan utilizando la globalización: así, el flamenco, por ejemplo, ha sobrevivido cuando estaba casi moribundo en Andalucía, ha revivido y se ha desarrollado gracias a las jóvenes generaciones de andaluces, pero también gracias a la internacionalización de las discográficas (véase la admirable antología del cante flamenco de Ducretet-Thomson que contiene una recopilación de grabaciones de los años 1930-1950). Por lo tanto, asistimos a tres tendencias antagónicas, complementarias y que compiten entre sí en nuestra era planetaria: la tendencia a la homogenización, la tendencia a la regeneración de las singularidades culturales, la tendencia a nuevas simbiosis (como el flamenco rock y el flamenco raí). Asimismo, películas realizadas en coproducción, como por ejemplo *El gatopardo* de Luchino Visconti, en la que el americano Burt Lancaster y el francés Alain Delon interpretaban a aristócratas sicilianos, no dejan, por ello, de estar profundamente enraizadas en su cultura, italiana en este caso, gracias al genio de su realizador.

La política de la humanidad y la de civilización también tienen la misión de luchar contra los prejuicios racistas, religiosos, xenófobos, que son un obstáculo para las tendencias naturales, creadoras de simbiosis y de mestizajes, sin dejar por ello de fomentar y proteger las fuentes culturales amenazadas por un imperialismo económico (como sucede en Francia y en otros países que ayudan a su cine de calidad). También en este campo hay que globalizar y a la vez desglobalizar y, así, proteger y difundir

internacionalmente lo nacional, lo regional y lo local.

Desde un punto de vista más fundamental, deben tenerse en cuenta las nuevas diversidades que se están gestando o formando en el devenir mestizo de la humanidad. Más que nunca, la vía mestiza debe forjar y fomentar el vínculo fundamental entre la unidad y la diversidad humanas. Dicha vía debería elaborar un humanismo planetario e incorporar lo mejor de las culturas arcaicas, lo mejor de las culturas tradicionales y lo mejor de la modernidad occidental.

Capítulo 3
POLÍTICA DE CIVILIZACIÓN

LA política de civilización debería ejercerse contra los crecientes efectos negativos del desarrollo de nuestra civilización occidental, potenciando, a la vez, sus efectos positivos. No puede limitarse únicamente a las sociedades occidentales; también es válida en todas las regiones occidentalizadas del mundo.

El problema planteado por nuestra civilización es de una complejidad extrema porque posee, de forma complementaria, unas características excepcionalmente positivas y excepcionalmente negativas a la vez.

Voy a esbozar aquí una suerte de *ideal type* a partir de los rasgos negativos que describiré. Aunque, en un principio, parece que olvido los rasgos positivos y las resistencias a los procesos negativos, veremos que los recordaré más tarde.

EL MAL DE LA CIVILIZACIÓN

Un problema de fondo es el que se plantea cuando analizamos lo que supuestamente iba a representar un progreso de civilización generalizado e irreversible. Más allá del malestar a través del cual, según Freud, toda civilización desarrolla los fermentos de su propia destrucción, han aparecido síntomas de un nuevo mal de la civilización, que parecen ser específicos de la nuestra.

La combinación del desarrollo urbano, con el técnico, el burocrático, el industrial, capitalista e individualista, está corroyendo desde su interior la civilización que esa misma combinación ha producido y expandido. De manera que los aspectos negativos de los beneficios que continuamos disfrutando no han dejado de aumentar. Los males de nuestra civilización son, en efecto, los que han puesto en evidencia la cara negativa de la

individualización, la tecnificación y la monetarización del desarrollo y del bienestar.

La técnica, por ejemplo, es la que permite a los humanos dominar las energías naturales. Pero también permite someterlos a la lógica determinista, mecanicista, especializada y cronometrada de la máquina artificial. Impone esa lógica a un número cada vez mayor de sectores de la vida humana, y sustituye la comunicación interpersonal por la organización anónima en las empresas, las oficinas, la vida urbana y el ocio. Fija unos criterios estandarizados e impersonales a los que la convivencia se resiste con más o menos intensidad. Esa lógica, que ya ha reemplazado a los humanos por máquinas expendedoras en las estaciones, los trenes, el metro, los peajes de las autopistas o los aparcamientos, tiende a hacer de la vida social una gigantesca maquinaria automática.

El desarrollo industrial comporta un incremento de los niveles de vida fabricando en masa, a precios cada vez más asequibles, sus productos de uso y consumo. Pero ese desarrollo, que parecía providencial hace tan sólo cincuenta años, representa hoy dos amenazas para la sociedad y para los seres humanos: una, exterior, resulta de la degradación ecológica de su entorno; la otra, interior, procede del deterioro de su calidad de vida.

Además, el objetivo del crecimiento a toda costa en el marco ampliado de la economía globalizada tiende a sacrificar lo que no obedece a la lógica de la competitividad.

El desarrollo capitalista, sin duda, ha incrementado la producción, los intercambios y las comunicaciones; también ha engendrado una mercantilización generalizada, incluso allí donde imperaban la ayuda mutua, la solidaridad y los bienes comunes no monetarios, destruyendo, por ende, el tejido de la convivencia. Así, los bienes más comunes se convierten en mercancías: el agua potable se vende en botellas, el agua de mar se compra en las playas privadas, el aire «puro» y el sol se venden en las agencias de viajes; incluso los hijos se compran: un bebé brasileño por entre ochocientos y mil euros. También están en venta los órganos del cuerpo humano: en la India o en Moldavia puede comprarse el riñón de un necesitado por quinientos euros.

El mercado prioriza el interés en todos los casos y, en la misma medida, destruye la solidaridad. La otra cara de la monetarización

es la reducción de los servicios gratuitos y de dones como la amistad y la solidaridad; también hace necesario disponer de sumas cada vez mayores de dinero simplemente para sobrevivir.

Los desarrollos económicos y estatales han suscitado y fomentado la formación de enormes maquinarias tecnoburocráticas que, por una parte, dominan todo lo que es individual, singular y concreto y, por otra, producen conductas irresponsables. El caso de la sangre contaminada fue un claro ejemplo: concentró las carencias y los perjuicios de una organización tecno-burocrático-científica que había convertido la sangre en una mercancía sometida a un rendimiento económico.

El desarrollo urbano ofrece la posibilidad de realización individual, libertad y ocio, a condición, no obstante, de convertir la vida cotidiana en un continuo «trabajo-transporte-sueño-y-vuelta-a-empezar». La ciudad está inmersa en su área metropolitana, un conjunto informe que concentra poblaciones segregadas en guetos pobres y guetos ricos.

La gran ciudad, sin duda, resplandece con sus luces, neones, escaparates, cines, espectáculos y conciertos, pero cada vez está más sometida a los estragos de la anonimización. Las inmensas ciudades-oficinas y los suburbios-dormitorios están en expansión. Tras la desaparición de las fuentes, los lavaderos y los caballos, asistimos al ocaso de los barrios, a la compartimentación en los grandes sectores de viviendas de protección oficial, a las prisas y el estrés en la vida cotidiana. En las grandes urbanizaciones, los guardas sustituyen a los porteros. El comercio de proximidad desaparece lentamente, y sólo persiste aquí y allá, en París, gracias a los tenderos magrebíes. Las tiendas de congelados y las grandes superficies, que, además, ofrecen servicio de telecompra, disminuyen las ocasiones de intercambios en las calles comerciales, y destruyen la relación de confianza entre proveedores y clientes, que acaba así, con las charlas y los cotilleos de barrio. «La esencia comunitaria de la ciudad está siendo eliminada del pensamiento y la sensibilidad humanas», constata Michel de Sable.[14] A ello se añade la intoxicación provocada por el tráfico, que contribuye a su vez a ahogar la sociabilidad, a irritar las mentes y a asfixiar los pulmones.

La individualización es, a la vez, causa y efecto de las autonomías, libertades y responsabilidades personales, pero en la

otra cara de la moneda encontramos el deterioro de las antiguas solidaridades, la atomización de las personas, el egocentrismo y, tangencialmente, lo que se ha dado en llamar la «metástasis del ego».

Jacques Lévine habla de la desvinculación entre familia y escuela, padres e hijos (el lactante, primero mimado y luego dejado en la guardería), la desvinculación entre los distintos saberes, la pérdida de diálogo con uno mismo, el desbloqueo del ello pasional, la disyunción superyó/yo/ello.[15] Hay una crisis en la relación fundamental entre el individuo y la sociedad, el individuo y la familia, el individuo y él mismo. La presión desvinculadora de nuestra civilización desarrolla una disyunción y una compartimentación generalizadas.

La gran familia se ha desintegrado, las solidaridades de pueblo o de vecindad se han pulverizado, y las regionales se han debilitado; la solidaridad nacional, que siempre ha necesitado de la amenaza vital del enemigo «hereditario», se ha amodorrado y sólo se despierta con ocasión de los mundiales de fútbol; la protección mutua se ha dejado en manos de administraciones burocratizadas, que anulan toda iniciativa individual.

La disolución de las solidaridades tradicionales, sin embargo, no ha dado lugar a la formación de otras nuevas. Es cierto que el Estado cada vez asume más funciones de este tipo, pero de forma anónima, impersonal y tardía. Según la expresión de Octavio Paz, se ha convertido en un «ogro filantrópico». El estado de bienestar cada día es más indispensable, pero contribuye al deterioro de las solidaridades concretas, sin por ello responder a los problemas cada día más acuciantes de la solidaridad humana.

Indudablemente, el caparazón de la familia nuclear tiende a cerrarse sobre ella de forma protectora, pero también la familia está en crisis, con la fragilidad del matrimonio y el vagabundeo en los amores. Por ello, aumentan y se agravan las soledades en todas las clases de la sociedad, más terribles allí donde hay pobreza.

El estrés y el tipo de vida que imperan en nuestra civilización tienen un papel en los males crónicos (hipertensión, lumbagos, ciáticas, artritis, depresiones, etc.) y en muchas afecciones agudas cada vez más extendidas, como el cáncer y el sida. A la vez que se alcanzan hitos admirables (trasplantes de hígado, de riñón, de

corazón, reparación de heridas de guerra o de accidente, disminución de numerosas enfermedades infecciosas), la *high tech* médica sufre de su hiperespecialización y hace sufrir a los pacientes cuyos órganos considera de forma separada de su organismo, y a su organismo de forma separada del ser global, a la vez biológico, psíquico y social. Por ello, muchos males considerados como puramente privados, y contra los cuales cada uno lucha como puede individualmente, son indicadores del malestar general de una civilización, y requieren una política de civilización.

Muchos problemas existenciales, como la pérdida de control del propio cuerpo o la sensación de divorcio entre éste y el alma, son originados por la civilización. Es curioso que una encuesta sobre los deseos de los americanos, y también de los franceses, indique que son muchos los que desean adelgazar, que revela que su mente ya es incapaz de dominar su cuerpo. El hecho de que tanta gente recurra a la gimnasia, al *jogging*, al aeróbic, a los profesores de yoga, a los psicoanalistas, psicoterapeutas y *coaches* diversos deja ver una carencia, una necesidad de hallar conciliación y armonía entre el ser psíquico y el ser físico.

Sufrimos un malestar interior que parásita nuestro bienestar exterior. Aquellos que gozan de un aumento de su nivel de vida, ven reducida la calidad de la misma.

El malestar general es difuso, intermitente, y se vive de formas distintas. Los problemas de la juventud y de la vejez lo revelan de una forma más aguda. Tomemos, por ejemplo, el mal de las *banlieues* francesas, topográfica, sociológica y generacionalmente localizado entre los adolescentes. Se desarrolla en una esfera exterior al universo llamado «normal» y requiere soluciones específicas. Sin embargo, lo que vive el adolescente de las *banlieues* constituye la expresión local, periférica y paroxística de un mal general y difuso: el de la descomposición general del vínculo social. La desintegración de la familia alcanza un grado extremo, y sólo la pandilla o la banda restablece entre esos jóvenes una forma de solidaridad, que es, no obstante, cerrada y agresiva con el exterior. La desvinculación entre el yo, el ello (la pulsión) y el superyó (la autoridad) se ha convertido en una disyunción. La conjunción del egocentrismo, que reduce el horizonte al interés personal; de la especialización, que aparta la inteligencia de lo que es global; y de

la compartimentación, que aísla en el trabajo tecnoburocratizado, determina la disminución del sentido de la solidaridad, que, a su vez, hace que mengue el de la responsabilidad.

La irresponsabilización favorece el egocentrismo que, junto con la pérdida de la responsabilidad y la solidaridad, conduce al deterioro del sentido moral. Así, la irresponsabilización y la desmoralización favorecen la propagación de la irresponsabilidad y de la inmoralidad.

El admirable progreso de los conocimientos va acompañado de su propia regresión, porque prima el pensamiento parcelado y compartimentado, en detrimento de cualquier visión de conjunto. Así, los avances de nuestra civilización conducen a un nuevo subdesarrollo intelectual, a un nuevo subdesarrollo afectivo (las personas sólo hallan respuestas parciales a sus necesidades de comunicación, de comprensión, de amor y de comunidad), y a un nuevo subdesarrollo moral en el deterioro conjunto de la responsabilidad y la solidaridad.

Por último, el auge de la democracia en Europa occidental después de la Segunda Guerra Mundial se vio frenado por una serie de regresiones democráticas: la desposesión de los ciudadanos por los expertos y los técnicos, la crisis de las ideologías, que de hecho fue la crisis de los ideales y los proyectos, y la degradación del civismo por efecto del deterioro de la solidaridad y la responsabilidad.

LAS RESISTENCIAS COLABORACIONISTAS

Frente a la expansión de la técnica y la burocratización, tanto en las administraciones como en las empresas, así como de la tiranía del lucro, de la eficacia, de la productividad, de la rentabilidad y de la atomización de los individuos que el desarrollo técnico y económico no hace más que acelerar, constatamos que los individuos resisten por la búsqueda del amor y los placeres, por el cultivo de las amistades, por las pandillas de amigos, aquello que Michel Maffesoli ha denominado el «nuevo tribalismo». Resisten a la urbanización y a la suburbanización generalizada multiplicando fines de semana, salidas y vacaciones durante las cuales cambian radicalmente de modo de vida y de comportamiento, se convierten en neorrurales o neonaturistas. Incluso dentro de la ciudad, se vuelve a los alimentos rústicos, la gente se rodea de animales domésticos para disfrutar de su cariño y su fidelidad, se adorna con

plantas los interiores domésticos y los balcones. Los urbanitas resisten al malestar recurriendo a los medicamentos, los tranquilizantes, a los diversos gurús; y su resistencia se exaspera, y hasta se desespera, con la droga y el alcoholismo. Contra el mal de los suburbios, los jóvenes crean pandillas o reconstruyen una comunidad.

Las resistencias de este tipo son frágiles: los amores se rompen, las pandillas se dispersan, los placeres se agotan, la sexualidad liberada se ve afectada por el sida, los neonaturismos, neoarcaísmos y neorrealismos no procuran sino remisiones periódicas.

Por otra parte, la economía de mercado y el capitalismo no sólo aportan homogeneización y masificación y crean artificialmente nuevos deseos y necesidades, sino que, en cuanto hay un posible lucro, se ponen al servicio de las pulsiones humanas que arrastran a una vida más intensa, lúdica y poética. El universo televisivo o cinematográfico contribuye a divulgar poesía estética, como una droga blanda, a los individuos sometidos a la prosa cotidiana. Proporciona una vida lúdica, intensa, amorosa, vicariamente aventurera, imaginada. De esta manera, se invita a todo el mundo a tratar de vivir su propia vida amorosa, e incita a los audaces a evadirse.

Los grandes partidos de fútbol o de rugby ofrecen la ocasión de participar, en estadios gigantescos o a través de la televisión, en las epopeyas de los equipos locales y nacionales.

El carácter individualista de nuestra civilización despierta y mantiene una aspiración cada vez más profunda a una «verdadera vida», inhibida al mismo tiempo por las limitaciones y a menudo derivada hacia lo imaginario.

Surge, entonces, una economía de la evasión que se pone al servicio de esa búsqueda de la «verdadera vida»: clubs de encuentros, de ocio, de vacaciones, agencias de viajes, casas rurales, que brindan las condiciones de esa otra vida, al sol del Mediterráneo o de los trópicos, en la montaña o en el campo, y ofrecen la posibilidad de realizar aquello que, en la vida diaria, se ve obstaculizado e inhibido. El Club Méditerranée logra, incluso, crear unas comunidades temporales en las que no circula el dinero, aunque se paga por adelantado, y con dinero, este privilegio, y donde las diferencias sociales entre los «gentiles miembros» quedan

borradas bajo la guarda tutelar de «gentiles organizadores».

Todas esas ambivalencias, una invitación a la verdadera vida desvirtuándola al mismo tiempo, tienen que ver con la distracción, la diversión, la evasión, la alimentación de unos caudales mítico-imaginarios de aspiración a una vida poética, que también permiten vivir fragmentos, momentos y experiencias de verdadera vida.

A menudo se trata, en realidad, de un fenómeno de resistencia colaboracionista: nuestra sociedad civil resiste colaborando con el sistema que perpetúa sus males, y con ello logra atenuar algunos de ellos. También es, en ocasiones, un fenómeno de resistencia regeneradora: lleva consigo la promesa de una reforma o, incluso, de una metamorfosis de civilización. Pero esa resistencia todavía está demasiado dispersa y no ha madurado lo suficiente. Aún es difícil discernir el umbral, sin duda fluctuante, entre lo que haría predominar la resistencia sobre la colaboración o la colaboración sobre la resistencia. Una política de civilización tendría como misión fomentar y conectar todas esas resistencias para dar una imagen de lo que podría ser una reforma de nuestras vidas (que veremos en la cuarta parte de este libro).

LOS IMPERATIVOS DE UNA POLITICA DE CIVILIZACIÓN

Ahora podemos formular los imperativos de una política de civilización:

—solidarizar (contra la atomización y la compartimentación);

—volver a las fuentes (contra la anonimización);

—fomentar la convivencia (contra el deterioro de la calidad de vida);

—moralizar (contra la irresponsabilidad y el egocentrismo).

UNA POLÍTICA DE LA SOLIDARIDAD

La solidaridad anónima del estado de bienestar, que ofrece seguridades y garantías de todo tipo, es insuficiente. Hace falta una solidaridad concreta y vivida, de persona a persona, y entre grupos y personas. En todos nosotros hay un potencial solidario (como vemos en circunstancias excepcionales), y una minoría da muestras de una pulsión altruista permanente. No se trata, pues, de promulgar la solidaridad, sino de liberar la fuerza no utilizada de las buenas voluntades y favorecer las acciones solidarias. Según nuestra concepción del individuo-sujeto, todo sujeto humano lleva en sí dos programas: el primero es el de la autoafirmación egocéntrica que expresa el yo, y que es vital para alimentarse,

defenderse y desarrollarse; el segundo es el programa del nosotros, que inscribe el yo en una relación de amor o de comunidad en el seno de la familia, la patria, la confesión religiosa o el partido político. Nuestra civilización ha desarrollado el primer «programa» con una cierta hipertrofia y ha infradesarrollado el segundo. Pero éste último sólo está adormecido: se trata de despertarlo.

Yo he sugerido experimentar con «casas de solidaridad», que podrían extenderse por barrios y ciudades; concentrarían en un mismo lugar todas las asociaciones humanitarias, serían un *crisis center* específico, un centro de acogida para todas las situaciones apuradas y urgentes, con un cuerpo de voluntarios y de profesionales disponibles y movilizables permanentemente para todas las necesidades no cubiertas por el SAMU y la policía de intervención urgente. Ese marco permitiría disponer de agentes de solidaridad en todas las administraciones y todos los puestos estratégicos. Al mismo tiempo se fomentaría una «economía solidaria» que prolongaría, bajo nuevas formas, la economía mutualista: iniciativas basadas en solidaridades locales o, por el contrario, que suscitasen esas solidaridades; formación de cooperativas y asociaciones sin afán de lucro que prestaran servicios sociales de proximidad. Una sociedad no puede progresar en complejidad, es decir, en libertad, en autonomía y en comunidad a la vez, si no progresa en solidaridad: en efecto, la complejidad creciente comporta libertades crecientes, mayores posibilidades de iniciativa, que tanto pueden resultar fecundas como destructivas y generadoras de desorden. El extremo desorden se convierte principalmente en destructor, y la extrema complejidad degenera entonces en desintegración del todo en elementos sueltos. La única forma de salvaguardar la complejidad de una sociedad, es decir, sus libertades, con un mínimo de autoridad represiva, no puede ser otra que el sentimiento intenso de pertenencia a la comunidad.

Una política de calidad de vida

La calidad de vida tiene varios aspectos. Uno, ecológico, está ya reconocido; el otro, convivencial, fue enunciado hace más de cuarenta años por Ivan Illich, aunque su mensaje ha sido olvidado. La política ecológica es un componente de la política de convivencia, pero no lo es todo. La convivencia comprende la cordialidad interpersonal, el compartir y participar de las alegrías,

placeres y sufrimientos del prójimo, del vecino, del pariente o del visitante.

La calidad de vida se traduce en bienestar en el sentido existencial y no únicamente en el material. Implica la calidad de la comunicación y de la participación afectiva y afectuosa con el prójimo.

Naturalmente, la política no puede crear amistad y afecto. Incluso hay que dejar de creer que la finalidad de la política es la felicidad, según la idea formulada en la Constitución de Estados Unidos y retomada en Francia por Saint-Just. La política puede y debe eliminar las causas públicas de infelicidad (guerras, hambrunas y persecuciones), pero no puede engendrar la felicidad. Puede pretender, por tanto, no ya crear las condiciones para la felicidad, que se le escapan, sino favorecer y facilitar la posibilidad de que cada uno goce de las calidades de la vida, es decir, de vivir poéticamente.

El estado prosaico y el estado poético son dos polos de la vida: sin prosa, no habría poesía. Una es la que sufrimos por obligación o imposición en una situación utilitaria y funcional, la otra es la de nuestros estados amorosos, fraternos y estéticos. Vivir poéticamente es vivir para vivir. Es vano soñar con un estado poético permanente, que, por otra parte, se volvería insípido. Estamos condenados a la complementariedad y a la alternancia entre poesía y prosa.

En estos comienzos del segundo milenio, la hiperprosa ha progresado gracias a la invasión de la lógica de la máquina artificial en todos los sectores de la vida, la hipertrofia del mundo tecnoburocrático, la invasión del lucro y el desbordamiento de un tiempo a la vez cronometrado, sobrecargado, generador de estrés enfrentado al tiempo natural de cada uno.

La política de civilización requiere una plena conciencia de las necesidades poéticas del ser humano. Debe esforzarse por atenuar las limitaciones, las servidumbres y la soledad, por oponerse a la invasión oscura de la prosa, a fin de permitir que los humanos puedan expresar sus virtualidades poéticas. Comporta una dimensión estética: la estética, como veremos más adelante, no es un lujo, las emociones suscitadas por la belleza ante la naturaleza, la arquitectura y las obras de arte forman parte de la poesía de la vida.

La política de civilización debería restaurar las solidaridades, rehumanizar las ciudades, revitalizar el mundo rural, revertir la hegemonía de lo cuantitativo en provecho de lo cualitativo para que prime la calidad de la vida, debería propugnar lo mejor y no lo máximo, y, así, contribuir a reformar la existencia.

Dicha política superaría la alternativa globalización/desglobalización prestando atención a lo concreto local y a lo concreto planetario (y desarrollando ambas facetas); superaría la alternativa desarrollo/involución y la alternativa crecimiento/decrecimiento teniendo presente todo aquello que debe crecer/decrecer.

Así, sin dejar de ser planetaria, la política de civilización puede emprenderse a escala nacional y, convirtiéndose en ejemplo, contribuir a propagar su reforma en los demás países.

Capítulo 4
LA CUESTIÓN DEMOCRÁTICA

DERROCAR una dictadura e instaurar luego una democracia no es suficiente. La democracia es un sistema frágil que una crisis grave puede derribar y que necesita un largo arraigo histórico para consolidarse. En las crisis de las democracias se cuecen las dictaduras, pero, afortunadamente, en las crisis de las dictaduras se cuecen las democracias, como se ha visto en numerosos países de América Latina. No evocaré aquí las dificultades para que la democracia se arraigue definitivamente en el mundo. Me limitaré a observar que la vía democratizadora es necesariamente larga y aleatoria.

La democracia necesita un parlamento representativo salido de unas elecciones, la separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, pero necesita también una pluralidad de concepciones y opiniones antagonistas en la arena política, libertad de prensa, de medios y de opinión, respeto a los derechos individuales, protección de las minorías ideológicas o de origen.

La democracia parlamentaria, por muy necesaria que sea, es insuficiente. Incluso está en vías de desvitalizarse allí donde el pensamiento político pierde vigor; hay un gran desinterés ciudadano y una considerable incapacidad para afrontar los grandes desafíos de la era planetaria.

Habría que concebir y proponer las diferentes modalidades de democracia participativa, sobre todo a escala local. Sería útil despertar a los ciudadanos y fomentar su interés, necesario para la regeneración del pensamiento político, que, a su vez, regeneraría las vocaciones militantes para hacerse cargo de los grandes problemas. También sería útil multiplicar el número de universidades

populares, que ofrecerían a los ciudadanos una iniciación al pensamiento complejo con el que podrían abarcar los problemas fundamentales y globales impartiendo, por una parte, un conocimiento no mutilado y, por otra, una iniciación a las ciencias históricas, políticas, sociológicas, económicas y ecológicas.

La democracia participativa debe inventarse a partir de diversas experiencias locales, como en el caso de Porto Alegre, donde se invitó a participar a los ciudadanos en el examen del presupuesto municipal, especialmente en lo referente a inversiones. Puede adoptar la forma de debates públicos a escala local o regional para que los ciudadanos valoren proyectos controvertidos (trazado de una autopista, embalses, instalación de una fábrica contaminante, deforestación). Puede dar lugar a reuniones ligadas a proyectos públicos y también a consejos periódicos de barrio y de ciudad. Finalmente, puede adoptar la forma de jurados de ciudadanos que escuchen las opiniones de políticos y expertos sobre proyectos que revistan un interés (o un peligro) público. La democracia participativa permitiría discutir, a nivel local, problemas de interés nacional e incluso planetario.

Este tipo de democracia puede ser el remedio para las esclerosis e insuficiencias de la democracia representativa. Pero también comporta ciertos peligros, como la infrarrepresentatividad, en el caso de que haya demasiados ciudadanos abstencionistas (mujeres, jóvenes, viejos e inmigrantes) y como el riesgo de monopolio por parte de un partido político. También existe el peligro de un liderazgo de hecho por parte de aquellos que tienen el vicio de apropiarse de la palabra. La democracia participativa, pensada para recuperar la vitalidad ciudadana, no puede crear automáticamente ciudadanos activos y bien informados. Su virtud es hacer concretas las decisiones sobre problemas también concretos, revitalizar el espíritu de comunidad, solidaridad y responsabilidad y regenerar el civismo de base, allí donde fermentan tantas buenas voluntades infrautilizadas.

Se podría instituir un nuevo tipo de gobernanza a partir de la conjunción de las instancias participativas ciudadanas, de las instancias políticas y administrativas, locales y regionales, y de los profesionales competentes en los temas que se debaten y deciden.

La instauración y la revitalización de la democracia participativa

corresponden al imperativo de la política de la humanidad ya indicado: globalizar y desglobalizar, es decir, localizar y relocalizar, entendiendo que los problemas planetarios deben formar parte de la reflexión y del debate a nivel local.

También debería adoptarse y adaptarse una especie de concepción neoconfuciana en las carreras profesionales dentro de la administración pública y en aquellas profesiones que comporten una misión cívica (enseñantes, médicos, jueces, policías), promoviendo una forma de selección y contratación de personal que tenga en cuenta los valores morales del candidato, sus aptitudes para la «benevolencia» (atención al prójimo), para la compasión, su dedicación al bien público, su preocupación por la justicia y la equidad. Pero aquí tropezamos con el sempiterno problema del juicio y la evaluación. ¿Quién juzgará a los jueces en ética? ¿Quién los evaluará? Esta reforma es inseparable de una reforma de la educación que debería integrar la problemática ética (véase más adelante el capítulo «Reforma de la educación»), de la introducción de dicha problemática en la formación de los administradores, médicos, enseñantes, y, sin duda, de la creación de un alto consejo de ética cívica constituido por el nombramiento o elección de personalidades de reconocidas cualidades morales.

Capítulo 5
LA DEMOGRAFÍA

LA demografía no estudia sólo las condiciones biológicas del crecimiento y decrecimiento de la población, pues ambos dependen también del nivel de vida, la renta, la educación y la condición femenina en el seno de las sociedades.

La demografía encierra imprevistos: las explosiones demográficas inesperadas, como el caso de Francia con un millón de hombres prisioneros a partir de 1940, o los declives repentinos como el que afectó a Berlín a partir de 1957 y se extendió por toda Europa, excepto Polonia.

Hoy, el problema demográfico debe plantearse teniendo en cuenta dos aspectos: el primero es el del aumento de la población mundial; el segundo, el de los flujos migratorios.

Tememos al aumento demográfico de la humanidad desde que Malthus pareció demostrar que la población crece con más rapidez que los recursos alimenticios. El miedo reapareció en la segunda mitad del siglo XX y perdura en las predicciones actuales relativas a mediados del siglo XXI. La población mundial ha pasado de tres mil millones a unos seis mil millones en cincuenta años, y parece que alcanzaría los nueve mil millones en 2040 para luego estabilizarse. Estas previsiones deberían matizarse con la siguiente constatación: la fertilidad decrece allí donde se desarrollan las clases medias al estilo occidental y las niñas acceden a la educación. En Europa, la natalidad está decreciendo desde la segunda mitad del siglo XX. China impone unas restricciones drásticas de nacimientos a su población. Únicamente África conserva una media de cinco hijos por pareja.

¿Está fundado el temor de que el aumento demográfico

provoque escasez alimentaria y hambrunas? Revé Le Gras lo discute. Sostiene que el volumen de los alimentos que se producen crece más rápidamente que la población. De hecho, durante la segunda mitad del siglo XX, la agricultura mecanizada e industrializada ha producido la llamada «revolución verde», que ha respondido con un aumento de alimentos al aumento de población. Pero, ahora, la agricultura y la ganadería industrializadas derrochan un agua cada vez más vital, absorbiendo dos tercios del agua que se consume en nuestro planeta. Estas actividades contaminan las capas freáticas y desertifican las tierras por culpa de la sobreexplotación. El desarrollo de los vil carburantes, por otra parte, reduce la proporción de la agricultura reservada a la alimentación. La urbanización creciente (más de la mitad de los seres humanos viven hoy en las ciudades) se realiza en detrimento de las tierras cultivadas. Por otra parte, si la humanidad se alimentase con el régimen de los daneses, extremadamente cárnico, sólo se podría alimentar a cuatro mil millones de seres humanos; si se alimentase con el régimen bangladesí, la Tierra podría alimentar a nueve mil millones de individuos. De hecho, la sobrealimentación de los países ricos también es responsable de la subalimentación del mundo pobre. Finalmente, el problema de la subsistencia y de las nuevas hambrunas que se producen en África tiene que ver con una combinación compleja de política, economía y sociología. El déficit de alimentación que sufren ochocientos millones de personas en el mundo depende, sin duda alguna, de la especulación, la corrupción, la destrucción de los cultivos de subsistencia y la sobrealimentación de los países ricos.

Una vez más, vemos cómo problemas en apariencia diferentes están relacionados y necesitan vías de reforma simultáneas y combinadas: por una parte, la vía de una reforma en el reparto y la distribución que disminuya el sobreconsumo de los ricos y aumente el consumo de los pobres; por otra parte, la vía de una reforma agrícola que desarrolle la agricultura de subsistencia en las naciones dependientes de productos esenciales y potencie la alimentación de proximidad, las agriculturas tradicionales y biológicas, la utilización de abonos que no esterilicen los suelos, la eliminación de los pesticidas más nocivos y el desarrollo de las energías verdes. Finalmente, se impone una política planetaria del agua, cada vez

más escasa y más contaminada, un recurso vital del cual algunos países ya están privando a otros (Israel a Palestina).

Vemos, pues, que el problema demográfico es complejo: intervienen muchos elementos diversos que conviene relacionar para tomarlo correctamente en consideración; reclama medidas a favor de la limitación de la natalidad allí donde hay superpoblación, de estímulo de la fecundidad allí donde hay infrapoblación, y también una política de la humanidad que favorezca las corrientes sociológicas de control de la natalidad y actúe, entre otras cosas, sobre el consumo, la alimentación, la agricultura y el agua. Considerando el tema de las migraciones vemos que son, a la vez, causa y efecto de la diáspora del *homo* llamado *sapiens* por todos los continentes durante la prehistoria, incluidas las islas de Oceanía. Las migraciones no han cesado jamás durante la historia de la humanidad, ora estableciéndose para crear naciones, ora invadiendo estados para sustituir al poder allí reinante. Fueron las invasiones «bárbaras» las que constituyeron las naciones europeas sobre las ruinas del Imperio Romano. Las migraciones son, de hecho, un fenómeno ininterrumpido, ya sea que un pueblo expulse a otro o que tribus nómadas se lancen a la conquista de sociedades sedentarias, o que unas poblaciones pobres y oprimidas partan en busca de tierras, si no prometidas, al menos prometedoras. Recordemos que las dos Américas son producto de las migraciones europeas.

Las migraciones ya no se efectúan en la actualidad bajo la forma de desplazamientos de pueblos enteros, sino de viajes individuales más o menos agrupados y, en el caso de los africanos, sometidos a la explotación de mafias, para acceder subrepticiamente a países donde permanecerán clandestinamente.

Se han contado doscientos millones de migrantes en 2005, de los cuales un 34% con destino a Europa, un 28% a Asia, un 23% a América del Norte y un 4% a América Latina, es decir, un 57% en total al mundo occidental. Cabe señalar que entre esos migrantes, un 7%, es decir, catorce millones, ha huido de conflictos (africanos, afganos, cristianos de Oriente Medio), que ha habido «refugiados medioambientales» por causa de desertificaciones, inundaciones, seísmos y degradación climática; que hay migrantes chinos en África y migrantes de todas las procedencias en los países petroleros

del Golfo (donde representan el 80% de la mano de obra). A ello hay que añadir el éxodo de cerebros (médicos, ingenieros diplomados): cerebros africanos hacia Europa, cerebros europeos hacia América del Norte. Las emigraciones más masivas son las que se dirigen a Canadá, Australia, Arabia Saudí y otros estados productores de petróleo.

En casi todos los casos, incluida Europa, los inmigrantes no sustituyen a los trabajadores autóctonos, que en general no están dispuestos a aceptar los oficios más sucios y mal pagados que sí aceptan los recién llegados, y éstos contribuyen al dinamismo económico de los países en los que trabajan, a menudo en condiciones de explotación descarada (economía sumergida, salarios bajísimos). Hoy, en Francia, las personas sin papeles son indispensables en numerosos sectores, como, por ejemplo, la restauración.

Un informe de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) asegura que la inmigración desempeñará un papel vital en la futura economía de los países del Norte, a fin de mantener su crecimiento y prosperidad. Tras una disminución en los años 2008 y 2009, los flujos migratorios sin duda se recuperarán. Los gobiernos deberían ayudar a los inmigrantes a integrarse, asegurándoles los mismos derechos que a los trabajadores locales y haciendo menos restrictivas las condiciones para nacionalizarse.

Además, en los países que disponen de procedimientos de integración a través de la nacionalización y ofrecen la nacionalidad a los niños nacidos en su territorio, los inmigrantes sucesivos no sólo han dado una consistencia demográfica a la nación, sino que la han enriquecido con su diversidad cultural.

Sin embargo, en Europa, en los países donde han persistido unos sentimientos de superioridad racistas, poscolonialistas y xenófobos, los inmigrantes son, cada vez más a menudo, víctimas de reflejos nacionalistas, exacerbados a su vez por las nuevas angustias nacidas de las incertidumbres ligadas al mañana, las dificultades económicas y el miedo a perder la identidad.[16] Se convierten en chivos expiatorios. Pese a que nada indica que haya un aumento invasivo, la voluntad de seducir al electorado xenófobo hace que los poderes públicos tomen unas medidas crueles de rechazo y

expulsión. La Francia republicana, que jamás había cedido a la histeria antíinmigrantes de la extrema derecha, pierde su cara hospitalaria en aras de una política de rechazo, cuando la baja natalidad requeriría la llegada de fuerzas nuevas y jóvenes.

Si bien es cierto que los inmigrantes en Europa no amenazan para nada las identidades nacionales, sino que, al contrario, enriquecen la economía, la demografía y la cultura de las naciones, habría que crear para Europa una instancia competente que examinase el problema de las migraciones, sobre todo en función de los eventuales aumentos migratorios que el calentamiento climático, las múltiples perturbaciones debidas al empeoramiento de las condiciones de vida en las zonas sujetas a la desertificación, la escasez y la contaminación del agua, las inundaciones y la más que probable exacerbación de los conflictos actuales (Oriente Medio y Asia) provocarán en el futuro. Pero, mientras ese deterioro probable (pero evitable) no se produzca, convendría abolir las prohibiciones en las fronteras (lo cual haría desaparecer las mafias que organizan el tráfico clandestino de personas) y dejar a los seres humanos la libertad de circular que tan gustosamente se concede a las mercancías y a los capitales.

Correlativamente, si los países pobres desarrollaran una agricultura de subsistencia y las reformas económicas y sociales que propugnamos en este libro, las tasas de emigración disminuirían progresivamente por sí solas.

Capítulo 6
LOS PUEBLOS INDÍGENAS

EN todos los continentes, incluida Europa (el pueblo rom), y en el seno de las naciones modernas subsisten multitud de pueblos dotados de una fuerte identidad, con su lengua, sus mitos, sus creencias; los más importantes están formados por unos miles de individuos, los más pequeños, por centenares. Entre ellos, las sociedades de cazadores recolectores son los últimos testigos de la humanidad primitiva del *Homo sapiens*, que se extendió en su diáspora por todo el globo durante cincuenta mil años de prehistoria y que otras sociedades históricas aparecidas hace unos ocho o nueve milenios, con agricultura, ciudades, un Estado, ejército y poderosos medios técnicos, aniquilaron o relegaron durante su expansión.

Este etnocidio, de dimensiones planetarias, se aceleró e intensificó en el siglo XIX con la colonización occidental, y ya sólo quedan, en las montañas remotas, los desiertos y las junglas profundas como la Amazonia, unos pocos vestigios de esa humanidad abocada a una muerte cierta si no somos capaces de detener este proceso.

Son, pues, micronaciones, pequeños pueblos, microetnias dispersas e indefensas. Lévy-Bruhl no veía en ellos más que pensamiento místico y mágico, infantil e irracional. En realidad, disponen de un pensamiento racional técnico y práctico que los hace capaces de fabricar arcos, flechas y cerbatanas, de aplicar estrategias refinadas para cazar sus presas, y de conocer las cualidades y virtudes de las plantas para alimentarse y curarse. Igual que sucede con nosotros, que tenemos otros mitos y otras ilusiones, no confunden el pensamiento simbólico-mítico-mágico

con el pensamiento racional-técnico-práctico, sino que los combinan entre sí.

Entre los pueblos denominados «primitivos» existe una riqueza inaudita de saberes y prácticas que los etnofarmacólogos están empezando a explorar. Sus chamanes o hechiceros disponen de capacidades psíquicas que nosotros no hemos sabido conservar y que no podemos comprender.

Estas sociedades son modelos de solidaridad comunitaria evidentemente cerrada. Si bien no existe en ellas individualismo a la manera occidental, cada individuo utiliza por completo sus aptitudes sensoriales: vista, oído, olfato y tacto. Cada uno es policompetente: el hombre talla sus herramientas, fabrica sus armas y sus proyectiles, sabe encontrar las huellas de las presas, perseguirlas y abatirlas; construye su casa, confecciona juguetes para sus hijos; la mujer se ocupa de los hijos, recolecta el forraje y los vegetales para la alimentación, cocina, confecciona vasijas de barro, tejidos y joyas. En nuestro mundo occidentalizado, el desarrollo de las técnicas y la especialización han atrofiado las aptitudes sensoriales y han inhibido las potencialidades de una policompetencia que ya sólo practican los más pobres, en los barrios de chabolas de África, y los aficionados al bricolaje.

No podemos limitamos a enumerar las formas de civilización adquiridas por las sociedades europeas, pues también habría que enumerar las de solidaridad y de comunidad que se han perdido, por no hablar de la barbarie y la crueldad sobre las cuales se han fundado y han florecido nuestras civilizaciones, que siguen aniquilando cultural y físicamente a la humanidad primitiva.

La conquista militar que culminó a finales del siglo XIX fue paralela a una conquista espiritual: de hecho, los misioneros desintegraron una serie de culturas indígenas sin integrar a los pueblos en la civilización dominante. La explotación económica se efectuó mediante la esclavitud, el traslado de poblaciones, la expropiación de las tierras. La esclavitud ha desaparecido casi por completo (aunque no del todo), pero la explotación se extiende: en la Amazonia, después de los *seringueiros*, la roturación por y para la agricultura moderna expulsa a los indígenas, y la prospección minera y petrolera se apodera de sus territorios, codiciados por sus riquezas. A pesar de que la ley reconoce esos territorios, los pueblos

amazónicos del Brasil apenas están protegidos por la FUNA,[17] que no dispone de suficientes efectivos. Los atacan y los matan. Los que son arrancados por la fuerza de sus cultivos se dejan morir, como hicieron los alakaluf de la Tierra de Fuego, o como hizo un pueblo amazónico que fue obligado a vestirse y a adorar una cruz y cuyos objetos sagrados fueron destruidos por los misioneros.

¿Cómo salvaguardar a esa humanidad tan rica en su pobreza, tan patética y tan inocente?

Debemos reconocer, ante todo, que esos seres, aparentemente extraños, son nuestros padres y nuestras madres, nuestros hermanos y hermanas, depositarios de numerosas verdades esenciales que nosotros ya no poseemos y que podríamos recuperar si, en lugar de despreciarlos, supiéramos intercambiar y recibir lecciones de ellos.

¿Es necesario, para salvarlos, encerrarlos en reservas, verdaderos zoológicos humanos, donde estarían prisioneros más que protegidos? ¿La folclorización, que hace de sus ritos y danzas objetos de circo, les permitiría vivir, o constituye tan sólo un miserable medio de supervivencia?

¿Y la integración? La integración desintegra. Fue, entre otros, el caso de los alakaluf,[18] y también es el de los indios inuit del norte de Quebec.[19]

La vía de salvación es la difícil vía de la integración autonomizante de esos pueblos testigos. Esta comporta la rememoración de su historia, el respeto a sus tradiciones identitarias, el reconocimiento de las virtudes de su cultura, el acceso a una conciencia de humanidad planetaria. La realización de filmaciones en vídeo o en película por jóvenes indígenas a quienes se ha enseñado esas técnicas permite preservar el conocimiento y el respeto de las tradiciones identitarias.

Esta vía de salvación comporta la utilización de las instituciones democráticas de las naciones para lograr que se reconozcan sus derechos, que se legalicen sus territorios, que se autoricen sus portavoces en los parlamentos. Se fomentaría, así, la asociación de las micronaciones en confederaciones donde se formaría la conciencia de una identidad común de gran nación, como se ha hecho en Canadá y en Estados Unidos.

Debemos permanecer conscientes en todo momento de los riesgos desintegradores (pueblos privados de toda misión por las

misiones, pueblos «showbusinessizados» por la folclorización, pueblos de gradados por la irrupción brutal del dinero). También de la insigne dificultad de esos pueblos por hacer que se les reconozca: no tienen (todavía) una *intelligentsia* que hable en su nombre, ni abogados que defiendan sus derechos; carecen de un Estado nacional y de instituciones que los protejan a nivel internacional. Y, sin embargo, la causa de estas minorías dispersas y mortalmente amenazadas es sagrada. Estos seres humanos, los más desheredados de la Tierra-Patria, son nuestros álter ego.

Deberíamos unir la defensa de estos pueblos raíz a la de los nómadas, roms, saharauis y otros, encajados entre fronteras artificiales, y a la de las sociedades tribales amenazadas también por una integración desintegradora, la de las pequeñas etnias empujadas a regiones remotas, desheredadas, forestales o de montaña. En total, trescientos millones de seres humanos amenazados en sus culturas y, a menudo, en sus vidas.

Deberíamos crear instancias planetarias que pudieran salvaguardar a estos pueblos y sociedades de la humanidad arcaica. Existe un patrimonio cultural de la humanidad protegido por la UNESCO, pero el patrimonio cultural no consiste sólo en monumentos, arquitectura, arte y paisajes, también consiste en la existencia de las sociedades humanas madres, ricas en cualidades que nosotros hemos perdido y que podríamos y deberíamos recuperar a través de ellas. Su existencia, que es en sí misma resistencia a la barbarie de la civilización evolucionada, es una resistencia civilizadora.

Capítulo 7
LA VÍA ECOLÓGICA

LA SITUACIÓN

La gran disyunción de Occidente

Mientras que las sociedades arcaicas, y más tarde las sociedades tradicionales, se sentían integradas en la vida del cosmos, y la mayoría de las religiones, entre ellas el hinduismo y el budismo, incluyen al ser humano dentro del ciclo de las reproducciones del mundo vivo, el monoteísmo judío, y posteriormente cristiano e islámico, separó al ser humano del mundo animal atribuyéndole el privilegio supremo de haber sido creado a imagen de Dios. Al anunciar la buena nueva de la resurrección de los cuerpos, Pablo confiere un estatus inaudito al ser humano, ya que le otorga la capacidad de resucitar, mientras que los animales están abocados a la putrefacción definitiva.

El desarrollo de la civilización occidental efectúa una segunda disyunción en el siglo XVII: para Descartes, el hombre es el único sujeto en el universo, el único que posee un alma de la cual los animales carecen. El hombre tiene la vocación de convertirse «en amo y señor de la naturaleza». El desarrollo técnico, económico y capitalista de la civilización occidental emprende, entonces, la conquista de esa naturaleza en la que todo lo que está vivo es algo que hay que someter, manipular o destruir.

Mientras que en el siglo XIX, los escritores y poetas, siguiendo a Rousseau, inscriben al ser humano dentro de una naturaleza maternal, las ciencias la reducen y la dividen en física, química y biología.

La idea misma de vida es negada en el siglo XX por la biología molecular, que sólo concibe interacciones entre moléculas, y por la

genética, según la cual el ser vivo es un autómata accionado por sus genes. La ciencia reduccionista es ciega a la auto-eco-organización que produce y es producida por la autonomía viva.

La antigua concepción sobre el cosmos ya ha sido barrida por la noción de espacio-tiempo. A pesar de Darwin, que demostró que el hombre es un primate fruto de una larga evolución animal, las ciencias del siglo XX mantienen la dicotomía hombre/animal y cultura/naturaleza. La naturaleza corpórea y animal del hombre tiene que ver con la biología; su parte espiritual y social tiene que ver con las ciencias humanas. La biología se apodera del cerebro; la psicología, del espíritu. Las recientes ciencias cognitivas intentan, como pueden, relacionar ambas disciplinas.

La aparición, en el último tercio del siglo XX, de la ciencia ecológica y el progreso de la cosmología y de las ciencias de la tierra, así como el conocimiento de la prehistoria, han sido necesarios para concebir que, si bien se distingue de la animalidad por su conciencia y su cultura, el ser humano lleva en sí toda la historia del universo y de la vida, puesto que sus partículas aparecieron ya en los primeros segundos de la existencia del mundo, sus átomos se formaron en soles anteriores al nuestro y sus moléculas se ensamblaron en una Tierra primitiva para formar el primer ser unicelular del cual, a través de transformaciones y metamorfosis, descienden todos los seres vivos, incluido el ser humano. Así, la auto-eco-organización del ser vivo está inscrita dentro de nuestra propia organización humana. El mundo está en nosotros al mismo tiempo que nosotros estamos en el mundo. No somos unos extravivos, unos extraanimales o unos extraprimates, sino que somos, realmente, unos supervivos, unos superanimales y unos superprimates. La organización biológica, animal, mamífera, se halla en la naturaleza, fuera de nosotros, pero también en nuestra naturaleza, en nuestro interior.

El advenimiento de una conciencia ecologista

Con la ecología aparece la primera ciencia sistémica y transdisciplinar. La naturaleza terrestre está formada por ecosistemas, conjuntos geográficamente localizables constituidos por las interacciones entre animales, vegetales, seres unicelulares, tierras y climas. El ecosistema es una organización espontánea que no dispone de ningún cerebro central, de ningún puesto de mando,

sino que encuentra sus modos de regulación en sus complementariedades (parasitismos, simbiosis) y sus antagonismos (concurrencias o predaciones entre especies). Su proceso de autorregulación integra la muerte en la vida y la vida en la muerte. El ciclo trófico que mantiene al ecosistema se alimenta de la muerte: existe un vínculo estrecho entre la vida y la muerte que la ecología reconoce. La naturaleza es, pues, madre e infanticida a un tiempo.

La noción de eco-organización viva fue extrapolada a la biosfera por Paul Ehrlich, profesor de la universidad de Stanford (Estados Unidos), y, más adelante, por el informe Meadows (1972), que fue el primero en alertar de la amenaza de deterioro de la biosfera. Finalmente, James Lovelock reconoció en la biosfera un superorganismo vivo al que denominó «Gaia».

La ecología, que es una nueva ciencia, versa sobre un complejo en el cual las interacciones entre las partes constituyen un sistema global cuyas cualidades (emergencias) retroactúan sobre las partes. Es la primera ciencia que resucita la relación entre los hombres y la naturaleza. Al revelar nuestra relación de vida y muerte con la biosfera, nos obliga a replantearnos nuestro planeta, vinculándolo con nuestro destino, y, finalmente, a replanteamos nosotros mismos.

La amenaza

El proceso tridimensional que se ha desencadenado (globalización, occidentalización y desarrollo) es el que está deteriorando la biosfera de forma intolerable, tanto global como localmente. El dinamismo de la civilización occidental, que comporta los desarrollos *non stop* de la ciencia, la técnica, la industria, la producción y el consumo, carece de regulaciones. Dicho dinamismo puede asimilarse a un *feedback* positivo, una reacción en cadena que será en el futuro desintegradora si no halla sus controles y sus reguladores, y, sobre todo, si el sistema que la produce no se metamorfosea.

De hecho, se ha multiplicado la contaminación urbana, agrícola, atmosférica, y la de ríos, lagos y mares (se han producido múltiples mareas negras, las dos últimas en el golfo de México y en China), sufrimos la degradación de los suelos y de las capas freáticas, deforestaciones masivas, catástrofes nucleares (Chernobil, Three Miles Island), calentamiento climático.[20] Al mismo tiempo, las

energías fósiles constituyen un problema por sus efectos contaminantes y por la perspectiva de su escasez, de ahí la necesidad de las energías renovables. La conjunción de esas amenazas sobre la biosfera constituye un peligro para toda la humanidad.

Así pues, el proceso tiene múltiples aspectos y afecta a todas las facetas de la vida natural y humana: urbana, rural, acuática, oceánica (en especial la destrucción de las reservas de pesca, mal compensada por la piscicultura), destruye la biodiversidad y altera la diversidad cultural, produce o, cuando menos, acelera el calentamiento global.

Los enormes progresos en higiene y medicina se ven, en parte, contrarrestados por el aumento de muchos tipos de contaminación y fuentes de estrés que actúan sobre la salud.

El capital financiero mundial, cuyo dinamismo coproduce la globalización, agrava la crisis ecológica. Conduce a la sobreexplotación de los recursos naturales en todo el mundo, principalmente en el hemisferio Sur; ha incitado a multiplicar «externalidades», que son daños colaterales ecológicos, entre ellos el vertido de residuos tóxicos en los países pobres; ha estimulado a esos países a orientar su agricultura a la exportación, en detrimento de su agricultura de subsistencia, de sus bosques y su biodiversidad. La creciente escasez de los recursos naturales ha espoleado el espíritu especulativo, de ahí el aumento de precios, que no ha hecho más que acrecentar las dificultades de las familias pobres del mundo rico, que se han sobreendeudado incitadas por el mismo capitalismo financiero. Y de ahí, finalmente, la crisis de 2008, la «primera crisis socio-ecológica del capitalismo financiero y bursátil, la primera en la que han influido la disminución de los recursos y los daños ecológicos» (Jean Gadrey, economista, profesor de la universidad de Lille).

La necesidad de una política planetaria y de una instancia de decisión planetaria ha provocado las conferencias de Río, Kioto, Johannesburgo y Copenhague, que han confirmado los diagnósticos alarmistas, aunque no han logrado todavía imponer medidas reformadoras.

Las vías eco-reformadoras

Las vías para responder a la amenaza ecológica no son sólo técnicas:

se requiere, prioritariamente, una reforma de nuestra manera de pensar para abarcar en su complejidad la relación entre la humanidad y la naturaleza, y diseñar reformas de civilización, de sociedad y de vida.

Reforma del pensamiento: la concepción del mundo

Debemos replantearnos la disyunción absoluta entre lo humano y lo natural, resultado del auge del racionalismo técnico occidental y de la influencia del antropocentrismo judeocristiano. *La quimera de control total del mundo, alimentada por el prodigioso desarrollo de las ciencias y las técnicas, tropieza hoy con la toma de conciencia sobre los poderes destructivos que representa la tecnociencia para la propia humanidad, y sobre nuestra dependencia respecto a la biosfera*. Como la vía seguida por la humanidad conduce al empeoramiento de todos esos males y peligros, se trata de cambiar de vía a través de la concienciación y de la reforma. El *Homo sapiens* ya no debe intentar dominar la Tierra, sino preservarla y ordenarla.

Por eso, una vez más, el desarrollo, incluso bajo la forma atenuada de «sostenible», debe ser cuestionado.

Para ello, se impone una reforma del conocimiento. Vivimos dominados por un pensamiento disyuntivo (que separa lo que no está separado) y un pensamiento reductor (que reduce a simple lo complejo). Ahora bien, hemos llegado a un punto en que la organización disyuntiva del conocimiento científico y técnico produce unos conocimientos fragmentados y aislados difíciles de agrupar en conocimientos fundamentales y globales; emerge, entonces, la paradoja de un conocimiento que causa más ceguera que lucidez.

Una reforma del pensamiento, inseparable de una reforma de la educación (véase, más adelante, el capítulo «Reforma del pensamiento»), nos llevaría a reconocemos como hijos de la Tierra, hijos de la vida, hijos del cosmos. Nos haría tomar conciencia de nuestra comunidad de destino como seres humanos de todos los orígenes, amenazados por los mismos peligros mortales. Sabríamos, entonces, que el pequeño planeta perdido llamado Tierra es nuestra casa (*home, Heimat*); que es nuestra *patria*, nuestra Tierra-Patria. Todos los humanos habitan la casa común de la humanidad, sufren la situación agónica de ese inicio de milenio y comparten un

destino de perdición.

La toma de conciencia de esa comunidad de destino debe convertirse en el acontecimiento clave del siglo XXI: debemos sentirnos solidarios con este planeta cuya vida condiciona la nuestra. ¡Hay que salvar al soldado Tierra! ¡Debemos salvar nuestra Pachamama, nuestra Tierra madre! Para ser ciudadanos plenos de la Tierra, debemos necesariamente cambiar nuestra forma de vivir en ella. Es indudable que nuestra conciencia ecológica progresa a saltos, local y globalmente, como consecuencia de diferentes estragos, deterioros y catástrofes. Pero esa progresión se ve frenada por estructuras institucionales y mentales esclerosadas, por enormes intereses económicos; hay todavía mucha cerrazón a pesar de las grandes conferencias internacionales celebradas estas últimas décadas. Además, vemos que también progresa la inconsciencia. La toma de conciencia ecológica no se ha inscrito en un gran pensamiento político y aún no suscita la aparición de una fuerza planetaria, que sería la única capaz de iniciar los cambios necesarios.

Una eco-política planetaria

Se impone una eco-política local, regional y nacionalmente planetaria. También debe ser global. Esa política debe enunciar las normas para preservar las biodiversidades y los bosques, reducir las agriculturas y ganaderías industrializadas que contaminan los suelos, las aguas y los alimentos, proteger los cultivos de subsistencia, proponer respuestas al calentamiento global. Debería considerar en su conjunto y en su diversidad los factores de contaminación, y esbozar las grandes líneas de las reformas más importantes y más urgentes.

Las energías renovables

Es posible y necesario formular una política energética en todos los niveles: doméstico, local, nacional, continental y planetario.

Debe efectuarse una reforma que desarrolle las energías renovables. Estas deberían considerarse cada una en su especificidad propia, pero también como un conjunto dentro del cual habría que asociar y combinar, en la medida de lo posible, la hidráulica (no sólo los embalses, sino la vuelta a los molinos de agua, según nuevos modelos micro-hidra-eléctricos), la eólica, la solar, la fotovoltaica, la geotérmica y la mareomotriz. Señalemos el

gran desarrollo que han tenido esas energías en España (donde las eólicas alcanzarán el 46% del potencial total en 2011) y en Alemania (cien mil paneles solares, frente a cinco mil en Francia). Cabe añadir a eso la producción de energía a partir de la combustión y la fragmentación de los residuos, o la derivada de la bosta de vaca (central térmica de Leeuwarden en los Países Bajos) y las bombas de calor aerotérmicas (que sacan el calor del aire ambiente). En cuanto a la energía solar, está previsto instalar una central térmica gigante en el Sáhara (proyecto Desertec) como las que ya existen en el desierto de Mojave, en California. También se está considerando la posibilidad de utilizar satélites que capten la energía solar en el espacio (sociedad Astrium).

Además, los cultivos de vil carburantes podrían seguir desarrollándose, siempre que no fuese en detrimento de los cultivos destinados a la alimentación.

Por otra parte, el empleo útil e inocuo del hidrógeno con fines energéticos es una posibilidad que no hay que descartar.

Tampoco se ha encontrado todavía la fórmula para secuestrar el CO_2

Hábitat (véase también el capítulo «Ciudad y hábitat»)

La reforma energética destinada al hábitat nos lleva a concebir conjuntamente las energías renovables (eólica, solar, fotovoltaica, geotérmica y, en el caso de fuentes o ríos privados, hidráulica); éstas, de forma complementaria y combinada, deberían poder garantizar la calefacción y la iluminación del hábitat.[21]

Una política del hábitat debería tender, por tanto, a favorecer a la vez el desarrollo de cada una de esas energías y su combinación. Actualmente, la instalación de una calefacción geotérmica representa un coste inmediato demasiado elevado, comparado con el de la calefacción eléctrica, pero su amortización en el tiempo, en términos de coste y de respeto al medio ambiente, está asegurada; hay que prever, así, medidas fiscales que impulsen esos equipamientos y fomenten igualmente la cogeneración.

La política del hábitat debería dar libertad a los particulares para producir su electricidad doméstica e imponer un cierto ahorro, por ejemplo la reducción progresiva de la calefacción eléctrica y el aire acondicionado, la generalización del doble cristal, la puesta en

marcha de calefacciones de inmuebles reguladas en función de la temperatura exterior y no de programas estacionales con fechas fijas.

El transporte

En el campo del transporte es donde constatamos la mayor dependencia energética y donde se produce la mayor contaminación material. Los transportes de mercancías por carretera a largas distancias (a veces miles de kilómetros) y la mitad de los desplazamientos en coche que no superan los tres kilómetros podrían evitarse y sustituirse: los primeros, por el transporte ferroviario, los segundos, utilizando transporte público o bicicleta.

De ahí la necesidad de disminuir los transportes contaminantes mediante:

—la introducción de incentivos a la producción de coches híbridos;[22]

—el desarrollo de la red de alta velocidad, con la finalidad de disminuir los transportes por avión y por carretera;

—el transporte ferroviario para los camiones (urgente en los ejes Lyon-Turín y Centro-Pirineos);

—el desarrollo de transportes marítimos mixtos, a vela y a motor (algunos ya funcionan);

—la reducción de los viajes intercontinentales en avión gracias a la generalización de las teleconferencias.

Y de ahí, también la necesidad de regular la circulación urbana mediante:

—un cinturón de aparcamientos alrededor de las ciudades y de los centros urbanos;

—la peatonalización de los centros urbanos que den prioridad al transporte público, preferentemente eléctrico (tranvías) y reintroduciendo la bicicleta;

—la incentivación del coche compartido y la instalación de lanzaderas.

La problematización de la energía nuclear

La energía nuclear presenta ventajas (no contamina la atmósfera), inconvenientes (requiere unas colosales medidas de seguridad) y riesgos (accidentes graves improbables pero posibles, riesgos terroristas, ya que las centrales son objetivos ideales para los atentados, las perturbaciones en periodos de fuerte canícula y la

contaminación por residuos radiactivos).

Existen protecciones para los residuos radiactivos eficaces sólo a corto y medio plazo. A muy largo plazo, los efectos nefastos de esos residuos actuarían durante miles o incluso millones de años, por este motivo la previsión y el control no se pueden asegurar más allá de un siglo. Sin embargo, no podemos excluir que se puedan encontrar medios para neutralizar el peligro de los residuos radiactivos, por ejemplo creando centrales alimentadas con esos mismos residuos.

También existe dependencia de la energía nuclear generada en el extranjero, porque Francia importa uranio nigeriano o canadiense (la explotación de la mina de uranio canadiense se suspendió durante un tiempo por unas importantes inundaciones).

La energía nuclear está sometida, pues, a riesgos específicos y ahora, también, a amenazas externas.

El procedimiento de fusión nuclear resolvería muchos problemas, pero el primer reactor de investigación, el ITER,[23] encuentra dificultades de producción y, probablemente, no estará listo antes de veinte años por lo menos.

Por ello, parece mucho más oportuno invertir masivamente en energías renovables. La prioridad concedida a la energía nuclear ha hecho que, en Francia, se invirtiera poco en energía solar, eólica y otras renovables.

La política del agua

Limitémonos a examinar aquí los aspectos ecológicos de una política del agua. Con el suministro de agua a las casas, el agua, un antiguo bien común a la disposición de todos, se ha convertido en un bien de pago, y en un bien mercantil costoso con el desarrollo de agua potable embotellada.

El uso masivo de agua en la agricultura industrializada, la contaminación de las capas freáticas por las deyecciones de la ganadería industrializada y la contaminación de los ríos, lagos y mares por las basuras y los residuos nocivos urbanos e industriales transforman el bien más abundante en un bien cada vez más escaso. Finalmente, en las regiones del mundo que sufren sequías endémicas y en aquellas donde se prevé que el cambio climático convierta el agua en un bien crucial para las naciones, el empeoramiento de las condiciones de abastecimiento y la

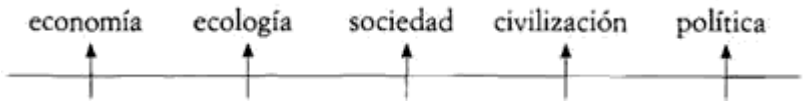
multiplicación de los antagonismos entre los países hacen presagiar eventuales guerras del agua.

Por otra parte, el fitoplancton, elemento básico de la cadena trófica, disminuye dramáticamente en los océanos, cada vez más contaminados y sometidos a la sobrepesca.

Los problemas de sociedad

La ecología nos plantea directamente problemas energéticos de orden técnico y económico, e, indirectamente, problemas de transporte y de hábitat. Nos lleva, por lo tanto, a considerar problemas sociales clave.

La sociedad es un «complejo», en el sentido de la palabra latina *complexas*, que significa «lo que está entretejido»; si seguimos los hilos energéticos, llegamos al complejo que forma el conjunto. Dicho complejo comprende la producción, el consumo, la ciudad, el campo y, correlativamente, los comportamientos y finalidades individualistas que marcan nuestros hábitos, modos y estilos de vida, en otras palabras, nuestra existencia cotidiana y personal. Debemos, pues, situarnos en el siguiente complejo:



Hablar de complejo significa que debemos considerar los datos particulares en relación al conjunto del cual forman parte, y también considerar el conjunto en relación a las partes.

Ese complejo comporta problemas que son propios de nuestra civilización, caracterizada por el desarrollo ininterrumpido de su idiosincrasia técnico-económica-industrial, que implica un crecimiento continuo de las necesidades, producciones y consumos, especialmente energéticos. Tan sólo estamos empezando a tomar conciencia de que ese consumo es un despilfarro que provoca deterioros y escasez; es preciso llegar lo antes posible a la conclusión de que esta situación requiere aportaciones novedosas y reformas en todos los campos.

En efecto, más allá de un determinado umbral, modificar nuestros comportamientos energéticos implica modificar nuestros estilos y modos de vida, tanto en el transporte como en el hábitat, el consumo o la vida urbana.

Ciudad/campo

El problema de la ciudad ya se ha abordado desde el punto de vísta de los transportes y el hábitat. Lo volveremos a tratar en un capítulo específico. Lo que se estudia en este apartado es el problema de las megalópolis, donde la ciudad como tal se ve asfixiada por un área metropolitana informe. Ya hemos hablado de una política de desobstrucción, mediante la peatonalización y el desarrollo de transportes públicos no contaminantes en los centros urbanos. Cabe añadir que es posible considerar una desmegalopolización en beneficio de las ciudades medias, y también la repoblación de los pueblos y aldeas. Los pueblos moribundos pueden revitalizarse mediante la reincorporación de jóvenes y el desarrollo del teletrabajo. Se pone de manifiesto el problema doble y correlativo de la humanización de las ciudades y la revitalización del campo que requiere de una política de civilización.

La tendencia a la concentración económica, administrativa, escolar y sanitaria, inspirada por motivos puramente cuantitativos, debería invertirse. Cada pueblo debería tener una tienda-panadería-café y una oficina polivalente de conexión postal y bancaria. La excesiva centralización hospitalaria podría corregirse creando células médicas ambulantes y pequeñas unidades de atención sanitaria local.

En el apartado dedicado a la agricultura examinaremos las reformas necesarias para reducir progresivamente la agricultura y la ganadería industrializadas, desarrollar las agriculturas tradicionales y biológicas, practicar la reforestación y utilizar abonos que no degraden la tierra, entre, ellos el biochar.[24]

La naturaleza

Toda política de preservación de la naturaleza necesita reformas agrícolas que reduzcan la agricultura y la ganadería industrializadas. En general, debe tender a preservar o restaurar la biodiversidad, a promover las reforestaciones, a desarrollar los parques naturales, los espacios verdes, los jardines, y a introducir, en la medida de lo posible, la naturaleza dentro de las ciudades, como veremos en el capítulo «Ciudad y hábitat».

Ecología y política de civilización

Una política de salvaguarda ecológica no puede limitarse a ser una política de incentivos y penalizaciones fiscales, una política de control. Debe definirse a partir de la necesidad de promocionar la

calidad de vida tal y como la definimos más adelante, en la cuarta parte.

Debería ser una política en la cual la restricción sería sinónimo de temperancia y de calidad, no de privación, ni de carencia. Comportaría una acción perseverante contra las «intoxicaciones de civilización» y el derroche, a favor del reciclado y la promoción de lo cualitativo frente a lo cuantitativo.

Semejante política, que iría más allá del ahorro y de la ordenación, comportaría la reorientación y la reorganización de todos los sectores de la vida social e individual.

Esta política reformadora acarrearía, por supuesto, unos gastos considerables (grandes obras urbanas, fuertes inversiones en el hábitat y en los transportes como el ferrocarril). Todos esos gastos, no sólo podrían relanzar la actividad económica en una época de estancamiento y de desempleo, sino que provocarían, a largo plazo, un ahorro enorme en los gastos sanitarios. La reducción masiva, gracias a una nueva política urbana, del asma, la bronquitis, la fatiga y las dolencias socio-psicosomáticas, del consumo de antidepresivos, drogas, somníferos, etc., así como, correlativamente, el desarrollo de la calidad de vida, engendrarían una reducción continua del presupuesto de la sanidad pública. Por último, dar un sentido político a la calidad de vida abriría esperanzas a una sociedad que hoy carece de futuro.

En un capítulo ulterior examinaremos las «intoxicaciones de civilización», entre ellas la intoxicación consumista y la automovilística, que contribuyen en gran medida al derroche energético, a la degradación ecológica y, paralelamente, a la degradación del modo de vida.

Una reforma del modo de vida implicaría, pues, considerar la implementación de una «educación de civilización» que comportaría:

—*educación para el consumo* (para sensibilizamos sobre la compulsión consumista y entender su psicosociología; aprender a elegir, a considerar la publicidad; instruir en la calidad y el gusto de los alimentos);

—*educación para el automóvil* (a partir del análisis de la intoxicación automovilística examinada en el capítulo «El consumo»);

—*educación para el turismo y las excursiones a pie* (a fin de mostrar la ventaja de un ritmo de viaje que permita, mejor que los *inclusive tours* acelerados, gozar de las bellezas de los países, los paisajes y las culturas).

Conclusión

Una política nueva necesitaría la acción conjunta del Estado, las administraciones públicas, las asociaciones privadas y los ciudadanos. Haría necesario lo que un sociólogo ha denominado una «gobernanza de concertación». *Requeriría conjugar la socio-regulación, la eco-regulación y la ego-regulación*. Debería enfrentarse a los *lobbies* y los corporativismos, así como a la apatía y la indiferencia. Exigiría el despertar ciudadano, que se produciría con la concienciación de los problemas vitales que están en juego.

Semejante política podría y debería movilizar medios inmediatamente, pero se trataría además, y como es obvio, de una política de largo alcance.

La política ecológica contribuye a la política de civilización, la cual contribuye, a su vez, a la política ecológica, y una y otra constituyen unas vías reformadoras que se conjugan necesariamente con otras vías (entre ellas la reforma de la educación, del consumo y de la vida). Como hemos indicado ya y como repetiremos cada vez que nos parezca necesario, la Vía debe sustituir la hegemonía de la cantidad por la hegemonía de la calidad, y la obsesión del más por la obsesión de lo mejor.

Capítulo 8
EL AGUA

EL agua, «madre de la vida», es constitutiva de todas las células de todos los organismos vivos, es una necesidad cotidiana para todo el mundo, es un bien común a todos los seres humarlos. Sin embargo se ha convertido en una mercancía y se utiliza, cada vez más, como argumento geopolítico y geoestratégico entre los estados.

Diagnóstico

Actualmente, mil quinientos millones de personas no tienen acceso al agua potable; dos mil cuatrocientos millones de seres humanos viven todavía sin acceso a servicios higiénicos. De 1990 a 1996, la proporción de la población mundial que no disponía de una red de saneamiento ha pasado del 64 al 67 %. Cada vez son más los países donde se sufre de estrés hídrico o donde se dispone de menos de 1.000 m^3 por persona y año. Cada año mueren treinta mil personas a causa de enfermedades debidas a la ausencia de agua potable y de servicios higiénicos; en Sudáfrica, seiscientos mil agricultores blancos consumen para sus cultivos el 60% de los recursos hídricos del país, mientras que quince millones de ciudadanos de color no tienen acceso al agua potable; la mitad de los pueblos palestinos no tiene agua corriente, mientras que todas las colonias israelíes sí disponen de ella; el consumo diario medio de la población de los países «en vías de desarrollo» es de unos veinte litros. En Italia, es de doscientos trece litros, en Estados Unidos, de seiscientos litros (¡en California, de cuatro mil cien litros!). Brasil representa el 11% de los recursos de agua dulce del planeta, pero cuarenta y cinco millones de brasileños aún no tienen acceso al agua potable.

El despilfarro de agua es enorme en el mundo entero: el 40% del agua empleada para el riego se pierde por evaporación; las pérdidas

de agua en los acueductos oscilan entre un 30% y un 50%, incluso en los llamados países «desarrollados». Una lavadora estándar consume de media ciento cuarenta litros por ciclo, cada vez que se tira de la cadena del retrete se gastan entre diez y veinte litros, un lavaplatos utiliza sesenta litros. Algunos países conocen situaciones paradójicas: Marruecos, por ejemplo, que tiene un estrés hídrico importante, exporta agua a través de sus frutas y hortalizas, y también la dilapida por las exigencias de su mercado turístico que demanda duchas y piscinas en los hoteles.

El agua es limitada, tanto local como globalmente. Las regiones templadas, de las cuales Francia forma parte, conocerán también problemas de cantidad y calidad del agua; el 85% de las aguas de los ríos de Francia está contaminada. El nivel de las capas freáticas continúa bajando peligrosamente en el mundo entero a causa de una explotación excesiva destinada a la agricultura y a las actividades industriales, especialmente en Estados Unidos, China e India. Al ritmo de consumo y derroche actual, dichos países están abocados a sufrir graves problemas de abastecimiento de agua limpia en los próximos años.

La escasez no es la única preocupación en lo que a la gestión de los recursos hídricos se refiere. El deterioro de su calidad y su contaminación creciente también son preocupantes.

Como el agua dulce es un recurso precioso, la contaminación de las capas freáticas, que forman una reserva importante de agua dulce relativamente pura, así como la de los lagos y los ríos, constituye el problema más preocupante. La contaminación de los ríos va a parar a los mares y océanos, y agrava así la contaminación marina; el plancton, fuente de vida de los peces, también está amenazado.

La contaminación de las aguas presenta orígenes y naturalezas muy variadas. La contaminación física puede ser térmica o radiactiva. La contaminación térmica se debe sobre todo a las industrias, entre ellas la nuclear, que utilizan el agua como líquido refrigerante. Al provocar un calentamiento significativo de los ríos, desaparecen localmente ciertas especies animales o vegetales. La contaminación radiactiva que se produce cuando hay accidentes nucleares es extremadamente persistente. Todavía no se conocen sus efectos a largo plazo.

Las principales contaminaciones químicas son debidas a la agricultura y a ciertas industrias. El uso masivo de pesticidas extremadamente nocivos para los seres vivos en la agricultura, provoca una diseminación de esas sustancias en los medios acuáticos subterráneos o de superficie, y acarrea la muerte de numerosas especies animales. Los nitratos y los fosfatos que contienen en grandes cantidades los fertilizantes provocan problemas de eutrofización, lo cual comporta la destrucción de toda vida animal o vegetal bajo la superficie.

Hay otras contaminaciones, las de los metales pesados como el plomo, el mercurio, el zinc o el arsénico, que proceden en su mayor parte de los vertidos industriales y no son biodegradables. Presentes a lo largo de la cadena alimentaria, se acumulan en los organismos.

También es nociva la contaminación causada por las lluvias ácidas.

Las contaminaciones por sustancias medicamentosas vienen a añadirse a las demás. Hay un gran número de moléculas medicamentosas que el cuerpo humano no asimila totalmente, y que, por lo tanto, van a parar a los desagües. Reaparecen en los medios naturales acuáticos y tienen consecuencias para el medio ambiente y la salud humana que aún no conocemos perfectamente.

La contaminación por hidrocarburos (como las mareas negras o las Limpiezas ilegales de los depósitos de los petroleros) también es frecuente en el medio marino, donde puede representar hasta un 40% de la contaminación del agua.

La contaminación por PCB (policlorobifenilos), utilizados sobre todo en los transformadores eléctricos, los condensadores, y como aislantes por sus excelentes características dieléctricas, puede tener efectos tóxicos y cancerígenos, ya que esas sustancias se almacenan en las grasas de los seres vivos.

La contaminación orgánica es la contaminación más «natural». En efecto, en ausencia de tratamiento, una ciudad de cien mil habitantes vierte diariamente dieciocho toneladas de materia orgánica a sus desagües. Esa materia, aunque es biodegradable, no está exenta de efectos nocivos. Si se vierten cantidades excesivas en los ríos, pueden producir la asfixia de los ecosistemas acuáticos, los peces serán las primeras víctimas y posteriormente, con concentraciones mayores, el resto de la fauna y la flora acuáticas.

El agua de las capas freáticas, los ríos y los lagos también está desnaturalizada por la contaminación de los fertilizantes, pesticidas, emisiones y residuos industriales tóxicos.

Según un informe de la OCDE, un gran número de seres humanos viven en zonas sometidas al estrés hídrico. En 2030, si no se aplican medidas eficaces para preservar los recursos de agua potable, podría haber tres mil novecientos millones de personas afectadas por ese estrés hídrico, entre ellas el 80% de la población de los «BRIC» (Brasil, Rusia, India y China). Esa escasez se vería agravada por el crecimiento de la población, y, por tanto, el incremento de las necesidades de agua potable y de aquella destinada a la agricultura.

El calentamiento del planeta tendría también una incidencia importante en los recursos hídricos. Regiones como Asia central, el África saheliana o las grandes llanuras de Estados Unidos podrían conocer una sequía peligrosa para las poblaciones y la agricultura.

La mengua y el deterioro del agua a escala mundial se anuncian como graves amenazas para las actividades humanas y las relaciones internacionales. Como los grandes ríos no suelen limitar su curso a un solo país, se han convertido en objeto de desafíos geopolíticos y estratégicos importantes y pueden ser la fuente de nuevos conflictos.

De bien común a bien privado y a mercancía

La política del agua promovida por los grupos dirigentes de los países occidentales a partir de la década de 1980 se basa en el hecho de que el agua ha pasado de ser un bien común a ser un *bien económico*; el agua se ha convertido en un producto de mercado, que se vende y se compra. Este principio se enunció por primera vez el año 1992 en la conferencia de Naciones Unidas sobre el agua, en Dublín, con el consentimiento de todos los estados miembros. Desde entonces, se ha reiterado en las múltiples conferencias mundiales y cumbres dedicadas al agua. Según ese principio, el agua deja de ser un bien común a partir del momento en que es captada y utilizada para el riego en la agricultura y para el embotellamiento destinado al consumo. En estos casos, los costes deben ser cubiertos por los precios, y los capitales invertidos deben ser remunerados. Por lo tanto, el agua ya no es un bien común «sin precio», sino que se convierte en un bien mercantil «con precio».

Mientras que en algunos países el agua dependía de un servicio público, actualmente la *privatización de los servicios hídricos* se ha impuesto en la economía neoliberal. La propiedad y la gestión del agua distribuida a domicilio tienden, a su vez, a privatizarse.

A principios de la década de 1980, las dos principales compañías francesas de agua que operaban a nivel internacional (la Générale des eaux, que se convirtió en Vivendi Environnement y, más tarde, en Veolia, y la Lyonnaise des eaux, luego Ondeo) se encargaban de distribuir el agua a trescientas mil personas fuera de Francia. En el año 2000, el número de personas abonadas a empresas privadas en todo el mundo se eleva ya a cuatrocientos millones, de los cuales doscientos cincuenta son abonados a empresas francesas. El banco suizo Pictet prevé que el sector privado suministre el agua a unos mil setecientos millones de personas en 2015 si la tendencia a la privatización se mantiene.

La privatización de los servicios de agua (que, salvo excepciones locales, aún no ha afectado a Suiza, Suecia, Países Bajos, Quebec y Estados Unidos, donde el 88% de los servicios de agua dependen de empresas municipales públicas) no se ha traducido en una mejora de los servicios ni en una disminución de los precios. En la mayoría de los casos, sobre todo en los países del Sur, los precios se han disparado, como en Cochabamba (Bolivia), en Manila (Filipinas) o en Santa Fe (Argentina). La corrupción ha acompañado la privatización de las concesiones. El endeudamiento de los países pobres ha aumentado. La mejora de los servicios en esos países ha favorecido especialmente a los ricos.

Hacia la escasez del agua

El agua está destinada a ser cada vez más escasa, y, por tanto, económica y estratégicamente más importante.

Económicamente, la escasez de agua conduce a revalorizar los recursos aún no utilizados, a fomentar el transpone del agua a través de grandes distancias y a aumentar la cantidad de agua dulce disponible gracias, en particular, a la desalinización del agua de mar. De ahí, la decisión (enero de 2000) de crear el primer Fondo Internacional de inversión en agua y de reducir el despilfarro y la captación excesiva a través de una política de precios (aplicación del principio «quien contamina paga»).

Estratégicamente, la seguridad hídrica nacional se ha convertido

en un problema político crucial. Los conflictos por el uso del agua dentro de un mismo país y, sobre todo, entre países se intensificarán y se generalizarán.

La vía de las reformas: por otra política del agua

El principal objetivo de una política del agua es convertirla en un derecho humano; el objetivo final es restituirla como bien común de la humanidad.

El acceso al agua en cantidad (de veinticinco a cincuenta litros diarios para usos domésticos) y calidad suficientes para la vida debería ser reconocido como un derecho universal. El Comité de derechos humanos, sociales y culturales de Naciones Unidas, en su comentario general de noviembre de 1992, reconoce que el acceso al agua debe considerarse como un derecho humano. El objetivo del derecho al agua para todos no es financiera ni tecnológicamente inalcanzable. No debería serlo tampoco en el plano político.

La propiedad, gestión, distribución y control político del agua deberían volver a ser públicos. El objetivo de la reforma es mantener y devolver a la esfera pública el conjunto de los servicios de agua, es decir desprivatizar la captación de las aguas, la gestión de las aguas usadas y la de las aguas minerales. Podría empezarse reintroduciendo unos «puntos de agua públicos», como fueron las fuentes Wallace en París,[25] en plazas, jardines, aeropuertos, estadios y escuelas. Y, en el Sur, en el corazón de los barrios de chabolas.

Las administraciones públicas (desde los ayuntamientos al Estado, desde las uniones continentales a la comunidad mundial) deberían asegurar la financiación de las inversiones necesarias para concretar el derecho de todos al agua potable.

La utilización del agua como derecho humano y bien común público tiene un coste. Todavía hoy, allí donde los servicios de distribución son servicios colectivos públicos, la financiación de los costes depende del presupuesto del municipio, del cantón, de la provincia o del Estado. En Suiza, la financiación pública ha demostrado hasta ahora una gran eficacia: Suiza es el único país donde las pérdidas de agua en la red de distribución están cercanas al porcentaje natural admitido, esto es, el 9%. En Francia, el país con las mayores empresas multinacionales privadas, la media de las pérdidas se sitúa entre el 25 y el 35%.

Es indispensable revisar el papel y el funcionamiento de las

instituciones financieras locales e internacionales para definir nuevas instituciones de financiación de tipo cooperativo interterritorial e internacional, dentro de una lógica de sociedad privada/pública, y pensar en la creación de nuevos instrumentos financieros como cajas de ahorros, cooperativas europeas, euroafricanas, eurolatinoamericanas, asiáticas, africanas, etc.

Los ciudadanos deberían participar, sobre bases representativas y directas, en la definición y la puesta en práctica de la política del agua a nivel nacional y local (instauración de lugares de participación de proximidad). Debería crearse una autoridad mundial del agua que elaborara las reglas mundiales para una utilización solidaria y sostenible del bien «agua»; dicha autoridad dispondría de un tribunal mundial del agua (órgano de resolución de los conflictos en materia de su utilización) y de un dispositivo de *control* mediante evaluación y seguimiento.

La gestión del ciclo del agua debería obedecer a un enfoque destinado a la protección de los equilibrios hidrogeológicos y medioambientales a fin de promover y garantizar el ahorro del agua. Habrá que ver si la construcción de grandes embalses (en América Latina, en Asia, en China y en India, en África, en Rusia, en Asia Menor, en particular en el Kurdistán, y en Europa, sobre todo en los países del Este) no puede agravar aún más los problemas del agua.

La política del agua entronca aquí con la nueva política agrícola que, por oposición a las agriculturas industrializadas, promueve unos sistemas diversificados, territoriales, destinados a salvaguardar y proteger unos procesos ecológicos, así como a desarrollar —ahí donde sea posible— unos cultivos hídricamente poco exigentes. Debería, pues, desarrollarse una política de recogida sistemática de las aguas pluviales en las regiones más afectadas por la sequía.

Ahora ya pueden empezar a implementarse políticas del agua a escala local, regional y nacional. Una política a escala planetaria requeriría un consenso planetario y una agencia mundial del agua dotada de poderes, lo cual aún no puede plantearse. Está por ver si el recrudecimiento de los problemas acelerará la toma de conciencia y las decisiones.

Capítulo 9
LA VÍA ECONÓMICA

La situación

El proceso de mundialización económica se convirtió en globalización después de 1989, con la expansión universal de la economía neoliberal.

En todo el globo, esa expansión fue acompañada por la expansión del capitalismo, que, a su vez, provocó el dominio del capital financiero. La suma de los PIB de los países del planeta se eleva a cincuenta y cuatro billones de dólares; el total de los capitales especulativos que circulan de una plaza financiera a otra se estima en unos quinientos cuarenta billones de dólares. Ese dinero virtual, cuyos beneficios engendran beneficio, se convierte en la fuerza hegemónica de la economía globalizada.

El proceso tridimensional (globalización, desarrollo, occidentalización), al producir grandes riquezas, ha reducido antiguas pobrezas, y ha creado una nueva clase media al estilo occidental en los países emergentes, pero también ha deteriorado y reducido a la miseria, en todos los países del Sur, a los pequeños campesinos sin recursos desplazados a enormes *bidonvilles*, ha acrecentado las desigualdades, engendrado enormes fortunas y no menos inmensos infortunios, y, como ya hemos dicho, ha provocado destrucciones culturales y reducido la solidaridad.

El crecimiento ininterrumpido, productor y producto del desarrollo, todavía es considerado por la mayoría de los estados como la vía de salvación. Desacelerado en los países llamados «desarrollados» y, a veces, detenido por la crisis, continúa tumultuoso en los países emergentes de Asia y América Latina.

Tras las medidas adoptadas por Thatcher y Reagan al inaugurar

la globalización neoliberal, desaparecieron las regulaciones y protecciones por parte de los estados, las privatizaciones de empresas estatales y de servicios públicos se generalizaron, la búsqueda del beneficio ya no conoció freno alguno. La competitividad se convirtió en la consecuencia perversa de la competencia.

La competitividad internacional, al favorecer a las naciones que más explotan a los trabajadores, como China, y la carrera por la productividad que esa competitividad ha impuesto en todas partes han provocado la decadencia de las industrias europeas y estadounidenses, han destruido masivamente empleos y han causado innumerables deslocalizaciones, reduciendo a la precariedad y a la dependencia a muchos trabajadores.

¡Con qué precio humano y cultural estamos pagando el aumento de productividad!

Entramos en 2008 con una crisis de la cual no podemos prever las secuelas ni las consecuencias. Si bien fue originada por una enorme burbuja de créditos en Estados Unidos, el abuso del crédito no fue sino un efecto del empobrecimiento de las familias deseosas de mantener su nivel de vida, empobrecimiento causado por el aumento de los precios mundiales de las materias primas y los cereales objeto de la especulación, a su vez ligado, en varios casos, a la disminución de la producción de alimentos en beneficio de los vil carburantes, la urbanización creciente y, en especial, efecto de la preponderancia de la especulación financiera y la ausencia de toda regulación en la economía. Ningún «orden económico mundial» salió de las reuniones del G 20 (creado en 1999 a raíz de la crisis financiera asiática). El FMI impulsó en todas partes la desregularización y se ocupó, en primer lugar, no de controlar el capital financiero, sino de imponer rigor a las poblaciones, y sólo recientemente se ha preocupado por la reactivación de la economía. Los endeudamientos provocan rigor económico y el rigor provoca desempleo y disminución de las rentas, lo cual puede tener enormes consecuencias políticas. Recordemos que la crisis de 1929 engendró, además del saludable New Deal en Estados Unidos, la llegada legal al poder del nazismo en Alemania, el desencadenamiento del poder destructor hitleriano y la guerra civil en España. El precio del fin de la crisis económica fueron las decenas de millones de muertos de la

Segunda Guerra Mundial.

La vía de las reformas

Citemos las principales:

1. Abandono de la idea de crecimiento indefinido:

Esta idea, que tiene que ver con una locura económico-política aún no diagnosticada como tal será reemplazada por un concepto complejo que comportará crecimientos, decrecimientos, estabilizaciones, y que será distinto en el Norte que en el Sur, según las condiciones locales, las naciones y las regiones.

2. Instauración de un Consejo de seguridad económico permanente:

Tendría la vocación de aplicar regulaciones eficaces sobre la economía planetaria y controlar las especulaciones financieras; propondría vías que combinasen los decrecimientos necesarios y los crecimientos indispensables a escala planetaria.

3. Establecimiento de una cooperación Norte/Sur:

Permitiría transformar el modelo estándar de desarrollo introduciendo objetivos como el arte de vivir y la calidad de vida, y concentrándose en las fuentes de energía renovables y no contaminantes. Los países del Sur podrían adoptar como prioridad económica la satisfacción de las necesidades y las demandas interiores de sus poblaciones más que la agricultura industrializada de exportación; podrían encargarse de la prospección y explotación de las materias primas de las que ahora se encargan las sociedades extranjeras. Podrían, además, dedicarse a fomentar la pequeña y mediana explotación agrícola aprovechando las nuevas técnicas como el riego por goteo y el biochar. Podrían desarrollar una política sanitaria original conjuntando la medicina occidental con las medicinas indígenas, implantar una educación reformada (véase el capítulo «Reforma de la educación») que se adapte a las mentes no modeladas aún por la compartimentación de los saberes. Si los países del Sur, que todavía sufren las consecuencias de la antigua explotación colonial y las de la actual explotación económica, se unieran, podrían ejercer una presión eficaz sobre los países del Norte a fin de aprovechar las inversiones y las transferencias tecnológicas, sobre todo para la economía verde.

4. Desarrollo o creación de uniones económicas en América del Sur, el Magreb, África subsahariana y Asia oriental:

Estas uniones establecerían unos sistemas de defensa económica continentales o subcontinentales.

5. Nuevo desarrollo de economías de proximidad:

En la agricultura, la horticultura, la artesanía y en las pequeñas y medianas empresas, con lo que se completaría la globalización con una desglobalización.

6. Desarrollo de una economía verde:

Se trata de un proceso formidable y múltiple de reorientación y reconversión económica cuyo crecimiento compensaría eficazmente el decrecimiento de las energías contaminantes, como el carbón y el petróleo. Se basa en el desarrollo de todas las fuentes de energía renovables: eólica, mareomotriz, geotérmica, solar (grandes centrales solares en las regiones desérticas). Este desarrollo requeriría grandes obras públicas que generarían empleo en todos los continentes.

La economía verde sería la economía básica de los países africanos, los cuales deberían recibir gratuitamente los dispositivos productores de energía de los países ex colonizadores del Norte y todavía explotadores (en lugar de ayudas financieras concedidas a los estados, siempre devoradas por la corrupción).

Podría instaurarse una fiscalidad ecológica (impuestos sobre el carbono, sobre las actividades contaminantes, etc.) para alimentar un fondo de ayuda a la transición hacia las energías «renovables».

Los costes sanitarios, sociales y medioambientales deberían estar contemplados al fijarse los precios de los productos de la economía contaminante.

Una política de descontaminación no sólo afectaría a los residuos y subproductos peligrosos, sino que también activaría el uso de bacterias naturales y artificiales (Craig Venter) devoradoras de petróleo y de mareas negras.

La economía verde reciclaría los residuos biodegradables y sustituiría los objetos de un solo uso por objetos reparables (véase el capítulo «El consumo»). Reduciría los despilfarros de todo tipo, en particular del agua. Disminuiría los flujos de los transportes aéreos, transferiría los transportes por carretera al ferrocarril, incentivaría el coche compartido.

Aumentaría los bienes inmateriales como la cultura, y los servicios sociales y relaciónales.

Como hemos indicado en el capítulo dedicado a la ecología y en el capítulo «Ciudad y hábitat», la economía verde reformaría las ciudades creando zonas peatonales, especialmente en los centros históricos, desarrollando un hábitat energéticamente autosuficiente, etc.

Relocalizaría las producciones y los intercambios según el principio de la desglobalización, favoreciendo la alimentación, la artesanía y los comercios de proximidad.

También reformaría el sistema agroalimentario, reduciría progresivamente la agricultura y la ganadería industrializadas, desarrollaría nuevamente el sector agroforestal, la agricultura y la ganadería tradicionales y biológicas, incitaría a disminuir el consumo de carne y aumentar el de hortalizas y legumbres (véanse los capítulos «La alimentación» y «Agricultura y mundo rural»).

El desarrollo generalizado de una economía verde se efectuaría, por consiguiente, en el terreno industrial, en el terreno agrícola y en el terreno urbano simultáneamente. Provocaría numerosas obras públicas (energías renovables, cinturón de aparcamientos alrededor de las ciudades, transportes públicos no contaminantes, adaptación de los ferrocarriles para el transporte de mercancías, etc.)

7. Desarrollo de una economía plural:

Constituiría, junto con la economía con afán de lucro y la economía de Estado, la tercera vía entre el todo-mercado y el todo-Estado, la vía de la economía social y solidaria de las mutuas, cooperativas, empresas ciudadanas, microcrédito y comercio justo.

La economía social y solidaria (ESS), con raíces históricas profundas (se remonta al siglo XIX), reúne una gran diversidad de iniciativas económicas que no tienen que ver ni con el sector público ni con el ámbito capitalista. Esas iniciativas están destinadas a producir, consumir, emplear, ahorrar y decidir de forma más respetuosa con los hombres, el medio ambiente y los territorios. De características diversas, las empresas de la ESS comparten sin embargo unos rasgos esenciales: una finalidad social; una aplicación del proyecto económico basado en la gestión democrática y ética; una dinámica que se apoya en un anclaje territorial y una adhesión ciudadana. Es el caso del grupo EcoVita, por ejemplo,[26] entre otros muchos.

8. Multiplicación de las monedas locales subsidiarias:

Permite aumentar los intercambios y servicios. Los hay de diferentes tipos implantados en ciudades de Suiza, Baviera, Inglaterra y el *conjunto* Palmeira de Fortaleza (Brasil).

9. Resurrección de una lógica de la donación, la ayuda mutua y la gratuidad:

En efecto, la expansión del capitalismo globalizado tiende a reducir al máximo la ayuda en beneficio de la monetarización y de la mercantilización generalizadas (véase Alain Caillé, MAUSS).

10. Desarrollo del comercio justo:

A partir de la unión producción/distribución basada en el diálogo, la transparencia y el respeto, con el fin de conseguir una mayor equidad para los pequeños productores. Empezó con el café, el cacao y el té, y se ha extendido a otros productos de pequeños productores del Sur. Ofrece mejores condiciones de intercambio eliminando del circuito a los intermediarios parásitos (llamados «coyotes» en México), y garantiza precios honrados a los productores y a los trabajadores asalariados, especialmente los de los países del Sur. Las organizaciones de comercio justo han iniciado una campaña contra la depredación económica de los intermediarios y distribuidores y aspiran a cambiar las reglas y prácticas del comercio internacional. El sector del comercio justo reúne hoy unas dos mil quinientas asociaciones locales animadas por cincuenta mil personas, y dispone de más de tres mil quinientos puntos de venta minoristas. En Europa, son los países de lengua germánica los que aglutinan la mayor parte de negocios de comercio justo. Actualmente hay trescientas ochenta organizaciones de productores controlados como mínimo una vez al año. La OMC apoya al comercio justo en la medida en que se inscribe en la economía de mercado.

El comercio justo ha mejorado de un 10 a un 25% anual el nivel de vida de casi ochocientos mil productores del Sur (es decir, de aproximadamente cinco millones de personas) y ha permitido financiar la creación de talleres, textiles o de otro tipo, que emplean a las mujeres de los productores. Contribuye a acelerar el consumo en un sentido cualitativo y en un sentido ético. Pero las mafias de «coyotes», la extorsión, la sumisión al clientelismo de los caciques hipotecan un desarrollo óptimo del comercio justo. Las grandes superficies no ofrecen los productos procedentes del comercio justo

a menos que detecten una demanda significativa.

El comercio justo progresa, pero aún es minoritario. Un sistema de deducción fiscal podría eliminar el sobrecoste del producto (debido a la retribución honrada del productor), que lo haría más accesible para los consumidores.

El desarrollo del comercio justo, destinado a proteger a los pequeños productores de los países del Sur y a garantizar una buena calidad a los consumidores del Norte, es tan ventajoso para unos como para otros. Se podría extender a los pequeños productores campesinos del Norte, que tienen que aceptar los bajos precios impuestos por las grandes superficies, que luego revenden esos productos con unos márgenes excesivos. Así, por ejemplo, las Amap (Asociaciones para el mantenimiento de una agricultura campesina) han establecido una relación directa entre productores, campesinos y habitantes de las ciudades.

11. Desarrollo de los bancos solidarios:

Un ejemplo: France Active, presidido por Christian Sautter, y la sociedad de inversiones del mismo nombre, presidida por Edmond Maire, estimulan a los bancos a conceder créditos a empresas solidarias mediante una garantía y un seguimiento muy profesional del cliente; France Active propone también, gracias a ese mismo enfoque, unos fondos propios alimentados por capitales fruto del mecenazgo y sobre todo del ahorro popular a través de fondos comunes inserción/empleo.

El número de los proyectos aceptados se aproxima cada año a los veinte mil. Las contribuciones movilizadas sobrepasan los ciento veinticinco millones de euros. Los empleos que se crearon o consolidaron fueron veinte mil en 2009.

Otro ejemplo: La Sociedad financiera de la NEF es una cooperativa de finanzas solidarias. Desde su creación en 1988, la NEF se dedica a la gestión responsable y transparente del ahorro ciudadano en Francia. Desde entonces ejerce una doble actividad de recaudación de ahorro y concesión de créditos en el marco de un contrato firmado con el Banco de Francia. El ahorro recaudado lo depositan los particulares, asociaciones y empresas. Toda persona que desee dar un sentido a su dinero puede abrir una cuenta en la NEF. Las financiaciones concedidas por la NEF permiten sostener la creación y el desarrollo de actividades profesionales y asociativas

con fines de utilidad social y medioambiental. Actualmente, hay veintiséis mil socios que han depositado sus ahorros o suscrito un préstamo en la NEF. Se ha convertido en un socio financiero de referencia para los portadores de proyectos responsables e innovadores cuyo valor social y medioambiental es preponderante. La acción de la NEF se inscribe en el corazón de una red europea de bancos éticos (como la Banca Etica en Italia, la BAS en Suiza) reunidos en el seno de la Federación Europea de Finanzas y Bancos Éticos y Alternativos. Todos se inspiran en un modelo de desarrollo humano y social en el cual la producción y la distribución de riquezas se basan en valores de solidaridad y de responsabilidad para con la sociedad. La NEF participa actualmente en la creación de un banco ético europeo con sus socios italianos de Banca Etica y los españoles de FIARE. Se trata, efectivamente, de una nueva vía en la que una asociación militante proporciona la simbiosis entre los bancos, el ahorro colectivo y las administraciones territoriales.

12. Desarrollo del microcrédito y de las microfinanzas:

El microcrédito se ha convertido en un medio universal de lucha contra la pobreza. Hasta entonces, los pobres, al no poder ofrecer garantías, no tenían acceso a los bancos, y dependían de usureros que les imponían unos tipos de interés elevados que generaban deudas permanentes.

La experiencia iluminadora de las microfinanzas se desarrolla en 1983 con el «banco de los campesinos» (o Grameen Bank) autorizado por el Banco Central de Bengala. El banco presta dinero de forma solidaria a pequeños grupos de personas que se conocen y aceptan avalarse mutuamente. El grupo se compromete a asistir al prestatario en la gestión de su préstamo, pero sobre todo a reembolsarlo si éste no es capaz de hacerlo. Si el préstamo no ha sido reembolsado, ninguno de los miembros del grupo podrá obtener un préstamo para sí. Por consiguiente, ahorrar y prestar dentro de esa red tiene la ventaja del control social recíproco, y es en el vínculo del grupo y en su lógica donde reside la garantía que pedían los bancos. Desde entonces, los proyectos de microcréditos (ONG, mutuas) y las instituciones de microfinanzas (instituciones de tipo bancario) no han cesado de desarrollarse en todo el mundo.

El microcrédito ha permitido reducir la dependencia respecto a los usureros y liberarse del clientelismo. Se ha implantado

rápidamente en el medio rural. Afecta sobre todo a las mujeres, que presentan una tasa más alta de reembolso (y representan hoy el 94% de la clientela del Grameen Bank). Son muchas las microempresas gestionadas por mujeres que se transforman en pequeñas empresas de servicios de proximidad. De ahí que el microcrédito haya contribuido a la emancipación femenina.

El desarrollo del microcrédito debe superar numerosos obstáculos. Los beneficiarios necesitan consejo, nuevos conocimientos para la gestión de sus créditos, una educación sanitaria para prevenir las enfermedades de los niños o de la madre de familia, y el propio sistema precisa de ayudas financieras externas para cubrir los costes intermediarios. El éxito del microcrédito lo ha puesto en peligro. Captado y recuperado por bancos «normales», que no aplican ninguno de los principios humanistas originales, puede convertirse en una amenaza suplementaria para los pobres endeudados.

13. Reforma de la empresa:

Las vías para reformar la empresa son de tres tipos:

a) Se trata de mejorar las relaciones entre los que trabajan en una empresa, lo cual mejoraría, a su vez, los resultados económicos de la misma. Las empresas son concebidas según un modo de dirección centralizado, una jerarquía rígida y una rigurosa especialización de las tareas. Igual que sucede con las administraciones (véase más adelante), la reforma debería remediar la hipercentralización en la cúspide mediante eventuales policentrismos y ceder de la iniciativa a los diferentes escalafones. Debería prever polijerarquías según las tareas o las finalidades, así como corregir las jerarquías mediante una posibilidad de retroacción por sugerencias o críticas que emanasen del escalón subordinado. Se trata, en definitiva, de crear una comunicación horizontal entre el personal compartimentado y entre ese personal y las jerarquías.

Por otra parte, la empresa sólo puede verse reforzada si, mediante la implicación psicológica, intelectual y material de sus miembros, crea una comunidad de destino que la convierte en una entidad de solidaridad y de responsabilidad.

b) Además, la dirección de la empresa, que es donde se toman las decisiones, necesita, además de técnicos, economistas o gestores,

unas mentes formadas en el conocimiento pluridisciplinar y en el pensamiento complejo (incluida la conciencia de la ecología de la acción y la práctica de la estrategia en situación aleatoria).

c) Finalmente, la reforma de la empresa requiere la introducción de la dimensión ética en sus relaciones con los proveedores (como hace Malongo para el comercio justo), así como con los consumidores que reciben sus productos. Los beneficios suplementarios podrían ir a parar a fundaciones de carácter humanitario o invertirse en la economía solidaria.

14. Mantenimiento o resurrección de los servicios públicos nacionales (correos, telecomunicaciones y ferrocarril) y, en Europa, creación de servicios públicos europeos:

La privatización de los servicios públicos no aporta ninguna ventaja a los usuarios, a menudo, en cambio, ocasiona muchos inconvenientes: la privatización de los ferrocarriles en Inglaterra provocó numerosas disfunciones en cadena. Se trata más bien de desburocratizarlos y rehumanizarlos.

15. Ayuda a los oficios de interés general (solidaridad y convivialidad) (véase «Política de civilización»).

16. Propagación de las fórmulas comunitarias que permiten el pleno empleo (Marinaleda en Andalucía).

17. Desmercantilización progresiva de los bienes comunes de la humanidad: el agua y todos los seres vivos:

Se trata de eliminar la patente de todo aquello que signifique apropiación de una parte o de todo un ser vivo.

Conclusión

Algunas de estas múltiples reformas son irrealizables por ahora, pero si se inicia el movimiento pueden llegar a producirse. Son complementarias. En el corazón de esas reformas está la economía verde y la economía social y solidaria.

Para seguir la vía de las reformas económicas hace falta, por supuesto, un pensamiento político que supere el economicismo actual. También es necesaria una voluntad política, y ésta sólo podría afirmarse con la toma de conciencia de los ciudadanos. Naturalmente, la vía política y las otras vías son inseparables. Todas las cosas tienen una dimensión económica. Todas las vías son interdependientes, están implicadas las unas con las otras.

Capítulo 10
DESIGUALDADES Y POBREZA

DESIGUALDADES

Las desigualdades revisten un carácter territorial (regiones pobres/ regiones ricas), un carácter económico (de la extrema riqueza a la extrema miseria, pasando por clases acomodadas, medías y pobres), sociológico (modos de vida) y sanitario (extrema desigualdad entre los que gozan de los avances de la cirugía, de la técnica, de la medicina y los que no). También cabe distinguir entre las desigualdades ligadas a las diversidades culturales, a las diversidades profesionales (están los que lo pasan bien en el ejercicio de su profesión y los que lo sufren como una obligación) y entre las profundas desigualdades en el destino de los que van a sufrir su vida y los que la van a disfrutar.

Esas desigualdades no son sólo consecuencia de la cantidad de dinero que se posee. La riqueza no hace, necesariamente, la felicidad. Pero lo que sí es cierto es que la miseria provoca la desdicha.

Una política de la humanidad no tiene como misión igualarlo todo y destruir la diversidad, sino que debe plantearse las vías reformadoras que permitirían reducir progresivamente las peores desigualdades.

Situación

Debemos constatar una doble tendencia, característica de la globalización en los países emergentes: por una parte, una relativa disminución de las desigualdades, gracias a la formación de clases medias que acceden a estándares de vida occidentales, por la otra, un fuerte incremento de las desigualdades, debido a la transformación de la pobreza propia de las sociedades agrarias

tradicionales (que permiten un mínimo de autonomía y de recursos) en miseria y proletarización suburbanas, al tiempo que se crean gigantescas fortunas. Incluso en Europa occidental, donde la presión fiscal sobre los ricos, el pleno empleo y las protecciones sociales impedían el desarrollo de desigualdades extremas, el liberalismo económico y los efectos de la globalización han aumentado las diferencias y han permitido el resurgimiento de zonas de miseria que habían desaparecido.

Por último, y sobre todo, en las nuevas naciones donde las instituciones están gangrenadas por la corrupción, se observa una formidable desigualdad en la administración de la justicia (hay países donde la mayoría de los jueces son venales) y en la fiscalidad (evasión de capitales hacia los paraísos fiscales).

La globalización refuerza las desigualdades en todas panes. Entre sus efectos negativos, indiquemos:

1. el crecimiento del desempleo y del subempleo;
2. el empobrecimiento.

La diferencia entre los que pueden aprovechar las oportunidades que ofrece la globalización y los que están excluidos de ellas aumenta en todos los niveles. Una quinta parte de la humanidad consume (y produce) las cuatro quintas partes de las riquezas mundiales. Esa globalización es el origen del deterioro de la suerte de las poblaciones vulnerables.

En resumen, el problema de las desigualdades ha crecido enormemente sin dejar de ser múltiple; exige una política amplia y compleja. Ésta, repitámoslo, no puede ser una política tecnoburocrática de homogenización, destructora de la diversidad que constituyen las riquezas culturales de la humanidad.

Propuestas para una política de reducción de la desigualdad

A escala planetaria, es preciso:

—reducir o suprimir las deudas de los países pobres;

—abastecer, gratuitamente, a los países pobres de fuentes de energía renovables, medicamentos y tratamientos contra las pandemias y, en caso de hambruna, de los alimentos necesarios; restablecer o instaurar la autosuficiencia alimentaria a través de los cultivos de subsistencia en los países que la han perdido;

—instalar sistemas de regulación económica para estrangular la

especulación financiera que produce el incremento artificial de los precios de los productos básicos; instaurar controles internacionales que eviten la corrupción que anula las ayudas de los países ricos a los pobres y contribuye a aumentar la desigualdad dentro de estos últimos.

A escala nacional, sería preciso:

—crear un observatorio permanente de las desigualdades que señalase su evolución y propusiese una reducción progresiva de las desigualdades monetarias en los niveles altos (fiscalización) y en los bajos (subsidios, ayudas sociales y mínimos garantizados);

—crear un instituto permanente encargado de invertir el desequilibrio creciente desde las últimas décadas del" siglo pasado en la relación capital/trabajo, proponiendo desgravaciones progresivas para los más desfavorecidos, un aumento creciente de la fiscalidad para las rentas más altas, así como un incremento uniforme de las rentas mínimas.

El triple imperativo político libertad-igualdad-fraternidad debe modularse, ya que la libertad sola destruye la igualdad, la igualdad impuesta destruye la libertad, y la fraternidad, que no se puede imponer, depende conjuntamente de un sistema de reformas políticas (entre ellas, las casas de solidaridad, el servicio cívico de solidaridad), reformas educativas y reformas individuales (entre ellas, la de vida y la ética).

Así pues, la reducción progresiva de las desigualdades debe efectuarse, simultáneamente, mediante una política planetaria (política de la humanidad, política de civilización), políticas nacionales que reduzcan las diferencias de niveles de vida y regeneren las solidaridades, combatiendo la corrupción, y mediante reformas de vida y reformas éticas, que favorezcan la comprensión de las miserias y las desdichas ajenas.

Esta política comporta una dimensión monetaria, pero es, también, multidimensional, y forma parte de las vías múltiples que proponemos abrir simultáneamente (véase el final de este capítulo).

LA POBREZA

La pobreza debe ser uno de los pocos terrenos en los que hay que recetar los medicamentos antes de conocer la enfermedad.

ELSE OYEN

Reducir la verdad de un pobre a una renta de uno o dos dólares es,

en sí mismo, no sólo una aberración, sino también un insulto a su condición.

MAJID RAHNEMA

Situación

La definición monetaria de la pobreza que generalmente manejan los estadísticos y el Banco Mundial no sólo es insuficiente, sino falaz.

La percepción exclusivamente monetaria de la pobreza en las sociedades del Sur ignora la economía de subsistencia que confiere al pequeño campesino una relativa autonomía, e ignora la sociología de la ayuda mutua que permite a los pobres de la ciudad o de los barrios de chabolas sobrevivir, e incluso vivir, como hemos demostrado.[27]

Por lo tanto, la pobreza debe relativizarse históricamente: lo que aparece hoy en Occidente como característico de la pobreza en el antiguo modo de vida campesino[28] (letrinas en el jardín, ausencia de agua caliente, de bañera, de nevera, de calefacción por radiadores, en suma, ausencia de confort moderno) no se percibía entonces como indigencia o pobreza. Esa pobreza sólo aparece por comparación con la abundancia urbana moderna. No nos damos cuenta de que nuestra dependencia de los bienes modernos crea un nuevo tipo de empobrecimiento que antes habría sido visto como enriquecimiento.

La pobreza también debe diferenciarse sociológicamente. La pobreza no asistida de los países del Sur es muy distinta de la pobreza asistida de los del Norte, donde los trabajadores pobres, desempleados o asalariados a tiempo parcial son ayudados por subsidios como el RMI en Francia, ahora denominado RSA (renta de solidaridad activa).

La pobreza debe distinguirse de la miseria. Aunque está claro que la pobreza y la miseria son dos polos de una realidad sin una frontera clara entre ellos. En las sociedades tradicionales, los pobres disponen de un sistema mínimo de ayuda mutua; en las sociedades del Norte, disponen de una asistencia social. La miseria, tanto en el Norte como en el Sur, es precariedad, marginación y exclusión.

Es indudable que todas las sociedades urbanas han tenido en el pasado sus indigentes (vagabundos, tullidos, Ancianos solos, niños

abandonados) que vivían de la mendicidad o de las rapiñas. Las ciudades europeas contaban entre un 4 y un 8% de indigentes entre los siglos XV y XVIII; la industrialización del siglo XIX engendro la proletarización de una masa urbana explotada en el trabajo, víctima de la desorganización familiar y de los estragos del alcoholismo. Pero, mientras que la mejora del nivel de vida de los trabajadores europeos en el siglo XX eliminó durante un tiempo la miseria y atenuó la pobreza, *el desarrollo ha expandido una inmensa miseria en los países del Sur durante el siglo XX*, que se traduce en la proliferación de los *bidonvilles* alrededor de las megalópolis de África, Asia y América Latina.

Recordemos finalmente que la esclavitud, una forma de miseria humana marcada por la total dependencia del esclavo, reducido, según la fórmula de Aristóteles, al estado de objeto animado, subsiste bajo unas formas residuales, que la civilización occidental del siglo XX ha inventado el campo de concentración, caracterizado por el encierro y el trabajo forzado, al límite del exterminio, y que los conflictos del mismo siglo han engendrado los campos de personas desplazadas, poblaciones que han huido de invasiones o guerras, y formas provisionales o duraderas de guetos, tanto en Oriente Medio como en Darfur y otros lugares. No examinaremos aquí la miseria humana debida a la reclusión (campo o prisión), que corresponderá al capítulo «Justicia y represión».

¿Existen rasgos comunes a todas las pobrezas, más acentuados en unos casos que en otros?

Es evidente que los aspectos monetarios de la pobreza son predominantes en las llamadas «sociedades desarrolladas», en las que la monetarización está generalizada en detrimento del favor, la donación y el trueque, y donde casi todo se compra y se paga. Pero, hasta en estas sociedades, la pobreza no es sólo de orden monetario: se puede sufrir de aislamiento (pobreza relacional), de una falta de formación (pobreza cultural) o de condiciones de vida difíciles (pobreza existencial). Si bien, casi siempre, esas carencias están relacionadas con la pobreza monetaria, conviene superar, englobándola, la noción de falta de dinero o de bienes, y considerar otras carencias existenciales.

Es obvio que, en las sociedades que disponen de un Estado asistencial, algunas de esas carencias se compensan mediante

subsidios, subvenciones o gratuidad de la asistencia médica. En esas sociedades, uno de los rasgos de la pobreza sería incluso la asistencia que esta pobreza recibe (en tanto que la miseria sería la condición de los que no tienen domicilio fijo o no tienen papeles ni trabajo y, por lo tanto, tampoco tienen acceso a la asistencia pública, y reciben eventualmente una ayuda humanitaria privada, como la que prestan *Emmaüs o Restos du coeur*, en Francia). Lo que nos lleva a considerar la pobreza, asistida o no, como un debilitamiento de las potencialidades de elección y de acción y, más profundamente, como la *ausencia de control sobre la propia condición y destino*.

Por contraste, podemos destacar dos aspectos originales de la pobreza en los países del Sur:

a) se mantiene una asistencia convivencial y/o familiar debida a las relaciones de solidaridad entre los miembros de una misma familia, un mismo clan, vecinos o personas originarias de un mismo pueblo, así como un sistema de ayuda mutua que es invisible para la concepción monetarista y cuantitativa de la pobreza vigente en el Norte;

b) a diferencia de los países del Norte (Europa occidental y Norteamérica), una importante fracción de la población de los países del Sur obtiene sus ingresos de la economía informal. Ahora bien, la principal característica de ese sector es que escapa a todo cálculo. Muy a menudo, las organizaciones internacionales subestiman los caracteres propios del sector informal y su realidad económica.[29] Ello implica no sólo la ignorancia de las lógicas sutiles que lo organizan, sino también el fracaso de todas las políticas de lucha contra la pobreza. Durante mucho tiempo ha predominado la lógica racionalizados de una concepción económica occidental considerada universal. Esta no ha sabido aprehender la lógica del comportamiento de los integrantes del sector informal ni la lógica de su funcionamiento real. Por ejemplo, hay que comprender que los miembros del sector informal no buscan tanto la eficacia máxima como la solvencia social.

Estos dos aspectos demuestran la importancia del conocimiento de las realidades culturales para abordar y tratar la pobreza en los países del Sur. Cabe añadir que, mientras no hay desorganización (social y familiar) por efecto de la invasión de la «civilización», la

economía y la ideología del Norte, la pobreza es a la vez riqueza relacional y riqueza cultural. Las personas pobres de las sociedades tradicionales tienen unos medios para luchar contra la miseria que radican, justamente, en las riquezas relaciónales, convivenciales y solidarias de sus culturas.[30] «La pobreza convivencial, lejos de confundirse con la miseria, es el arma que siempre han empleado los pobres para exorcizarla y combatirla» (Majid Rahnema). La ayuda mutua, la propensión a crear lazos sociales constituyen la única aunque gran riqueza de los mundos empobrecidos del Sur.

La desorganización social es un factor de pobreza creciente que se produce en cuanto la civilización del Norte se introduce en los países del Sur. La disolución de los lazos de solidaridad crea las condiciones de la miseria. La economía de crecimiento engendra nuevas fuentes de dependencia y de precariedad. La desintegración de la familia, la marginación, la guetización, la ausencia de un superyó cívico en las mentes provoca nuevas causas de miseria contra las cuales luchan las pandillas de las jóvenes generaciones mediante una economía del hurto y de la droga que les permite, eventualmente, mantener a sus familias. La disolución de los lazos entre familias, generaciones y vecinos es lo que engendra la soledad atroz de los viejos abandonados y la deriva de los jóvenes. La precariedad existencial, la dependencia, los abandonos y los rechazos son los peores productos de nuestra civilización (que, por otra parte, tiene sus virtudes); esos productos se están universalizando, pero todavía encuentran, por fortuna, grandes resistencias culturales en el resto del mundo.

Al mismo tiempo, en los países del Norte, la explotación creciente de un capitalismo sin freno ejercida sobre mujeres y hombres dedicados a los peores oficios (véase el testimonio de Florence Aubenas en *Le Quai de Ouistrebam*, publicado en 2010), así como el despido de los asalariados eliminados por reestructuraciones, racionalizaciones, rentabilidad y superbeneficios producen, constantemente, nuevas pobrezas y nuevas miserias.

Siempre en el contexto de la occidentalización del mundo, cabe añadir la tendencia a la segregación urbana en las metrópolis y en las grandes ciudades, que da lugar a los guetos pobres, abandonados a su suerte. Cuando los pobres son de origen inmigrante, especialmente africano y magrebí, o pertenecen a ciertas minorías

étnicas como los gitanos, sufren múltiples exclusiones (de domicilio, de oficio). La miseria, entonces, es producto y, a la vez, productora de la exclusión extrema.

En el contexto francés, la nueva pobreza, la de los precarízados, los dependientes, los indefensos, la del «cuarto mundo» (así denominado por Joseph Wresinski en 1960) es la primera que se agrava. Dicho recrudecimiento se inscribe en una tendencia mundial que prolonga las pobrezas, miserias, desorganizaciones y exclusiones.

Las vías reformadoras

La invasión de la economía liberal acarrea pobrezas y miserias, y, en todo el mundo, el Estado, incluido el estado de bienestar (en declive o en regresión), resulta ineficaz, cuando no dimisionario. Por ello, se impone una nueva cultura que abra y desarrolle una tercera vía, basada en la solidaridad.

Una nueva solidaridad pública

Complementaría la acción del estado de bienestar, ahora ya insuficiente, con un «estado de inversión social» (Denise Clerc), que proporcionaría una formación profesional (como en los países escandinavos) y unos servicios (guarderías infantiles, cuidado de enfermos y de ancianos solos). En cooperación con los servicios públicos regionales y municipales, dicho estado subvencionaría las «casas de solidaridad» y organizaría un servicio cívico de solidaridad.

Además, el estado de inversión social fomentaría, a través de préstamos y anticipos, los oficios de solidaridad y de convívencialidad. Financiaría las asociaciones de ayuda a los menos favorecidos: personas aisladas, séniors, refugiados, expresidiarios, etc. Tomaría todas las medidas necesarias para implantar la escolarización entre las poblaciones desfavorecidas, podría, por ejemplo, generalizar la *bolsa familia* iniciada por Lula en Brasil, que concede un subsidio a las familias pobres para que envíen a sus hijos a la escuela.

Desarrollaría medidas de higiene, de salud y de prevención para los desfavorecidos. Existe, por ejemplo, una cobertura de salud, financiada por una ONG americana y una modesta cotización que protege desde hace once años en Ruanda al 92% de la población y que ha logrado que la esperanza de vida pase de los cuarenta y

ocho a los cincuenta y dos años. Un estado de inversión social podría financiar dicho sistema en todos los países del Sur. Definiría una política del hábitat más allá del *bidonville* (en el Sur) y más allá del suburbio de grandes edificios de vivienda social (en el Norte) (véase el capítulo «Ciudad y hábitat»).

El «más allá del *bidonville*», donde «más allá» significa superar conservando, implica no renunciar a las proximidades, las convivencias y las solidaridades y, al mismo tiempo, sustituir la chapa de las chabolas por el adobe o el ladrillo, instalar el agua potable y la electricidad y crear una casa de la juventud como en la *favela* ya citada o en el barrio delincuente de Medellín, donde los niños y los adolescentes hacen deporte, reciben una formación escolar, son iniciados en el estudio de la informática, la danza, la pintura, las artes y la música, pueden expresar sus virtualidades y, por consiguiente, son reconocidos como seres humanos de pleno derecho.

El «más allá del barrio de viviendas protegidas» consiste en eliminar la coexistencia anónima, en crear dispositivos permanentes de comunicación, en prever una nueva arquitectura urbana donde se restablezca la mezcla social (véase el capítulo «Ciudad y hábitat»); en crear casas de jóvenes según el modelo de las iniciativas de Río y de Medellín (véase el apartado «Las cárceles» del capítulo «Justicia y represión»); en proporcionar una enseñanza compensatoria como la que en la actualidad está prevista en Francia por el Ministerio de Educación Nacional (proyectos para los liceos en régimen de internado destinados a los adolescentes de las *banlieues*).

Una economía solidaria

En diversos países, Francia entre ellos, estamos asistiendo a un renacimiento y desarrollo de la economía social y solidaria. Dicha economía se basa en cooperativas y mutuas de origen antiguo (algunas habían degenerado; el riesgo permanente de todo lo que es vivo, humano y social es que no se regenere y decaiga). Esta nueva economía abarca el microcrédito (que sólo tiene sentido si permanece fiel a su inspiración original y no es parasitado por el afán de lucro de los bancos) y el comercio justo, que favorece a los pequeños productores de café, de cacao y de otros productos de exportación manteniendo unos precios de compra que no sufren las

caídas brutales del mercado, y elimina a los intermediarios predadores. Esa práctica podría y debería generalizarse en todos los lugares donde es posible prescindir de esos intermediarios, como ocurre en el mercado de frutas y hortalizas europeo, allí donde se desarrolle la alimentación de proximidad y se multipliquen las Amap[31] (inventadas en Japón) en las cuales, por contrato mutuo, los hortelanos entregan directamente sus productos a los particulares urbanos. También se puede recurrir al empleo de monedas subsidiarias, ya experimentadas en diversos lugares, que conferirían nuevos poderes de compra.

De forma general, se trata de «reencajar» la economía en lo social, lo cultural y lo humano, lo cual significa, fundamentalmente, volver a colocar la economía en el lugar que le corresponde como medio y no como fin último de la actividad humana.

En todos los países del Sur (América Latina, África subsahariana, Magreb...), existen y se multiplican numerosas experiencias de economía solidaria. Allí encontramos permanentemente la voluntad de liberarse de la estricta lógica mercantil y de promover la de la ayuda mutua. En esos países, dicha economía debe mantenerse y favorecer las redes de solidaridad de las poblaciones que viven en espacios de pobreza. El principio siempre es el mismo: se trata de recurrir a todas las redes sociales presentes en el sector informal y que funcionan según la lógica del trueque, y no según la lógica mercantil. Dentro de esas redes existen instrumentos múltiples y eficaces de financiación o de aval, basados en la confianza entre sus miembros.

La gestión de las empresas informales se caracteriza, esencialmente, por recurrir a las redes de confianza, de ayuda mutua, de solidaridad familiar o vecinal, lo cual la distingue radicalmente de una gestión de tipo capitalista. El éxito de semejante empresa depende de su capacidad para insertarse en el medio social a fin de diluir los riesgos. La empresa, cuyas bases son puramente económicas, se arriesga a perder todas las ventajas no mercantiles proporcionadas por el entorno (compradores, mano de obra flexible, almacenamiento, fondos comunes...). De ahí, que las políticas de apoyo al sector informal se vuelvan perversas cuando prescinden de la cultura local e ignoran los cálculos de oportunidad que efectúan sus habitantes. Aquí entrevemos los riesgos de

desestructuración social y cultural inherentes a los programas de apoyo que tratarían de aislar la economía de todo su contexto humano y social, sin entender que la economía informal no es puramente económica, sino que es un compromiso entre recursos, seguridad, honor y prestigio.

Partiendo de estas premisas, se comprende mejor la incapacidad para generar cambio social de las políticas estrictamente económicas. Si una innovación modernizadora convierte a las personas en «huérfanos sociales», será inevitablemente rechazada. La dualidad occidental entre lo económico y lo social no existe en el sector informal, caracterizado, no tanto por la búsqueda de la eficacia máxima, como por la de la solvencia social.

Se podría ilustrar fácilmente la vanidad de la transposición de instrumentos de una cultura occidental a una cultura autóctona. En el caso del crédito, por ejemplo, Mbaye ha demostrado que en Dakar los préstamos se conceden en función de las relaciones personales de las presidentas de los grupos de mujeres, que arbitran previamente entre todas las solicitudes, en contra de lo que estipula el reglamento. La razón profunda es que sólo una gestión subterránea del dinero permite a esas mujeres seguir dentro de sus redes, so pena de desocialización. Tenemos aquí una prueba fehaciente de que el modo local de gestión de la solidaridad (redes sociales) entra en contradicción con la racionalización tecnocrática del crédito (Fundación Kéba Mbaye).

Otra mirada sobre las políticas de ayuda a los países del Sur

Es preciso interpretar de otra forma el sector informal existente en los países del Sur. Se trata de reconsiderar las lecturas occidentales de la pobreza y de entender los datos cuantitativos oficiales como un elemento entre otros muchos dentro de un conocimiento complejo. En cambio, los enfoques cualitativos que tienen en cuenta la cultura deberían figurar en los programas de lucha contra la pobreza. En vez de imponer las normas de la economía oficial y la concepción occidental de la vida social, que separa y aísla lo económico y se encamina a reinsertar a los pobres modificando sus valores, las políticas de ayuda deberían adaptarse a las condiciones económicas que ofrece la cultura local. Un enfoque puramente occidental no tiene en cuenta las especificidades culturales del

contexto local y, por lo tanto, no puede ser eficaz. Sería deseable, pues, dejar que el sector informal se enfrentase a los desafíos de la exclusión y de la producción, sin intervenciones de ninguna ONG ni de organismos oficiales que obedecen al modelo occidental. En cambio, un organismo como la Asociación Frangois-Xavier Bagnoud, que combate la pobreza y el sida en África, interviene en perfecta armonía con las comunidades a las cuales aporta su ayuda.

Surge, así, una idea clave que podría trasplantarse a los países industrializados y sería viable para todas las sociedades humanas: la capacidad de crear lazos sociales es un factor irremplazable en la lucha contra la exclusión.

La conclusión es clara: a pesar de la presentación aparentemente seductora de programas de ayuda basados en el tema de moda de la gobernanza (responsabilización, gestión democrática y transparencia), su relativo fracaso se explica por su incapacidad para tener en cuenta las especificidades de las culturas locales. Ese diálogo de sordos entre los que ayudan y los ayudados desemboca en la ineficacia. De ahí la necesidad de revisar la concepción misma de los proyectos. La única alternativa sería cambiar nuestra visión del sector informal, hacer que participe realmente en el proyecto de ayuda, así como reconocer la necesidad de «reencajar» lo económico dentro de lo social, como muy bien ha visto K. Polanyi, si queremos salir del atolladero en el que se ha metido la modernidad por su incapacidad de solucionar el problema de la pobreza.

Nuevos principios de gobernanza que hay que adoptar:

—Principio de solidaridad y de responsabilidad: todo el mundo, sin excepción, debe rendir cuentas; en particular, los funcionarios que tienen que estar al servicio de los pobres, y no a la inversa.

—Principio de pluralidad: la pretendida racionalidad económica debe dejar de ser hegemónica. Los nuevos principios de organizacióndan prioridad a los lazos sociales, y no a la eficacia máxima a cualquier precio.

—Principio de participación: mediante un reconocimiento pleno de su cultura, los pobres deben estar presentes en las instituciones que los representan y en todas las instancias de decisión.

Conclusión

Si el problema de la desigualdad afecta sobre todo a la miseria y la pobreza, el problema de la miseria y la pobreza depende, sobre todo, de la desigualdad.

Las vías que proponemos son, pues, indisociables y complementarias al mismo tiempo. No pueden separarse de las vías reformadoras que proponemos en este libro: la regeneración del pensamiento político, la política de la humanidad, la política de civilización, y, por consiguiente, la regeneración de la solidaridad, la reforma democrática, la reforma ecológica (incluida la preservación de la biodiversidad, que puede restaurarse mediante las políticas agroforestales y la agricultura biológica) y, en el núcleo existencial de todas esas reformas, las reformas de vida (en las que todo el mundo debería redefinir sus verdaderas necesidades), como la reforma ética, la de la familia, la de la adolescencia y la de la vejez. Lo que no es óbice para iniciar ya, aquí y en todas partes, la andadura hacia unas vías que nos transforman tan pronto como nos ponemos en camino.

Capítulo 11
LA DESBUROCRATIZACIÓN GENERALIZADA

EL problema de la reforma de las administraciones se plantea para las administraciones nacionales dedicadas al servicio público, y también para las grandes administraciones internacionales (ONU, UNESCO, FAO, etc.), para las compañías multinacionales, los grandes bancos y las grandes empresas, que sufren (y hacen sufrir a los usuarios) de un mal organizativo específico que podemos llamar la «burocratización».

Todas esas administraciones obedecen a los mismos principios generales de organización:

—centralización

—jerarquía

—y especialización

A partir de esos principios se han desarrollado unas formas esclerosadas o degeneradas de administración que calificaremos de «burocráticas». La burocracia puede considerarse, pues, como una patología administrativa en la que el exceso de centralización, de jerarquía y de formalización de los procedimientos privan de toda iniciativa y todo sentido de la responsabilidad a quienes no pueden sino obedecer, mientras que un exceso de especialización aísla a cada agente en su compartimento y en su conducta, sin incitarlo a ejercitar su inteligencia.

La burocracia lleva consigo una rígida dicotomía dirigente/ejecutor, encierra la responsabilidad personal de cada uno en un pequeño sector, pero inhibe la responsabilidad y la solidaridad personal respecto a la del conjunto del que forma parte. De hecho,

la burocracia genera irresponsabilidad, inercia y desinterés fuera del sector compartimentado, y oprime dentro de ese sector cuando el trabajo es monótono, mecánico y repetitivo. Hannah Arendt se dio perfecta cuenta de que Eichmann no era más que un burócrata mediocre que «obedecía órdenes». En Francia, el caso llamado «de la sangre contaminada» puso demanifiesto una irresponsabilidad generalizada dentro de una enorme tecnoburocracia médica.[32] El reciente caso del Mediator nos muestra cómo la coalición entre el interés económico y la carencia burocrática pueden retrasar durante varios años la prohibición de un fármaco peligroso, aunque exista abundante información sobre los efectos secundarios del medicamento.

En esas condiciones, la irresponsabilidad y la ausencia de solidaridad favorecen la pereza, la inercia y, en las sociedades donde el afán de lucro y el egocentrismo se desarrollan, la corrupción de los funcionarios y, por tanto, la corrupción dentro del corazón mismo del Estado.

En general, una organización burocratízada tiende a mostrarse inhumana con aquellos que solicitan sus servicios. Se remite a los solicitantes de una oficina o de una ventanilla a otra, de un teléfono a otro, siempre con la misma respuesta: «No es competencia nuestra». Las personas «mareadas» se sienten frustradas, perjudicadas, humilladas, sobre todo las que no dominan la lengua del país.

Burocracia y competitividad son los dos pilares de nuestro tipo de sociedad. La primera, ignora a los seres concretos; la segunda, los manipula.

Además, la administración burocratízada reacciona con retraso y rigidez ante los problemas urgentes y los desafíos inmediatos. A diferencia de lo que ocurre en los medios de comunicación, la información, es decir, lo inesperado, perturba los esquemas mentales y los programas en curso; tropieza con la rigidez, los hábitos, las creencias admitidas y la comodidad intelectual en un mundo de sistemas fuertemente estructurados, ya sean sistemas administrativos o de pensamiento. Se tiende a ignorar esta información, a reprimirla, a anestesiarla, y el mensaje no llega o llega con retraso.

Las causas de la resistencia pasiva a la información perturbadora

son intrínsecas a la organización tecnoburocrática, como lo eran (y siguen siéndolo) a la máquina administrativa médica de la sanidad pública, en el caso de la sangre contaminada. Por una parte, la burocracia, con su jerarquía y su distribución de tareas, detiene o frena la llegada de la información a las cúspides que deciden. Por otra parte, la especialización fragmenta los problemas, de manera que los responsables de un compartimento no se sienten responsables del conjunto. Finalmente, las comisiones, tan útiles en principio para iniciar un debate, en el mundo tecnoburocrático juegan un papel que diluye la responsabilidad en la votación colectiva y anónima.

Lo primero que se hace con las innovaciones fecundas y los descubrimientos saludables es ignorarlos o reprimirlos. Así, hubo que esperar mucho tiempo para que el establishment administrativo médico reconociese que el sida era debido a un virus.

Podemos formular el principio siguiente: toda información que perturba las mentes y las instituciones siempre llega con retraso a los sistemas de ideas o a las organizaciones establecidas y, una vez que llega, las decisiones saludables que debería provocar se ven, a su vez, retrasadas.

Las vías de la desburocratización

La reforma de los servicios públicos (así como la de las grandes empresas privadas y la de todas Jas organizaciones sociales importantes: Iglesias, sindicatos y partidos) requiere pues una desburocratización.

Como ya he indicado en otro lugar,[33] la buena organización de un servicio público o de una empresa requiere que se utilicen de la mejor forma posible las aptitudes y cualidades de sus trabajadores. Como hemos dicho, estas aptitudes y cualidades se hallan inhibidas por los efectos conjugados de la centralización, la jerarquía, la compartimentación y la especialización. En cambio, cuando existe la posibilidad de tener iniciativas y los agentes son libres, sobre todo en situaciones inesperadas y urgentes, la eficacia y la capacidad de respuesta de la administración aumentan.

Es obvio que no se puede concebir una administración privada de centro, exenta de jerarquía y desprovista de competencias especiahzadas, pero se trata de crear y desarrollar unos modos de organización que combinen:

centrismo/policentrismo/acentrismo
jerarquía/poliarquía/anarquía
especialización/poliespecialización/competencia general

La combinación de centrismo con policentrismo dota de capacidad de decisión a diversos centros, cada uno de ellos encargado de una competencia propia sobre problemas particulares. El acentrismo significa que los agentes puedan acceder a las informaciones internas y externas y disponer de un margen de libertad, especialmente en caso de imprevistos o condiciones críticas.

Asimismo, se trataría de combinar jerarquía con poliarquía (pluralidad de jerarquías diferentes según los campos y las circunstancias), y de flexibilizar y modular las prioridades jerárquicas. También debe admitirse una cierta anarquía, en el sentido en que «anarquía» significa modos de organización espontánea a través de las interacciones entre individuos y grupos, y no desorden.

Con cada uno de estos tres modos de organización, y, especialmente con su combinación, se crearían espacios de responsabilidad y libertad.

Por último, la especialización debe efectuarse tras una etapa de formación que proporcione una cultura enriquecedora; ésta permitiría a los agentes especializados ser pluricompetentes, colaborar interactivamente con los responsables del proceso de decisión, que estarían dotados de competencias generales. De todas formas, competencia especializada y policompetencia deben asociarse y no ser alternativos. Una vez establecido ese marco organizativo, se podrían introducir los conceptos del organizational learning definidos por Peter Senge y que incluyen tres prácticas:

—dialogar en equipo;

—promover el desarrollo personal;

—y permitir la eclosión de una visión compartida prestando atención al modelo mental de cada uno.[34]

Todo ello tendería a desburocratizar y desesclerosar las administraciones pública y privada, a debilitar la «mano de hierro» (Max Weber) de la racionalización y de la mecanización y a fomentar la manifestación de aptitudes estratégicas, inventivas y creativas de los trabajadores y empleados en provecho, no sólo de la

desalienación de los individuos, sino también del bien público.

La reforma está destinada a desburocratizar, desesclerosar, descompartimentar y devolver iniciativa y flexibilidad a los funcionarios o empleados, a inspirarles benevolencia hacía quienes solicitan sus servicios. La reforma del Estado se llevaría a cabo modificando la lógica que considera a los humanos como objetos sometidos a cuantificación, y no como seres dotados de autonomía, inteligencia y afectividad, sin crear ni suprimir puestos de trabajo.

Si las administraciones públicas se resisten a poner en entredicho los principios de la burocratizacíón, algunas empresas, en cambio, sí se han organizado según principios descentralizadores; así han actuado, por ejemplo, la MAIF, algunas mutuas y algunas cooperativas y, en el sector capitalista, Cisco.

¿Racionalizar?

Debemos subrayar aquí la diferencia entre racionalidad y racionalización. La racionalidad corresponde a la utilización plena de las aptitudes de aquellos que participan en una administración o empresa; comporta la coordinación de tareas, los intercambios de información y el manejo de las policompetencias. La racionalización, por su parte, obedece a los principios de la estricta especialización, de la jerarquía rígida y de la centralización extrema. La experiencia demuestra que dichos principios, aplicados estrictamente, no son racionales. El principio de la economía de tiempo, suprimiendo los tiempos muertos y los momentos de convivencia, es la racionalidad de las máquinas artificiales que funcionan según un determínismo estricto, una estricta cronología y una estricta especialización. Pero no es así como funciona el ser humano.[35] La racionalización aplicada al ser humano es irracional.

En materia de información, una verdadera comunicación requiere de un saber común y de «redundancia», es decir, repetición, reiteración. En otras palabras, una plena comprensión exige aparentes pérdidas de tiempo que, en realidad, son ganancias de racionalidad. Retomando la expresión de Max Weber, podemos decir que la racionalización es, por el contrario, una verdadera «mano de hierro».

Por otra parte, la sustitución de operadores humanos por máquinas automáticas engendra el anonimato y una mecanización de la vida que son infraeficientes, cuando no contraeficientes, más

allá de su rentabilidad inmediata.

Las polirreformas

La desburocratización debe incluir la restauración o la instauración del sentido de la responsabilidad y de la solidaridad; esto plantea un problema que, aunque esencial para el Estado, lo supera por cuanto implica una reforma de la sociedad. La verdadera reforma de la administración pública no puede darse aisladamente. Exige que se restauren la responsabilidad y la solidaridad, no sólo entre sus agentes o entre quienes toman las decisiones, sino también en el conjunto de la sociedad. Así, al mismo tiempo, debe llevarse a cabo una reforma de la organización de las empresas. En otros términos, la reforma de las administraciones no se puede realizar plenamente sino dentro de un complejo de transformaciones humanas, sociales e históricas que incluyen las demás reformas de las que trata el presente libro: reformas políticas, entre ellas la reforma del pensamiento político, que supone la reforma del pensamiento, la educación y la democracia; unidas a reformas sociales y económicas, de vida y ética (recordemos que la responsabilidad y la solidaridad son la fuente de toda ética).[36] La regeneración de la ética es indisociable de la regeneración del civismo, que, a su vez, es indisociable de una regeneración democrática. De esta manera, una saludable desburocratización no puede desligarse de todas estas reformas, las cuales, por su parte, no podrán establecerse sin la desburocratización.

Capítulo 12
JUSTICIA Y REPRESIÓN

Se puede juzgar el grado de civilización de una sociedad entrando en sus prisiones.

DOSTOIEVSKI

¿Por qué se mata a la gente que ha matado? ¿Para explicar a otros que matar está mal?

NORMAN MAILER

LA justicia, la policía y la prisión son, en principio, instituciones destinadas a impedir y reprimir una barbarie humana que tiende a corroer y a descomponer sin cesar el orden de la sociedad mediante el crimen, el delito y la corrupción. Cada una a su manera, esas instituciones aseguran el mantenimiento de dicho orden. Pero todo orden social comporta también su parte de barbarie y, como muy bien dijo Walter Benjamín, no hay ninguna civilización que no tenga un fondo de barbarie en la represión permanente y multiforme que practica. Por eso, la justicia, la policía y la prisión, por su propia naturaleza represiva, son contrabarbaries bárbaras. Es la reducción de esa barbarie lo que hay que considerar.

Hay que señalar desde el comienzo que sólo se puede reducir al mínimo la barbarie del orden (coerción y disuasión) en una sociedad muy compleja.

Toda sociedad es, en sí misma, compleja, es decir, está constituida de actividades incesantes en inter-retro-acciones, que comportan unas relaciones de solidaridad y de antagonismo simultáneamente. Cuanto más compleja es una sociedad, más libertades comporta para sus individuos y sus grupos, y más desorden generan esas libertades. Hegel reflejó muy bien el lado

oscuro de la libertad en su fórmula «la libertad es el crimen». En rigor, la extrema complejidad de la sociedad, es decir la extrema libertad de sus miembros y, por tanto, la desaparición de toda coerción, lleva a su desintegración. Ahora bien, lo que podría salvaguardar una gran complejidad, en otras palabras, unas grandes libertades, sería no sólo un mínimo de aparato coercitivo (justicia, policía), sino sobre todo el sentimiento, vivido e interiorizado en cada individuo, de solidaridad y de comunidad con los miembros de la sociedad a la cual pertenece. En las naciones actuales, dicho sentimiento de comunidad sólo se vive plenamente en caso de guerra o de ocupación, se revitaliza momentáneamente con ocasión de los campeonatos mundiales de fútbol o de rugby, o en el encuentro con un conciudadano en un país remoto, pero se apaga en la vida cotidiana, donde se imponen los egocentrismos, intereses, antagonismos y conflictos.

La fraternidad temporal de los miembros de una nación tiene como fuente la idea de patria (madre patria en francés y en español, Vaterland [país padre] en alemán, Heimat en la misma lengua, Home en inglés [es decir, hogar familiar]), que dota de una base mitológica de maternidad-paternidad a las naciones modernas y, con ello, fraterniza a los «hijos de la patria»: no hay fraternidad sin maternidad. Ella es la que despierta en el seno de una sociedad el «programa» altruista-comunitario presente en todo ser humano, pero subdesarrollado en y por nuestra civilización.

Este preludio está destinado a indicar:

1. que una condición previa para la reducción de los aparatos coercitivos es la existencia de una gran complejidad social, con sentimiento de comunidad vivida,

2. y que el antídoto fundamental para las dos barbaries que se enfrentan —la barbarie del delito, del crimen, de la corrupción, y la contrabarbarie bárbara de la justicia, la policía y la prisión— radica en la solidaridad, cuya intensidad afectiva reviste la forma de la fraternidad.

Es, pues, la complejidad social la que puede reducir la barbarie que nace y renace en toda civilización, y la contrabarbarie bárbara de la justicia-policía-prisión, que culmina en la pena de muerte.

Así pues, reducir las barbaries, en las condiciones actuales de las naciones y del conjunto del planeta, requiere la aplicación conjunta

de las reformas indicadas en este libro, entre ellas, por supuesto, la regeneración de las solidaridades, la comprensión humana, la reforma de la educación y del pensamiento, en particular, del pensamiento político.

Este conjunto de reformas combinadas entrañaría evidentemente reformas del propio aparato coercitivo justicia-policía-prisión, que, a su vez, exigirían una formidable humanización de los jueces y de los policías, que deberían formarse en el humanismo y en la complejidad humana.

Pero, antes de examinar esas reformas específicas, debemos considerar el estado actual de la criminalidad, por una parte, y el estado actual de la justicia, de la policía y de las prisiones en el contexto planetario, por la otra. La información que nos llega de Amnistía Internacional y los múltiples datos aportados por la prensa indican claramente que, en todas partes donde hay regímenes autoritarios, el Estado manipula a la justicia; que en todas partes donde reina la corrupción, la justicia está profundamente corrompida; que las policías practican demasiado a menudo violencias, brutalidades, torturas, incluso asesinatos disfrazados de accidentes; que las cárceles, por último, son a menudo verdaderos infiernos. Lo trágico es que, en las naciones que deberían en principio obedecer las reglas democráticas de la separación de poderes, el Estado intenta domesticar a la justicia (como recientemente ha sucedido en Italia y en Francia), y los principios humanistas que deberían aplicarse sobre los seres humanos muchas veces son pisoteados por la policía y en las prisiones.

CRIMINALIDAD Y JUSTICIA EN EL MUNDO

Según el informe del secretario general de la Organización de Naciones Unidas sobre las tendencias de la criminalidad y el funcionamiento de los sistemas de justicia penal en el mundo, la evolución de la criminalidad y la justicia penal durante los cinco últimos años ha sido desigual.

Homicidio

Se ha registrado una disminución de las tasas de homicidios en la mayor parte de los países de Europa, América del Sur y Asia. Sin embargo, algunos países, especialmente aquellos donde dominan las mafias de la droga, padecen un incremento.

Según las estimaciones de la Oficina de Naciones Unidas contra

la Droga y el Delito (UNODC), los homicidios voluntarios causaron unas cuatrocientas noventa mil muertes en 2004; la tasa mundial de homicidios ese mismo año se elevó a 7,6 homicidios por cien mil personas. Podemos pensar que, en las sociedades modernas, los homicidios llamados de honor, por venganza o por celos, están en regresión, pero no necesariamente los que tienen que ver con agresiones armadas para robar o con ajustes de cuentas entre bandas rivales.

Los raptos y secuestros con petición de rescate, tradicionales en Yemen y en Afganistán, se multiplican en numerosos países de América, donde, a menudo, están relacionados con las guerras entre cárteles.

Los delitos contra la propiedad han disminuido en Europa. El robo con efracción y las sustracciones de vehículos registrados por la policía se han reducido en casi un 50% entre 1995 y 2008. Este declive podría deberse a una mejor protección de las residencias y de los vehículos. No obstante, no hay ningún incremento en la sensación de seguridad frente a las agresiones, robos y delitos.

Las infracciones ligadas a las drogas van en aumento. Sin embargo, es difícil discernir las ocasionadas por un incremento del tráfico de drogas de las que no son más que una respuesta a las acciones de detección y represión.

La trata de personas, especialmente de mujeres, afectó a más de veintiuna mil víctimas en ciento once países en el año 2006, según el Informe mundial sobre la trata de personas publicado por la UNODC. Pero como esa práctica raras veces se persigue, su importancia, sin duda, está subestimada.

Finalmente, la piratería en el mar ha resucitado recientemente, sobre todo en las costas somalíes y en el golfo de Adén. Su objetivo no es tanto robar el cargamento de los barcos, como extorsionar y obtener un rescate; sólo en el primer semestre de 2009 se registraron ciento cuarenta actos de piratería.

Todas esas cifras no tienen en cuenta los delitos masivos perpetrados contra poblaciones enteras, como en el caso de Ruanda o de Sri Lanka, ni las muertes civiles causadas por operaciones militares, como en Gaza, ni los saqueos, pillajes, destrucciones de bienes y viviendas; en suma, toda una criminalidad política, militar, étnica y religiosa que, si bien disminuye temporalmente en algunas

zonas, también está aumentando en varios puntos del planeta.

La corrupción

Antiguamente, los sobornos eran una práctica corriente en las administraciones de gran parte del mundo; esa forma de corrupción funcionarial se ha incrementado con la monetarización generalizada y con el deterioro del sentido de la responsabilidad. A falta de datos oficiales, algunas encuestas sobre muestras representativas y algunos escándalos revelados por la prensa independiente nos permiten medir, aproximadamente, la amplitud de los sobornos pagados por empresas a personalidades políticas, partidos o administraciones. En el caso de ventas de material civil o militar al extranjero, las sumas abonadas son en función del montante del pedido que se espera obtener.

Según las encuestas, los sobornos pagados por las empresas van destinados, en general, a las administraciones, que incluyen a la policía y los servicios de la sanidad pública. Naturalmente, esa práctica está muy extendida en los estados corruptos. Una investigación recientemente realizada por la UNODC en Afganistán revelo que más de la mitad de los afganos (el 52%) había tenido que pagar al menos un soborno al relacionarse con agentes públicos durante el año pasado.

La justicia

«En democracia, el estado de la justicia es un indicador muy fiable del estado de las libertades, de la igualdad real y de la separación de poderes», declara, con razón, la Liga Francesa de los Derechos del Hombre. De hecho, muchas democracias adolecen de deficiencias o carencias en este terreno. En los estados corruptos, la justicia también está corrompida por los ricos y los poderosos. En los estados autoritarios o dictatoriales, la justicia es un instrumento al servicio del poder, y los procesos son meras parodias.

El caso de Francia

En su informe anual titulado *État des droits de l'homme en France*, 2010, la LDH (Liga Francesa de los Derechos del Hombre) describe una justicia «dura para con los débiles» y «paralizada frente a los poderosos»: «La situación de la justicia en Francia es dramática; ante la crisis social, el poder político encuentra distracciones en el terreno de la seguridad y el orden público, y para ello [...] ha

multiplicado por dos el número de presos en veinte años, sin que por ello los franceses estén dos veces más protegidos». La justicia, «que carece cruelmente de medios», es «demasiado lenta o demasiado expeditiva», «cada vez más lejana», «controlada por el poder» y «cada vez más represiva». Según la Liga, en 2009 fue «más severa con los considerados como objetivos por parte del poder», y «más blanda» con los más pudientes, sobre todo a través de los proyectos de despenalización del derecho de los negocios: «La justicia es más dura en los suburbios, y más blanda con los delincuentes financieros»; «las lógicas que se aplican ya no tienen que ver con el tratamiento de las causas, sino con la estigmatización, la vigilancia y el castigo».

El informe denuncia que se han multiplicado por dos las detenciones, «el considerable incremento» de las penas de prisión, y «el anuncio de un "código penal de los menores" esencialmente represivo».

Todo ello unido a la falta de medios humanos y presupuestarios característica de la justicia.

De ahí, unas demoras interminables, que varían mucho según la notoriedad de la víctima. En algunos tribunales, las personas convocadas esperan todo el día en el pasillo a que se celebre su juicio, las vistas se celebran hasta altas horas de la noche. La tensión es extrema en esos casos y, durante la vista, los acusados, en ocasiones, intentan suicidarse. Se ha dado el caso de una audiencia penal que ha durado veintiséis horas seguidas.

La justicia internacional

Los intentos de instaurar una justicia internacional para los crímenes de guerra y contra la humanidad han tenido pocos resultados. Estados Unidos no ha aceptado la competencia del Tribunal de Justicia Internacional para los crímenes cometidos durante la guerra de Yugoslavia. Las órdenes de detención, como por ejemplo la emitida contra El Bechir, jefe del Estado sudanés, no han prosperado.

Si su evolución política no se hubiese detenido en un estado embrionario, la Unión Europea habría podido constituir su propio tribunal de justicia. Pero no ha sido el caso. La competencia de una instancia de justicia internacional efectivamente planetaria sigue siendo una utopía.

La policía

Los datos sobre los efectivos de la policía contenidos en la encuesta de Naciones Unidas a la cual nos referimos revelan disparidades importantes entre los países. El problema principal no es el número de policías, que debería variar en función del incremento o la disminución de la criminalidad, sino sus prácticas y sus hábitos. Una policía mal controlada por el Estado y los ciudadanos tiende a cometer todos los abusos que su poder le permite: comprobación de identidad por el aspecto, arrestos arbitrarios, violencia dentro de las comisarías, falsos testimonios; los miembros de la policía implicados en la lucha contra la droga y el proxenetismo pueden dejarse corromper. Está claro que, en los estados autoritarios o dictatoriales, allí donde la prensa no puede conocer ni divulgar la realidad de las prácticas policiales y penitenciarias, allí donde no se ejerce ningún control por parte de partidos de la oposición o asociaciones de defensa de los derechos humanos, las violencias, torturas y asesinatos se convierten en la regla por y para la policía. Se constata que, incluso en países que disponen de una información independiente (prensa, medios, Internet), y donde, por consiguiente, los excesos y abusos pueden ser denunciados, se perpetúan impunemente muchas prácticas crueles.

Las cárceles

Las cárceles, incluso en algunos países europeos como Francia, son lugares de extremada inhumanidad. No es sólo el poder a menudo arbitrario de los «matones», ni la superpoblación creciente de las celdas (en los últimos diez años las penas de cárcel han aumentado entre un 60 y un 75 % en el mundo) lo que produce crueldad, también son los hábitos propios del mundo penitenciario que crean cabecillas, favorecen abusos sexuales, tráficos internos, incluidas las drogas, y conflictos entre bandas, de carácter étnico en muchas ocasiones. Todas esas condiciones hacen de la cárcel una escuela de criminalidad para los jóvenes internos que, cuando salen, y a falta de un sistema de acogida, de trabajo y de posibilidades de reinserción, se encuentran condenados a los bajos fondos envilecidos.

Por ese motivo encontramos una alta tasa de reincidencias, incluso en los países occidentales. Según el servicio penitenciario de Escocia, el 48% de los internos que salieron en el año 2002 volvían

a estar en prisión al cabo de dos años. De ese 48%, el 52% volvió a la cárcel antes de seis meses, el 76%, al año de ser puestos en libertad. En Estados Unidos, en el año 2000, el 42% de los delincuentes en libertad condicional volvió a la cárcel. Encontramos cifras análogas en todos aquellos lugares donde la prisión sigue siendo el principal instrumento de la política de seguridad.

LAS VIAS DE LAS REFORMAS

Como hemos indicado al principio de este capítulo, es la acción conjugada y perseverante de las diversas vías de reformas de la política, el pensamiento, la sociedad y la vida lo que provocará la reducción, a su vez interdependiente, de esas barbaries de civilización que son los crímenes, y de las barbaries propias de la contrabarbarie de la represión. Esta constatación, no obstante, no impide proponer medidas específicas:

—Formación de los jueces, policías y personal penitenciario para ayudarlos a comprender la complejidad humana. Cualquier progreso en este campo los volvería más proclives a la magnanimidad y al perdón, de forma que se podría provocar una toma de conciencia y un arrepentimiento en el delincuente, y, así, transformarlo;

—Concienciación, desde la escuela, de que la cárcel no es la expresión de una voluntad de castigo y de represalia, sino, como ya enunció en el siglo XVIII el criminólogo Beccaria, un medio para proteger a la sociedad. Es necesario extirpar de las mentes la idea, tan profundamente anclada en nuestro psiquismo, de la venganza y del talión. Podemos satisfacer en el imaginario esa parte de nuestro psiquismo gracias a novelas o películas como El conde de Montecristo, en las que la víctima se toma la justicia por su mano y mata a todos los que le han hecho sufrir, pero como ciudadanos debemos reprimir esa idea y sustituirla por la noción beccariana. Cuantas más mentes estén contaminadas por la identificación entre justicia y castigo, más primordial será la concepción de Beccaria. De ahí, la necesidad de sensibilizar a los ciudadanos ante los efectos deletéreos del encarcelamiento, y hacerles comprender que la reinserción social de los presos es en interés de todos y cada uno de nosotros;

—Medidas de control que disminuyan la arbitrariedad policial;

—Dispositivos de prevención de la delincuencia juvenil, según el ejemplo de quienes han conseguido reducirla, e incluso suprimirla,

como en Medellín (Colombia), en Río (proyecto «Espaço Criança Esperança», que integra a mil ochocientos niños y adolescentes, en vigor desde 2001 en el complejo de favelas Cantagalo y Pavão Pavãozinho, donde había un elevado nivel de delincuencia juvenil), o en numerosos barrios de Venezuela gracias a El Sistema (véase, en la cuarta parte, el capítulo «La adolescencia»);

—Educación específica impartida a los niños y adultos agresivos para ayudarlos a regular sus emociones;

—Humanización de las cárceles (supresión de la sobrepoblación, posibilidad de continuar estudios primarios, secundarios o universitarios, presencia, en todos los centros, de consejeros para la humanización). El acceso al trabajo, a la educación, a la cultura y al ocio es un medio para preparar la reinserción social tras la liberación. La humanización de las cárceles implica también fomentar los contactos con la familia y los amigos. Los permisos de salida y los regímenes semiabiertos favorecen la reintegración progresiva en la sociedad;

—Extensión de las penas sustitutorias, entre ellas la justicia reparadora, la pulsera electrónica, la realización de trabajos de interés colectivo, la obligación de seguir un tratamiento para los toxicómanos, el traslado a un centro educativo;

—Ayuda y acompañamiento para la reinserción social. Esta puede empezar ya en la cárcel con los citados programas educativos, profesionales y culturales, y continuar con la acción de las agencias y otras organizaciones de ayuda a los expresidiarios. La familia y un trabajo estable constituyen los principales factores de éxito de la reinserción. Se trata de ayudar a los exdelincuentes a reconstituir sus relaciones con la familia y a encontrar un empleo. De ahí la utilidad de las reformas legislativas que introduzcan o multipliquen los medios de ayuda a los delincuentes y exdelincuentes para su reinserción social y, conjuntamente, de una reforma política que, en vez de dedicar lo esencial de sus recursos a reforzar las restricciones y sanciones en la sociedad y en las prisiones, lo invierta en las medidas de prevención, de humanización de las cárceles y de inserción pospenitenciaria.

Conclusión

Inevitablemente, todas las medidas de liberalización y humanización conocen fracasos y pueden fomentar la reincidencia.

Pero esas reincidencias son minoritarias, mientras que el encarcelamiento inhumano y el rechazo social tras la liberación sí fabrican sistemáticamente reincidentes. Algunos ejemplos nos indican que no debemos reducir al delincuente a sus delitos, sino que debemos permitir que la humanidad que encierra salga a la luz.

El trío justicia-policía-prisión, bajo la apariencia paradójica barbarie/contrabarbarie, nos lleva al centro del problema de la barbarie civilizada, que, a su vez, está en el núcleo del problema de la mejora de la vida en sociedad.

Segunda parte
REFORMAS DEL PENSAMIENTO Y DE LA EDUCACIÓN

Capítulo 1
REFORMA DEL PENSAMIENTO

LA CRISIS DEL CONOCIMIENTO

En la medida en que son mal percibidas, infravaloradas y separadas unas de otras, todas las crisis de la humanidad planetaria son, al mismo tiempo, crisis cognitivas. Nuestro sistema de conocimientos, tal y como se nos inculca y fija en la mente, conduce a importantes desconocimientos.

Nuestro modo de conocimiento no ha desarrollado suficientemente la aptitud para contextualizar la información e integrarla en un conjunto que le dé sentido. Sumergidos en la sobreabundancia de informaciones, cada vez nos es más difícil contextualizarla, organizaría y comprenderla. La fragmentación y la compartimentación del conocimiento en disciplinas que no se comunican nos impiden percibir y concebir los problemas fundamentales y globales. La hiperespecialización rompe el tejido complejo de lo real, el predominio de lo cuantificable oculta las realidades afectivas de los seres humanos.

Nuestro conocimiento parcelado produce ignorancias globales. Nuestro pensamiento mutilado conduce a acciones mutiladoras. A ello se añaden las limitaciones 1) del reduccionísmo, que reduce el conocimiento de unidades complejas al de los elementos, supuestamente simples, que las constituyen; 2) del binarismo, que descompone en verdadero/falso lo que es parcialmente verdadero o parcialmente falso o, a la vez, verdadero y falso; 3) de la causalidad lineal, que ignora los bucles retroactivos; 4) del maniqueísmo, que no ve sino oposición entre el bien y el mal.

La reforma del conocimiento exige una reforma del pensamiento. La reforma del pensamiento exige, por su parte, un pensamiento capaz de relacionar los conocimientos entre sí, de

relacionar las partes con el todo y el todo con las partes, un pensamiento que pueda concebir la relación de lo global con lo local, de lo local con lo global. Nuestras formas de pensamiento deben integrar un vaivén constante entre dichos niveles (véase mi Introduction a la pensée complexe).

Esta reforma tiene un carácter epistemológico y reflexivo. Epistemológicamente, se trata de sustituir el paradigma que impone conocer por disyunción y reducción por un paradigma que exija conocer por distinción y conjunción (Introduction á la pensée complexe). La reintroducción de la reflexividad requiere un permanente retorno autoexaminador y autocrítico de la mente sobre sí misma.

Además, debemos dejar de creer que hemos llegado a la sociedad del conocimiento. De hecho, hemos Llegado a la sociedad de los conocimientos separados unos de otros, lo que nos impide relacionarlos para concebir los problemas fundamentales y globales, tanto de nuestras vidas personales como de nuestros destinos colectivos.

Finalmente, también debemos disipar la ilusión según la cual nuestro conocimiento, incluido el científico, es plenamente racional. De hecho, existen diversas formas de racionalidad: la racionalidad crítica, que utiliza la duda; la racionalidad teórica, que edifica teorías estudiando de forma coherente los fenómenos; la racionalidad autocrítica, consciente de sus límites y de la degradación de la racionalidad en racionalizaciones (concepciones intrínsecamente lógicas, pero que no corresponden a ninguna base empírica); la razón instrumental, denunciada por Adorno y Horkheimer, que está al servicio de empresas nocivas, criminales o dementes, como los campos de concentración nazis.

Así, la ceguera consecuencia de conocimientos parcelados y dispersos, ceguera propia de una visión unidimensional de todas las cosas, se hermana con los espejismos de la sociedad del conocimiento y del pleno empleo de la racionalidad.

Si nuestras mentes siguen dominadas por una manera mutilada y abstracta de conocer, por la incapacidad de captar las realidades en su complejidad y su globalidad, si el pensamiento filosófico se aparta del mundo en lugar de enfrentarse a él para comprenderlo, entonces, paradójicamente, nuestra inteligencia nos ciega.

Una tradición de pensamiento bien arraigada en nuestra cultura y que forma las mentes desde la escuela elemental nos enseña a conocer el mundo a través de «ideas claras y distintas»; nos insta a reducir lo complejo a lo simple, es decir, a separar lo que está ligado, a unificar lo que es múltiple, a eliminar todo lo que aporta desorden o contradicciones a nuestro entendimiento. Ahora bien, el problema crucial de nuestro tiempo es el de la necesidad de un pensamiento capaz de recoger el desafío de la complejidad de lo real, esto es, de captar las relaciones, interacciones e implicaciones mutuas, los fenómenos multidimensionales, las realidades solidarias y conflictivas a la vez (como la propia democracia, que es un sistema que se alimenta de antagonismos a la vez que los regula). Pascal ya formuló ese imperativo de pensamiento que se intenta introducir hoy en todo nuestro sistema educativo desde el parvulario: «Como todas las cosas están causadas y son causa, están ayudadas y ayudan, son mediatas e inmediatas, y todas se mantienen por un lazo natural e insensible que une a las más alejadas y a las más diferentes, considero imposible conocer las partes sin conocer el todo, así como también conocer el todo sin conocer particularmente las partes.»

De hecho, todas las ciencias avanzadas, como las ciencias de la Tierra, la ecología, la cosmología, son ciencias que rompen con el viejo dogma reduccionista de explicación por lo elemental: consideran sistemas complejos en los que las partes y el todo se generan y organizan mutuamente y, que, en el caso de la cosmología, contempla una complejidad que está más allá de todo sistema.

Es más, ya se han formado principios de inteligibilidad, aptos para concebir la autonomía, la noción de sujeto, e incluso la libertad, cosa imposible según los paradigmas de la ciencia clásica. Ya ha comenzado, al mismo tiempo, el examen crítico de la pertinencia de nuestros principios tradicionales de inteligibilidad: la racionalidad y la cientificidad deben redefinirse y contemplarse en toda su complejidad. Este examen no afecta sólo a los intelectuales, afecta a nuestra civilización: todo lo que se ha efectuado en nombre de la racionalización y ha conducido a la alienación en el trabajo, a las ciudades dormitorio, al «trabajo-transporte-sueño-y-vuelta-a-empezar», al ocio fabricado en serie, a la contaminación industrial,

al deterioro de la biosfera, a la omnipotencia de los estados naciones dotados de armas de destrucción masiva, ¿es verdaderamente racional?, ¿no es urgente acaso replantearnos una razón que ha producido en su seno a su peor enemigo: la racionalización?

El conocimiento debe saber contextualizar, globalizar, multidimensionar, es decir, debe ser complejo. Sólo un pensamiento capaz de captar la complejidad de nuestras vidas, nuestros destinos y la relación individuo/sociedad/especie, junto con la de la era planetaria, puede intentar establecer un diagnóstico del curso actual de nuestro devenir, y definir las reformas vitalmente necesarias para cambiar de vía. Sólo un pensamiento complejo puede darnos armas para preparar la metamorfosis social, individual y antropológica.

El pensamiento complejo también debe servirnos para tomar conciencia de las contradicciones lógicas que debemos afrontar:

—el orden también comporta desorden;

—la ciencia ilumina y ciega;

—la civilización contiene la barbarie;

—la razón pura es sinrazón; la razón y la pasión se necesitan mutuamente;

—el uno comporta su propia multiplicidad.

Un pensamiento complejo, cuyos principios hemos definido,[37] permite desarrollar la aptitud para reaccionar de forma pertinente en una situación nueva. Como ya hemos dicho, «los analfabetos del siglo XXI no serán los que no sepan leer ni escribir, sino los que no puedan aprender, desaprender y reaprender».

EL NUEVO CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

Las reformas del conocimiento y del pensamiento no pueden sino apoyar y apoyarse en las dos grandes revoluciones científicas que han marcado el siglo XX.

Hasta el siglo XXI, la ciencia se construyó sobre tres pilares de certidumbre. El primero es la creencia en el determinismo absoluto, que hizo decir a Laplace que un demonio dotado de un espíritu superior podría conocer los acontecimientos del pasado y también los del futuro. El segundo pilar es la separabilidad: la convicción de que para conocer mejor un objeto, basta aislarlo de su medio de origen colocándolo en un medio artificial. El tercer pilar radica en el razonamiento por inducción y deducción, que proporciona un

método de prueba, así como el rechazo a la contradicción.

De hecho, la primera revolución científica, inaugurada en física por el segundo principio de la termodinámica, y más tarde culminada con la microfísica y la cosmofísica, derrumbó el primer pilar; el principio del determinismo debe ahora asociarse con un principio de desorden y un principio de indeterminación.

La segunda revolución científica, en la segunda mitad del siglo XX, establece relaciones entre disciplinas hasta entonces separadas. Ocurre en las ciencias de la Tierra, en la cosmología y, sobre todo, en la ecología científica, que debe combinar conocimientos físicos, geológicos y meteorológicos con conocimientos biológicos (biología microbiana, botánica y zoología), junto con conocimientos de ciencias sociales, puesto que la humanidad transforma, cada vez más, los ecosistemas y la biosfera.

A estas dos revoluciones complejizadoras, que aún no han terminado, cabe añadir la revolución epistemológica, anticipada por los pensamientos de Heráclito («despiertos duermen», «vivir de muerte, morir de vida»), de Pascal (sobre el tejido de contradicciones que es el ser humano), de Hegel («nuestro pensamiento debe abrazar a los contrarios»), de Marx («las ciencias de la naturaleza abrazarán las ciencias del hombre, las ciencias del hombre abarcarán las ciencias de la naturaleza»). La revolución se introdujo en las ciencias con Niels Bohr, que defendió que la naturaleza compleja de las partículas comprendía dos nociones contradictorias: ondas y corpúsculos. Esta concepción surge, así, en la física y en la cosmología, para considerar el origen del universo y la naturaleza de lo real, está en el corazón de la relación espacio-individuo-sociedad, en la biología y la antropología.

Simultáneamente, los científicos deberían incluir la reflexividad en su formación, como reclamaba Husserl hace más de ochenta años. En efecto, el científico, como ser humano, es un individuo-sujeto inmerso en una cultura que le influye, aunque haya desarrollado los medios más sutiles y refinados para conocer el mundo exterior, es ciego sobre sí mismo y sobre el propio devenir de la ciencia. Sería necesario, pues, proporcionar a los científicos una cultura que englobase los trabajos de filosofía de la ciencia (de Bachelard y Popper a Lakatos y Kuhn), así como una cultura en ciencias humanas que les permitiese concebir, no sólo la

penetración de las ciencias en las sociedades y en la historia humana, sino también las prodigiosas transformaciones que aportan a las sociedades y a la historia de la humanidad.

Finalmente, la disyunción entre ciencia y ética, necesaria en los primeros siglos de la ciencia occidental, ya no puede seguir manteniéndose, dados los profundos problemas éticos y políticos planteados por los desarrollos contemporáneos de las ciencias. Se impone una nueva deontología científica, para la física, desde el arma nuclear (1945), y para la biología, desde el descubrimiento del ADN (1950), de la inseminación artificial (1973), de la creación de quimeras (1974), del bebé probeta (1978), de la clonación y de la manipulación de las células madre.

En cuanto a las reformas en las ciencias humanas, hemos indicado sus principios,[38] que permitirían el autoexamen del investigador, la conciencia de que los humanos objeto de sus investigaciones no son oligofrénicos culturales, sino que también disponen de un saber propio; permitirían trabajar sobre lo concreto y lo complejo, y no principalmente sobre muestras de poblaciones, e indicarían los métodos a seguir para tratar el devenir y el presente.

Capítulo 2
REFORMA DE LA EDUCACIÓN

Es muy importante subrayar la necesidad de una reforma del conocimiento ya que hoy, en Francia, el problema de la educación y el de la investigación se ven reducidos a términos cuantitativos: «más créditos», «más enseñantes», «más informática», etc. Con ello se enmascara la dificultad esencial que está en el origen del fracaso de todas las reformas sucesivas de la enseñanza: no se puede reformar la institución sin haber reformado antes las mentes, pero no se pueden reformar las mentes si antes no se han reformado las instituciones.

No existe una respuesta propiamente lógica a esa contradicción, pero la vida es capaz de aportar soluciones a problemas lógicamente irresolubles. La idea misma de reforma aunará las inteligencias dispersas, reanimará los espíritus resignados, suscitará propuestas. Finalmente, al igual que existe una buena voluntad latente para la solidaridad, existe una vocación misionera latente en el cuerpo docente; muchos profesores aspiran a encontrar el equivalente actual de la vocación misionera laica de principios de la Tercera República. Por supuesto, ya no debemos oponer las luces aparentemente racionales de la razón a un oscurantismo considerado fundamentalmente religioso. Debemos oponernos a la inteligencia ciega que se ha hecho con el timón en casi todas las mentes, y debemos reaprender a pensar, esa tarea de salvación pública que comienza por uno mismo.

Es obvio que hará falta tiempo, debates, luchas y esfuerzos para que tome cuerpo la revolución del pensamiento que ya se está iniciando, aquí y allá, de forma desordenada. Podríamos creer, pues, que no hay ninguna relación entre ese problema y la política

que debería practicar el gobierno. Ahora bien, el desafío de la complejidad del mundo contemporáneo es un problema clave del pensamiento y de la acción política.

La reforma de la educación debe partir de las palabras del Emile de Jean-Jacques Rousseau, cuando el educador dice refiriéndose a su alumno: «Quiero enseñarle a vivir». La fórmula es excesiva, pues sólo se puede ayudar a aprender a vivir. A vivir se aprende a través de las propias experiencias, con la ayuda ajena, especialmente de los padres y los educadores, pero también de los libros y la poesía. Vivir es vivir en tanto que individuo que se enfrenta a los problemas de la vida personal, es vivir en tanto que ciudadano de una nación, es vivir, también, en la propia pertenencia al género humano. Naturalmente, el estudio de la literatura, la historia, las matemáticas y las ciencias contribuye a la inserción en la vida social, y las enseñanzas especializadas son necesarias para la vida profesional. Pero, con la marginación de la filosofía y la literatura, en la educación es cada vez más precisa la posibilidad de enfrentarse a los problemas fundamentales y globales del individuo, del ciudadano, del ser humano. Para poder plantear estos problemas es necesario reunir una serie de conocimientos separados en disciplinas. Se exige, así, una forma más compleja de conocer, de pensar. Y esto es lo que querría aportar la reforma. Mientras no relacionemos los conocimientos según los principios del conocimiento complejo, seremos incapaces de conocer el tejido común de las cosas; sólo veremos los hilos del tapiz, pero no podremos identificar el dibujo en su conjunto.

Por eso, la enseñanza que parte de disciplinas separadas en lugar de alimentarse de ellas para tratar los grandes problemas mata la curiosidad natural de todas las conciencias juveniles que se están abriendo y se preguntan ¿qué es el conocimiento pertinente?, ¿qué es el hombre?, ¿la vida?, ¿la sociedad?, ¿el mundo?

Deberíamos sustituir el sistema actual por un nuevo sistema educativo basado en la relación entre las cosas, radicalmente diferente, así, del actual. Dicho sistema permitiría fomentar la capacidad de la mente para pensar los problemas individuales y colectivos en su complejidad. Nos haría sensibles a la ambigüedad, a las ambivalencias, y enseñaría a asociar términos antagónicos para captar la complejidad.

Enseñaría también a situar toda la información, todos los datos en su contexto, y en el sistema del cual forman parte.

Mostraría las diversas formas de racionalidad (teórica, crítica y autocrítica), sus perversiones (racionalización, razón instrumental), la necesidad de una racionalidad abierta (tanto a los datos que la contradicen como a la crítica externa). La racionalidad científica produce teorías biodegradables, a diferencia de la racionalidad cerrada (doctrina), que refuta a priori todo lo que la contradice. Así pues, hay que enseñar la diferencia entre teoría y doctrina. Una teoría, científica o no, está viva en la medida en que es capaz de responder a sus críticos con una argumentación pertinente o coherente, en la medida en que puede dar cuenta de los hechos que se le objetan y, eventualmente, integrarlos modificándose a sí misma. Cuando se demuestra que ha dejado de ser pertinente, acepta su propia muerte. La característica de una teoría científica, o sólo viva, es la biodegradabilidad. En cambio, las doctrinas se niegan a morir, se cierran a los argumentos contrarios y se refieren siempre al pensamiento infalible de su fundador («como dice Freud», «como escribió Marx», etc.).

El nuevo sistema educativo enseñaría una concepción complejizada de los términos, aparentemente evidentes, de racionalidad, de cientificidad, de complejidad, de modernidad y de desarrollo.

Enseñaría la ecología de la acción, que indica que la acción, tan pronto se inicia, sufre las ínter-retro-acciones del medio en el que interviene, escapa a la voluntad de su iniciador y puede ir en el sentido contrario al deseado inicialmente. Transmitiría, pues, que toda decisión, en el seno de un mundo incierto, comporta una apuesta y requiere una estrategia: la capacidad de modificar la acción en función de los acontecimientos que se produzcan o de las informaciones que se reciban por el camino.

Finalmente, la reforma comportaría una introducción a los problemas vitales, fundamentales y globales que se ocultan en la fragmentación disciplinar. Introduciría en todos los niveles de la enseñanza, desde la primaria hasta la universidad, las siguientes materias:

a) el conocimiento del conocimiento. El conocimiento de lo humano, de la era planetaria, la comprensión humana. El

enfrentamiento con la incertidumbre. La ética trinitaria (individuo-sociedad-especie). He desarrollado estos temas en Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. En este libro me limito a indicar la necesidad de enseñar el conocimiento del conocimiento, más adelante resumiré los otros temas.

La enseñanza actual proporciona conocimientos sin enseñar qué es el conocimiento. No se preocupa de conocer qué es conocer, es decir, no estudia los dispositivos cognitivos, sus dificultades, sus debilidades ni su propensión al error, a la ilusión. Porque todo conocimiento comporta un riesgo de error y de ilusión. Hoy sabemos que muchas creencias del pasado son, efectivamente, errores e ilusiones. Sabemos que las certidumbres de los comunistas sobre la Unión Soviética o sobre la China de Mao eran burdas ilusiones. Empezamos a saber que las verdades del neoliberalismo económico son ilusorias. ¿Quién nos dice que los conocimientos que hoy consideramos verdaderos no son erróneos? Como indicaba Descartes, lo propio del error es que no se reconoce como tal.

Heráclito lo sabía bien y hace veintiséis siglos ya decía: «Son malos testigos para los hombres, los ojos y los oídos cuando tienen almas bárbaras». Contrariamente a la apariencia, sabemos, gracias a los trabajos de las neurociencias, que la percepción visual no es el equivalente de una fotografía del mundo exterior. Es, en primer lugar, la traducción a un código binario de estímulos botánicos que llegan a la retina, allí, el nervio óptico transmite esa traducción al cerebro y éste opera la reconstrucción perceptiva que nos da la sensación de realidad. Cabe añadir que la limitación de nuestros sentidos no nos permite captar los ultra ni los infrasonidos, tampoco el ultravioleta ni el infrarrojo. Quizás existan, incluso, tipos de realidad invisibles para nosotros. Todo ello nos hace comprender que si el conocimiento aparentemente más evidente, la percepción visual, puede sufrir el error inherente de la traducción y de la insuficiencia en la reconstrucción, entonces el riesgo del error y de la ilusión es intrínseco al conocimiento. La visión no obedece totalmente a la imagen de la retina, que disminuye el tamaño de las personas alejadas respecto a las cercanas. El mecanismo que llamamos «constancia» restablece las verdaderas dimensiones en nuestra mente. Además, cuando leemos un periódico o un libro, nuestra mirada salta de forma discontinua de un conjunto de sílabas

a otro, y nuestra mente restablece la continuidad, lo cual explica que casi nunca percibamos las erratas, como si leer tuviera un componente alucinatoria. Por lo demás, cuando estamos alterados, se altera también nuestra capacidad de ver objetivamente. Los distintos testigos de un accidente tienen diferentes visiones del mismo, debidas no sólo a su situación en el momento del accidente, sino también y sobre todo a su emoción. Por último, no hay ninguna diferencia intrínseca entre una alucinación y una percepción.

Las palabras, los enunciados mismos son traducciones/ reconstrucciones que provienen de nuestros sentidos. Las ideas que nos permiten comunicarnos entre nosotros y con la realidad pueden engañarnos, traicionar esa realidad que traducen. Además, todas las influencias culturales que hemos sufrido desde nuestro nacimiento, en la escuela y en la vida social, determinan en los individuos (salvo los recalcitrantes y los que se apartan de la normalidad) sus principios de conocimiento y su visión del mundo. Así, según las culturas, unas ideas que aquí son evidentes, allá son falaces. Existe, finalmente, otra fuente de ilusión: la humanidad no ha dejado de estar poseída por mitos, dioses, ideas que, aunque producidas y alimentadas por la mente, se imponen a ésta como realidades trascendentes. Lo mismo que allí donde impera un dios, se puede morir por él, también se puede, allí donde impera una idea, matar o morir por ella. Lenín decía: «Los hechos son tozudos». Las ideas aún lo son más y saben ocultar los hechos. Es fundamental, por lo tanto, enseñar que el conocimiento comporta considerables riesgos de errores e ilusiones, mostrar cuáles son sus causas y cuáles pueden ser sus consecuencias. No olvidemos tampoco los límites del conocimiento: es, en efecto, esencial exponer que la mente humana, la razón y el lenguaje tienen límites. Hay que mostrar que los mayores avances del conocimiento científico, sobre el origen y el futuro del universo, sobre la naturaleza de la realidad, desembocan en lo inconcebible. El descubrimiento de los límites del conocimiento ha sido un enorme progreso del conocimiento en el siglo XX.

Por lo tanto, se enseñaría lo que es un conocimiento pertinente. Un conocimiento no es tanto más pertinente cuanto más informaciones contiene o cuanto más rigurosamente organizado

está en forma matemática; es pertinente si sabe situarse en su contexto y, más allá, en el conjunto con el cual está relacionado. La ciencia económica, en su matematización, es la más rigurosa y exacta de las ciencias humanas. Sin embargo, tiene poquísimo poder de predicción, y los economistas corrigen constantemente sus pronósticos. Y es que la ciencia económica ignora el contexto del universo físico sometido al segundo principio de la termodinámica (con la excepción de Georgescu-Roegen). Se aísla del contexto político y social, y también de un contexto humano hecho de pasiones, temores y deseos. El cálculo no puede conocer el corazón y la carne de la vida. Por eso, la enseñanza de los conocimientos pertinentes debe ser, en primer lugar, una iniciación a la contextualización. Debe, también, relacionar el conocimiento abstracto con su referente concreto. El conocimiento abstracto es necesario, pero está mutilado sí no va acompañado de conocimientos concretos.

Además, el conocimiento pertinente debe mostrar las diversas caras de una misma realidad, en lugar de fijarse en una sola. Sucede, también, en nuestras relaciones más personales: al principio de un encuentro amoroso vemos en el otro su aspecto más luminoso. Pero, como la luna, todos tenemos una cara oculta, que descubrimos a veces demasiado tarde y con horror. Ahora bien, debemos tener presente que cada uno de nosotros tiene dos o más personalidades que se suceden en el amor como en la ira, y algunas aparecen según ciclos internos sorprendentes. Todo ello nos remite a la idea clave: hay que insertar los conocimientos parciales y locales dentro de lo complejo y lo global, sin olvidar las acciones de lo global sobre lo parcial y lo local.

La enseñanza debe ayudar a la mente a emplear sus aptitudes naturales para situar los objetos en sus contextos, sus complejos, sus conjuntos. Debe oponerse a la tendencia a contentarse con un punto de vista o una verdad parcial. Debe promover un conocimiento analítico y sintético a la vez, que ligue las partes con el todo y el todo con las partes. Debe enseñar los métodos que permitan captar las relaciones mutuas, las influencias recíprocas, las inter-retro-acciones. Jamás accederemos, claro está, a un conocimiento total: el todo del universo siempre será inaccesible. Pero debemos aspirar, por lo menos, a un conocimiento multidimensional.

Finalmente, el conocimiento del conocimiento requiere practicar constantemente la reflexividad, es decir el autoexamen que comporta eventualmente la autocrítica, para pensar el propio pensamiento, lo cual también implica pensarse uno mismo en las condiciones históricas, culturales y sociales de la propia existencia.

Resumo, a continuación, los otros cinco puntos que ya he expuesto en Los siete saberes necesarios para la educación del futuro:

b) la realidad humana como trinidad individuo/sociedad/especie: el ser humano como Homo sapiens/demens, faber/mythologicus, economicus/ludens; el individuo como sujeto sometido a un programa casi doble, uno, egocéntrico encerrado en el «yo primero»; el otro, altruista, integrado en un «nosotros» (véase El método. La humanidad de la humanidad: la identidad humana);

c) la era planetaria: de la conquista del mundo a la globalización (que comporta un diagnóstico y un pronóstico, como hemos presentado en la primera sección de este libro);

d) la comprensión del otro: entre personas, entre pueblos, entre etnias;

e) el enfrentamiento con las incertidumbres: que son individuales, sociales e históricas;

f) la trinidad ética: que comporta una ética de la persona, para su propio honor y para la ayuda al prójimo, una ética cívica y una ética del género humano.

La reforma estaría destinada a inculcar un sentido profundo de la estética que no se concebiría como un lujo, sino como un campo esencial para la realización poética de la vida de todos. La novela debe considerarse como evasión en lo imaginario y, también, como un medio de conocimiento de la subjetividad humana: Como decía el gran escritor argentino Ernesto Sabato: «la novela es, hoy, el único observatorio desde el cual se puede considerar la experiencia humana en su totalidad».

La reforma introduciría una enseñanza de civilización occidental en los campos en los que se ha impuesto: los medios, la publicidad, el consumo, la familia, las relaciones entre generaciones, la cultura adolescente, las adicciones e intoxicaciones de civilización (el consumismo, la intoxicación automovilística, etc.). Y, en todas las regiones del mundo donde subsiste una civilización tradicional,

comportaría una enseñanza de sus valores, riquezas, saberes, así como de sus carencias (véase más adelante el capítulo «Medicina y salud») y propugnaría la simbiosis de civilizaciones relacionando lo mejor de cada una.

Se podrían formar nuevas generaciones de educadores que recuperasen para su profesión el sentido de misión cívica y ética, de manera que cada alumno y estudiante podría afrontar los problemas de su vida personal, su vida de ciudadano, el devenir de su sociedad, de su civilización y de la humanidad.

Por su parte, las jóvenes generaciones de alumnos y estudiantes podrían encontrar interés y pasión en una enseñanza que respondiera a sus interrogantes, sus curiosidades y sus necesidades. El conocimiento volvería a recuperar su encanto.

Como la enseñanza es relacional por naturaleza, la calidad de las relaciones entre enseñantes y alumnos, es decir, el ambiente de la clase, tiene un impacto considerable en las dificultades y el éxito de unos y otros. Está demostrado que allí donde el ambiente es bueno, el aprendizaje también lo es. Recordemos aquí la importancia crucial de la enseñanza secundaria destinada a los adolescentes, una edad decisiva en la cual se forma la personalidad.

Recordemos también la verdad pedagógica principal formulada por Platón: «Para enseñar hace falta Eros». Hace falta el amor al conocimiento, pero también el amor a una juventud a la que se intenta ayudar a entrar en la vida. La educación debería inspirarse en las experiencias de Montessori, Freenet, en las ideas pedagógicas de un Paulo Freire o en la Green Chol, en la escuela internacional inaugurada en 2008 en Bali (que incluye enseñanzas de consumo, energía, ecología y jardinería), en el Programa «Raíces de la empatia», que pretende cambiar el mundo niño por niño, creado en 1996 y establecido en escuelas de Canadá, Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda.

Este tipo de educación, que abarca múltiples aspectos, es inseparable de la reforma de pensamiento.

Paradójicamente, la una supone la otra. Sólo unas mentes reformadas podrían reformar el sistema educativo, pero sólo un sistema educativo reformado podría formar mentes reformadas. La reforma de pensamiento depende de la reforma de la educación, pero ésta, a su vez, depende de una reforma previa del

pensamiento: son dos reformas clave que forman un bucle recursivo, siendo la una productora/producto de la reforma de la otra. Marx ya se preguntaba «quién educará a los educadores». De hecho, será a través de una multiplicación de experiencias piloto como nacerá la reforma de la educación, una reforma especialmente difícil de introducir, pues ninguna ley basta para implantarla. Y, sin embargo, es la que nos llevará a crear la forma de inteligencia capaz de afrontar los problemas fundamentales y globales y de relacionarlos con lo concreto.

La crisis escolar en Francia

Francia sufre una crisis de desintegración escolar más grave que la de los demás países de Occidente. Bajo la Tercera República los educadores, especialmente los maestros, tenían un sentido elevado de su misión. Eran, frente al cura, los portadores de las ideas de progreso, de razón y de democracia, y difundían en el mundo rural los ideales de la República. Desde entonces, el progreso se ha problematizado, la razón se ha pervertido y se ha convertido en racionalización o en razón instrumental, la democracia ha revelado algunas de sus debilidades. El prestigio de los enseñantes se ha apagado en la sociedad y, para muchos, la misión se ha disuelto en la profesión. Los enseñantes de secundaria se han encerrado en la soberanía de su asignatura, lo que los ha llevado a ignorar las necesidades de un saber inter o transdisciplinar.

Bajo la Tercera República, la educación primaria y, especialmente, la secundaria, fue un potente motor de integración para los hijos de los inmigrantes. Se convertían en franceses al incorporar la historia de Francia y la cultura francesa, cuya virtud es haber contenido siempre un componente universalista. Ahora bien, la enseñanza actual ya no cumple adecuadamente esa misión, porque una parte de la adolescencia inmigrada, marginada, que se siente rechazada, rechaza a su vez aquello que no la acepta y, por tanto, rechaza lo que podría integrarla en la identidad francesa.

Cabe añadir que en la escuela siempre han coexistido dos universos que se ignoran profundamente, el de los enseñantes y el de los alumnos. Los casos de comprensión mutua son raros y singulares. La incomprensión se incrementa tanto más cuanto que una parte de los adolescentes llega al instituto sin un «superyó» que les haga respetar una autoridad adulta. Los enseñantes sufren faltas

de respeto, arrogancia y desprecio, pero los adolescentes ven en sus órdenes indicadores de irritación y exasperación y en los castigos, falta de respeto, desprecio y humillación. Ambos universos no sólo no se comprenden, sino que a veces se rechazan. Salvo casos excepcionales, el círculo vicioso de la incomprensión mutua se ha convertido, en los barrios desfavorecidos, en algo difícil de romper. La situación podría reformarse no sólo con lo que ya hemos indicado (la reforma de los contenidos de la enseñanza, la resurrección de la misión enseñante, la introducción de la reflexívidad en la formación del enseñante y en la del alumno), sino también con una reforma social que reintroduzca la solidaridad con los colectivos desfavorecidos, reduzca las desigualdades y ponga en marcha una nueva política de la ciudad (según las indicaciones propuestas aquí en los otros capítulos). En unas condiciones más favorables, se podrían experimentar «escuelas democráticas», centros donde los alumnos fueran libres de ir a clase y aprendieran desde los seis años la comprensión mutua y el arte de tratar los conflictos.

La educación permanente

La rápida evolución de los conocimientos hace necesarios unos reciclajes posescolares o posuniversitarios, no sólo para los saberes especializados, sino también para los grandes problemas como los de la globalización, la ecología, la economía, etc.

Se podrían impartir cursillos periódicos en los institutos o las universidades. Además, deberían generalizarse en todas la regiones iniciativas para todas las edades, como la Universidad de todos los saberes en París, o universidades populares como la de Caen, iniciada por Michel Onfray. Finalmente, tenemos como ejemplo la iniciativa de Ciencias y Ciudadanos, un espacio de reflexión abierto a jóvenes de todas las condiciones y todos los niveles escolares, inaugurada en 1990 por el CNRS, que ha podido demostrar su fecundidad: cada uno de los talleres que ofrece trata sobre un gran problema y requiere la cooperación de competencias propias de diferentes disciplinas. Semejante iniciativa ya se ha extendido a los países vecinos, aunque todavía es la única que proporciona a los adolescentes acceso a la información y a la reflexión sobre los grandes problemas, teóricos o contemporáneos, que en otros ámbitos están fragmentados y separados en y por las disciplinas.[39]

Capítulo 3
DEMOCRACIA COGNITIVA Y COMUNICACIONAL

NUESTRAS sociedades se enfrentan a otro problema cognitivo consecuencia del desarrollo de esa enorme maquinaria que llamamos «tecnociencia» y que relaciona íntimamente la ciencia con la técnica. Esta máquina produce conocimiento y elucidación, pero también origina ignorancia y ceguera. Los desarrollos disciplinares de las ciencias han aportado las ventajas de la división del trabajo junto con los inconvenientes de la superespecialización, la compartimentación y la fragmentación del saber. Este último se ha vuelto cada vez más esotérico (accesible sólo a los especialistas) y anónimo (concentrado en los bancos de datos), y es utilizado también por instancias anónimas, en particular, por el Estado. Asimismo, el conocimiento técnico se restringe a los expertos cuya competencia en un ámbito cerrado corre paralela a su incompetencia cuando su campo se modifica por influencias exteriores o por nuevos acontecimientos. En estas condiciones, el ciudadano pierde el derecho al conocimiento. Tiene derecho a adquirir un saber especializado cursando unos estudios ad hoc, pero, como ciudadano, está desposeído de una visión globalizadora y pertinente. Si todavía es posible discutir en el café sobre cómo pilotar la nave del Estado, ya no se puede comprender lo que desencadena el crac de Wall Street o lo que impide que ese crac provoque una crisis económica colosal. Por lo demás, los propios expertos están profundamente divididos en cuanto al diagnóstico y la política económica que hay que aplicar. Si antes era posible seguir el curso de la Segunda Guerra Mundial con banderitas

clavadas en un mapa, hoy ya no podemos concebir los cálculos y simulaciones de los ordenadores que esbozan los escenarios de la guerra mundial del futuro. El armamento atómico ha desposeído totalmente al ciudadano de la posibilidad de pensarla y controlarla. Su utilización ha quedado en manos de la decisión personal y exclusiva del jefe del Estado, sin consultar con ninguna instancia democrática regular. Cuanto más técnica es la política, más retrocede la competencia democrática.

El problema no se plantea solamente en la crisis o la guerra. Es sobre la vida cotidiana. Cualquier inteligencia cultivada podía, hasta el siglo XVIII, asimilar los conocimientos sobre Dios, el mundo, la naturaleza, la vida y la sociedad, contestando así a las preguntas filosóficas, que son, contrariamente a lo que creen a menudo los filósofos profesionales, una necesidad de todo individuo, al menos hasta que los condicionantes de la sociedad adulta lo pervierten. Actualmente, se pide a la gente que crea que su ignorancia es beneficiosa y necesaria, y, en el mejor de los casos, recibe alguna amena lección impartida por eminentes especialistas desde ciertos programas de televisión.

La desposesión del saber, muy mal compensada por la divulgación mediática, plantea el problema histórico clave de la democracia cognitiva. La continuación del proceso tecnocientífico actual, un proceso ciego, que escapa a la conciencia y a la voluntad de los propios científicos, provoca una fuerte regresión de la democracia. Es necesaria, pues, una toma de conciencia política de la necesidad de trabajar por una democracia cognitiva.

Es imposible democratizar un saber compartimentado y esoterizado por naturaleza. Pero cada vez es más posible plantear una reforma de pensamiento que permita afrontar el formidable desafío que encierra la siguiente alternativa: o bien sufrir el bombardeo de innumerables informaciones que llegan cada día en cascada a través de periódicos, radios, televisión, etc., o bien confiar en sistemas de pensamiento que sólo retienen de las informaciones aquello que confirma su pensamiento o les es inteligible, rechazando como errores o ilusiones todo cuanto desmiente sus ideas o les resulta incomprensible. Este problema se plantea no sólo para el conocimiento del mundo en el día a día, sino también para el conocimiento de todo lo social y para el propio conocimiento

científico.

Las vías de reforma e Internet

Una verdadera «sociedad de la información» se basa en su capacidad para integrar las informaciones en un conocimiento pertinente. Una verdadera sociedad del conocimiento se basa en la capacidad de relacionar los conocimientos separados en un conocimiento complejo.

El desarrollo de la comprensión humana podría verse fomentado por Internet que, en principio, lo haría posible gracias a la multiplicación de las redes, que aseguran la transmisión de los conocimientos, pero sin producirlos automáticamente. En efecto, la comprensión humana de una persona o una etnia no se puede reducir a unos conocí mientos objetivos, a unas explicaciones, a unos datos medidos y medibles; requiere una relación abierta y compartida. La comprensión plantea el problema de la diversidad cultural en un mundo globalizado donde cada día nos vemos más confrontados con las diferencias, y percibimos al otro como diferente de nosotros mismos, perteneciente a otro sistema de conocimientos, a otra cultura. Comprender al otro es comprender, a la vez, su identidad y su diferencia respecto a nosotros.

El sistema planetario en que se ha convertido Internet se parece a un gigantesco sistema neurocerebral semiartificial que combina máquinas y seres humanos. Todo ordenador es una estructura hologramática que contiene potencialmente (virtualmente) toda la información de Internet. No sólo la parte está en el todo, sino que el todo se halla (virtualmente) en la parte. El todo constituye una red en permanente expansión que cada elemento nuevo transforma y enriquece; este sistema, constituido por innumerables bucles recursivos, se autorreproduce enriqueciéndose y transformándose. Los intercambios entre diferentes internautas accionan intercambios de informaciones, de conocimientos, de ideas y de pensamientos entre personas de culturas diferentes. Estos procesos crean las condiciones preliminares para el conocimiento y la comprensión en el seno de una sociedad-mundo.

Pero, al igual que la lengua de Esopo, al igual que todas las técnicas y que el conocimiento mismo, Internet es el mejor y el peor de los ingenios. Permite los intercambios entre redes mañosas y criminales, así como las peores especulaciones financieras. Por eso

es importante desarrollar la mejor vertiente de Internet, la que contempla el conocimiento y la comprensión.

Pese a los riesgos inherentes al ejercicio de la libertad, hay que salvaguardar la libertad de comunicación de Internet. Internet ha creado unos bienes cognitivos comunes y ha abierto la posibilidad de gozar gratuitamente, es decir, democráticamente, de bienes culturales hasta ahora de pago, reservados a una élite, que ahora se han vuelto accesibles a todos, por ejemplo, la canción, la música, las reproducciones artísticas, la poesía y la literatura. Como contrapartida, es preciso, sin duda, encontrar el medio de retribuir a los creadores privados con los derechos de autor sobre las ventas (con un fondo común que remunere según el número de teledescargas).

Las vías de la reforma cognitiva, de la reforma educativa, de la promoción estética utilizarían partes de las redes de Internet. Estas vías contribuirían a la constitución de bienes cognitivos y culturales comunes para una futura sociedad-mundo.

Conclusión

Todas las reformas de la educación son complementarias: las reformas de la escuela, del instituto, de la universidad, de la educación permanente y paralela, de la democracia cognitiva se necesitan mutuamente. Las reformas de la educación y la del pensamiento se estimularían mutuamente formando círculos virtuosos, a su vez indispensables para la reforma del pensamiento político, que, al mismo tiempo, guiaría las reformas sociales, económicas, etc. Por otro lado, podemos percibir y subrayar el carácter solidario de todas las reformas que se alimentarían unas a otras, pero que, sin la reforma de las mentes, están condenadas a abortarse o a deteriorarse.

Tercera parte
REFORMAS DE SOCIEDAD

Capítulo 1
MEDICINA Y SALUD

LA MEDICINA OCCIDENTAL

Situación

La medicina occidental aparece como la única medicina auténtica. Sus descubrimientos, sus conocimientos, sus logros no cesan de progresar desde el siglo XIX: conocimientos anatómicos, fisiológicos, celulares y bioquímicos; vacunas antibacterianas, corticoides, antibióticos; aportaciones del diagnóstico por la imagen (radiología, escáner, gammagrafía, endoscopia); éxitos prodigiosos de la cirugía, especialmente cardíaca, pulmonar y hepática; victorias sobre la mortalidad infantil, en el parto, la mortalidad senil, la hipertensión. Finalmente, el descubrimiento de las células madre en los organismos adultos, que constituye una promesa de prolongación no senil de la vida humana. Por eso, la medicina occidental se ha difundido por todos los continentes, relegando las medicinas tradicionales al rango de prácticas retrógradas, cuando no ilusorias.

Sus progresos en la investigación, los conocimientos y las terapias, ligados a los de la higiene, la educación, el modo de vida, han contribuido a alargar la esperanza de vida desde los veinticinco hasta los setenta u ochenta años en el mundo occidental.

Por ello, la única medicina oficialmente reconocida es la que, enseñada en las facultades, practican en sus consultas y en los hospitales los médicos generalistas o especialistas formados en esas mismas facultades.

Sin embargo, el gigantesco progreso de la medicina occidental comporta límites, insuficiencias y carencias.

Límites

Hasta la década de 1960 prevaleció la convicción médica de que íbamos hacia una próxima erradicación definitiva de las bacterias y los virus. Los antibióticos exterminarían las diferentes bacterias, y la tuberculosis parecía ya un residuo del pasado. La aparición del sida demostró que podían brotar virus nuevos y que los antiguos podían reaparecer. Paralelamente, se manifestaron unas bacterias resistentes a los antibióticos (entre ellas una última, hasta ahora invulnerable), que proliferaron con profusión en los hospitales, generando las llamadas «enfermedades nosocomiales», a menudo fatales para quienes las sufren.

La idea de una victoria final sobre las enfermedades infecciosas es historia. Hemos adquirido conciencia de un combate permanente e interminable contra las poblaciones bacterianas o víricas que renuevan su resistencia y multiplican sus mutaciones. Al igual que la conciencia ecológica nos ha hecho reconocer los límites de los poderes humanos sobre la naturaleza, hemos tenido que reconocer los límites del poder médico sobre la naturaleza humana.

Insuficiencias

Para luchar contra las enfermedades infecciosas, en la medicina occidental ha predominado la idea de que el mal venía del enemigo exterior (patogenia) más que de la debilidad de las defensas internas. Se han subestimado las causas internas de los fallos inmunológicos, especialmente las causas psíquicas (estrés, depresión) que actúan, a través del cerebro, gigantesca glándula productora de hormonas, sobre el conjunto del organismo. Si el enemigo exterior penetra en la fortaleza es porque en el interior hay fallos que le permiten entrar. Aunque ha aparecido una medicina psicosomática, sigue siendo marginal, ya que la gran mayoría del cuerpo médico sigue concentrada en la fisiología y en la patología externa.

Las ambivalencias

Del mismo modo que el progreso en los conocimientos científicos produce nuevas ignorancias debidas a la disyunción y a las compartimentaciones entre disciplinas especializadas, que impiden concebir los problemas globales y fundamentales, así también el progreso en la hiperespecialización médica oculta las relaciones e interacciones entre el órgano o la enfermedad tratada y el conjunto del organismo. La especialización hace progresar los

conocimientos, pero tiende a separar saberes que deberían estar relacionados. La disyunción entre disciplinas oculta las conexiones y complejidades en el seno del conjunto humano. Paradójicamente, los avances médicos originan regresiones de conocimiento y nuevas ignorancias. Por eso, las ambivalencias de la medicina occidental son inseparables de sus progresos.

El órgano está aislado en el organismo. El organismo está aislado del psiquismo. Todo ello conduce a la ambivalencia de tratamientos y medicamentos que, pese a su eficacia local, tienen efectos secundarios perversos. Así, los corticoides alteran el sistema digestivo; los antibióticos provocan micosis o alergias; la aspirina, tan saludable, puede originar hemorragias.

El individuo tratado es percibido como paciente, pero ignorado como persona. Está aislado de su entorno humano. A diferencia del médico de familia, que realizaba sus visitas a domicilio, el médico de hospital o de ciudad trata al paciente fuera de su espacio doméstico, aislado de su entorno, de su familia, de su medio profesional, urbano y social. En la época en que aún existía una civilización rural, el médico rural también era, sin saberlo, un psicosociólogo. Era un asiduo de la casa, conocía a la familia, el carácter de los parientes. No sólo curaba tal o cual órgano, sino que situaba al paciente en su contexto humano.

El médico urbano pierde el contacto familiar ya que visita al enfermo en su consulta. Pero, sobre todo, en vez de ser él quien reúna los datos especializados para hacer una síntesis, se ve reducido a un rango subalterno y debe obedecer las instrucciones de los especialistas. Lo lógico habría sido que el médico generalista estuviera en la cúspide de la jerarquía médica; en una orquesta sinfónica, es el director de orquesta el que conoce, dirige y controla a los músicos. En el campo terapéutico, el que debería ser el director de orquesta se ve relegado al rango más bajo, se convierte en el medicucho.

Concentrarse exclusivamente en el estudio del organismo, es decir, de todo lo que tiene que ver con el cuerpo y la fisiología, anula el papel eventual del psiquismo. Se comprende que el cuerpo actúa sobre la mente y la vuelve depresiva, pero no se comprende que la mente pueda actuar sobre el cuerpo, para mal y para bien. Para mal, por ejemplo, cuando la mente está deprimida por un

duelo, una pena, un obstáculo insuperable, y puede debilitar las defensas inmunológicas. Para bien, cuando la mente está activa y vigorosa y puede ayudar a luchar contra la enfermedad, como hacen los enfermos que, ante el sufrimiento y la muerte, se agarran a la vida y aumentan sus probabilidades de curarse.

Antonio Damasio demuestra que los estados de alegría, tanto si son sentidos realmente como si sólo son «imaginados», resultan saludables para el organismo, la coordinación fisiológica es óptima y la supervivencia se fomenta. Al contrario, los estados de tristeza provocan un desequilibrio funcional. «Es preciso, por lo tanto, buscar la alegría como un decreto de la razón, incluso cuando esa búsqueda parece quimérica», concluye, y «evitar las emociones negativas como el miedo, la cólera, los celos y la tristeza».[40] Ya se conocían las virtudes de este programa en la búsqueda de la serenidad estoica o budista. Hoy aparece como el fundamento mismo de nuestra salud, aunque la medicina oficial lo relegue a la periferia de su atención (véase más adelante el capítulo «La vía de la reforma de vida»).

Así pues, la focalización exclusiva sobre el organismo físico conduce a ignorar que las fuerzas de la mente son capaces de resultar tanto destructivas como constructivas y positivas para la persona. Como veremos, el médico también desempeña un papel curativo, no sólo por los medicamentos que recomienda, sino por la confianza que inspira su bata blanca, su lenguaje esotérico y por el carácter casi jeroglífico de su receta. El ejemplo de los chamanes nos revela la existencia de fuerzas psíquicas que, desgraciadamente, no se intentan estudiar ni reconocer. En vez de interrogarlos sobre sus poderes espirituales, los chamanes se perciben como curiosidades etnográficas.

La disyunción todavía es muy fuerte entre la medicina que se ocupa del cuerpo y las diversas psicoterapias, entre ellas los psicoanálisis. Además, existen conflictos entre psicoterapia y psicoanálisis y, por añadidura, discordias (dignas de una obra de Moliere) entre las diferentes escuelas psicoanalíticas.

La medicina trata un órgano, cura un organismo, raras veces trata a la persona, inserta en un contexto familiar. Una de las virtudes del psicoanálisis, aunque se haya vuelto extremadamente dogmático, es mostrar la importancia de las experiencias, de los

traumas experimentados, tanto en la primera infancia como durante el resto de la vida. El ser humano vive en un contexto familiar, más tarde, eventualmente, en pareja, y toda perturbación de ese contexto tiene consecuencias sobre su ser.

La familia influye, pero también hay que contar con el entorno, por ejemplo, el entorno urbano. En una megalópolis como París hay enfermedades psicosomáticas de todas clases que derivan del estrés, de la contaminación, de la propia aceleración de la vida. Hay enfermos que van de médico en médico, quejándose de fatiga, y recibiendo complejos vitamínicos como remedio. Médicos y enfermos ignoran que esas afecciones son enfermedades propias de la civilización que resultan de la vida urbana.

El individuo vive inmerso en varios círculos. No sólo se desenvuelve en el entorno urbano y social. Vivimos en un planeta dotado de una biosfera de la cual también formamos parte. Estamos constituidos principalmente de agua. Estamos hechos de elementos y de moléculas que también se hallan en la Tierra. Respiramos aire. Se perfila en ello una idea de las antiguas medicinas tradicionales para las cuales el agua, el cielo, la tierra y el aire eran presencias activas en el propio ser humano.

Se ha demostrado que algunas personas se alteran durante el plenilunio. Sabemos que formamos parte de un sistema solar cuyo astro central está en permanente erupción. Las interacciones entre los planetas podrían tener una cierta repercusión sobre nosotros, aunque no sea la que pretende la astrología clásica. Somos hijos del cosmos: nuestras partículas nacieron en sus primeros segundos, nuestros átomos de carbono se crearon en un sol anterior al nuestro. Nuestras moléculas se formaron en la Tierra. A pesar de diferenciarnos por la cultura, por el conocimiento y la ciencia, llevamos en nosotros toda la herencia de la vida; somos una minúscula fracción interior del cosmos, que, a su vez, está en el interior de cada uno de nosotros.

Nuestra ciencia y nuestra medicina nos han aislado del mundo como si fuéramos ajenos a él. Debemos recordar la totalidad compleja dentro de la cual existimos, vivimos, sufrimos, somos felices, desdichados, enfermos o sanos.

Añadamos que el médico debe poseer una virtud que no se enseña en ninguna escuela: el ojo clínico u olfato, ese «no sé qué»

del cual Jankélévitch mostró la importancia, es decir, un arte del diagnóstico, del pronóstico y de la prescripción. De hecho, todo lo que tiene que ver con la medicina es una combinación íntima de ciencia y arte. El arte, el ojo clínico, el «no sé qué» permiten discernir, entre síntomas ambiguos o casi imperceptibles, la naturaleza del mal que se manifestará inequívocamente cuando se produzca la «crisis», un término que, para Hipócrates, indicaba el momento preciso en que se puede formular un diagnóstico exacto. El buen médico, en cierto modo, anticipa la «crisis», y puede, así, intervenir lo antes posible, ya que los males se tratan mejor en un estado incipiente que cuando están arraigados. Ese tipo de medicina tiende a desaparecer; ha sido reemplazada por el médico generalista urbano, que, a su vez, se ha visto reducido al rango más bajo y debe recibir a sus pacientes con rapidez sin tomarse siquiera el tiempo necesario para conocer su biografía.

Además, mientras que la farmacia contemporánea se ha enriquecido con productos nuevos, los conocimientos médicos sobre las virtudes fitoterapéuticas se han empobrecido. Desde finales del siglo XX únicamente se prescriben productos de la industria farmacéutica, que contribuyen al olvido total, por parte de casi todos los médicos actuales, de la antigua y rica farmacopea de las plantas curativas. También es un problema el carácter esencialmente analítico y reductor de la medicina occidental, que ha primado las moléculas químicas de la industria farmacéutica. Dichas moléculas tienen a veces un origen vegetal. El mejor ejemplo es la aspirina, el ácido acetilsalicílico que viene del sauce y que ahora se fabrica sintéticamente. La aspirina tiene grandes virtudes, pero, en ocasiones, también presenta inconvenientes para las personas con la sangre demasiado fluida. Además, el pensamiento médico ha concedido una importancia casi exclusiva a la molécula química y a sus propiedades terapéuticas, sin pensar que el conjunto complejo de la planta podía reforzar las virtudes de la molécula que de ella se extrae.

La medicina, ni ninguna otra disciplina universitaria, no muestra que el ser humano es multidimensional, que el Homo sapiens también es Homo demens, que su cerebro es, según la expresión de Paul Mac-Lean, triúnico (no hay ninguna jerarquía entre su herencia reptiliana, su herencia mamífera y su neocórtex racional).

La medicina no enseña que el ser humano no es una máquina trivial, el comportamiento de la cual puede predecirse cuando se conocen sus inputs, ni que contiene una potencialidad de sorpresa, que puede salir fuera de toda norma. Ninguna enseñanza de la medicina muestra que para comprender al prójimo es necesaria la simpatía, el querer-vivir (Nietzsche), el «conatus» (Spinoza).

La invasión estadística

Todos esos problemas «clásicos» ya fueron formulados por Ivan Illich con extremo vigor hace cuarenta años. Ahora, Philippe Abastado, en su libro innovador L'impasse du savoir. Essai d'épistémologie médicale,[41] añade un nuevo problema central que afecta a la naturaleza misma del conocimiento médico contemporáneo: la hipertrofia de un saber que obedece a las reglas de la «evidence-based-medecine», la medicina basada en la evidencia. Este tipo de medicina establece un modelo de razonamiento fundado en un trabajo estadístico sofisticado que se efectúa sobre poblaciones bien clasificadas; este modelo, que hoy encarna el saber superior, comporta grandes defectos y desemboca en un callejón sin salida. En la actualidad, dice Abastado, «la respuesta a la pregunta más trivial es tan inaccesible para el clínico aislado como para el médico de hospital más poderoso». Requiere «reunir un colegio de expertos, unos medios humanos y financieros, unos agentes reclutadores», y «los enfermos ya no se deben convocar por decenas, centenares o miles...».[42] Con múltiples ejemplos e ilustraciones, Philippe Abastado pone de manifiesto todas las imperfecciones de un saber que aspira a la perfección. En el límite, dicho saber destruye la personalidad del médico y del paciente. Ahora bien, como subraya un artículo de Lancet de 1999, «los pacientes no son clones, y los médicos no son autómatas».[43]

Como la especialización y la individuación son dos necesidades antagónicas y complementarias, Abastado cree que se pueden preservar las virtudes de una y otra mediante la incorporación de la informática (y el telediagnóstico) para elaborar modelos virtuales («virtual» significa, en este contexto, que dispone del conocimiento de todas las potencialidades de una patología y de una terapéutica), que se encuentren en diálogo constante con lo real, es decir, con el paciente hic et nunc. Este modelo permitiría el retorno a lo cualitativo, injustamente expulsado por la medicina basada en la

evidencia.

Para concluir, Abastado se muestra muy consciente de que el abandono del modelo aún dominante requiere una revolución epistemológica; yo añadiría que es el conjunto de los problemas provocados por la hiperespecialización y la hiperracionalización tecnocientíficas lo que requiere una revolución epistemológica que tenga en cuenta la complejidad de una realidad multidimensional, es decir, que englobe también las dimensiones éticas y políticas.

Cabe señalar que la medicina plantea cada vez más problemas bioéticos desconocidos en el pasado, entre ellos la contradicción entre el imperativo hipocrático (que es preservar la vida a cualquier precio) y el imperativo de humanidad (que exige ahorrar atroces sufrimientos a un enfermo cuando pide que se recurra a la eutanasia), entre el mantenimiento de un cuerpo aparentemente sin conciencia en un coma irreversible y el beneficio de la donación de un órgano extraído de ese cuerpo en beneficio de una persona accidentada. Asimismo, los progresos de la medicina respecto a la procreación, el nacimiento, los anticonceptivos, el aborto, las donaciones de esperma anónimas, las madres de alquiler, los padres y madres homosexuales plantean unos problemas éticos lógicamente insolubles en los que sólo se pueden establecer compromisos inciertos y provisionales (véase El método, t. 6, Ética).

Finalmente, se plantea el problema político-ético de la formidable desigualdad entre aquella minoría que goza de los progresos de la cirugía, de las técnicas de imagen para la investigación, de los tratamientos más sofisticados, y la mayor parte de la población del globo (gastos por persona en medicamentos: Francia, tres mil dólares; Brasil, trescientos dólares; India, treinta dólares).

He aquí, pues, una medicina triunfante en todos los continentes, pero profundamente ambivalente. Resuelve problemas antiguos, pero crea problemas nuevos. En Occidente mismo, no ha eliminado a los curanderos, naturópatas y otros terapeutas salvajes. Al contrario, cada vez se recurre más a ellos en el mundo hiperurbanizado. Se observa una paradoja muy significativa en la medicina occidental: existe un desequilibrio no resuelto entre el poderoso establishment médico, basado en la ciencia, y la insatisfacción creciente de la gente en cuanto a su salud. Esa

medicina refleja muy bien los inmensos beneficios y las muy graves carencias de nuestra civilización occidental.

Las vías reformadoras

La reforma de los estudios de medicina

Dichos estudios deberían comportar:

—una enseñanza de ciencias humanas que integrase la psicosociología de los médicos y la sociología de la medicina;

—una enseñanza de civilización (véase el capítulo «Reforma de la educación»);

—una enseñanza de la complejidad humana que sitúe lo humano dentro de la naturaleza viva y dentro del cosmos;

—una enseñanza de conocimiento y de pensamiento complejos que permita afrontar las relaciones entre lo local y lo global, la parte y el todo, así como superar las disyunciones y compartimentaciones ligadas a la especialización.

La reforma de la relación médico/paciente

En todo médico hay una eficacia no sólo profesional sino también carismática, por no decir casi mágica. Incluso el médico de barrio más humilde resucita con él un poder taumatúrgico. Sus recetas ilegibles tienen una virtud esotérica. El paciente ignorante confía en la bata blanca que dispone de un saber curativo. Una parte de la curación resulta de la confianza, verdadero placebo psíquico. ¿No corremos el riesgo de perder las ventajas de esa magia si instauramos entre el paciente y el médico un diálogo en el que el paciente comprenda y coopere? ¿Podría compensarse la pérdida de la magia con el aumento de la conciencia y estableciendo una confianza informada en vez de ciega? ¿No sería un progreso instaurar una automedicación en cooperación con la medicación externa? En Trieste, han tenido lugar encuentros y debates sistemáticos entre médicos y pacientes que van en este sentido. *El desarrollo de la autoobservación personal fomentado por la reforma de la educación y la reforma de vida también incluiría el autoexamen del funcionamiento, Los hábitos y los fallos del propio cuerpo. El «conócete a ti mismo» sería biológico además de psicológico*.

La reforma de la relación generalista/especialista

El generalista debe poseer una competencia general (es decir

una policompetencia), pero también una competencia singular de las particularidades individuales, psíquicas, somáticas y de cualquier otro cariz de su paciente. El es quien debe reunir y sintetizar las informaciones procedentes de las exploraciones especializadas, darles un sentido, establecer el diagnóstico definitivo y, teniendo en cuenta los efectos secundarios de los tratamientos y los medicamentos, extender la receta de las prescripciones.

Múltiples vías de curación

La medicina occidental da prioridad a los medicamentos de la industria farmacéutica y al uso de la cirugía. Podría ampliar su abanico terapéutico utilizando las medicinas blandas de la fitoterapia para aquellas afecciones que no requieren un tratamiento de choque. He aquí, a título de ejemplo, lo que le ocurrió, hace veinte años, al autor de estas líneas. Los tratamientos ordinarios (inyecciones de cortisona en la médula) resultaron infructuosos para curar una ciática rebelde que duró dos años y de la cual la fisioterapia, prescrita por un gran especialista, sólo conseguía retrasar el empeoramiento sin aliviar el dolor. Al cabo de dos años, por consejo de un amigo médico rural, recurrí a la fisioterapia «método Méziéres»: me curé en dos meses, y los movimientos cotidianos que me recetó mi «mezierista» me evitaron, desde entonces, ciáticas y lumbagos.

De forma más general, como dice Damasio, los métodos más eficaces son los que apuestan por las capacidades del organismo para autocurarse; la solución de los trastornos pasa por la armonía entre el cerebro emocional, el cerebro cognitivo y la fisiología del cuerpo. «Es un nuevo mundo de la asistencia médica el que se abre», afirma. Dentro de algunos años, predice, se comprenderá que unas simples medidas preventivas son más eficaces que la química. Se curará el dolor, las afecciones psicosomáticas y los trastornos psíquicos con tratamientos a medida basados en la nutrición, el ejercicio y en terapias psicocorporales, y la medicación tendrá un papel complementario adaptado a cada caso. Es la lección de la medicina china: se consulta al médico para mantenerse sano más que para curarse de una enfermedad.

La reforma de los presupuestos

Al considerar el presupuesto de la sanidad como una entidad

separada, no nos damos cuenta de que una gran parte de los males y enfermedades que padecemos tienen una vertiente biológica o psicológica, pero también presentan un cariz socioecológico (contaminaciones, estrés del entorno urbano, etc.) que provoca bronquitis, asmas, alergias, depresiones, uso inmoderado de tranquilizantes o de somníferos. Los enormes gastos sanitarios se reducirían si se tratasen a fondo los problemas de civilización de nuestra sociedad. Por ejem plo, la peatonalización de los centros urbanos, la construcción de aparcamientos en las periferias, en una palabra, la humanización de las ciudades, podrían reducir los gastos de la sanidad. Dicho en otros términos, la medicina está en la ciudad, tiene que ver con su política y nos remite a la política de civilización.

Una nueva política internacional de la salud

El desarrollo masivo de una medicina preventiva debe relacionarse, a su vez, con el desarrollo de la higiene y de la salud.

Las enormes desigualdades de salud y de acceso a la sanidad, paralelas al aumento de las desigualdades en el mundo, exigen más de lo que hacen los organismos de la ONU encargados de los problemas mundiales de salud.

El acceso a la medicina y el derecho a la salud deberían figurar entre los derechos humanos fundamentales, y formar parte de los problemas más importantes de la política internacional.

La vía de las simbiosis entre medicinas

a) Las otras medicinas en Occidente

En Occidente existía, y sigue existiendo aunque de forma residual, otra medicina. Se la puede llamar medicina de las abuelas, practicada por las campesinas que se transmitían recetas de hierbas, utilizando determinadas plantas o diversas sustancias animales para curar. Así, unas anginas banales se curaban con agua y limón o, mejor aún, con agua y vinagre rosado. Estos casos no requerían de análisis para establecer una causa bacteriana o vírica. La medicina oficial también ignora, por ejemplo, que la hoja de olivo reduce la hipertensión. Muchas fórmulas eficaces siguen desapareciendo con la muerte de la cultura campesina, aunque empiezan a recuperarse con el éxito creciente de las fitoterapias y la persistencia de la herboristería.

Los curanderos, que el catolicismo y el racionalismo coaligados habían relegado a los lugares más remotos, han reaparecido a cielo abierto y cada vez son más numerosos a causa de las carencias de la medicina oficial. Finalmente se han instalado en Francia muchos morabitos de origen africano que también actúan como curanderos.

Junto a la medicina convencional, se han desarrollado distintas corrientes como la homeopatía que durante mucho tiempo estuvo condenada y que, sin embargo, se ha introducido en una parte del cuerpo médico. Nuevas corrientes, inventos e innovaciones terapéuticas se utilizan al margen de la medicina oficial, mientras la acupuntura china penetra incluso hasta en los hospitales. Asistimos a simbiosis entre la medicina occidental y la medicina tradicional china, como las realizadas por el Dr. Véret con su nutripuntura.

b) Las medicinas tradicionales

Así pues, en los países occidentales, no existe sólo la medicina llamada «normal». Pero en otros lugares todavía existen las medicinas tradicionales propias de las grandes civilizaciones. China posee una experiencia médica multimilenaria. La medicina china no se reduce sólo a la acupuntura, emplea muchos otros métodos originales. En India, subsisten grandes tradiciones médicas, entre ellas la medicina ayurvédica. De hecho, cada cultura tiene su propia medicina. Y las medicinas tradicionales, que sufrieron un eclipse bajo el impulso de la medicina occidental, están renaciendo e incluso expandiéndose en sus países de origen y también en Occidente.

Finalmente, cabe recordar que existen conocimientos médicos acertados en las sociedades más arcaicas de cazadores recolectores. Cada pueblo de la Amazonia conoce las virtudes y propiedades tóxicas de innumerables plantas. Los chamanes emplean brebajes especiales como la ayacusha, que los sumen en estados de trance en los que adquieren poderes curativos.

Tenemos, por lo tanto, una gran pluralidad de medicinas que, sin embargo, son ignoradas o despreciadas. Los grandes trusts farmacéuticos empiezan a explotar los conocimientos de los pueblos indios de la Amazonia, pero no utilizan directamente las plantas, sino que extraen la sustancia propiamente curativa y la transforman en comprimidos o cápsulas.

En cuanto a las pretendidas supersticiones, podemos citar un

ejemplo interesante, el de los indios pueblo, de cierta región de México, que se alimentaban exclusivamente de maíz. La cocción del maíz, en un determinado poblado, se llevaba a cabo utilizando la corteza de los árboles; en otro, se usaba cal; en un tercero, otra sustancia. Los antropólogos atribuían la utilización de la cal, la corteza y la otra sustancia a creencias mágicas. Hasta que un bioantropólogo las analizó y descubrió que todas permitían que la lisina, principal componente alimenticio del maíz, fuese asimilada por el organismo. Estas poblaciones habrían desaparecido si se hubiesen limitado a cocer en agua su único alimento.[44]

Debemos tomar conciencia de que la pluralidad y la diversidad de las medicinas constituyen una extraordinaria riqueza para la especie humana. Pero las diferentes medicinas están incomunicadas, en parte porque pertenecen a pueblos de regiones alejadas unas de otras y no hay intercambios entre ellos y también a causa del modo de pensar de la medicina occidental, que se considera la única verdadera y excluye aquello que le es ajeno. Por lo demás, la carencia comunicacional es uno de los rasgos principales de esta medicina en la que los diferentes compartimentos especializados no se comunican unos con otros.

c) Las vías de las simbiosis

Léopold Sédar Senghor decía que la civilización planetaria debería ser la de dar y recibir. Pero, según la visión dominante en Occidente, nosotros somos los que damos lecciones, poseemos la verdad y no tenemos nada que recibir, ni siquiera cognitivamente, del mundo que llamamos «subdesarrollado». Ahora bien, toda cultura tiene sus saberes, sus técnicas, su arte de vivir, y también sus errores, sus ilusiones y sus supersticiones. También la nuestra. Tenemos nuestros propios fallos, nuestras supersticiones, nuestras ilusiones, al tiempo que poseemos, efectivamente, unas virtudes considerables, por ejemplo, en el ámbito de la democracia o de los derechos humanos. Es decir, no ocupamos una posición superior respecto a un mundo inferior. Y lo que decimos aquí de la cultura también es válido para la medicina. Tenemos mucho que aprender y mucho que enseñar, y ello debe conducirnos a una simbiosis para una medicina planetaria donde se recoja lo mejor de cada una.

Así, podríamos redescubrir, a través de otras medicinas, muchas virtudes fitoterapéuticas, e incorporar muchos saberes curativos. En

diferentes lugares del planeta, como China, India, África, etc., ya han empezado a colaborar la medicina occidental con las medicinas tradicionales. Son complementarias. La medicina occidental es una medicina innovadora, renovadora, de examen crítico, pero carece de un enfoque global, de una base, de un anclaje antropocosmológico. La medicina tradicional es estática, conservadora, pero se inscribe en experiencias y acumulaciones de saberes y técnicas milenarias y, en el caso del chamanismo, en poderes espirituales especiales.

Las experiencias efectuadas en Benín, en Togo, en Mali, en Senegal, en Sudáfrica y en los centros de salud colaboradores de la OMS son ejemplos de cooperación entre los dos sistemas con un dispositivo de salud que comporta una medicina alternativa, el acceso de la medicina tradicional a los programas de ayuda médica, la colaboración de curanderos tradicionales, particularmente a nivel asistencial, investigación y formación. Los clínicos tradicionales y los médicos modernos pueden intercambiar pacientes según el tipo de enfermedad que deban tratar (crónica, psicosomática o psiquiátrica). En Costa de Marfil, el grupo nacional de reflexión sobre la medicina tradicional, creado el 28 de mayo de 1997 por el Ministerio de Sanidad, ha examinado la cuestión de la integración de la medicina tradicional dentro del sistema nacional de salud. El centro de Malango, en la región selvática de Fatick, en Senegal, ha abierto un proceso de conocimiento mutuo orientado hacia unas simbiosis para una medicina más compleja y más rica. Malango, situado en la región del Sine, es un centro experimental de medicina tradicional único en el mundo, bajo la supervisión de la ONG Prometra (Promoción de la Medicina Tradicional). La enseñanza del método Fapeg (Formación de autoperfeccionamiento de los curanderos) por parte de Prometra integra a los curanderos tradicionales en la lucha contra las infecciones de transmisión sexual, el sida y la protección de la salud maternoinfantil.

En lo que se refiere a la investigación, la cooperación se efectúa dentro del marco de un instituto de investigación en farmacopea africana para la medicina tradicional, así como en el Instituto de Investigación Científica de Kinshasa (República Democrática del Congo) y en Bamako (Mali), donde se diseñan y se ponen en práctica proyectos conjuntos para facilitar un verdadero diálogo

entre los dos tipos de investigadores.

EL HOSPITAL

Sí existe un lugar de humanidad, éste es, sin duda, el hospital.

El hospital concentra lo mejor de la medicina y de la cirugía. Dispone de los mejores aparatos y las mejores técnicas de investigación y asistencia. Es un lugar de misión, porque la salvaguarda de la vida humana es de naturaleza misionera. Pero sufre los defectos de la compartimentación y de la hiperespecialización, de la rigidez jerárquica que aborta cualquier iniciativa que no se haya comunicado antes al escalón superior; la enfermera a la supervisora, la supervisora al médico de guardia, el médico de guardia al jefe de servicio, etc. El necesario respeto de las enfermeras hacia la jerarquía impide, muchas veces, una transgresión que podría ser salvadora en casos extremos.

El hospital puede ser también un lugar de perdición. El ser humano, reducido al estado de paciente, es sometido a una extrema pasividad. La sobrecarga de trabajo para un personal mal pagado e insuficiente en número, la hiperespecialización de los grandes médicos, únicamente concentrados en el órgano de su competencia, convierten al enfermo en un objeto. La degradación de la misión degrada la función.

Las vías reformadoras

Sería preciso:

—Regenerar el sentimiento de cumplir una misión mediante las reformas de la medicina indicadas anteriormente;

—Centralizar y descentralizar los hospitales. Concentrar en grandes hospitales centrales los aparatos y el material más sofisticado, como en Estocolmo, donde se ha operado la fusión de los dos grandes hospitales universitarios de la ciudad para acabar con una competencia y una competición costosa para el presupuesto sanitario. Pero también descentralizar, creando pequeños hospitales, dispensarios, unidades asistenciales, hospitales ambulantes para los pueblos, las ciudades pequeñas y las regiones rurales. En Italia, la Toscana ha creado pequeños hospitales comunitarios gestionados por médicos generalistas, a fin de descongestionar los hospitales de corta estancia y ofrecer una alternativa a la hospitalización clásica y a la asistencia a domicilio;

—Desarrollar la lucha contra las enfermedades nosocomiales

que, en Francia, afectan cada año a ochocientas mil personas hospitalizadas, es decir a un paciente de cada quince; más de cuatro mil mueren;

—Generalizar y mejorar la hospitalización a domicilio, lo que contribuiría a una descentralización de la asistencia hospitalaria en beneficio de los pacientes;

—Reformar las comunicaciones humanas. Para el hospital, como para la medicina en general, es importante reformar la relación entre el personal sanitario y los pacientes. Los profesionales del saber deben practicar la autoobservación al examinar a los pacientes. Las enfermeras no deben ser consideradas sólo como ejecutoras: han adquirido un saber empírico, pragmático, concreto, cosa que raras veces tienen los médicos, y sus intercambios con los médicos deberían ser permanentes. El propio enfermo tiene un saber que puede verse oscurecido en muchos casos, pero que también puede ser lúcido sobre sí mismo, sus propios males y la evolución que está sufriendo. Como enseña la etnometodología, cada paciente dispone de una experiencia de vida, de un saber que debería activarse.

La reforma estaría encaminada, por tanto, a descompartimentar las relaciones dentro del hospital. Ciertamente, como todo sistema rígido, el sistema hospitalario sólo funciona bien gracias a múltiples transgresiones y a la humanidad de numerosos médicos y enfermeras. Algunas personas son más humanas que otras, y han sucumbido ya al peso de la rutina, la fatiga, el estrés y la compartimentación. Pero tienen el mismo potencial de humanidad: hay que despertar esa humanidad potencial que está adormecida en los hospitales.

LA INDUSTRIA FARMACÉUTICA

En el transcurso de las últimas décadas, la industria farmacéutica ha conocido un formidable proceso de concentración en beneficio de gigantescas multinacionales que controlan la mayor parte del mercado del medicamento. Y, en numerosos países, se ha producido una alianza de hecho entre la industria farmacéutica y el cuerpo médico durante la revolución terapéutica iniciada con la invención de los antibióticos y la generalización de los ensayos clínicos controlados.

La industria farmacéutica produce nuevos medicamentos que a menudo son diez, veinte e incluso treinta veces más caros que los

remedios ya existentes en el mercado, sin haberse demostrado necesariamente su superioridad. Es la condición para que las grandes firmas farmacéuticas puedan mantener una alta rentabilidad. Los precios de los nuevos medicamentos contra el cáncer son altísimos. En Francia, el Erbitux (el Cetuximab) costaría mil cuarenta y cinco euros por semana de tratamiento sin haberse probado realmente una buena relación beneficio/riesgos; en la revista Prescrire de julio-agosto de 2005 hemos podido leer: «Uno se pregunta cómo es posible que una agencia del medicamento digna de este nombre haya podido recomendar la autorización de poner en el mercado el Cetuximab sobre la base del dossier presentado por la empresa.»

Algunos laboratorios también se aprovechan del periodo de monopolio que les reconoce el derecho de patentes para multiplicar, a veces por cuatro o por cinco, el precio de medicamentos que ya están en el mercado en los países donde los precios son libres. Es lo que hizo en 2004 el laboratorio Abbott con su medicamento contra el sida; es lo que acaba de hacer Celgene con la Thalidomida, que ahora se utiliza en el tratamiento de algunos cánceres. Un estudio ha demostrado que entre los años 1999 y 2004 el tratamiento medicamentoso del cáncer de colon en Estados Unidos ha pasado de quinientos a doscientos cincuenta mil dólares al año. La utilización de genéricos pondría freno a los costos excesivos. Los genéricos son, en primer lugar, unos medicamentos comercializados hace veinte o treinta años, pero que siguen siendo médicamente válidos. Representan ya más del 50% de las prescripciones en Estados Unidos. El retraso de países como Francia, donde constituyen menos del 20% de las prescripciones, es debido únicamente al peso de reglamentaciones revocadas demasiado tarde.

Otra práctica en detrimento de los pacientes consiste en la eliminación de parte del reembolso del precio de cienos medicamentos cuando el Estado los considera de «confort».

La cuestión de las patentes y los seguros médicos

El proceso abierto por los laboratorios farmacéuticos más importantes del mundo contra el gobierno de Sudáfrica ha convertido la cuestión de las patentes en una cuestión política.

En las enfermedades infecciosas, la resistencia a los agentes infecciosos obliga a utilizar nuevos medicamentos. Los

medicamentos patentados tienen unos precios prohibitivos en los países pobres, que, a menudo, carecen de un sistema de seguro médico generalizado. El hecho de que sólo el 5% de las personas que, en el mundo, necesitarían los antivirales disponibles contra el VIH tengan acceso a ellos demuestra, una vez más, que una de las mayores desigualdades es la desigualdad frente a la enfermedad.

En los países donde existe un sistema de seguro médico, el aumento de los costos podría, a la larga, hacer explotar el sistema, lo que incita a los poderes públicos a reducir regularmente el porcentaje de los gastos asumidos por el seguro de enfermedad.

Los seguros complementarios que se generalizan en un número creciente de países no funcionan según el principio de la mutualización, sino según un principio actuaríal. En el primer caso, cada uno cotiza en función de sus ingresos y se beneficia del sistema en función de sus necesidades; en el segundo, se cotiza en función de los riesgos contra los cuales uno quiere asegurarse; las cotizaciones no dependen ya de los ingresos. El sistema actuaríal podría suplantar progresivamente a! sistema mutualizado, como es tendencialmente el caso en Francia. Sería un retroceso social más.

Las vías reformadoras

a) Desarrollar la conciencia y el papel de los ciudadanos, que son consumidores de productos farmacéuticos y pacientes potenciales, para hacer que se tomen medidas políticas de control internacional y nacional sobre la industria farmacéutica. Frente a una «oferta» extremadamente poderosa, la respuesta sería constituir una demanda colectiva consciente de sus posibilidades de boicot. El talón de Aquiles del capitalismo, en una sociedad de consumo, es la conciencia y la organización de los consumidores. De ahí la importancia de la reforma del consumo y de la educación para el consumo (véase más adelante el capítulo «El consumo»).

b) Instaurar un control de las patentes y permitir que las naciones que cuentan con grandes núcleos de pobreza produzcan medicamentos patentados fuera del sistema de patentes.

c) Hacer obligatorios los estudios comparativos que comprueban si los nuevos medicamentos puestos en el mercado son más eficaces y mejor tolerados que aquellos que, siendo ya de dominio público, pueden convertirse en genéricos.[45] La realización de estudios comparativos se deja actualmente a la libre elección de los

industriales, cuando deberían efectuarlos los servicios públicos.

d) Convocar concursos para financiar aquellos medicamentos que sean a la vez más útiles y más económicos.

Perspectivas futuras de los progresos biomédicos

a) *La medicina antiedad*. La medicina antiedad u optimal health medecine es una nueva rama médica, cuyo objetivo es promover la salud física y mental de los individuos para asegurarles una calidad de vida óptima, y, a la vez, hacer más lento su proceso de envejecimiento. Podría desarrollarse en el futuro con la utilización de las células madre extraídas del propio organismo de la persona a tratar. La prolongación de la vida activa sin discapacidades plantearía problemas políticos, demográficos, económicos y éticos que deberíamos empezar a plantearnos.

b) Los progresos quirúrgicos. Antes de la Primera Guerra Mundial se inventaron las grandes técnicas quirúrgicas, como la cirugía de la pared abdominal, del tubo digestivo, del tórax o del aparato reproductor. La segunda mitad del siglo XX asistió al progreso exponencial de esas técnicas. Es entonces cuando se desarrollan los trasplantes de órganos, con los primeros trasplantes de riñón en la década de 1950, de médula ósea y de hígado, y, posteriormente, de corazón, pulmón, etc. El primer trasplante cardiopulmonar realizado por Christian Cabrol data de 1982. El 1 de agosto de 2008 se realizó el primer trasplante de dos brazos completos, en la clínica universitaria de Múnich, en Alemania. Estos avances de las técnicas quirúrgicas han tenido lugar con la ayuda indispensable de las nuevas técnicas de imagen, como la ecografía (1970), la resonancia magnética (en la década de 1980), el petscan y muchas otras.

c) La terapia génica. Es una estrategia terapéutica que consiste en hacer penetrar genes en las células o los tejidos de un individuo a fin de tratar una enfermedad. Está destinada a reemplazar o a complementar un alelo mutante defectuoso por un alelo funcional, o a sobreexpresar una proteína cuya actividad tenga un impacto terapéutico. Pero los conocimientos en materia genética todavía no están lo bastante desarrollados como para poder promover una terapia génica eficaz, que sigue siendo sólo una perspectiva.

CONCLUSIÓN

Las reformas propias de la medicina necesitan las reformas propuestas por la política de civilización (humanización de las

ciudades, regeneración de la solidaridad, disminución de las desigualdades, entre ellas, las más llamativas, en materia de acceso a la asistencia sanitaria), reformas de vida, reformas del consumo y la alimentación. Una vez más, no se puede aislar una sola vía reformadora.

Por otra parte, el incremento de los gastos sanitarios (con una tecnología y una cirugía cada vez más sofisticadas), que se amplía para las personas mayores (hay estudios que han demostrado que se gasta mucho más en salud durante los cinco últimos años de vida) y, salvo que ocurra una catástrofe, se ampliará todavía más con la prolongación de la vida en el futuro, requerirá desarrollar cada vez más los sistemas preventivos, la mejora de la calidad de vida, la regeneración de las solidaridades. La inflación tecnológica por radiografías, resonancias magnéticas, escáneres, etc., deberá yugularse volviendo a la destreza del médico en el examen clínico: visual, auditivo, táctil; volviendo, en definitiva, al ojo clínico. Ante la carrera desenfrenada en busca de beneficios por parte de la industria farmacéutica capitalista, habrá que implementar dispositivos moderadores. Volvemos al axioma: menos, pero mejor.

Capítulo 2
CIUDAD Y HÁBITAT

El fenómeno de las ciudades

El conjunto del planeta está inmerso actualmente en un proceso de urbanización acelerada. Entre los años 1950 y 2000, la población urbana del mundo, incluidos los países en desarrollo, se ha más que triplicado, ha pasado de setecientos cincuenta millones a dos mil novecientos millones de personas.[46] Las próximas décadas deberían confirmar esta tendencia, salvo que se produzca una desaceleración, cosa improbable. La población urbana del mundo aumenta, actualmente, en un millón de personas por semana, y ese ritmo debería acelerarse según Naciones Unidas, que prevé una población mundial de ocho mil millones de personas en 2030 (la población urbana de los países en desarrollo debería doblarse, pasando de poco menos de dos mil millones en el año 2000 a cerca de cuatro mil millones en el 2030). Según estas mismas previsiones, habrá veintiuna ciudades con más de diez millones de habitantes en 2015; se estima que hacía 2050 dos tercios de la población mundial vivirá en ciudades. La mayor parte de ese incremento afectará a los países en desarrollo cuyas ciudades deberán acoger al menos a dos mil millones de habitantes más que hoy.

La particularidad de la urbanización de la mayoría de los países del Sur, comparada con la de los países del Norte, es la amplitud y la velocidad con que se lleva a cabo, es el crecimiento acelerado de la pobreza y el rápido desarrollo de los *bidonvilles*. También es la existencia de un sector de la economía informal que se ha desarrollado a toda velocidad, pues, a diferencia de las ciudades occidentales, la mayoría de las ciudades del Sur (esencialmente en África) ha crecido sin desarrollo económico, sin industrialización ni

aumento de la productividad agrícola. A causa de las políticas impuestas por el FMI, el incremento de la pobreza en el transcurso de las décadas de 1970 y 1980 ha transformado los *bidonvilles* «tradicionales» en megabidonvilles. Mil millones de personas se hacinan en esas aglomeraciones, lugares de reproducción de la miseria, inestables, contaminados y peligrosos. Salvo, parcialmente, en Brasil, ningún gobierno ha aportado respuestas adaptadas a ese fenómeno. Asistimos a una hipertrofia urbana, agravada por la inundación masiva de productos manufacturados procedentes de los países desarrollados, y a una especialización excesiva de la agricultura no destinada a la subsistencia.

Ese crecimiento urbano está marcado esencialmente por una afluencia de poblaciones pobres procedentes de las migraciones rurales hacia la ciudad, que ejerce una atracción que no debemos subestimar. Una población cada vez más numerosa busca en ella la solución a su miseria. La ciudad le parece una alternativa de progreso, de oportunidades de trabajo, pero también un espacio de libertad y un lugar de vida. El éxodo rural aumentará día a día el tamaño de los bidonvilles donde se autoproduce la miseria: asistimos, pues, a su multiplicación y extensión dentro y fuera de las ciudades del Sur. Esos barrios de chabolas que nacen y crecen sin planificación urbana[47] son, a menudo, el producto de ocupaciones o invasiones ilegales de terrenos aún disponibles. A menudo, también son los templos de la marginalidad, la insalubridad, las violencias urbanas, la criminalidad, los problemas de salud y de tráfico de drogas. Sin embargo, en ciertas sociedades del Sur, dentro de esos espacios nacen sistemas de una solidaridad recuperada donde se logra atenuar la miseria.

En todos esos países se ha observado el mismo escenario: crecimiento urbano acelerado, éxodo rural masivo, incremento de las desigualdades (el índice de las desigualdades ha alcanzado su apogeo durante los cuatro últimos decenios). Aunque las causas de la amplitud de ese crecimiento sean complejas, podemos distinguir en el proceso tres fases principales:

—la primera está ligada a la época colonial (un periodo caracterizado por la contención del fenómeno de urbanización ejercida por los poderes establecidos);

—la segunda fase (1950-1970) se caracteriza por un crecimiento

urbano acelerado, ligado a la inestabilidad política (guerras de independencia en algunos países) y por la mecanización del campo;

—finalmente, la tercera fase (1970-2000) está marcada por los PAE (planes de ajustes estructurales). Este periodo ha conocido un segundo brote de crecimiento urbano provocado por dichos planes que promueven el Banco Mundial y el FMI y que han agravado la pobreza en estos países y han contribuido a los fenómenos de éxodo hacia la ciudad de una fracción importante de las poblaciones rurales que emigra en busca de empleo.

Treinta años después de la implementación de estos planes, las consecuencias son dramáticas. Según los estudios de la OIT (Organización Internacional del Trabajo), la pobreza ha aumentado en un 50% durante ese periodo. En todas partes la renta media de los PED ha bajado: en un 30% en Argentina, en un 20% en Brasil, en un 40% en Venezuela. En toda África, en el Magreb, los ajustes han provocado recortes drásticos en las economías urbanas y, por lo tanto, una caída del poder adquisitivo. En Costa de Marfil, por ejemplo, la pobreza urbana se ha multiplicado por dos entre 1987 y 1988. En todas partes la extrema pobreza se urbaniza cada vez más, y crece en unas proporciones dramáticas.

En un número cada vez mayor de países del Sur, asistimos simultáneamente a la emergencia de una ciudad dual: por una parte, esos países conocen un boom notable en la construcción de hoteles de lujo, de infraestructuras como autopistas y equipamientos turísticos; los nuevos ricos proliferan y hacen crecer los barrios de lujo protegidos. Por otra parte, millones de personas se hacinan en los bidonvilles en unas condiciones indecentes.

La extensión creciente de la ciudad hace que sus habitantes prefieran el transporte individual (en este caso, el coche), lo cual explica la densidad de la contaminación atmosférica. La OMS estima que, en el mundo entero, mil quinientos millones de urbanitas están sometidos a unos niveles de contaminación del aire superiores al máximo tolerable. A menudo, esa contaminación se considera como un problema propio de los países del Norte, dado el nivel elevado de las actividades industriales y del tráfico automovilístico, pero en los países en desarrollo se produce más de un 70% de fallecimientos que son consecuencia directa de la contaminación atmosférica. Se explica teniendo en cuenta que sus

poblaciones son, a menudo, más densas, pero también a unas normas menos estrictas que en los países del Norte.

Pensar la ciudad

En la historia de la humanidad, todas las instancias decisivas y decisionales siempre han estado en la ciudad (el poder político, religioso y económico, el desarrollo científico y técnico), al igual que los lugares de creación artística, de ocio y de espectáculos. Las capitales han atraído a las poblaciones y a las profesiones más variadas, los barrios se han diversificado, todas las clases sociales se han instalado en ellas, a veces oponiéndose con violencia unas contra otras. Las artes han florecido. Rebeldes y excluidos han poblado sus bajos fondos. Las capitales y megalópolis contemporáneas son un hervidero de actividad, donde un tráfico intenso aporta fusión y confusión.

La gran ciudad es un caos donde se combinan orden y desorden.[48]48 Obedece a unas leyes, unas prescripciones y unas reglas, pero se reorganiza cotidianamente por sí misma a partir de los numerosísimos desplazamientos y los comportamientos individuales de sus habitantes y usuarios. Todos y cada uno se desplazan para realizar sus objetivos singulares, y todo parece animado por un movimiento browniano.

Esa extraordinaria diversidad en la unidad, ese batiburrillo de interacciones y retroacciones constituye una especie de caos organizador/desorganizador. Henri Lefebvre decía que la ciudad es un organismo vivo. Efectivamente, es auto-eco-organizadora, su ecología no sólo está constituida por el entorno exterior que la alimenta y la abastece, sino también por la nación de la que forma parte y a cuyas leyes y controles está sometida.

En esta hora de la globalización, la competición entre las ciudades se convierte, en los países del Norte, en algunos retos considerables lanzados a los nuevos conjuntos urbanos, como subraya muy bien François Ascher.[49] Según este autor, un primer desafío es el de la competencia entre las ciudades (una idea ya conocida), que deben ser capaces de atraer capitales, mercancías y profesionales de alto nivel cuya presencia es indispensable para seducir a los inversores en sectores clave.

Un segundo reto es el de la diferenciación social. Con la metropolización y el desarrollo en la velocidad de desplazamiento,

los procesos de segregación social cambian también de escala. Observamos que la población de algunos países presenta una fuerte tendencia a formar grupos cada vez más homogéneos en barrios e incluso ciudades. América del Norte está asistiendo al desarrollo de gated communities, es decir de ciudades casi cerradas y privadas. En Francia, algunos municipios concentran las poblaciones más ricas, mientras que en otros se forman verdaderos guetos de pobres y excluidos. Esa realidad se va pareciendo a la de ciertas grandes ciudades del Sur, donde asistimos, cada vez más, a la creación de barrios de ricos cerrados y ultraseguros, y a la edificación de «muros de la vergüenza» que esconden los espacios de pobreza y miseria creciente.

Pensar en la ciudad también implica considerar un fenómeno propio de la metrópolis: la movilidad. En las grandes ciudades los desplazamientos se han convertido más que nunca en una necesidad. Ayer se hablaba todavía de los desplazamientos entre residencia y lugar de trabajo, pero hoy los desplazamientos tienen otro aspecto: la gente se desplaza para divertirse, formarse, alojarse, ir al médico, etc. Ahora bien, una fracción no despreciable de urbanitas no dispone de suficientes medios de acceso al transporte colectivo y, por tanto, se ve excluida de todas las ventajas que ofrece la ciudad y de sus ofertas de ocio. «Una de las paradojas de nuestras megalópolis, actualmente, es que hay colectivos modestos que han ido a buscar bastante lejos un poco más de espacio habitable y se han convertido en dependientes del automóvil, mientras que las capas medias superiores, que han regresado al centro de las ciudades donde encuentran el hábitat, los empleos y las diversas actividades que corresponden a sus exigencias, utilizan abundantemente los transportes colectivos, la bicicleta y el paseo...»[50]

El desarrollo de la «cocina móvil», o lo que llamamos «comida para llevar», un invento contemporáneo que se explica por nuestros modos de vida cada vez más individualizados, cada vez más estresados por la obsesión de la rentabilidad en el trabajo, multiplican las entregas a domicilio que todavía aumentan más el tráfico rodado, por no hablar del carácter inhumano de un cambio de modo de vida que no deja de tener consecuencias sobre nuestras vidas familiares, nuestras relaciones sociales, ¡y no digamos ya

sobre nuestras digestiones!

Todos estos riesgos plantean un problema de las instituciones de lo que denominamos «nuestras democracias desarrolladas». La descentralización, que ha reforzado el nivel local, sin duda ha debilitado a los poderes centrales. Nuestras metrópolis han ido perdiendo medios financieros y, por consiguiente, medios políticos y reglamentarios. Ahora bien, como señala muy acertadamente François Ascher, pensar en la ciudad hoy es reflexionar sobre los múltiples disfuncionamientos (económicos, sociales y medioambientales) que resultan de esa nueva configuración; se trata de comprender esa nueva forma de gobernanza urbana en la cual se decidirá el futuro de nuestras ciudades.[51]

La ciudad no puede dejarse al libre arbitrio de los promotores, los constructores, los tecnócratas y los políticos desculturizados, en el contexto de un mercado abocado al máximo beneficio. Un ser vivo complejo como es la ciudad necesita ser pensado una y otra vez. Este replanteamiento constante debe alimentarse de conocimientos históricos, económicos, ecológicos y sociológicos. Debe tener en cuenta la geografía, el clima (lluvia, viento, sol), englobar el urbanismo y a la vez superarlo. Así, podría emerger un «urbanismo reflexivo» que desarrollase efectivamente una reflexión sobre el presente y el futuro urbanos a partir de conocimientos ligados de forma transdisciplinar.

La ciudad no es una simple proyección sobre el suelo de relaciones socioeconómicas. El reconocimiento de que existe una espacialidad anterior a la del espacio urbano permite tener en cuenta, explícitamente, en el debate sobre la ciudad, los mitos fundadores. No se trata, ciertamente, de los fantasmas del arquitecto o del promotor, sino de esas ideas que participan de una finalidad social o que la inspiran. Si la ciudad es una entidad material, un constructo socioeconómico, un relato que permite la articulación entre ambos, reflexionar sobre la ciudad del futuro es un proceso cultural destinado a recuperar los fundamentos de un vínculo entre lo local y lo global, el marco urbano y el marco natural, la exigencia de la movilidad y la de la identidad para todos.

Pensar en la ciudad es pensar en el habitante o, más bien, en la pluralidad de los habitantes. No bastan los cuestionarios estándar para conocer los deseos y las aspiraciones en materia de hábitat.

Muchas respuestas a los cuestionarios son respuestas de conformidad, de standing; a menudo las aspiraciones profundas no se expresan por timidez o porque no son totalmente conscientes.

Sea como fuere, hay un primer carácter del hábitat que es sagrado: debe ser el espacio de la intimidad, de la privacy, de la libertad personal y familiar. Esa intimidad debe preservarse de las escuchas y ser protegida de los ruidos exteriores (paredes insonorizadas). El hábitat debe ser también el espacio de la buena vida, que engloba el bienestar material, pero que debe comportar una dimensión psicológica y moral, es decir, para las personas solitarias y abandonadas, un dispositivo de ayuda mutua y de solidaridad en el marco del edificio o del barrio.

Finalmente, pensar en la ciudad es pensar en su crecimiento y en su futuro. De hecho, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX y más allá de éste, el crecimiento urbano se efectúa según dos modalidades que están asociadas:

—el modo compacto, donde la concentración de las actividades y del hábitat conduce a levantar torres y rascacielos;

—y el modo de la extensión anárquica de los suburbs y las banlieues (de ahí el alejamiento y la hipermovilidad necesarios, desde el punto de vista de los transportes, entre hábitat, lugar de trabajo, escuela, comercios y supermercados periféricos, servicios públicos, hospitales y lugares de espectáculo).

Los dos modos están asociados a Nueva York (Manhattan, Brooklyn, Bronx) y a otras muchas ciudades.

A ello se han añadido algunas experiencias de ciudades nuevas, según unos modelos raciónalizadores propugnados por Le Corbusier para el hábitat y realizados por Oscar Niemeyer en la ciudad de Brasilia. Este modo, que ha creado bloques de inmuebles aislados y separados por largas avenidas destinadas a los coches, ha multiplicado los espacios verdes, pero impide la convivialidad, el paseo, y resulta inhumano comparado con una periferia no planificada, que se ha ido creando espontáneamente.

Nos parece importante plantear proyectos innovadores de ciudades futuras, que deberán tener en cuenta las necesidades humanas de autonomía, de convivialidad, de solidaridad y de seguridad.

En lo que se refiere al modelo de dos caras, compacto/extenso,

habría que pensar en una compactación y una extensión reformadas, humanizadas en sus dos vertientes. La compactación reformada mantendría o resucitaría una fuerte densidad de población, con comercios y servicios, en los barrios centrales, que serían peatonales en la medida de lo posible, dotados de transportes no contaminantes, donde los desplazamientos del hábitat al trabajo, a la escuela y a los servicios públicos fuesen cortos y pudiesen hacerse a pie o en bicicleta. Esta compactación podría comportar, en algunos lugares, unas torres o rascacielos donde deberían crearse relaciones comunitarias internas. La extensión reformada debería estar bien dotada de transportes públicos, y cada núcleo suburbano tendría su oficina de correos, su dispensario, su cine y sus pequeños comercios.

Finalmente, pensar en el crecimiento urbano exige considerar un freno para el gigantismo y que se inviertan los flujos migratorios. Los demógrafos, economistas y sociólogos proyectan cándidamente las grandes corrientes actuales en el futuro, sin pensar que las corrientes dominantes crean contracorrientes, que a menudo sucede lo inesperado (fue el caso de la predicción estadística europea a finales de la década de 1950), y consideran como cierto lo probable con demasiada frecuencia. Ahora bien, como hemos visto, lo improbable (para bien y para mal) se ha producido muchas veces en la historia humana.

Lo probable es que, próximamente, diez megalópolis contengan cada una de veinte a treinta millones de habitantes, y que la urbanización continúe hasta la desertificación total del campo, destinado únicamente a las agriculturas y ganaderías industrializadas. La inversión de los flujos migratorios parece posible a pesar de todo. En una metrópolis como París, el flujo ya se ha invertido. Ese movimiento hacia el campo afecta a gente joven tentada por la agricultura biológica, la ganadería, la viticultura, y a jubilados que buscan la paz y la armonía; las posibilidades del teletrabajo estimulan esta migración. Es concebible que el aumento del estrés urbano, el incremento del número de jubilados y la fuerza de atracción por una nueva vida rural o pastoril desarrollen esa tendencia. Pero no podrá afianzarse realmente si no es a través de una política de revitalización del mundo rural (véanse los capítulos «Agricultura y mundo rural» y «Política de civilización»), que

fomente el establecimiento de neocampesinos, neorrurales y neoteletrabajadores.

Las vías reformadoras

Las vías reformadoras se inscriben en un proyecto global de humanización de las ciudades, que comporta, en primer lugar, la instauración de una buena gobernanza.

—Para una buena gobernanza

Desde hace algunos años, han aparecido las nociones de «democracia participativa», «participación» y «buena gobernanza», y, más concretamente, de «gobernanza urbana». Conviene subrayar que estos términos todavía son objeto de muchos malentendidos e instrumentalizaciones, y que también se encuentran dificultades reales para su utilización concreta. Aún se aplican demasiado a menudo sobre conceptos borrosos y a veces equívocos.

Paralelamente a esta abundancia de términos y teorías, florecen por todas partes numerosas iniciativas que atestiguan el despertar de una nueva forma de ciudadanía, de compromiso y de movilización. Con sus éxitos y sus fracasos, expresan las esperanzas, ilusiones y desilusiones de democracia participativa y de buena gobernanza, e ilustran las capacidades de acción y los progresos que todavía están por realizar para sostener ese vasto movimiento de participación y de concertación a escala local, en una palabra, de reconquista de la ciudadanía local.

—Prioridades para una ciudad más inclusiva

En primer lugar, sería preciso que la política pusiera en el centro de sus principales prioridades el proyecto de una política de desarrollo económico con inserción social de las poblaciones desfavorecidas. Sería preciso desarrollar microempresas, comercios de proximidad y actividades de servicio allí donde los espacios están estigmatizados. Paralelamente, deberían preverse unos recorridos de inserción mediante la creación de centros de recursos capaces de trabajar en red a fin de capitalizar y enriquecer sus experiencias.

También habría que asegurar la calidad de los espacios urbanos dotando a los barrios de equipamientos públicos y haciendo más seguros aquellos más conflictivos (la seguridad policial no debería, sin embargo, agravar la estigmatizacíón de los llamados «barrios

difíciles)».

Estas actuaciones deberían ir acompañadas de una política de prevención, que afectaría, a la vez, a los niños en edad escolar y a los jóvenes adultos en busca de una actividad profesional. También en este tema es necesario todo un abanico de intervenciones que deben federarse y trabajarse conjuntamente.

Se impone otro desafío: el que afecta a la cuestión de la vivienda. Es deseable que nuestros políticos tengan en cuenta los efectos perversos de las políticas de vivienda en los países de Europa en general, y, más particularmente, en Francia desde hace más de cuarenta años. Se habla justamente de guetos, de espacios relegados. Una política adaptada podría rehabilitar esos espacios y permitir más cohesión social.

Otro desafío, por último, surgiría de nuestra capacidad para desarrollar vínculos sociales, para tratar de hacer de nuestras diferencias (étnicas, raciales, culturales y económicas) una riqueza, no un empobrecimiento.

En los países en desarrollo favorecidos por los movimientos de democratización y por la multiplicación de las reivindicaciones populares, el auge de las asociaciones y la emergencia de una sociedad civil organizada han permitido que la democracia participativa se concrete. Además de ese movimiento de democratización «desde abajo», también se observan unos avances «desde arriba» que han supuesto ¡a creación de estructuras o dispositivos que fomentan esa misma democracia. Los enfoques participativos se han fomentado, también, gracias a que las instituciones internacionales han instado a una «buena gobernanza» y han puesto el acento en reforzar el partenariado y la concertación entre todos los actores del desarrollo. En lo que concierne a las naciones, el vasto movimiento de descentralización iniciado en el Norte y en el Sur ha permitido una transferencia de competencias (más o menos real) hacia las administraciones locales, y, más concretamente, hacia las ciudades y los ayuntamientos rurales. Al disponer de nuevas competencias y nuevas responsabilidades, las administraciones locales deben fomentar los procesos de concertación con sus administrados, no sólo para responder mejor a sus necesidades, sino también para garantizar una cohesión social en el territorio que administran. Por otra parte, la multiplicación de

los agentes que actúan sobre la ciudad, el barrio o el municipio rural hace más compleja la gestión del territorio y más borrosos los límites de las competencias; la concertación local se convierte, entonces, en una necesidad para gestionar pacíficamente y con coherencia.

Hay que consolidar y valorar el potencial humano que representan los colectivos pobres. Hoy, existe unanimidad en constatar que el sistema de asistencia ha fracasado dentro del marco de una lucha eficaz contra la pobreza urbana. Se han producido, como consecuencia, numerosas iniciativas populares, sobre todo en los barrios más desfavorecidos, que muestran la autoorganización y la movilización de recursos de las que son capaces las poblaciones para salir adelante. En esa vitalidad y esa creatividad se basa el desarrollo de la ciudad informal. Muchos trabajos, relaciones y agentes del desarrollo local describen hoy la capacidad de inventiva de los colectivos más pobres de las grandes ciudades del Sur. Numerosos barrios se han convertido en «polos de innovación social» y creatividad. Hay que valorizar el potencial humano que representan las poblaciones pobres apoyando esas iniciativas y contribuyendo a reforzar esas capacidades. Muy a menudo, las iniciativas propulsadas por los propios vecinos, dada la falta de compromiso del Estado en los espacios de la fragilidad urbana, han resultado de una gran eficacia.

Hay que promover la construcción de un marco referencial metodológico al servicio del desarrollo social. Actualmente, asistimos aquí y allá a la emergencia de nuevos agentes sociales en el escenario urbano. Desde hace tres décadas, las asociaciones de vecinos, las ONG y los donantes de fondos se movilizan y reivindican su papel en la gestión de la ciudad. Dado el carácter nuevo de esa interfaz en el campo de la intervención urbana, sobre todo en las zonas pobres de los países del Sur, las experiencias de esos nuevos agentes deben contribuir a la reflexión y a la elaboración de una metodología y un marco referencial en materia de acompañamiento social en los proyectos que se realizan en la ciudad. Debe consolidarse un trabajo conjunto de los diversos interventores a fin de crear una fuerza común capaz de actuar eficazmente en el marco de una gestión concertada. Este enfoque debe basarse en la capitalización de todas las experiencias exitosas

en materia de gestión urbana compartida, a fin de consolidarlas y convertirlas en enseñanzas aplicables a otras zonas, adaptándolas naturalmente a las particularidades y especificidades de cada caso.

Hay que multiplicar la formación de los trabajadores sociales. A menudo, la ausencia de una formación adecuada y debidamente cualificada perjudica el éxito de proyectos de desarrollo social. Frente al desafío actual, y, dado que esa interfaz entre poblaciones e instituciones es más necesaria que nunca, la formación de agentes sociales es indispensable para que esos nuevos operadores de la ciudad se impliquen en la acción social urbana y en la lucha contra la miseria y la exclusión. Más que nunca, hay que fomentar la creación de módulos de formación para esos nuevos profesionales que los convierta en los intermediarios entre los diversos agentes de la ciudad, en un contexto de falta de compromiso por parte del Estado central.

Para un desarrollo urbano mejor, hay que preocuparse de promover y aplicar un desarrollo integrado a la escala de un territorio de acción definido por el conjunto de los implicados. El desarrollo urbano debe entenderse dentro de una dinámica compleja de la ciudad teniendo en cuenta los fuertes vínculos entre el conjunto de sus componentes. Actuar sobre la ciudad requiere un conocimiento de todos los sistemas complejos que interactúan y producen espacios de inclusión o de exclusión.

Por otra parte, en un contexto de falta de compromiso por parte del Estado central y de incremento de las democracias nacientes en los países del Sur, el campo de competencias de los políticos locales se amplía, la sociedad civil emerge y se impone, cada vez más, como un socio de la buena gobernanza en materia de políticas públicas. Aparecen espacios de gobernanza y de acción participativa que exigen un refuerzo de sus capacidades y precisan de la transferencia de herramientas y metodología de diagnóstico, de planificación, de acción y de seguimiento. Así es como podremos garantizar el éxito.

Hay que militar a favor de un desarrollo urbano participativo real que entienda la ciudad en toda su complejidad. Es primordial pensar la ciudad en relación con su espacio regional, con la red urbana en la que se inscribe y, más ampliamente, con la red de ciudades en las que puede participar. Es un enfoque global que

tiene en cuenta la complejidad de la ciudad, las especificidades de sus componentes y las dinámicas de los diferentes espacios en los cuales se inscribe.

Más allá del bidonville

Un estudio de campo[52] ha demostrado que, a menudo, los habitantes de los *bidonvilles* de Marruecos no aspiran a cambiar su vida de *bidonvillenses*. Interrogados con ocasión de los programas de realojamiento social,[53] manifiestan su rechazo a ocupar las nuevas viviendas sociales. Abandonar el *bidonville*, lugar de convivencia y ayuda mutua, para trasladarse a un piso en unos edificios anónimos con frecuencia resulta difícil para personas que, en su mayoría, son de origen rural. Apegados a una vida de convivencia y favores mutuos, está claro que aspiran a una nueva condición, pero no en nuevos lugares. Esta reticencia se repite en todas partes donde los *bidonvilles* han preservado las relaciones de solidaridad familiar y vecinal, allí donde se han creado microcomercios y microempresas, donde una economía informal, ignorada en el exterior, ha permitido sobrevivir a la mayoría.

Reabsorbiendo los hábitat insalubres dentro de los barrios integrados en la ciudad, y mejorando la atención sobre las cuestiones sociales se debería producir una mejora duradera de las condiciones de vida. En la práctica, es precisa una buena ingeniería social de los proyectos para conseguir que se adecúen óptimamente con las características socioeconómicas de la población de los barrios desfavorecidos.

Para la humanización de las ciudades

Una política de rehumanización de las ciudades debería comportar principalmente:

—la peatonalización del centro de las ciudades, de los lugares históricos, de las calles comerciales o de ocio de los barrios. Siguiendo el ejemplo de Fríburgo de Brisgovia, toda ciudad debería comportar un doble cinturón de aparcamientos, el primero de pago, alrededor del centro peatonal reservado a los transportes públicos, y el segundo gratuito, alrededor del área metropolitana, a cielo abierto, con derecho a un billete de transporte igualmente gratuito.

Los barrios se rehumanizarían transformándose en ecobarrios (como el barrio Vauban de Friburgo) descontaminados y ecológicos gracias al empleo de energías limpias; se restablecería la mezcla

social, florecería la convivialidad. La broma de Alphonse Aliáis, que proponía trasladar las ciudades al campo, podría invertirse con la inserción concreta de espacios de jardinería, de pequeña ganadería, de apicultura, en los tejados de las ciudades, como se ha hecho en Toronto y en otros lugares. Así, la lucha contra la contaminación, los ruidos molestos, el estrés y el anonimato sería, al mismo tiempo, un proceso concreto para la calidad de vida;

—los transportes públicos y privados deberían ser no contaminantes (vehículos eléctricos o híbridos). Se podrían establecer peajes urbanos como en Londres, donde se ha reducido considerablemente el tráfico procedente de fuera de la ciudad. Podría haber bicicletas y coches de alquiler a disposición de la ciudadanía. Para los transportes fuera de las zonas peatonales, la toma de conciencia ciudadana incitaría al coche compartido, a los taxis colectivos y a los triciclos eléctricos. Los autobuses de gasolina se sustituirían por tranvías y metros, que podrían abastar ampliamente los espacios suburbanos. El acceso de los camiones al centro de la ciudad se limitaría a las primeras horas de la mañana, y se efectuarían servicios de entrega mediante transportes no contaminantes en puntos cercanos a los domicilios de las personas que están fuera de casa durante el día.

En América Latina, por ejemplo, hay algunas ciudades como Bogotá (en Colombia) y Curitiba (en Brasil) que han optado por basar su sistema de transportes en una red de autobuses con carril exclusivo, menos costoso que el metro y con unos resultados bastante aceptables. Esta adaptación va acompañada de una estricta reglamentación por parte de los poderes públicos municipales que no encontramos en otros lugares. ¿En qué medida pueden usarse como modelo estos ejemplos latinoamericanos para algunos países del Norte y aportar soluciones técnicas a la crisis de los transportes urbanos en otros países del Sur? ¿Pueden servir de inspiración, en cuanto a organización y regulación, para diseñar un sistema de transportes más eficaz al servicio de la ordenación urbana? El enfoque elegido por Bogotá y Curitiba ofrece, en cualquier caso, una ocasión para discutir sobre política y competencia local de organización de los transportes urbanos.

Por último, el destino de las ciudades depende muchas veces de iniciativas audaces y voluntaristas, que a menudo se explican por la

personalidad de un individuo (un alcalde, por ejemplo), la voluntad de la sociedad civil (los vecinos de barrios organizados en asociación) o una ONG (ver los presupuestos participativos de Porto Alegre, Recife, Medellín, etc.). Los ejemplos de esas iniciativas empiezan a multiplicarse aquí y allá, y, en su escala, están dando resultados significativos. Pero la suerte de la mayor parte de las megalópolis y capitales, entregadas a la economía liberal, sigue estando en manos de promotores y especuladores, por una parte, y especialistas como urbanistas y arquitectos, por otra. Cada uno aislado en su campo y sin percibir en absoluto el carácter multidimensional de los problemas urbanos, incapaces de pensar en la ciudad en su globalidad compleja.

Conclusión

La humanización de las ciudades constituye un reto importantísimo para un futuro mejor. En los países del Sur y en los del Norte, un número significativo de ciudades están aplicando una gobernanza basada en el papel decisivo de la participación de los ciudadanos. Esta ciudadanía recuperada no es ni un sueño ni una utopía inaccesible. Hoy, más que nunca, los poderes locales comprenden que es cada vez más difícil gobernar sin tener en cuenta las demandas sociales que se hacen oír en las ciudades y sin la participación de los vecinos y las asociaciones locales en los proyectos que les afectan.

ANEXO

Algunos ejemplos reformadores urbanos realizados o en curso

Estocolmo, una ciudad de un millón de habitantes, es un modelo de ciudad verde. Utiliza calefacción urbana en un 80%, el 70% de la cual se alimenta con energías renovables. La ciudad se ha fijado como objetivo abandonar las energías fósiles antes del año 2050. Los aspectos medioambientales son tenidos en cuenta sistemáticamente en las decisiones de ordenamiento urbano y en el presupuesto de la ciudad.

Actualmente, el 95% de la población de Estocolmo vive a menos de trescientos metros de un espacio verde. Las numerosas zonas verdes de la ciudad contribuyen a la purificación del agua, la reducción del ruido, la diversidad biológica y el bienestar de sus habitantes.

La instauración de un peaje urbano, votado en referéndum el año 2007, ha permitido reducir la contaminación atmosférica y desarrollar los transportes colectivos no contaminantes. Así, desde 1990, las emisiones de gas de efecto invernadero han disminuido un 25% en la ciudad de Estocolmo y hoy son un 50% inferiores a la media sueca.

Estocolmo también ha establecido un sistema innovador de gestión integrada de los residuos, con una tasa de reciclaje elevada, especialmente para los residuos orgánicos.

El barrio de Bonne, en Grenoble, es un ecobarrio donde se ha decidido que la población fuera heterogénea; se han instalado viviendas sociales de propiedad, residencias de estudiantes, comercios, oficinas y un cine.

El Conjunto Palmeiras, cerca de Fortaleza, en Brasil, era, inicialmente, un barrio de chabolas donde se refugiaban los habitantes pobres procedentes del centro de la ciudad, expulsados por los promotores inmobiliarios. Bajo el impulso de Joaquim Meló, ese *bidonville* se ha convertido en un barrio popular con casas de ladrillo en su mismo emplazamiento original. Tiene su propio banco popular que concede microcréditos y ofrece todo tipo de operaciones bancarias a sus habitantes; incluso dispone de moneda local, y ha preservado su vida comunitaria. Hoy cuenta con treinta mil habitantes.

Auroville, en el Sur de la India, (véase el capítulo «La vía de la reforma de vida») es una ciudad de dos mil habitantes, comunitaria por fundación, que practica la economía social y solidaria.

En Hamburgo, el ecobarrio en construcción se calentará por cogeneración: utilizará energía solar y fotovoltaica, y gestionará la recuperación de las aguas pluviales.

Masdar, una ciudad en construcción desde el año 2008, cerca de Abu Dabi, en los Emiratos Árabes Unidos, funcionará exclusivamente con energías renovables, entre ellas la solar, un recurso constante en el desierto del emirato. Se prevé que esté terminada en 2015 y que tenga cincuenta mil habitantes. Está pensada para funcionar con un nivel cero de emisión de gas carbónico, y sin generar residuos. Será *car free* (sin coches).

Dongtan, en China, es un proyecto de ciudad ecológica que tenía que estar terminada para la Exposición Universal de 2010 en

Shanghái y servir de modelo a otras ecópolis. La nueva ciudad estaría situada en la isla de Chongming, en la desembocadura del Yangzi Jiang, al norte de Shanghái. Construida sobre 86 km^2, la ciudad debería alojar inicialmente entre cincuenta mil y ochenta mil habitantes. Está previsto que quinientas mil personas se instalen allí en el año 2050.

Dongtan permitiría emplazar todas las innovaciones técnicas y urbanísticas más recientes, especialmente en cuanto a producción de energía verde, aislamiento y circulación. Aplicará los principios más modernos en materia de ecología, como la implantación de eólicas, los transportes colectivos no contaminantes, los vehículos eléctricos, la utilización de la biomasa, el aislamiento vegetal, los paneles solares, etc.

La *ecotown* BedZED,[54] en Gran Bretaña, produce más energía de la que consume y presenta un balance de carbono positivo.

New Songdo es una nueva ciudad en construcción en una isla artificial cerca de Seúl, en Corea del Sur. Es el proyecto inmobiliario privado más importante del mundo y prevé acoger, en el año 2014, a sesenta y cinco mil residentes y a trescientos mil trabajadores. Sus habitantes dispondrán de un «Central Park» neoyorquino, de canales venecianos, de un hospital «americano» Johns Hopkins y de escuelas preparatorias gestionadas por la Harvard's Education Faculty. New Songdo será una ciudad laboratorio donde los contenedores de basura públicos utilizarán etiquetas específicas para conceder un determinado crédito a todo aquel habitante que recicle una botella vacía; el suelo de las viviendas será sensible a la presión y, si detecta una caída, se contactará con los servicios de urgencias... En la *U-City*, la misma clave servirá para tomar el metro, pagar el parking, ver una película, abrir la puerta del apartamento... Todos los sistemas de información (residenciales, médicos, de empresa y administrativos) compartirán sus datos.

Residencias y oficinas estarán equipadas de origen con múltiples sensores que recogerán datos de identificación, localización, climáticos y corporales, que, a su vez, se reintroducirán en el sistema de información global de la ciudad. Este voluntarismo de las autoridades y las empresas surcoreanas suscita mucha admiración, pero también muchos temores. La integración de New Songdo aguas arriba, el despliegue a gran escala de las tecnologías y

servicios de la informática pervasiva constituyen una ocasión única para observar in situ la emergencia de sus usos. En New Songdo se está instalando un centro de investigación sobre los RFID[55] financiado por el gobierno surcoreano por un montante de doscientos noventa y siete millones de dólares.

Las ecópolis que deberían construirse en Francia serán ciudades de al menos cincuenta mil habitantes, que integrarán una alta calidad medioambiental y las más modernas tecnologías de la comunicación. Servirán, sobre todo, para hacer progresar masivamente el urbanismo al servicio de objetivos tales como infraestructuras de gran envergadura, transportes tecnológicamente punteros y construcciones «sostenibles». Estos «espacios urbanos sostenibles» deberán integrar empleo, vivienda, espacio de vida y mezcla social, y emplear recursos energéticos renovables: eólicos, paneles solares, etc. Desempeñarán, así, el papel de laboratorios para la reducción del consumo de agua, la selección de residuos, el desarrollo de la biodiversidad, la reducción del consumo de aire acondicionado, la creación de estanques y espacios verdes (que ocuparían el 20% de la superficie de la ciudad), el acceso amplio y gratuito a las nuevas tecnologías de la información. Finalmente, deberán fomentar la mezcla social.

La ciudad arruinada de Detroit ya contiene grandes huertos; un emprendedor propone crear una granja urbana. Los ecologistas propugnan la implantación de carriles bici, corredores verdes y espacios de ocio allí donde estaban las antiguas fábricas.

En Marinaleda (dos mil setecientos habitantes), en Andalucía, por iniciativa de su alcalde Manuel Sánchez Gordillo, la ciudad se autogestiona por sus habitantes. Se celebran asambleas públicas cada semana. Los ciudadanos mantienen las calles y los parterres los domingos sin recibir remuneración. No hay policía municipal. La cooperativa agrícola rentabiliza las tierras tras la expropiación de mil doscientas hectáreas de la aristocracia latifundista; la cooperativa emplea a la mayoría de la población con un salario igual para todos. Se ha eliminado el desempleo.

Capítulo 3
AGRICULTURA Y MUNDO RURAL

Situación

Se ha producido un fenómeno inédito en la historia de la humanidad. El extraordinario desarrollo en la producción, la productividad y la irrigación en la agricultura ha discurrido paralelo a la dependencia alimentaria creciente de millones de seres humanos. De mil trescientos millones de personas subalimentadas (según la FAO), cerca de novecientos millones son rurales. La FAO cuenta mil millones de personas que pasan hambre en 2009, quince millones de las cuales se encuentran en los llamados «países desarrollados»; el resto, en los demás. Un ser humano de cada seis pasa hambre o está malnutrido. Además, en regiones de alta productividad agrícola pero dedicadas a la exportación, como Egipto o Níger, han reaparecido las hambrunas. Matthieu Caíame observa que «el miedo al hambre ha vuelto... ¿Podríamos, en el año 2050, alimentar a nueve mil millones de personas sin degradar el medio ambiente de forma irreversible, sin transformar la tierra en un desierto ocre?, ¿cuál será el régimen alimentario?, ¿qué valor tendrá la energía?, ¿qué ganancias de productividad podemos esperar?, ¿con cuántas hectáreas de tierra podremos contar?, etc. Y hay que señalar, además que las cuestiones técnicas, biológicos y sociales se interpenetran...».[56]

El problema de la agricultura es un problema planetario, indisociable de los del agua, la demografía, la urbanización, la ecología (cambios climáticos), y, naturalmente, del problema de la alimentación, todos ellos interdependientes unos de otros.

El agua. Como dice Matthieu Caíame, «sin agua no hay cultivos, y por lo tanto no hay alimentos». Según la FAO, el dominio del agua

es un elemento clave de la seguridad alimentaria,[57] de la seguridad de la producción y de la mejora rápida de la productividad del sector agrícola, en particular en África, donde se utiliza menos del 4% de los recursos hídricos renovables (frente al 20% usado en Asia). En los países en desarrollo, sólo el 20% de la superficie agrícola es de riego, y sin embargo obtiene el 40% de la producción; en el África subsahariana, sólo el 4% de las tierras arables está irrigada (frente al 38% en Asia). Las extracciones efectuadas por la mayoría de países superan la capacidad actuales de regeneración de las capas freáticas, pero algunos no dudan en bombear las preciosas aguas fósiles potables de los acuíferos para sus cultivos.

La demografía. La «revolución verde», primera forma de racionalización de la agricultura para aumentar su rendimiento, respondió al crecimiento demográfico mundial de la segunda mitad del siglo XX. Desde entonces, como veremos, la agricultura industrializada plantea más problemas de los que resuelve. El problema demográfico se vuelve a perfilar. La prolongación de las curvas de crecimiento demográfico hace augurar nueve mil millones de seres humanos en el año 2050. Es, así, necesario prever un aumento de los recursos de subsistencia, pero este aumento no puede hacerse según los métodos de la «revolución verde», ni siquiera perfeccionándolos (sobre todo con organismos genéticamente modificados). Más adelante indicaremos las posibles respuestas a este problema, especialmente multiplicando las producciones de subsistencia locales, las técnicas de fertilizantes sanos (biochar, riego por goteo), la acuicultura, etc., pero también mediante una reforma de la alimentación cárnica de los países ricos.

La urbanización. La urbanización creciente disminuye la población campesina e incrementa la población dependiente en materia de alimentación; reduce las zonas alimentarias; además, como consecuencia de la necesidad urbana de vehículos, el desarrollo de los cultivos para vil carburantes acelera esa disminución: de ahí el aumento de los precios, el recrudecimiento de la malnutrición en las poblaciones pobres y la aparición de hambrunas en muchas regiones.

La crisis de la agricultura y la ganadería industrializadas

«El modelo agrícola de la década de 1960, que permitió negociar con bastante eficacia el paso de tres a seis mil millones de individuos en el mundo, está agotado.» Fabrice Dreyfus, director del Instituto de las Regiones Cálidas de Montpellier y miembro del IAASTD,[58] llega a la siguiente conclusión: «Ahora es evidente que ya no podemos seguir en esta vía. Incluso los más acérrimos partidarios de la agricultura intensiva, como Estados Unidos o Australia, empiezan a aceptar, tímidamente, la idea del cambio.»[59]

Espoleada por las necesidades y el afán de lucro capitalista, la tendencia dominante en casi todo el mundo es, sin embargo, la de continuar y ampliar la agricultura y la ganadería industrializadas, que conducen a la desaparición de los campesinos, la urbanización creciente y la degradación general de los suelos y de la calidad de los productos.

En efecto, las evoluciones favorables a la productividad «también son favorables a las enfermedades fúngicas, a los insectos parásitos y a las malas hierbas», escribe Jean Marc Meynard, agrónomo del INRA. «Los cultivos intensivos de cereales son [...] muy exigentes en tratamientos fitosanitarios [...] y los pesticidas se han convertido en los pivotes de los sistemas de producción.»[60] Los pesticidas, en efecto, han pasado del estadio de remedio al de droga. Hay residuos de pesticidas en la fruta, los vinos, etc.

«Desde hace décadas, los productos fitosanitarios son desarrollados por unas multinacionales que difunden esos productos entre los agricultores imponiéndoles su solución»,[61] como señalan Pierre Mischler, de la oficina de estudios Agro-Transfert, y Bernard Triomphe, del CIRAD.

Es más, el uso masivo de abonos, así como la contaminación de los ríos y de las capas freáticas tienen consecuencias ecológicas y sanitarias devastadoras. La agricultura industrializada es una de las principales causas de que se agoten las aguas, se empobrezcan los suelos y prolifere la contaminación química. De hecho, mil novecientos millones de hectáreas y dos mil seiscientos millones de personas están ya afectadas por esa degradación del medio ambiente.

Paradójicamente, la crisis alimentaria ha aparecido justo cuando los espacios irrigados en el mundo alcanzan récords de superficie y de progresión anual. Actualmente, hay unos doscientos noventa

millones de hectáreas irrigadas en todo el mundo, y la agricultura de riego consume entre el 70 y el 80% del agua dulce disponible. Sólo en Egipto, los últimos cincuenta años han visto la creación de unos dos millones de hectáreas de perímetros irrigados gracias a la construcción de la presa de Asuán. Ello ha permitido a Egipto producir cereales para la alimentación, pero también formar parte de los grandes exportadores agrícolas (frutas, hortalizas y flores). En el año 2008, la crisis alimentaria se cobró la muerte de quince personas (según las autoridades); de muchas más, según fuentes independientes. África es el único continente donde la producción agrícola per cápita ha disminuido en vez de aumentar. Según Tiemoko Yo, ministro marfileño de Agricultura, «África sigue siendo el continente que produce lo que no consume y consume lo que no produce». África, ahora, tiene que importar un tercio de lo que necesita.

La explicación a esa paradoja es la política de algunos países que fomentan las exportaciones agrícolas en detrimento de su soberanía alimentaria, que permitiría alimentar de forma autónoma, especialmente en el caso de los cereales, a su población. El trigo barato originario de los países que subvencionan su producción de cereales (Francia, Estados Unidos), y que reemplaza al mijo, al sorgo y a la mandioca, elimina las producciones autóctonas. Sobre el terreno, esa política implica la eliminación de los recursos de los pequeños campesinos que practican una agricultura de subsistencia en beneficio de los agroinversores que prefieren trabajar prioritariamente para el mercado internacional con el apoyo material de gobiernos ávidos de divisas extranjeras.[62]

Más allá de la crisis alimentaria del año 2008, que ha agravado la dependencia alimentaria de los países del Sur y de sus comunidades locales, la industrialización agrícola desenfrenada provoca la degradación acelerada de la tierra y del agua, y un rápido empobrecimiento de la biodiversidad. Y, lo que aún es más grave, la competencia desigual sobre los recursos agrava el proceso de empobrecimiento y de exclusión de millones de familias de pequeños campesinos.

Las producciones de monocultivos intensivos, con su lógica de rentabilidad a corto plazo, no tienen en cuenta los desastres climáticos, medioambientales y sociales que provocan.

Así, el desarrollo de la agricultura y la ganadería industrializadas destruye las agriculturas de subsistencia, reduce la biodiversidad, asola los bosques, degrada los suelos. Ha provocado daños medioambientales considerables y también daños humanos, no menos considerables, como son la miseria, la exclusión y las migraciones. Continúa provocando la desertificación de los campos y la muerte de los campesinos; ha agravado las escandalosas desigualdades entre países ricos y pobres.

Matthieu Caíame indica que los daños causados por la agricultura y la ganadería industrializadas provocan otros problemas en cadena: «el del negocio internacionalizado de la alimentación que hace circular los productos de un continente a otro, pagando el precio de unos transportes aéreos y por carretera que consumen una gran cantidad de energía y producen una gran cantidad de $C0_2$; el de una economía planetarízada guiada únicamente por el lucro, en la cual los enriquecimientos producen nuevos empobrecimientos y nuevas proletarizaciones, en la cual los avances técnicos y económicos provocan nuevas regresiones morales y psíquicas, en la cual perdemos en calidad lo que ganamos en cantidad, en la cual una racionalidad económica parcial provoca una irracionalidad económica global. Así, el cordero de Nueva Zelanda traído por avión se vende a siete euros el kilo en los hipermercados, es decir, a la mitad que el cordero criado en Francia, pero, al ser transportado por avión a una distancia de más de dieciocho mil kilómetros, ¡emite unas cantidades de $C0_2$ que totalizan más de cincuenta veces su peso!».[63]

A ello se añade el neocolonialismo agrario: desde el año 2008, empresas del Norte han comprado masivamente tierras en el hemisferio Sur para satisfacer un consumo externo. Las empresas del Norte adquieren tierras fértiles, a veces grandes como estados, al mismo tiempo que el capitalismo chino, brasileño o indio, acapara yacimientos de materias primas (cobalto, litio, bauxita). Las tierras del Sur se han convertido en activos rentables para los capitales bursátiles. En un año, decenas de millones de hectáreas, que representan porcentajes a veces elevados de las superficies arables de los países afectados, pasan a ser controlados por algunos grandes grupos. Aunque la mitad de las tierras arables del mundo todavía estén disponibles, África, por ejemplo, ya casi no posee una

buena tierra libre.[64]

Entre esos inversores privados, varios países del Norte (Alemania, Suecia) consideran interesante comprar bienes raíces a bajo precio o tomarlos en arriendo enfitéutico por un euro al año durante noventa y nueve años, exentos de impuestos sobre el suelo, con una mano de obra local de bajo costo y una desgravación fiscal parcial o total sobre las actividades y los bienes de la empresa. Generalmente, son tierras aptas para la producción de agrocarburantes. Otros países inversores asocian el crecimiento de sus inversiones capitalistas a la protección de la seguridad alimentaria de su propia población, pues no disponen de tierras de calidad ni de agua, ni de recursos energéticos propios en cantidad suficiente (Arabia Saudí, Corea, Libia, China, países del Golfo, Emiratos, Malasia, India, Japón...).

Salvo excepciones como Níger, los antiguos países colonizados convertidos en estados soberanos promocionan con frecuencia las inversiones extranjeras, ya que son las únicas, según ellos, que les permiten sacar el mejor partido de sus recursos y sus tierras, gracias al capital extranjero y a la supuesta superioridad de su producción tecnológica respecto a la producción familiar o campesina. Dichos estados receptores de inversiones ceden, así, unos bienes preciosos como la tierra y unas ganancias a largo plazo a cambio de unas ventajas financieras a muy corto plazo.

La FAO, el Banco Mundial y, sobre todo, Vía Campesina contradicen esa tesis que no tiene en cuenta, para valorar las tierras, los conocimientos ancestrales, climatológicos y ecológicos que los campesinos han acumulado.

Se calcula que el robo de tierras a las poblaciones rurales del Sur, acompañado de la negación de sus derechos consuetudinarios, ha desplazado a más de mil millones de personas a barrios de chabolas en las ciudades.[65]

La mercantilización de la tierra mediante la captación de las riquezas y las rentas, convertida en lícita por contratos «voluntarios» firmados en el contexto de una relación de fuerzas financieramente, técnicamente y jurídicamente desigual, acelera el desempleo con la mecanización, la proletarización, la emigración y la desaparición irreversible de la mitad rural de la humanidad y sus saberes.

El desplazamiento de esos refugiados agrícolas agrava la pobreza, la inseguridad alimentaria, los riesgos de conflictos sociales y étnicos, hace crecer los *bidonvilles* y la inmigración clandestina con destino a los países «desarrollados».

Finalmente, la crisis agrícola que afecta, especialmente, a los campesinos desarraigados y a los urbanitas del Sur es la consecuencia de una mundialización que tiene tres caras (globalización, desarrollo y occidentalización) y de la invasión descontrolada de la economía capitalista, con la extensión de la agricultura industrializada y todo lo que ésta comporta.

Las vías reformadoras

Encontramos de nuevo los dos imperativos antagónicos y complementarios al mismo tiempo: globalizar y desglobalizar.

a) Una política de conjunto globalizada

Una política de conjunto implica una regulación del mercado mundial basada en el apoyo a los precios, en un primer nivel, y en impuestos que graven los factores de producción (agua, tierra, *inputs*, energía), en un nivel superior. Los impuestos permitirán financiar la producción. Ese sistema fomentaría las agriculturas cuyas técnicas agrícolas son ecológicamente eficientes (Matthieu Caíame).

Una política de conjunto debería ser a la vez global y diferenciada en cuanto a la utilización de las tierras mal explotadas. La FAO estima en mil quinientos treinta millones de hectáreas las tierras bien cultivadas y en tres mil millones de hectáreas las tierras mal explotadas.

Una política de conjunto se combinaría con una política de reforma alimentaria. Se podría alimentar a nueve mil millones de seres humanos con mil quinientos o dos mil millones de hectáreas de tierras, abandonando el modelo cárnico norteamericano o argentino; se necesitan siete kilos de cereales para producir un kilo de carne. Entre los años 1970 y 2010, el consumo anual medio de carne ha pasado de veinticinco a treinta y ocho kilos por persona.

b)La desglobalización

Debe discurrir en el sentido de la autonomía y la soberanía alimentaria de las naciones[66] y debe ser posible gracias a eventuales protecciones arancelarias; gracias a ayudas estatales o

internacionales[67]67 para la promoción de pequeñas explotaciones que respondan a las demandas locales (una parcela de 1.000 m^2 bien explotada puede asegurar la prosperidad de una familia del Sur siempre que disponga de un circuito de comercialización adecuado); gracias a una mejor limitación y a una regresión progresiva de los monocultivos industrializados; gracias a la formación de los agricultores en las técnicas no contaminantes y en la protección del medio ambiente (reforestacíón); gracias al desarrollo de la alimentación de proximidad para las ciudades; gracias al auge de los sistemas locales que incluyan la ecología (agricultura tradicional y biológica); gracias al impulso a las prácticas de distribución directa del productor a los consumidores.

c) Es preciso vincular una gobernanza mundial del abastecimiento con la soberanía alimentaría de las naciones.

Debería crearse una instancia planetaria encargada de la gobernanza mundial del abastecimiento que hoy no asumen ni la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) ni la Organización Mundial de Comercio (OMC). Los estados del Sur, sobre todo los africanos, deberían poder ejercer su política agrícola sin sacrificar a sus pequeños productores, combinando la producción de subsistencia para la población con la producción destinada a la exportación.[68] La mejor solución parece ser una sinergia entre capitales extranjeros y locales, medios técnicos, cultivos agroforestales y agroecológicos, y conocimientos campesinos ligados a los saberes ancestrales.

Las inversiones recibidas por los gobiernos anfitriones podrían ser una buena oportunidad en la perspectiva de una verdadera política agrícola de desarrollo de las infraestructuras de producción, transformación y comercialización, que, de esta forma, generaría rentas y empleos.

d) Hay que conjugar la política mundial de conjunto y las políticas diferenciadas según los lugares.

Debemos analizar los cambios climáticos desde el punto de vista de la globalización (consecuencias demográficas, sociales y políticas) y desde el punto de vista de la regionalización (sequía aquí, exceso de precipitaciones allá). Es vital plantear un amplio programa, a la vez planetario y local, de economía del agua (véase el capítulo «El agua»). Por último, la salvaguarda de los cultivos de

proximidad puede y debe fomentarse a través de las asociaciones planetarias de preservación y solidaridad entre los modos de ganadería y cultivo autóctonos como Terra Madre (mil seiscientas comunidades de alimentación tradicional establecidas en todos los continentes, cinco mil campesinos ganaderos-productores en ciento cincuenta países, cuatrocientos enseñantes, mil cocineros; después del encuentro de 2006, un nuevo encuentro mundial de las comunidades de alimentación reunió en 2010 a siete mil personas de todos los continentes), o como Agrisud (Stéphane Hessel y Robert Lyon), que permitió el lanzamiento de diecinueve mil quinientas pequeñas explotaciones en diez países africanos, cuyo porcentaje de supervivencia ha sido del 85% al cabo de cinco años de experiencia. O también Alliance-Terre citoyenne...

Las vías de revitalización del mundo rural

1. La revitalización del mundo rural es la finalidad fundamental de la política de conjunto, globalizadora y desglobalizadora, en materia agrícola. Una política de regeneración del campo permitiría invertir los flujos migratorios, revitalizar los pueblos, reemplazar las grandes explotaciones industrializadas por explotaciones medianas y pequeñas, tradicionales o biológicas.[69] A través de ayudas y protecciones, fomentaría los éxodos urbanos (para huir del estrés, la contaminación y las molestias propias de la gran ciudad) y el mantenimiento o la recuperación de pequeños comercios, animaría la recolonización de las villas y pueblos rurales, así como el turismo agrogastronómico, que proporcionaría a los productores ingresos suplementarios. La regeneración del mundo rural comportaría la creación de parques naturales, como el de Montesinho en Portugal, que permite la protección de una flora y fauna muy variadas, así como el mantenimiento de pueblos en los que se fomenta la artesanía, la utilización de molinos de agua, donde se restauran antiguas granjas, se impulsa la cría del cerdo magro que se alimenta de bellotas y que produce jamón y chorizo, y que atrae así a gentes de todo Portugal.

La nueva política agrícola no puede sino verse estimulada por la conciencia creciente de las consecuencias nocivas de la industrialización desenfrenada de los cultivos (pesticidas que se infiltran en las frutas y hortalizas) y la industrialización creciente de la ganadería del cerdo (contaminación de las capas freáticas), de las

aves y el bovino.

Esa nueva política se basaría en el derecho a la tierra de los campesinos sin tierras o expropiados del Sur, lo cual, como en el Noreste de Brasil, requeriría una reforma agraria (que, a su vez, habría evitado parte de las grandes migraciones hacia Sao Paulo). Protegería la propiedad comunitaria de la tierra, y privilegiaría los sistemas de arriendo a largo plazo (veinticinco años) para las explotaciones privadas. Legalizaría los derechos existentes sobre bienes raíces, sobre todo los de las comunidades campesinas y de pequeños granjeros (por ejemplo, en África, el 80% de los derechos de propiedad no están registrados por escrito) y haría participar a los campesinos locales en las negociaciones de las cesiones de tierras.

Además, la instalación de productores desprovistos de capital, procedentes del mundo urbano, se fomentaría a través de una mutualización del capital como la que funciona en «Terre de liens».[70]

2. En esta misma perspectiva de globalización/desglobalización deberían aumentarse las superficies cultivadas. Actualmente, como hemos visto, hay mil quinientos millones de hectáreas dedicadas a la agricultura. La FAO estima que serían cultivables cuatro mil doscientos millones de hectáreas, y mil quinientos millones más si se utilizaran los vastos territorios yermos de Siberia, Rusia, Polonia, América del Sur y África. (Asia, por su parte, tendría poco margen). Se podría, asimismo, fertilizar zonas áridas (con conducciones de agua, riego por goteo, biochar), fijar los suelos contra la erosión, revitalizar tierras estériles a causa de la agricultura industrializada (en Australia, se paga a campesinos para mantener o reconstituir las vallas hechas de arbustos donde anidan los pájaros), restablecer los caminos, es decir, restaurar microclimas beneficiosos.

La reducción progresiva en el uso de pesticidas sería paralela a la disminución progresiva de la agricultura industrializada, en beneficio de la agricultura tradicional y biológica.

También sería necesario reducir y, más tarde, suprimir los vil carburantes (corresponsales del alza de los precios alimentarios).

3. En todas partes, las instancias nacionales e internacionales deberían apoyar sistemáticamente el desarrollo y la propagación de una agrobiología que eliminase los medios químicos en beneficio de

los biológicos. La propia ingeniería biológica pronto debería permitir a las plantas cultivadas liberarse de los abonos nitrogenados, extrayendo el nitrógeno directamente del aire. Se trata de crear y desarrollar, con rapidez, unas tecnologías ecológicamente idóneas. Sesenta metros cuadrados de biochar, por ejemplo, pueden producir anualmente más de una tonelada de vegetales, es decir el alimento para una familia de diez personas, más algunas ventas en el mercado local. Dicha producción, mediante un ciclo de cuarenta y cinco días independiente de las estaciones, permite una importante reducción (80%) del consumo de agua.

También sería preciso buscar la «intensificación ecológica», que aumenta los rendimientos utilizando las funcionalidades bioecológicas de los ecosistemas, lo cual conduciría a desarrollar las reforestaciones (que regulan el ciclo del agua).[71]

4. La roturación y la tala de los árboles en millares de hectáreas contribuyen al desequilibrio hídrico y a la desertificación. «En todo el planeta, "esta agricultura crea el desierto" [...]. La deforestación y la desarborización (destrucción de árboles fuera del bosque) indiscriminadas transformarán, por ejemplo, las fuentes tropicales del Nilo en un *oued* seco las tres cuartas partes del año. Encerrados en la lógica de la producción desenfrenada, los capitalistas, los políticos y los técnicos responsables de la deforestación amazónica a favor de la agricultura, la ganadería y la industria, quieren seguir ignorando que el reciclaje del agua de las nubes a través de la jungla proporciona la mitad del caudal del Amazonas...»[72]

5. Volver a desarrollar el sector agroforestal presenta, según Matthieu Caíame, enormes ventajas. Es una reforma alimentaria y agronómica que debe conducir a abandonar el «dogma cerealista». «El futuro de la humanidad pasa por la explotación agroforestal (asociación de árboles, cultivos y ganadería) y por el árbol agronómico (nogal, manzano, castaño, árbol del pan, almendro, olivo, etc.). La historia agronómica está llena de esos sistemas agroforestales de los que nadie ha discutido nunca los resultados. La eficiencia geoecológica y energética de los árboles alimenticios y de los sistemas agroforestales es muy superior al policultivo-ganadería, ¡y por supuesto al monocultivo! Podríamos instaurar un "plan fructosa" que reemplazara la sacarosa; dar prioridad absoluta a los

aceites “arborícolas” (nogal y olivo antes que colza y girasol); reducir la parte de los cereales en la alimentación de los animales monogástricos (pollos y cerdos), y volver a utilizar las bellotas.»[73]

6., Asimismo, según François Garczynski, ingeniero agrónomo, es preciso resucitar la asociación de cultivos con arbustos y árboles mediante la replantación de árboles rurales: «Bajo los árboles, los rendimientos pueden doblarse o más. No sólo aseguran la fertilización del suelo, sino que crean un microclima alrededor de los cultivos cortando el viento y manteniendo una buena humedad.» Este tipo de agricultura permitiría ganar nuevas tierras en las regiones áridas sin tener que regar de forma masiva.

Hay agrónomos que todavía desconocen el papel saludable del árbol aislado que controla los flujos de agua, de aire y de elementos químicos en el suelo, que dispone de un poder depurador sobre el agua y el aire, y que conserva la fertilidad.

«Porque el bosque no tiene ningún papel agro-medioambiental más allá de unos cien metros de su linde. Desde 2000, demuestro este papel del árbol hasta una distancia igual a unas diez veces su altura, aproximadamente cien metros para una altura de diez metros [...]. Plantar cortavientos de diez metros de altura y distantes unos doscientos metros multiplica por dos o por tres las cosechas en unos veinte años» (Garczynski).

El retorno a la agricultura, desde el ecuador hasta el círculo polar, podría operarse, siempre según Garczynski, no gracias a perforaciones, sino replantando árboles rurales. A nuestro parecer, se podría perfectamente, según los contextos, practicar la reforestación, la plantación de árboles, la explotación agroforestal y la utilización del biochar como abono...

7. De acuerdo con los principios de una política de la humanidad que se adapte a condiciones culturales singulares, importa desestandarizar las normas, unir los conocimientos campesinos heredados de experiencias seculares, cuando no milenarios, con los conocimientos resultantes de las investigaciones agronómicas actuales (plantas que resisten el estrés climático, almacenamiento del carbono, bancos genéticos para vegetales, biotecnologías para mejorar las variedades). Todo ello implica una mejor utilización de los animales (tracción, estiércol, etc.), así como volver a emplear mano de obra, no sólo en el Sur, sino en todas las

zonas en donde la intervención manual es garantía de calidad o de salud comparada con la intervención mecánica. ¿Quién dijo que «la generalización del trabajo duro suprimiría el hambre en el mundo»...?

8. La mejora de las condiciones de vida en el medio rural, en el ámbito humano, educativo, social, económico y agrícola, requiere la creación de protecciones y servicios sociales en los países del Sur que carecen de ellos. Disfrutando de una vida agradable, el mundo rural no tendrá entonces necesidad ni ganas de engrosar las filas de la urbanización o la inmigración.

9. Actualmente es importantísimo plantearse la cuestión de los organismos genéticamente modificados que se supone que eliminan la necesidad de usar ciertos pesticidas (pero no evitan la degradación de los suelos), estudiando minuciosamente las diversas consecuencias de su uso, en particular la reducción universal de la biodiversidad. En cualquier caso, es necesario anular las patentes de Monsanto y otras firmas que colocan a los campesinos bajo la dependencia exclusiva de su monopolio.

10. Hay que provocar una toma de conciencia de las poblaciones urbanas y de los poderes públicos sobre los problemas de calidad, de salud y de despilfarro alimentario; una toma de conciencia de los ciudadanos sobre los peligros y el costo de un suministro que depende esencialmente del mercado mundial y de la industria agroalimentaria. Esta toma de conciencia debe ir acompañada de una educación para el consumo y la alimentación (véanse los capítulos «La alimentación» y «El consumo»).

11 Hay que reformar las ayudas humanitarias. Los medios gigantescos que se destinan a paliar las situaciones de urgencia (desastres, inundaciones, hambrunas) son, en gran parte, desperdiciados al pasar por administraciones corruptas, y, además, no están en relación proporcional con los medios, insignificantes, que se destinan a preservar y desarrollar el sector agroforestal, la agricultura biológica, las explotaciones pequeñas y medianas. Este desequilibrio explica el estancamiento y la regresión en los países siniestrados, y revela la ineficacia de muchas de esas ayudas. Asimismo, algunas ONG aplican conceptos del Norte a los problemas del Sur, que deterioran así lo que desean mejorar.

Hay que considerar un *desarrollo participativo*, que entienda que

las poblaciones del Sur son capaces de tomar su destino en sus manos, si utilizan las herramientas idóneas. La aportación de las asociaciones o las ONG se traduciría, entonces, por formación (contabilidad, gestión, informática...), por aprendizaje e intercambio de técnicas agroforestales y experiencias agrícolas, etc. (por ejemplo, el trabajo de Pro-Natura International en África, con sus huertos en Benín y en Níger, que combinan el riego por goteo con los cultivos de hortalizas y árboles frutales). La experimentación de agricultores organizados en redes debería dar lugar a la emergencia de nuevos métodos. De un papel pasivo, los usuarios deberían pasar al papel activo de experimentadores.

12. La asistencia sería sustituida por un partenariado recíproco Norte-Sur, que, basado en el principio de intercambios y reflexiones en común, reconocería la riqueza de las aportaciones y los progresos de los agricultores de los países del Sur, con sus saberes ancestrales y familiares y su capacidad de adaptación a unos ecosistemas y unos climas distintos de los nuestros (por ejemplo, France-Volontaires ha encontrado, en los productores africanos, la posibilidad de desarrollar un negocio del algodón bio que resulta atractivo en el mercado).

Conclusión

Todas estas vías reformadoras reclaman una política ambiciosa de desarrollos múltiples, a contracorriente de la tendencia actual: promulgar unas reformas agrarias para dar tierras a los campesinos en vez de a las «grandes empresas»; valorizar los sistemas de producción de «alta calidad medioambiental», que ahorran agua y abono; modificar nuestros hábitos alimentarios para reducir el consumo de carne. Es posible reinventar una agricultura que garantice la calidad del agua, preserve la biodiversidad, combata la erosión y alimente al planeta en cantidad y en calidad a la vez.[74]

Capítulo 4
LA ALIMENTACIÓN

Situación: la crisis alimentaria

Existen unos desequilibrios enormes entre la sobrealimentación cárnica, grasa y azucarada de las clases acomodadas y la subalimentación de los urbanitas pobres, sobre todo en el hemisferio Sur. En el planeta hay mil millones de obesos sobrealimentados y dos mil millones de personas malnutridas, de las cuales ciento noventa y cinco millones son niños. Mil millones de personas están subalimentadas, ocho millones de ellas viven en Francia. Evidentemente, la subalimentación tiene causas económicas (pobreza, miseria), regionales o locales (insuficiencia de los recursos hortofrutícolas); a veces, se da también por razones psicológicas (anorexia) o culturales (tabúes alimentarios).

Los despilfarros también son enormes. Un estudio publicado en la revista científica *PLoS One* muestra que, en Estados Unidos, se desaprovecha cada año el 40% de la alimentación disponible. Este desperdicio provoca la dilapidación de una cuarta parte del agua dulce consumida anualmente en el país (el agua que se ha empleado para producir estos alimentos), y del equivalente anual en energía de trescientos millones de barriles de petróleo. Estos datos confirman las estimaciones anteriores del despilfarro alimentario en los países desarrollados, que se estima entre un 30 y un 40% de los productos. En los países ricos, lo esencial de las pérdidas se produce «al final de la cadena»: la distribución rechaza una parte de los productos por su mala apariencia y aplica importantes márgenes de seguridad sobre las fechas límite de consumo. También se producen pérdidas considerables en la restauración y en las cocinas particulares.

El despilfarro también afecta a los países en desarrollo. Las cifras son discutidas, pero parece que las pérdidas alcanzarían entre el 10 y el 60% de las cosechas, según los productos agrícolas; dichas pérdidas «son debidas a las malas condiciones de la recolección, el transporte y el almacenamiento, así como a una formación insuficiente en cuanto a los métodos de conservación de los alimentos», explica Stepanka Ga llatova (FAO). Las pérdidas son bastante limitadas para los cereales, pero pueden alcanzar volúmenes enormes para los productos perecederos. Se amplifican con la urbanización: cuanto más se alejan los lugares de consumo de los de producción, más aumentan los riesgos de deterioro.

En el mar, como en tierra, se tiran alimentos que podrían consumirse. Siete millones de toneladas de pescados se tiran cada año en el océano, según parece, es decir, un poco menos del 10% de la totalidad de las capturas. Según las pesquerías, se tira entre un 10 y un 90% de las capturas. Los pescadores devuelven al agua el producto poco apreciado que no podrían comercializar, además de aquellos especímenes cuya captura está prohibida por la reglamentación (demasiado pequeños, o aquellos para los cuales se ha agotado la cuota).

La industrialización alimentaria

La alimentación está cada vez más absorbida por la industria agroalimentaria, que obedece a los criterios del lucro, la competitividad, la rentabilidad y la productividad de la economía actual. Por la presión de la competencia, las empresas agroalimentarias se esfuerzan en disminuir los costes de producción. Consecuencia: los alimentos cada vez son más pobres en nutrientes. Las frutas y hortalizas, producto de especies seleccionadas para no pudrirse y cultivadas intensivamente, se vuelven insípidas. Pierden una buena parte de sus vitaminas y antioxidantes durante el transporte. Las conservas incorporan unas cantidades excesivas de sal, azúcar, agentes de sabor y colorantes para dar gusto y color. Las grasas insaturadas, nefastas (en las margarinas, galletas, salsas y platos preparados...), van en aumento, mientras disminuyen las grasas saturadas (aceites vegetales, grasas de aves y pescado). Los conservantes destruyen los nutrientes más útiles; algunos han resultado peligrosos. Un marketing poderoso y una publicidad permanente incitan a consumir bebidas azucaradas (sodas, colas,

zumos endulzados) en vez de agua o té.

La calidad se degrada en las cadenas de restauración rápida, las hamburgueserías, los platos preparados para calentar en el microondas, los producidos en serie para hospitales y restaurantes, los potitos para bebés. Los helados, pasteles y sodas producidos industrialmente tratan de imponerse sobre las producciones artesanas. Éstas, afortunadamente, resisten en el sector del vino, la charcutería y los pequeños restauradores.

La publicidad agroalimentaria, que se ha apoderado del tema de la salud y pretende aportar complementos vitaminados y calcio (que, de hecho, es muy difícil de asimilar), aparenta poseer muchas virtudes regeneradoras. Las marcas de agua embotellada presumen de cualidades ilusorias. Los productores de cereales para el desayuno insisten en los beneficios de la «fibra», una palabra mágica que promete la excelencia del tránsito intestinal.

En este contexto, los poderes públicos deberían intervenir. Es urgente responsabilizar a la industria agroalimentaria de la calidad de sus productos, como lo es en el caso de la industria del tabaco.

Además, los productos frescos que se venden en los mercados y las grandes superficies, así como los vinos, sufren los perjuicios de la agricultura industrializada; hoy su tamaño, su color y su sabor están estandarizados y contienen residuos de pesticidas.

La globalización alimentaria

La globalización ha favorecido las importaciones de frutas exóticas, apreciadas e inexistentes en los países templados, pero también ha favorecido las importaciones caras (hortalizas y frutas de verano del hemisferio Sur transportadas, en invierno, hasta el hemisferio Norte, cordero de Nueva Zelanda importado en Francia, etc., véase el capítulo «Agricultura y mundo rural»).

Las vías reformadoras

También ahora debe combinarse el doble imperativo: globalizar y desglobalizar.

Globalizar supone instaurar una gobernanza mundial del abastecimiento que no asumen hoy ni la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) ni la Organización Mundial de Comercio (OMC).

La globalización del comercio de los alimentos indispensables para las poblaciones de muchos países debe mantenerse, pero, al

mismo tiempo, hay que desglobalizar, es decir, desarrollar las alimentaciones locales.

La globalización de los recursos exóticos tropicales debe preservarse e incluso fomentarse, pero a través del comercio justo.

Los alimentos de la comarca deben salvaguardarse mediante acciones locales y nacionales, así como a través de las asociaciones planetarias como Terra Madre.

La reducción del despilfarro alimentario y la reforma de la alimentación requieren, a la vez, la mentalización de los consumidores y medidas públicas apropiadas.

—Normas alimentarias

No es posible proponer un régimen alimentario estándar válido para todo el mundo. Los organismos adultos están adaptados prioritariamente a la alimentación que han recibido en la primera infancia, aunque en el contexto de otras culturas alimentarias pueda parecer demasiado grasienta o demasiado alcoholizada. Hay que tener en cuenta la diversidad de las dietas, que incluyen tabúes y prescripciones de origen religioso.

Sin embargo, existen unas reglas generales universalmente útiles para evitar las carencias; en primer lugar, la de la variedad: todo régimen alimentario debe comportar cereales y legumbres, frutas y hortalizas frescas (entre cuatrocientos y ochocientos gramos al día), que contengan antioxidantes. Entre los alimentos que contienen antioxidantes figuran, entre otros, las frutas y hortalizas ricas en vitamina C (kiwis y cítricos), en carotenoides (zanahorias, albaricoques, melones, tomates, calabazas, hortalizas de hoja verde), en folatos, que se hallan en las espinacas, en polifenoles, que se encuentran en las manzanas, la uva, el té, el cacao, el vino tinto y los aceites vegetales; los cereales y los mariscos aportan elementos protectores como la vitamina E, el cobre y el manganeso, también contienen oligoelementos como el zinc y el selenio.

Una dieta rica en fibra puede proteger contra el cáncer de colon compensando el consumo hoy insuficiente de vegetales.

Ciertos factores cancerígenos podrían evitarse suprimiendo el exceso de embutidos, ricos en grasas animales, y de ahumados y salazones, que pueden favorecer los cánceres digestivos. El exceso de alcohol asociado al tabaquismo es un temible provocador de cáncer en las vías aéreas y digestivas. El exceso de colesterol y la

obesidad también pueden tener efectos negativos, que aceleran el envejecimiento.

Todos nosotros deberíamos adoptar y propugnar una nueva forma de alimentación basada en el sabor y el aroma de los alimentos, que reconoceríamos gracias a unos sentidos educados y bien entrenados; el medio ambiente, que debe ser respetado concediendo una gran importancia a los métodos de cultivo, ganadería, transformación y marketing, y el comercio justo; la justicia social, que debe buscarse mediante unas condiciones de trabajo respetuosas con los derechos de los trabajadores y con remuneraciones justas; la simpatía y la solidaridad, el respeto a las diversidades culturales y a las tradiciones, que deberían contribuir a un comercio mundial de la alimentación basado en la equidad.

Los cultivos rurales y tradicionales mantenían el sabor de los alimentos. Este sabor se ha deteriorado en la alimentación rápida por la proliferación de productos insípidos; afortunadamente, se está produciendo en todas panes una reacción para recuperar la calidad y el gusto que ofrecen, ya, algunos restaurantes, enotecas, tiendas de ultramarinos y productos biológicos. La invasión de los alimentos estándar segrega su antídoto, como demuestran las revistas y los programas telegastronómicos. Pero habría que hacer algo más. Una mentalización generalizada de los ciudadanos consumidores nos convertiría a todos en *gourmets*, cuando no en gastrónomos.

—Reequilibrar el consumo

Este reequilibrio implica la adopción de una alimentación variada, como he indicado más arriba. Supone una disminución del consumo de carne en los países ricos y su regulación en los países emergentes, como China o India, donde el consumo crece con el nivel de vida. Según la FAO, en el año 2007 el consumo de carne ya se estimaba en doscientos ochenta y cuatro millones de toneladas, y se doblará de aquí al año 2050. «No es posible; no habrá bastantes superficies agrícolas disponibles. El modo de consumo, calcado del de los americanos debe cambiar», dice Michel Griffon, agrónomo y economista, autor de varias obras sobre la seguridad alimentaria en el mundo. Sería más eficaz que las poblaciones consumieran directamente las proteínas vegetales, entre ellas la soja y el maíz, en vez de dárselas al ganado como se hace actualmente en el sistema

de ganadería intensivo. El balance de las emisiones de $C0_2$ de la ganadería bovina, equivalente al de los transportes, también aboga por una disminución del régimen cárnico. Alfred Sauvy ya decía en 1971: «Las vacas de los países ricos son las competidoras directas de los pobres de los países pobres.»

En este sentido, algunos investigadores holandeses esperan producir dentro de diez años una carne que no proceda de la cría de animales, sino del cultivo a gran escala de células musculares de cerdo, pollo o buey en biorreactores, como ya se hace para fabricar cerveza, yogures o insulina. Debería ser posible dentro de unos diez años, según Marloes Langelaan, de la universidad de Eindhoven (Países Bajos), donde la investigación está más avanzada. En el año 2000, unos investigadores del Touro College de Nueva York anunciaron en la revista *Acta astronáutica* que habían conseguido producir carne de carpa a partir de células extraídas de un espécimen vivo.

No sabemos cómo sería el gusto ni la textura de esa alimentación artificial. Gracias a los nutrientes, factores de crecimiento y otros tratamientos biofísicos, debería ser posible, según los investigadores holandeses, obtener un producto parecido a la carne, pero más sano. Aún no sabemos si esa perspectiva tiene futuro. Sin embargo, algunos defensores de los animales ya han declarado que estarían dispuestos a comer ese tipo de carne artificial, en lugar de ingerir animales criados en batería y en unas condiciones espeluznantes.

ALGUNAS INICIATIVAS

1. Slow Food

Creado en 1989 por el piamontés Cario Petrini, Slow Food se ha convertido en un estandarte del buen comer. Propugna un retorno a los sabores, a la buena cocina y a los placeres gustativos. Es una tendencia defendida hoy por cerca de cien mil gastrósofos repartidos en más de cien países; ha atravesado las fronteras y se ha extendido por Europa, Japón, Estados Unidos... En el año 2003, se creó la asociación Slow Food-France. Reúne a dos mil aficionados, según anuncia su presidente Jean Lhéritier. Finalidad: salvaguardar el patrimonio culinario. A través de salones y manifestaciones nacionales como los *Ateliers du goût*, Slow Food intenta conservar la agricultura local apoyando a los productores, atesorar la diversidad

gastronómica y, más en general, preservar el planeta y la biodiversidad. Terra Madre, la red mundial que ha creado Slow Food, extiende por las comunidades rurales de todo el mundo la salvaguarda de las producciones locales.

2. Tiendas de comestibles sociales

La Asociación nacional para el desarrollo de las tiendas de comestibles solidarias (ANDES) tiene como objetivo, a través de tiendas asociadas, permitir que una población excluida de los circuitos de consumo tradicionales compre a bajo precio productos de calidad. Proponiendo actividades acordes a las competencias de todos, las HYPERLINK, tiendas solidarias y sociales, quieren ser, más allá de la ayuda material que pueden proporcionar, una herramienta sostenible de reinserción.

3. Poca intermediación

El gran interés de la intermediación limitada es que evita (igual que el comercio justo) el recargo, a menudo considerable, de la distribución que, a la vez, presiona al productor y expolia al consumidor. En pocos años, la supresión de la intermediación (para los productos frescos: frutas y hortalizas, carnes, quesos...) entre productor y consumidor ha pasado del estado embrionario al estado de circuitos con futuro. Dichos circuitos relacionan a los productores con los consumidores, ya sea directamente (Amap), ya sea a través de cooperativas de interés colectivo (SCIC), y se dirigen no sólo a los particulares, sino también a los restaurantes de determinados colectivos y a las cantinas escolares.

Esta tendencia a la supresión de los intermediarios se ve favorecida por el aumento de la conciencia ecológica y por el interés humano del vínculo personal. Existen diversos tipos de funcionamiento, empezando por los antiguos mercados de productores que todavía son el principal circuito de la venta directa. Otra práctica secular es la venta en las granjas, a imagen de las veintidós *cueillettes* de la agrupación de interés económico (GIE) «Chapeaux de paille», que tiende a crecer: los productores dejan que los consumidores se paseen, generalmente en familia, por sus campos y sus huertos. Los productores agrícolas de la región de Île-de-France proponen a los viajeros su «cesta de productos frescos» en treinta estaciones de la región. Las tiendas de productores también incrementan su éxito, tienden a multiplicarse y a especializarse. Por

último, a través de la red, algunos agricultores han logrado prescindir de los intermediarios, pero los costes ligados a los requisitos sanitarios de los productos frescos siguen siendo un freno para el desarrollo de las ventas directas por Internet.

La Confederación de campesinos francesa (próxima a los altermundialistas) se congratula por ese movimiento que «contribuye a relocalizar las producciones». No obstante, la venta directa sigue siendo una práctica comercial muy marginal todavía.

Por su parte, la red de especialistas en productos bio, *La Vie claire*, lanzó «Esprit de saison» en mayo del año 2007: un cesto semanal de frutas y verduras bio proporcionado por productores locales.

Conclusión

El sistema de producción y consumo alimentario más comúnmente aplicado hoy en día es peligroso para el suelo, los ecosistemas y los seres humanos. Se impone la vía de las reformas alimentarias. La reforma de la alimentación y la reforma de la agricultura van de la mano. La reforma de la alimentación y la del consumo van de la mano. La reforma del consumo y la de la vida van de la mano también. Todas esas reformas necesitan el apoyo y el estímulo de la reforma del pensamiento, y de las reformas políticas, económicas y sociales.

Capítulo 5
EL CONSUMO

UNA consigna de la política de civilización es: *menos, pero mejor*. Esta consigna va a contracorriente de la formidable máquina de consumir, producida y animada por el afán de lucro. Pero los consumidores están abocados a autoeducarse, autorregularse y autoorganizarse, y la política de civilización propone ir en este sentido.

Diagnóstico

El desarrollo ininterrumpido del complejo técnico-económico-industrial-capitalista de nuestra civilización implica un crecimiento continuo de las necesidades y los deseos suscitados por el binomio producción/consumo. A pesar de comportar zonas de pobreza y subconsumo, nuestra civilización, con el apoyo de las tentaciones publicitarias y de otro tipo, fomenta el hiperconsumo. Como dijo Marx, el capitalismo no sólo crea un productor para el consumidor, sino que también crea un consumidor para el productor. La multiplicación de los productos ofrecidos al consumo propone nuevos placeres, nuevas satisfacciones, permite nuevas autonomías (que, como todas las autonomías, son dependientes de quien las mantiene). Más allá de estos aspectos positivos que abren al consumidor nuevos universos materiales, sensuales y espirituales, el consumo se transforma en consumismo donde lo que era superfluo se vuelve indispensable, los antiguos lujos se vuelven necesidades, las nuevas utilidades se vuelven imprescindibles, y donde la seducción publicitaria conduce a la compra de productos cargados de virtudes ilusorias (para la salud, la higiene, la belleza, la seducción y el prestigio).

Aunque contiene zonas de pobreza y de subconsumo, nuestra

civilización estimula el consumismo, espoleado por la obsolescencia rápida de los productos, el fomento del usar y tirar en detrimento de lo duradero, la sucesión acelerada de las modas, la incitación permanente a lo nuevo, la preocupación individualista por el estatus o standing, así como las frustraciones psicológicas y morales que hallan un consuelo pasajero en la compra y el abuso de bebidas, alimentos, objetos y *gadgets*.

Es indudable que la competencia comercial juega a favor de la variedad de los productos y la regulación de los precios, pero la industrialización tiende a destruir las cualidades artesanas. En el campo de la alimentación, la agricultura y la ganadería industrializadas, la industria conservera y el imperativo de una larga conservación han eliminado variedades vegetales y animales de calidad, han degradado el gusto de los productos y atrofiado las capacidades gustativas de los consumidores (véase el capítulo «La alimentación»).

La utilización creciente del crédito para conservar el nivel de vida adquirido por las clases populares y medias americanas, empobrecidas por el neoliberalismo y por el alza de los precios, ha engendrado una nueva burbuja financiera que ha desencadenado la crisis económica vigente desde el año 2008. Por su parte, el hiperconsumo ha agravado las crisis económica y ecológica.

Producto y productor de la civilización occidental, el consumismo se universaliza con el desarrollo de nuevas clases medias en Asia, Indonesia, América del Sur y África. Las necesidades de confort, calefacción, viajes y refrigeración de los coches aumentan el consumo, en particular, el consumo de energía. Estamos empezando a tomar conciencia de que el consumismo comporta despilfarras y dilapidaciones, y causa degradación, contaminación y escasez (en los yacimientos de energía fósil); aunque también debemos comprender que el problema no afecta únicamente a la energía, sino a nuestro modo de vida.

El consumismo presenta dos aspectos ligados y antagónicos. Por una parte, se ofrece a satisfacer las necesidades subjetivas y personales y, con ello, fomenta el individualismo. Pero sus productos estandarizados contribuyen, de hecho, al desarrollo de un individualismo estandarizado. El individuo queda subyugado por el consumismo, que lo pone bajo su dependencia porque, en realidad,

lo coloca a su servicio.

Por último, el malestar, la angustia y las frustraciones propias de nuestra civilización y nuestro tiempo determinan, por una parte, un consumo compulsivo, y, por otra, múltiples adicciones e intoxicaciones.

Las intoxicaciones de civilización

Empecemos por examinar una serie de *intoxicaciones de civilización* que contribuyen en gran medida al despilfarro energético, a la degradación ecológica y, correlativamente, al empeoramiento de las condiciones de vida.

La ley del «cada vez más, cada vez más rápido», que rige las actividades de las élites dirigentes, la sufren los trabajadores subordinados a ellas.

La élite dirigente multiplica las citas expeditivas, transforma las comidas, e incluso los desayunos, en comidáis de negocios, pasa de un teléfono a otro, de un tren de alta velocidad a otro, de un avión a otro. Está intoxicada por una sobrecarga de actividades, de las cuales goza como de una droga, al mismo tiempo que la dignifica para su importancia. Las élites profesionales y empresariales están obsesionadas con la eficacia, el rendimiento, la productividad, el *coaching* y el *debriefing*. Como su cronometría está hecha de avidez, prisa y precipitación, también imponen a los trabajadores una cronometría de obligaciones, condicionantes y estrés.

La obsesión permanente del lucro es una intoxicación en la cual el dinero, que es el medio, se convierte en fin.

La obsesión por lo cuantitativo, lo calculable, lo traducible en cifras es una intoxicación cognitiva generalizada.

El «trabajo-transporte-sueño-y-vuelta-a-empezar» de la gran ciudad, los ritmos opresivos en el trabajo, la fatiga, el malestar, las incomprensiones múltiples, hasta en el seno de las familias, incitan a tomar sustancias psicoactivas, drogas, anfetaminas. Con las múltiples tazas de café, las copas reconfortantes y las cápsulas supuestamente dinamizadoras, es fácil que se desencadene la espiral de la adicción. Sin embargo, el uso de sustancias psicoactivas (alcohol, drogas lícitas o ilícitas) no hace que uno rinda más en su trabajo, al contrario: debilita la salud, deteriora la memoria, provoca angustias y alucinaciones. Los corticoides, utilizados como antiinflamatorios, se emplean, a veces, para reducir la fatiga, lo que

puede provocar alteraciones psíquicas, depresión úlcera, diabetes... Las anfetaminas, hoy prohibidas en Francia y que algunos trabajadores emplean para estimular la atención y luchar contra el cansancio, pueden ocasionar insomnio, hiperagresividad, trastornos cardiacos e, incluso, la muerte.

Intoxicaciones y adiciones consumistas

La omnipresencia publicitaria en los medios y en los muros de las ciudades, la valorización de productos dotados de virtudes ilusorias para el gusto, la salud, la belleza o la seducción estimulan las intoxicaciones consumistas contra las cuales proponemos los antídotos más adelante.

El término «adicción» designa una dependencia extrema de la persona respecto a una fuente de deseo o de placer. La noción de adicción es la que debe estar presente en la conciencia, en lugar de la noción de droga. En efecto, algunas sustancias denominadas *drogas* como el hachís, la cocaína e, incluso, la heroína pueden ser consumidas por algunas personas sin provocar en ellas una dependencia obsesiva, es decir, una adicción. Lo mismo ocurre con el tabaco y el alcohol, que no son nefastos más que para los «adictos».

Existen, además, adicciones de comportamiento ligadas a los juegos de azar o de competición, a la televisión, a Internet, a la imagen pornográfica, al portátil, al sexo y, en definitiva, a cualquier actividad u objeto que dé la sensación de ser imperativamente necesario. El dopaje, generalizado entre los deportistas para mejorar su rendimiento físico, o entre los estudiantes para preparar los exámenes y mejorar su rendimiento psíquico y cerebral, puede, eventualmente, transformarse en adicción.

Según el producto consumido, la adicción puede provocar trastornos psíquicos o somáticos, y la situación de carencia crear una necesidad incontenible que puede conducir al robo o al crimen.

Las adicciones de ciertos individuos al alcohol, al tabaco, a la cocaína, a la heroína y otras drogas, legales o ilegales, plantean enormes problemas. Se trataría, en primer lugar, de realizar una amplia investigación para reconocer los determinantes de la adicción: ¿son genéticos?, ¿fisiológicos?, ¿psicológicos?, ¿sociológicos?, ¿una combinación de todo ello? Conocer la respuesta sería el estadio previo a la toma de medidas curativas,

según los casos.

La verdadera reforma consistiría en la legalización, en todos los países de las drogas ilegales, que se venderían en las farmacias, ya que la prohibición favorece a las mafias, aísla a los «adictos» y transforma a algunos de ellos en delincuentes o criminales para obtener la droga. La liberalización suprimiría el gigantesco poder financiero y político de las mafias, pondría fin a la delincuencia de los «adictos», reintegrándolos a la vida social. Suprimir la prohibición de las drogas ilegales es una reforma de alcance planetario y de máximo interés humanitario.

La intoxicación automovilística

El caso de la intoxicación automovilística es muy interesante porque conducir un coche procura, a la mayoría de los conductores, grandes satisfacciones y placeres. En efecto, el coche particular es una conquista ampliamente extendida de nuestra civilización precisamente porque responde a las necesidades de autonomía de los Individuos, a sus aspiraciones a la movilidad, porque simboliza la libertad, el confort y la potencia (una ligera presión sobre el acelerador desencadena una energía formidable). En este sentido, es inseparable de la calidad de vida.

La intoxicación automovilística ha demostrado ser irresistible en la medida en que el automóvil concentra en sí todas las virtudes y todos los vicios. Es una máquina utilitaria y divertida, una casita con ruedas, un animal doméstico fiel, una amante y esposa de formas redondeadas y con interiores mullidos para los hombres, un macho de acero superpotente que las mujeres dominan y esclavizan; infantiliza al adulto y hace adulto al adolescente,[75] convierte en bárbaro al civilizado y en civilizado al bárbaro, consigue la soberanía del yo metiéndolo, como al caracol, en una cáscara liberadora y alienante; es símbolo e instrumento de una independencia que esclaviza, alternativamente individualista, familiar, amoroso (nido de voluptuosidades para los amantes y pecera de la discordia entre esposos), embriagador de velocidad y apaciguador de enlentecimientos, morada protectora y carro de asalto; desencadena la voluntad de poder mediante la divina aceleración y el frenazo burlón, incita a las hábiles estrategias en la jungla urbana, pero es impotente en el embotellamiento, transforma al apacible urbanita en un monstruo feroz, fomenta el

individualismo humano al mismo tiempo que la animalidad sanguinaria, exalta la vida, pero con riesgo de muerte. El automóvil es el más racional de los medios de transporte en la ciudad, el campo, el trabajo y el ocio, porque es a un tiempo rápido, confortable y personal, pero también es el más irracional porque provoca embotellamientos, retrasos, estrés, nerviosismo, anestesiados parcialmente por la radio y la música, y produce enorme contaminación y derroche de energía. El automóvil nos da la libertad esclavizándonos, nos da la movilidad para mejor inmovilizarnos en los atascos.

El uso inmoderado del coche (en París, se emplea el coche en un 65% de los desplazamientos, mientras que en Barcelona y Berna sólo se usa en el 35%), conduce a la parálisis de la circulación. La intoxicación automovilística transforma las necesidades legítimas de movilidad en culos de mal asiento. Su uso excesivo destruye la calidad de vida: atascos alrededor de las ciudades, búsqueda de plazas de aparcamiento, pérdida de tiempo, contaminación, agresividad provocada por el dominio de un enorme poder energético mientras se está protegido por el caparazón cerrado de la carrocería.

Dadas las satisfacciones polivalentes que proporciona y las irresistibles adicciones que determina, el coche, sacralizado desde el alto ejecutivo al proletario y que ya había conquistado Occidente, ha salido a la conquista de los seis mil millones de seres humanos que hay en el mundo. Sin duda, se hallarán nuevas fuentes de energía distintas del petróleo, otros ingredientes sustituirán al litio en los coches eléctricos, ya que nadie ve cómo se puede frenar la oleada automovilística y por qué habría que privar de ella a los que todavía no la conocen. Porque el coche, siendo una fuente fatal de desbordamientos, contaminaciones, locuras y faltas de lógica, es el más bello juguete/instrumento para adultos que ha inventado y fabricado la civilización industrial.

Una vía reformadora correcta regularía su uso a través de medidas coercitivas y, sobre todo, de iniciativas: peatonalización de los centros de las ciudades; creación de cinturones de aparcamientos alrededor de las zonas metropolitanas, cercanos a las estaciones término de los transportes públicos; multiplicación de los transportes públicos no contaminantes como el metro, el tranvía, el

coche compartido; disminución del automóvil de propiedad gracias al alquiler, etc.

Por lo tanto, hay que pensar en iniciar una desintoxicación del uso del coche, preservando sin embargo sus ventajas, no sólo mediante la penalización, sino también mediante la cura peatonal, velocipédica y la mejora de los transportes colectivos.

Las vías reformadoras

Se impone, pues, la necesidad de una política que reflexione, a la vez, sobre la energía, la ecología y la civilización; podemos enunciar sus primeros elementos en lo que al consumo se refiere. Dicha política debe luchar contra el despilfarro y la intoxicación consumista, más que imponer restricciones o privaciones; debe promover también la calidad en detrimento de la cantidad. Cabe señalar que la necesidad de plantear restricciones que acompaña toda crisis económica puede ayudar a acabar con el hiperconsumo; la primera reacción al empobrecimiento es recurrir al crédito; la segunda, controlar el consumo.

Es importante promover la moderación en el consumo, pero entendiendo que ésta debe ser moderada a su vez (el lector disculpará el oxímoron). La gran enseñanza de las culturas arcaicas y tradicionales es que la sobriedad cotidiana debe alternar con momentos de fiesta, de derroche, de embriaguez y de éxtasis. Es entonces cuando el consumo cede el lugar a la consumación.[76]

Una reforma del consumo implicaría necesariamente:

—reducir las intoxicaciones consumistas que incitan a la compra de objetos cargados de cualidades ilusorias, efectuadas para calmar la angustia o para consolarse de frustraciones o penas;

—animar a tomar conciencia de que la búsqueda desaforada de satisfacciones materiales a menudo es debida a profundas insatisfacciones psíquicas y morales;

—promover todas las iniciativas que inciten a la búsqueda de la calidad y los placeres que ésta proporciona;

—fijar e imponer unas normas de calidad para los productos de consumo; comprobar las indicaciones de calidad (sellos, denominaciones de origen, etc.);

—educar a los consumidores de forma que primen la calidad en la elección de los productos, empezando desde la escuela (clases dedicadas al estudio de nuestra civilización, véanse en apartados

anteriores) y continuando de forma permanente, a fin de que los consumidores controlen cada vez más la calidad de sus compras;

—fomentar los movimientos de reforma de vida que son movimientos de búsqueda de calidad de vida y contribuyen a modificar el consumo;

—fomentar la renovación de las artesanías de reparación (zapateros, relojeros, remendones diversos);

—reemplazarla producción de objetos de un solo uso por objetos reparables, reemplazar los objetos producidos para una duración limitada por productos duraderos;

—fomentar la devolución frente a las botellas de usar y tirar (como en Alemania), hacer pagar las bolsas de plástico (como en Irlanda);

—generalizar el reciclaje de los productos que se tiran (Solerabals, una sociedad con sede en Adis Abeba, fabrica unos zapatos a partir del caucho de las ruedas usadas, añadiéndole tela), especialmente del papel;

—crear certificados de garantía de los productos Ubres de toda explotación de trabajadores a lo largo de su cadena productiva y que comporte un triple sello de calidad: Ubre de trabajo infantil, de discriminación y de trabajo forzado (una iniciativa del Instituto Boliviano de Comercio Exterior apoyado por el gobierno de La Paz, la Organización Internacional del Trabajo y UNICEF).

La reforma debería tender a sustituir los hipermercados de la periferia, grandes consumidores de energía, por supermercados de barrio, y, en especial, *promover la vuelta a los comercios de proximidad* (véase el capítulo «Ciudad y hábitat»).

Debería fomentar el uso de productos bio y de agricultura tradicional, así como los productos del comercio justo.

Debería fomentar los comités de ética del consumo, la acción de los organismos de defensa de los consumidores (asociaciones o Ugas de consumidores que establecen procedimientos para estudiar los productos y orientar las compras).

Debería propagar una política del consumo y, a través de ella, crear una fuerza política de los consumidores, organizados en asociaciones o ligas frente a los productores y a los distribuidores, disponiendo del boicot a las compras como arma, tan eficaz como la huelga de los trabajadores en la producción.

Capítulo 6
EL TRABAJO

Introducción

La palabra «trabajo» es un monolito que debe ser desmontado.

Se aplica, en sentido estricto, a los oficios que requieren la energía física de aquellos a los que justamente se llama «trabajadores», ya sean urbanos (obreros industriales, albañiles, basureros) o rurales (jornaleros, granjeros, etc.).

En un sentido amplio, se aplica también a todas las actividades profesionales, incluidas las del escritor o el artista, que «trabajan» en la creación de su obra.

También se aplica al trabajo por cuenta ajena o dependiente, al trabajo del directivo, al trabajo autónomo y a las profesiones liberales.

Está el trabajo penoso, el trabajo peligroso; el trabajo fastidioso y sin interés para quien lo sufre; el trabajo con el cual uno se identifica y que puede proporcionar muchas satisfacciones (el del artista, el escritor, el político, el investigador, a menudo el abogado, el ingeniero, etc.), en una palabra, el trabajo que implica iniciativa, o, incluso, creación.

Por ello, las reformas deben ser diferentes según el tipo de trabajo del que se trate.

Por ejemplo, las jubilaciones deberían ser precoces para el trabajo penoso, peligroso, esclavizante, pero podrían diferirse, a demanda o según el estado intelectual del trabajador, en las profesiones que dan satisfacción a quienes las ejercen y a quienes se benefician de ellas. Asimismo, la reducción de las horas semanales de trabajo debería tener en cuenta la naturaleza de ese trabajo.

La humanización del trabajo se impone para los trabajos penosos

y pesados, sometidos a unas reglas coercitivas en cuanto a cronometría, cadencias y ritmos.

La evolución del trabajo

En el transcurso del siglo XX, el trabajo en las fábricas y en la construcción fue objeto de la sobreexplotación patronal, hasta que la acción de los sindicatos y los partidos de izquierdas pudo imponer, en los países occidentales, mejores salarios y una protección social. Durante mucho tiempo fue víctima de la hiperespecialización: Charlie Chaplin, en *Tiempos modernos*, muestra al obrero especializado en una máquina, convertido en apéndice de la misma, efectuando el mismo gesto de autómata a un ritmo ultrarrápido, sometido a unas cadencias infernales y esclavo del cronómetro.

El trabajo físico que utiliza la energía humana (sobre todo la del obrero) está disminuyendo gracias a la automatización y a la robotización dentro de las fábricas. El trabajo industrial también se está reduciendo a favor del desarrollo de los servicios y el auge del trabajo informacional o informatizado.

Si bien, desde la segunda mitad del siglo pasado, ha menguado el trabajo alienado gracias a las máquinas automatizadas, se ha pasado de la explotación en las fábricas a la explotación en las oficinas de administraciones y empresas, ejercida mediante el *management* y la gestión de los recursos humanos.

La hipercompetitividad de la era neoliberal conduce a rebajar costes, aumentar la productividad, racionalizar el trabajo, «adelgazar» las empresas o administraciones, incrementar la precariedad y el desempleo. Es la causa del nuevo sufrimiento que se está viviendo en las oficinas y que, en Francia, se ha traducido en oleadas de suicidios. Este sufrimiento en el trabajo no afecta sólo a los empleos «precarios», sino que se extiende a los empleos más estables a causa de la competitividad generalizada, incluidas las actividades denominadas «estatutarias» de los sectores protegidos.

El nuevo sufrimiento en el trabajo resulta de la combinación de priorizar los beneficios del accionista, que busca siempre el coste más bajo para poder competir en el mercado y pretende organizar meticulosamente el trabajo cronometrado bajo vigilancia, en aras de la productividad y el rendimiento. Esta organización racionalizadora presume de las virtudes de la racionalidad; pero ya

hemos visto que la racionalización no es sinónimo de racionalidad, sino todo lo contrario.

La vida clandestina de las empresas y oficinas

Si los trabajadores obedeciesen de forma rígida las órdenes estrictas de buen funcionamiento de una empresa, ésta se bloquearía inmediatamente, pues las instrucciones que vienen de arriba son abstractas y no tienen en cuenta imprevistos ni incidentes diversos que puedan producirse. Así, toda huelga de celo que consista en una aplicación estricta y minuciosa del reglamento, como la que han practicado a veces, por ejemplo, los aduaneros, paraliza el funcionamiento por exceso de orden.

Por eso la organización oficial o formal de la empresa se combina con una organización clandestina o informal, que opone a las órdenes coercitivas una resistencia colaboradora entre los trabajadores: resistencia contra un orden inhumano y absurdo, colaboradora porque esa resistencia permite funcionar al conjunto.

Esta experiencia fue vivida y contada hace cincuenta años en Renault por un obrero especializado que, más tarde, se convirtió en sociólogo. Se trata de Daniel Mothé. En su taller de fabricación de herramientas, sus compañeros y él pactaban para repartirse el trabajo de una forma secreta que les permitía ir de vez en cuando, por turnos, a fumarse un cigarrillo, tomar una copa, dar una vuelta, etc., contraviniendo así las órdenes de la dirección. En la cadena de motores U5, la normativa ordenaba imperativamente que, en el caso de que la cadena se parase, había que telefonear inmediatamente al capataz y esperar la llegada de un especialista. No obstante, cuando la cadena se paraba, los obreros daban un martillazo aquí o allá y la cadena volvía a ponerse en marcha. Si no lo hacía, llamaban por teléfono. Se observa una resistencia general a las órdenes y a la mecanización, que salva parcialmente de la asfixia a los trabajadores y al mismo tiempo, paradójicamente, hace que la máquina funcione.

En todas partes donde reina una organización autoritaria existe siempre, por debajo, una organización informal y clandestina. Esta norma se cumple en el campo de concentración nazi o estalinista, y se da también en las instituciones de servicio público como la escuela. Los alumnos tienen su organización clandestina hecha de prohibiciones transgredidas, de favores ocultos, de denuncias

evitadas, que salvan un mínimo de autonomía.

Tomemos un ejemplo macroeconómico: la Unión Soviética funcionaba según un plan rígido decidido desde arriba. Si el plan se hubiese aplicado estrictamente, nada habría funcionado. Pero los directores de las empresas hacían trampas, redactaban informes falsos, se ponían de acuerdo entre ellos para intercambiar servicios y productos; los trabajadores se las arreglaban como podían, no cumplían los imperativos de horarios, se ausentaban ilegalmente, sisaban... Finalmente, gracias a esa anarquía en la base, la economía funcionaba. Se trata de un caso extremo, pero en realidad ninguna de las grandes maquinarias complejas puede funcionar obedeciendo a un orden simple e imperativo. Necesitan, incluso, transgresiones más o menos clandestinas para funcionar. El orden de la organización humana necesita el desorden.

Está claro que la organización informal o espontánea dentro de una organización formal y oficial favorece la transgresión, útil y apaciguadora, que permite una aparente pérdida de tiempo de trabajo que, al final, es una ganancia, porque disminuye el estrés. La mayor aportación de la transgresión es que permite la iniciativa e, incluso, la creatividad. La realidad informal es invisible desde la cúspide y desde el exterior de la organización, pero es vital. Es una *resistencia colaboradora*.

Al mismo tiempo, esa vida clandestina de las empresas muestra las verdaderas necesidades y los auténticos problemas de quienes en ellas trabajan.

Las experiencias Hawthorne llevadas a cabo en Estados Unidos han demostrado que la hiperespecíalización en una tarea monótona tiene efectos negativos sobre el rendimiento (absentismo, accidentes laborales, fallos), y que el *job enlargement* ha permitido atenuar la robotización de los trabajadores manuales. Por su parte, antes de la guerra, la organización de Skoda demostró que los talleres autónomos tenían mejores rendimientos que una organización estrictamente centralizada y jerarquizada.

Existe un determinado umbral de complejidad más allá del cual todo lo que es eficaz en una organización simple, es decir, basada únicamente en la autoridad y la obediencia a las órdenes, deja de serlo.

Por eso se comprende que la racionalización que, antes de

alcanzar un determinado umbral, puede ser eficaz, se convierta en contraproducente pasado dicho umbral. Se vuelve irracional, pues ha ignorado que el ser humano, a diferencia de las máquinas artificiales, no es una máquina trivial.

Pero no olvidemos lo que fue el problema clave que plantearon el socialismo, el comunismo y el anarquismo: la explotación de los trabajadores. El progreso del derecho y las conquistas de la acción sindical y política frenaron esa explotación en los países occidentales dotados del *welfare State* o estado de bienestar. Pero la evolución del capitalismo desde 1990, y la incapacidad de los partidos de izquierda y los sindicatos para ponerle freno han conducido a una nueva explotación basada en criterios de rentabilidad, de productividad, de rendimiento, de competitividad (que es la caricatura de la competencia). Así, en las fábricas, las obras y las oficinas se ha afirmado una explotación generalizada, más bárbara aún cuando afecta a los inmigrantes desprovistos de derechos y a todos los que son despedidos o sometidos al trabajo intermitente, cuando la precariedad inhibe a los asalariados, que no se atreven a formular la más pequeña reivindicación. Mientras que en los países del Norte todavía se mantiene un mínimo de protección social para los trabajadores, en los países emergentes, donde no hay protección alguna, aún reina la esclavitud industrial.

Las vías reformadoras

La gran vía de las reformas es la de la humanización y/o la rehumanización del trabajo; comporta varias vías que deberían confluir. No se trata sólo de eliminar progresivamente las tareas más penosas y más fastidiosas, ni de aplicar unas condiciones éticas para el trabajador, y estéticas para los lugares de trabajo; se trata, sobre todo, de reconocer que todo empleado o trabajador posee un capital de saber personal y es capaz de interesantes iniciativas.

A escala planetaria

1) Adopción de unas reglas internacionales (por la Oficina Internacional del Trabajo) destinadas a hacer obligatorias las libertades sindicales.

2) Elaboración de sanciones comerciales, a través de medidas arancelarias, para los países «esclavistas» donde los trabajadores son mal pagados y privados de sus derechos. Estas medidas supondrían, a largo plazo, la mejora material y política de la vida de esos

trabajadores.

3) Generalización del control sobre las multinacionales a través de acuerdos marco mundiales entre una Federación sindical mundial y la dirección de una empresa determinada, a fin de que ésta respete las mismas normas en los distintos países donde está implantada, especialmente las libertades de asociación y de negociación. La primera empresa que ha aceptado negociar con una federación sindical internacional ha sido Danone en el año 1989. En el año 2006 se firmaron cincuenta acuerdos marco. En los casos en que no exista ninguna obligación que imponga esos acuerdos marco, habría que establecer un estatus legal.

Los acuerdos marco mundiales son los precursores de una globalización del diálogo social en el que se enunciarían los derechos e intereses de los trabajadores organizados en federaciones sindicales de ámbito mundial.

Cabe señalar otras iniciativas, aún balbuceantes, como la aplicación de normas y sistemas de verificación por la Global Alliance for Workers and Communities creada por el Banco Mundial, Nike, Gap y la Fundación Internacional de la Juventud para el respeto de las normas internacionales del trabajo y la toma en consideración de las necesidades comunitarias.

El caso de las empresas y las administraciones

Como hemos visto, la vida clandestina de las empresas revela las verdaderas necesidades y los verdaderos problemas: pone en evidencia la necesidad de la acción reformadora contra la explotación y esclavización de los trabajadores (parcelación, mecanización, cronometraje).

1) Las propuestas destinadas a reformar el sistema centralizado-jerarquizado-hiperespecializado sustituyéndolo por un sistema que asocie centralización y policentrismo, jerarquía y polijerarquía, especialización y policompetencias, se indican anteriormente en el capítulo «La desburocratización generalizada». Dichas propuestas permitirían dar autonomía e iniciativa al trabajador, y reemplazar la racionalización inhumana por una racionalidad humana que favorecería también a la empresa.

El modelo «*low costlow price* = valor para el accionista» debería sustituirse por un modelo «valor para todos» que implicase la valorización de los saberes y el conocimiento empírico de todos los

asalariados.

Además, parece útil conjugar las tres lógicas: técnica, gestora y comercial, en lugar de separarlas. Una reforma de la gestión permitiría evitar el liderazgo «patógeno». También es necesaria una reforma en las condiciones de formación, selección y gestión de los responsables.

2) Humanización de las tareas monótonas y alienantes

Comportaría un retroceso progresivo del cronometraje del trabajo.

Un esfuerzo físico considerable durante un periodo prolongado causa fatiga, y provoca la disminución de la concentración y el rendimiento, con los efectos negativos directos que comporta sobre la rentabilidad, la seguridad y la salud. El levantamiento frecuente de pesos debe reemplazarse por una automatización parcial o total, o facilitarse mediante las ayudas apropiadas. Se producen muchas bajas laborales por accidentes debidos a manipulaciones o a posturas inadaptadas.

En la medida de lo posible, deben evitarse las posturas forzadas. En caso de trabajo prolongado delante de una pantalla, un mobiliario adaptado debe permitir cambiar de posición. Deberían fomentarse los ejercicios de *stretching* o de gimnasia durante el trabajo.

Los puestos y procesos laborales ergonómicos son indispensables para el bienestar del personal.

Todas esas mejoras sólo pueden tener una influencia positiva en los trabajadores, en el empleo y en la propia empresa.

3) Desarrollo de la economía social y solidaria

Si la propagación de las ideas expresadas por empresas éticas o ciudadanas puede tener efectos positivos sobre los trabajadores, los proveedores y los clientes, es el desarrollo de las empresas sociales y solidarias, que hemos examinado en el capítulo 9 de la primera sección, el que, entre otras medidas, permitiría humanizar el trabajo.

4) Igualdad de la mujer en el trabajo

En muchos continentes subsisten situaciones degradantes para las mujeres, a pesar de las recomendaciones de la ONU que, en 1975, eligió el 8 de marzo como «día internacional de la mujer». En 1979, la comunidad internacional aprobó la Convención

internacional para la eliminación de todas las formas de discriminación de las mujeres, ratificada por ciento setenta países. A pesar de esa voluntad política, los derechos de las mujeres siguen siendo violados en numerosos países del mundo, sometidos al doble peso de las tradiciones y la pobreza.

El principio de la igualdad hombre/mujer es algo adquirido en Occidente, pero se ha inscrito de forma muy desigual en la realidad social. Aún existen importantes disparidades en materia profesional y salarial, así como en la representación política. En Francia, la ley del 6 de junio de 2000 sobre la paridad política no ha empezado todavía a producir efectos sensibles.

5) Vías del teletrabajo

El teletrabajo, que implica la deslocalización y la externalización de los servicios de las empresas de los países industrializados en los países en desarrollo, gracias a las tecnologías de la información, crea empleos en el sector de los servicios «hablados», como los centros de llamadas o de contacto con la clientela, y, también, en servicios administrativos, como finanzas, contabilidad, tratamiento de la gestión de datos informáticos, desarrollo de los recursos humanos. Este último es un sector en plena expansión, estimado en noventa mil millones de dólares.

Los salarios de los empleados indios equivalen más o menos al doble de los salarios medios que ofrecen otros sectores de la economía india. Un informe de la OIT (Organización Internacional del Trabajo) titulado «Deslocalizaciones y condiciones laborales en el teletrabajo» proporciona las informaciones siguientes: para dar un servicio a los clientes que se hallan en otros husos horarios, es frecuente el trabajo nocturno; los empleados soportan pesadas sobrecargas bajo vigilancia electrónica para lograr los objetivos de rendimiento. Por ese motivo, existe una alta tasa de rotación de los efectivos, que, en algunas sociedades, alcanza hasta el cien por cien anual. El teletrabajo es cada vez más rentable, pues implica una reducción de costos y el empleo de tecnologías cada vez más sofisticadas y más baratas. Con algunas excepciones, las mujeres representan la gran mayoría (el 60%) de los empleados en casi todos los países que disponen de un verdadero sector de teletrabajo. Para concluir, el estudio de la OIT formula unas cuantas recomendaciones políticas dirigidas a los gobiernos. Entre ellas, la

instauración de medidas más estrictas para proteger la salud y la seguridad de los trabajadores nocturnos; la reorganización de los procedimientos, sobre todo en los telecentros, a fin de que los empleados tengan más posibilidades de utilizar sus cualificaciones y gestionar sus tiempos de pausa; la adopción de medidas para mejorar la representación colectiva de los trabajadores y promover el diálogo social.

En un marco nacional, el teletrabajo, como hemos visto, permite trabajar fuera de la ciudad y puede contribuir a la descongestión urbana y a la revitalización del mundo rural. Puede resolver asuntos particulares (cambio de domicilio del trabajador, problemas de salud). También puede ser fruto de un acuerdo entre el empleado y el empleador. Naturalmente, el teletrabajo debe evitar la sobrecarga y los teletrabajadores deberían tener sus propias ramas sindicales.

Hay administraciones locales que han decidido invertir en esas nuevas formas de actividad, con el objetivo de revitalizar económicamente la región. Es el caso del Pays de Murat, una asociación de municipios del Cantal que ha desarrollado el teletrabajo por diversos medios desde 2006; primero, ofreciendo formación para los teletrabajadores independientes y asalariados, algunos de los cuales vienen de toda Francia; luego, creando telecentros locales, en el corazón del término municipal, con cuatro o cinco oficinas y ordenadores. Los teletrabajadores pueden ir a trabajar allí siempre o hacerlo unas horas a la semana para salir un poco de casa, o también, puntualmente, cuando están de paso por la región.

Como la experiencia ha sido un éxito, el Consejo General del Cantal decidió en 2009 desarrollar una red de telecentros en su departamento. Actualmente ya son siete, y pronto serán ocho. El departamento tiene dos principales sectores de actividad económica: el sector agrícola y ganadero de montaña y el sector turístico. Los nuevos teletrabajadores, que se dedican a toda clase de actividades, permitirán una diversificación que antes era inconcebible.

Para reforzar esa dinámica, el Pays de Murat organiza foros sobre el abandono de las ciudades por el mundo rural gracias al teletrabajo independiente o asalariado.

El desarrollo del teletrabajo se ve favorecido por una inversión

poco costosa, una mayor eficacia y una mejor calidad de vida de los teletrabajadores. Un estudio del INSEE que data de marzo del año 2009 ha demostrado que el 60% de las grandes empresas tenían teletrabajadores en sus plantillas. ATOS, por ejemplo, tiene seis mil asalariados dispersos por la región parisina: cinco mil van a su sede de la Défense, los otros mil están organizados en teletrabajo. También hay sociedades pequeñas que recurren a esta fórmula.

Conclusión

El problema de la desaparición del trabajo y su sustitución por la máquina sólo tiene sentido para el trabajo penoso física y moralmente. El trabajo que implica actividades diversificadas, autonomía, iniciativa, e incluso creatividad, debería, por el contrario, generalizarse.

La reforma del trabajo supone las reformas económicas que hemos enunciado en el capítulo «La vía económica», que controlarían los excesos del capitalismo y harían retroceder su dominio en beneficio de la economía social y solidaria, con la consiguiente humanización de las condiciones de trabajo.

Las reformas aplicadas al consumo, la alimentación y la agricultura que proponemos (véanse los capítulos 3, 4 y 5 de esta tercera parte), ligadas a los desarrollos de una política de la solidaridad, permitirían la resurrección de oficios artesanos, de oficios vocacionales, como la agricultura o la viticultura biológicas, y la creación de oficios vivos de convivialidad y de solidaridad. Por último, la reforma del trabajo contribuiría a la del modo de vida, igual que la reforma del modo de vida contribuiría a la del trabajo.

Cuarta parte
REFORMAS DE VIDA

Capítulo 1
LA VÍA DE LA REFORMA DE VIDA

VOSOTROS, hermanos humanos y futuros cadáveres, tened piedad de vuestros muertos comunes; que de esa piedad nazca por fin una bondad humilde, más verdadera y más grave que el presuntuoso amor al prójimo.

ALBERT COHÉN

Para las mujeres y los hombres de las civilizaciones occidentales y occidentalizadas, la reforma de vida es la columna sobre la cual deberían converger las demás reformas y la que debería irrigarlas todas.

Nos creemos civilizados, pero la barbarie se está apoderando interiormente de nosotros con el egoísmo, la envidia, el resentimiento, el desprecio, la cólera y el odio. Nuestras vidas están degradadas y contaminadas por el nivel lamentable, y a menudo calamitoso, de las relaciones entre individuos, sexos, clases y pueblos. La ceguera respecto a uno mismo y a los demás es un fenómeno cotidiano. La incomprensión de lo lejano y también de lo próximo es general. La posesividad y los celos carcomen las parejas y las familias: ¡cuántos infiernos domésticos, y cuántos infiernos aún mayores en el entorno del trabajo, la empresa y la vida social! La envidia y el odio envenenan la vida, no sólo de los envidiados y los odiados, sino también la de los envidiosos y la de los que odian. La inhumanidad y la barbarie están siempre dispuestas a surgir en cada ser humano civilizado. Los mensajes de compasión, de fraternidad y de perdón de las grandes religiones, y los mensajes humanistas de la laicidad apenas han hecho mella en la coraza de las barbaries interiores.

Nuestras vidas se ven disminuidas por el exceso de prosa

dedicada a las tareas obligatorias que no procuran ninguna satisfacción y que va en detrimento de la poesía de la vida, que florece en el amor, la amistad, la comunión y el juego.

El dinero y el afán de lucro se han extendido a campos en otro tiempo reservados a la gratuidad, al favor, al trueque, a la donación, y suscitan, en unos, la bulimia del dinero y, en otros, la angustia de carecer de él. «Antiguamente, lo que tenía valor no tenía precio; hoy, lo que no tiene precio no tiene valor», dice muy acertadamente Patrick Viveret. La sed de posesión y de consumo se han convertido en formas de adicción para calmar una angustia existencial que renace sin cesar.

Nuestras vidas occidentales están degradadas, intoxicadas por compulsiones «de posesión, de consumo o de destrucción» (P. Viveret), que ocultan nuestras verdaderas aspiraciones y nuestros verdaderos problemas. Cada vez se está más obsesionado por el éxito, los resultados, el rendimiento y la eficacia, cosa que hipertrofia el carácter egocéntrico de los individuos. Esclaviza a los empleados, a los trabajadores y a los obreros, sometidos a exigencias crecientes. La compartimentación y la hiperespecialización del trabajo, la presión del rendimiento y la eficacia segregan un malestar que se añade a los otros malestares.

Las relaciones humanas se desmigajan en el anonimato de las grandes ciudades, de los transportes comunitarios. Los inquilinos de un mismo edificio no se saludan. El viejo o el discapacitado que se cae en la calle es ignorado por los transeúntes; no se repara en el indigente tendido en el suelo. Los automovilistas, embriagados por la energía desencadenada por una presión mínima del pie, se insultan mutuamente. Por cualquier motivo, se llaman «imbécil», «cabrón», «hijo de puta».

La celeridad de todas las cosas en todos los campos, desde el *fast food* a los *inclusive tours* de las agencias de viaje, tiende a ocultar una falta de sentido y a colmar un vacío interior.

Las urgencias del día a día nos hacen perder la noción del valor del tiempo y de la vida, y socavan nuestras relaciones con los demás e, incluso, con nosotros mismos. La cronometría fragmenta en minutos y segundos la continuidad de nuestro tiempo interior. No sólo perdemos el hilo de nuestro tiempo, también perdemos tiempo de nuestra vida en las esperas telefónicas interminables, las colas

ante las ventanillas y los atascos urbanos.

En el año 1970, Ivan Illich ya diagnosticaba los grandes problemas de nuestra civilización: el deterioro de la convivencia en el anonimato, la mecanización y la hiperespecialización.

Mientras que el otro gran problema, el del deterioro de nuestra biosfera, se ha empezado poco a poco a entender como consecuencia de las contaminaciones y de las catástrofes ecológicas, el deterioro de nuestras vidas cotidianas sigue siendo invisible como mal de civilización, puesto que cada individuo sólo percibe el carácter subjetivo de su malestar (abatimiento psíquico, depresión,[77] desmoralización, ansiedad) e intenta tratarlo con medios privados. Así, Francia, un país famoso por su buena vida, es el mayor consumidor de antidepresivos del mundo.

De hecho, la civilización que ha prometido la felicidad y el bienestar ha provocado malestar, pese al bienestar material, que no ha logrado traer una buena vida. Esta civilización nos ha hecho identificar bienestar con posesión (P. Viveret). Se recurre a anestésicos, somníferos, ansiolíticos, euforizantes, drogas, psicoterapias, psicoanálisis, chamanes y gurús para disipar y suprimir este malestar. Los miles de millones que se gastan en adquirir estupefacientes nos hacen presentir la profundidad y la extensión del malestar. El porcentaje de depresivos en Francia se ha multiplicado por siete desde 1970 hasta 2006; el suicidio es la primera causa de mortalidad entre las personas de veinticinco a cuarenta años, y la segunda entre las de quince a veinticuatro.[78]

El cálculo monetario no puede evaluar el bienestar y el malestar. Los indicadores que tienen en cuenta el nivel de educación y las condiciones sanitarias ignoran que los diplomas y la ausencia de enfermedad pueden ser compatibles con el malestar y la depresión.

La tristeza, el abandono y la soledad buscan consuelo en la compra y el consumo. Entre las clases medias, el consumo se convierte a menudo en adicción, en dependencia de productos que se supone aportan belleza, delgadez, juventud y seducción.

La lógica del cálculo, de la máquina determinista, del rendimiento y de la productividad se extiende por toda la sociedad y se apodera de los individuos. Por eso, resistimos en y por nuestras fiestas, nuestras comidas, nuestros amigos, nuestros amores y nuestros juegos, y la Matrix misma nos proporciona innumerables

diversiones. En este contexto debe entenderse la palabra «diversiones» en sus dos acepciones: lo que nos divierte y nos da placer, y lo que nos distrae de nuestros problemas más importantes, entre ellos el del sentido de nuestras vidas.

La reforma de vida es, en primer lugar, la conquista de un arte de vivir.

Los filósofos de la India, de China y de la Antigüedad griega se dedicaron a buscarlo. El arte de vivir se presenta de una forma nueva en nuestra civilización caracterizada por la industrialización, la urbanización, el afán de lucro y la supremacía de lo cuantitativo. La aspiración contemporánea a un arte de vivir es, en primer lugar, una reacción saludable ante los males de nuestra civilización, la mecanización de la vida, la hiperespecialización, el cronometraje, la aplicación de la lógica calculadora y determinista a la vida de los individuos. La generalización de un malestar, incluso en el seno del bienestar material, provoca como reacción una necesidad de paz interior, de plenitud, de autorrealización, es decir, una aspiración a la «verdadera vida».

La llamada a la espiritualidad (empleamos esta palabra porque no tenemos otra mejor que oponer a la materialidad y al afán de lucro) se está infiltrando en nuestra sociedad. Cuanto más carecemos de una dimensión interior, más nos invade y nos oprime la lógica de la máquina artificial, más nos infesta el mundo cuantitativo del «cada vez más», más se convierte en necesidad aquello que nos falta: la paz del alma, la relajación, la reflexión, la búsqueda de otra vida que dé respuesta a lo que, dentro de nosotros, está oprimido y asfixiado.

La reforma de vida propone ir más allá del espíritu de éxito, de resultados, de competición, no para aniquilarlo, sino para dirigirlo hacia actividades lúdicas, como el deporte, y para regularlo a través del desarrollo de valores considerados femeninos: amor y ternura. El hombre lleva en sí potencialidades femeninas ocultas o inhibidas, de la misma manera que la mujer lleva en sí potencialidades masculinas ocultas o inhibidas. Cada uno/a, incluso manteniendo la primacía de su sexo, podría y debería tener un *yin/yang*, «los dos sexos del espíritu», según la fórmula de Michelet.

La reforma de vida debería reducir el poder del dinero y del afán de lucro. Llevaría a redescubrir lo que todos sabemos en lo más

profundo, oculto tras lo que creemos que es «nuestro» interés, cuando nuestro verdadero interés radica en la realización de nuestras potencialidades.

Puesto que el bienestar material puede segregar malestar, la reforma de vida debe inspirarse en la aspiración al bienestar.

La buena vida es un tema esencial que han formulado tanto el presidente ecuatoriano Correa, como el Foro Social Mundial de Belem, en la Amazonia. Sus denominadores comunes se enuncian así: la calidad es más importante que la cantidad, el ser es más importante que el tener, la necesidad de autonomía y la necesidad de comunidad deben ir asociadas, la poesía de la vida, con el amor en primer lugar, es nuestra verdad suprema.

La reforma de vida nos conduciría a querer liberamos de los condicionantes y obligaciones externos, así como de nuestras intoxicaciones de civilización; nos conduciría a expresar las ricas virtualidades inherentes a todo ser humano; nos incitaría a vivir poéticamente.

Nos estimularía a evitar el estrés que provocan los condicionantes ligados al tiempo, las prisas, precipitaciones, resentimientos, nerviosismo de todas clases, y a recuperar nuestros ritmos vitales, a ir más despacio, como ha hecho el movimiento Slow Food para la gastronomía, una iniciativa que podríamos extender a otros muchos campos: *slow parenting, slow travel, slow cities, slow money*, etc. Se trataría de «vivir la vida en vez de correr tras ella». En nuestro planeta, entregado a una carrera vertiginosa, la reforma de vida propugna una desaceleración generalizada. Así, reduciendo el tiempo fragmentado de los cronómetros, recuperaríamos el hilo del tiempo interior.

Las finalidades de la reforma de vida pueden enunciarse así:

1. Serenidad/intensidad.

Como muy bien ha escrito Patrick Viveret, hay que sustituir la alternancia perniciosa depresión/excitación por la pareja que combina o alterna serenidad e intensidad.

La alternancia depresión/excitación procede de ciclos internos más o menos acentuados, pero también de alternancias entre contratiempos, contrariedades, estrés, aburrimientos y estímulos diversos, como el alcohol, las competiciones, los juegos y las diversiones.

La adquisición de la serenidad y el advenimiento de la intensidad requieren una trayectoria educativa y/o autoeducativa que comporta:

—la humanización de nuestras pulsiones y nuestras emociones, es decir, la capacidad de contener nerviosismos, rencores, resentimientos, cóleras, etc.;

—la capacidad de reírse de uno mismo, así como la libertad de «hacer el payaso» (todos llevamos dentro un payaso encerrado que está deseando salir a escena);

—el diálogo permanente entre razón y pasión: una vida que obedezca a una razón gélida pierde sus cualidades; una pasión sin control racional se convierte en delirio. El arte difícil y necesario de vivir comporta una navegación permanente, aleatoria como todo arte, bajo la doble protección antagonista de la razón y de la pasión;

—el desarrollo del autoexamen y de la autocrítica para conocerse y comprender a los demás;

—la posibilidad de forjar la autoestima a través de los propios actos y del propio comportamiento;

—la preservación de un tiempo para la meditación, tanto en el sentido occidental del término (reflexión profunda y serena) como en su sentido oriental (conseguir el vacío interior, olvidarse para mejor reencontrarse);

—la deshabituación de las intoxicaciones consumistas para mejor recuperar los placeres del buen consumo;

—la alternancia sobriedad/fiesta: el retorno a la sobriedad cotidiana debe ir acompañado del retorno a los excesos y exuberancias de los días y noches de fiesta. La sobriedad cura de la «fiebre compradora», pero no prohíbe una compra de algo que nos fascine. Lejos de desdeñar la calidad de los alimentos, la reclama. Reviste un carácter hedonista, que permite recuperar los placeres de las papilas, mientras que la intoxicación consumista nos hace esclavos de sabores artificiales y de deseos superfluos. El tiempo festivo rompe las normas, las reglas, provoca ebriedad, efusión, éxtasis y, en este sentido, es un tiempo de exaltación poética. La sabiduría necesita templanza, pero también excesos...

2. Autonomía/comunidad

La reforma de vida debe comportar, simultáneamente, lo que intentaron realizar tantas «comunas» juveniles en California en la

década de 1960: autonomía y comunidad.

Se trata de dos de las aspiraciones humanas más profundas y complementarias: la de la afirmación del «yo» en libertad y responsabilidad, y la de la integración en un «nosotros» que convierta el vínculo con los demás en simpatía, amistad y amor. La reforma de vida nos incita a formar parte de la comunidad sin perder nada de nuestra autonomía.

3. Convivialidad y comprensión

La reforma de vida nos conduciría a restaurar la convivialidad, esa aptitud para la simpatía y el diálogo con las personas que comparten nuestra vida cotidiana, empezando por nuestros vecinos, así como con los desconocidos con quienes nos cruzamos. Se han creado diversas asociaciones de convivialidad, como «Mange ta soupe», en Carentan, en la región de la Manche, que organiza paseos, «talleres de sopa», clases de cocina, de jardinería (resucitando el cultivo de hortalizas olvidadas), y salones de lectura.[79] La aparición de la palabra *care* en nuestro vocabulario (cuidado de los demás, que puede convertirse en preocupación) traduce una necesidad en las relaciones humanas. La reforma de vida cultivaría la amabilidad (el mayor placer del ser humano, según Marco Aurelio), el afecto (*philanthropia, caritas*), la benevolencia hacia el prójimo (Confucio). «Más frecuente incluso que el alejamiento entre las personas es el deseo de romper ese alejamiento» (T. Adorno). Cultivaría la empatia, que es la capacidad de penetrar en los sentimientos de los demás y que, al desarrollarse, se convierte en simpatía y ternura. En efecto, vivimos disimulando nuestras carencias y nuestras debilidades; practicamos constantemente la «*self deception*», el autoengaño que nos incita a atribuir el error, la culpa, el mal a los demás, y los reduce a uno solo de sus rasgos, normalmente el peor. En este aspecto, la reforma de vida coincide con la reforma intelectual, que implica negarse a reducir una realidad compleja a uno solo de sus elementos.

Reducir al prójimo a su etnia, su raza, su religión, sus errores, sus culpas y su peor comportamiento nos ciega sobre lo que es él y sobre nosotros mismos. La comprensión es un componente capital de la reforma de vida.[80] Ya hemos dicho anteriormente que no podemos esperar el menor progreso social si no va ligado a un progreso en la comprensión del prójimo.

Pero acceder a la comprensión del prójimo es muy difícil, puesto que ni la familia ni la escuela enseñan a comprender; comprender requiere prioritariamente un proceso de autoelucidación de cada cual para luchar contra su enemigo interior, que siempre tiende a atribuir a los demás la culpa, encuentra chivos expiatorios, es incapaz de considerar la complejidad de una persona humana. Así, la reforma de vida necesita la reforma de pensamiento, que nos muestre la importancia de los prejuicios y los «paradigmas» que inconscientemente gobiernan nuestras formas de conocimiento y nos hacen incapaces de comprender que los demás obedecen a otros preconceptos y otros paradigmas. En este escenario, como en todos los demás, la reforma de vida requiere una profunda reforma interior.

Como el capitalismo y el individualismo han extendido la monetarización a sectores de vida donde imperaban los favores, las donaciones y la gratuidad, la comprensión del otro permitirá recuperar la satisfacción del favor gratuito y del don, a través del cual el donante regala lo mejor de sí mismo. Así, se podrá abrir una gran brecha en el ámbito dominado por el dinero, el interés y el cálculo egoísta.

4. Lo femenino en lo masculino y lo masculino en lo femenino

Debemos saber que cada sexo lleva en sí la presencia del otro sexo, aunque de forma atrofiada, recesiva o latente. Así, el hombre ha conservado pezones, y el clítoris femenino es un pene reducido. No se trata de superar lo masculino y lo femenino en una especie unisex, sino más bien de completar la tendencia a la igualdad hombre/mujer mediante el incremento de caracteres propios de la feminidad en el hombre (cuidado y ternura) y de caracteres propios de la masculinidad en la mujer (profesiones de responsabilidad y autoridad). La diferenciación (¿genética?, ¿cultural?) entre los hemisferios cerebrales ha desarrollado en el hemisferio dominante masculino la capacidad de análisis y abstracción, y en el hemisferio llamado «femenino» la intuición y aprehensión global, pero hombres y mujeres poseen los dos hemisferios, y lo ideal sería asociar el sentido de la abstracción y el análisis con el sentido de la intuición y lo global en un pleno empleo común de los «dos sexos del espíritu», como ya propugnaba Michelet.

La civilización occidental moderna, esclava del poder y de la eficacia, ha llevado a los hombres a practicar actividades técnicas, materiales, competitivas, a veces despiadadas, mientras que las mujeres han quedado relegadas al universo maternal y afectuoso. Son las mujeres las que, en un mundo de machos dominantes, brutales y limitados, han salvaguardado la amabilidad y la ternura. De ahí lo acertado de la frase de Aragón: «La mujer es el futuro del hombre», en el sentido de que toda la civilización humana debe integrar las potencialidades de amor y afecto de lo femenino. Tal vez las mujeres estén mejor preparadas para unir complementariamente lo sensible y lo racional. ¡Que el hombre siga siendo hombre, pero que se feminice! ¡Que la mujer siga siendo mujer, pero que se masculinice! Que cada uno posea y asuma su propia fuerza y su propia fragilidad.

Además, en esta época nuestra en que los conocimientos están cada vez más dispersos y compartimentados, las mujeres quizás estén más preparadas que los hombres para captar la complejidad de los grandes problemas de la vida personal y colectiva. Vivimos, más que nunca, en un tiempo en que la forma de conocimiento propia de las empresas masculinas conduce a la ceguera (por incapacidad de concebir lo complejo y lo global) y a la barbarie. La civilización necesita una potente inyección de feminidad.

5.La relación estética

La reforma de vida también debe desarrollar un componente estético, esencial para vivir poéticamente. La vida práctica puede y debe comportar una dimensión estética en los objetos, los instrumentos, los servicios de mesa, la decoración de las casas y los lugares de trabajo. El progreso del sentido estético permitiría expulsar la publicidad que degrada los barrios históricos de las ciudades y las carreteras, y apreciar, en cambio, los anuncios que buscan una calidad artística. Aunque las imágenes de las películas contienen una estética que perciben amplias capas de la población, a menudo éstas están privadas de las emociones sublimes que proporcionan las grandes obras de arte (novela, poesía, música, pintura, escultura). Sin embargo, el cine ha producido obras maestras llenas de humanidad; en el momento en que escribo este texto, una de estas obras es la película *Biutiful*, de Alejandro González Iñáturri. La reforma de vida implica todo un proceso para

desarrollar el sentido estético virtual en el niño, de manera que lo conserve cuando sea adulto. La amplia difusión de música clásica entre los niños de las villas miseria de Venezuela no sólo les aporta el descubrimiento de emociones, sino que les devuelve el sentido de su dignidad y su valor personal. El canto debe practicarse lo más a menudo posible, ya que sustenta una dulce poesía en nuestras almas.

Asimismo, a la luz de nuestros conocimientos actuales sobre astronomía, debemos regenerar nuestra relación con el cosmos, ese universo gigantesco e increíble en el que hemos surgido y en el que descubrimos la pequeñez de ese tercer planeta (el nuestro) que gira alrededor de un sol de suburbio dentro de una galaxia periférica. A la luz de la ecología, debemos regenerar nuestra relación con la naturaleza e integrarla dentro de una conciencia de pertenencia a la Tierra-Patria. La relación con la naturaleza se magnifica, sin duda alguna, con la emoción contemplativa de paisajes, mares, montañas nevadas, pero puede cultivarse en una relación de cuidados y de placer a través de la jardinería. Por lo demás, el cuidado de las plantas de interior, de balcones, terrazas y jardines privados, la preocupación paisajística que se manifiesta en las residencias secundarias traducen una aspiración por recuperar una relación íntima, y hasta ancestral, con la naturaleza, siendo el jardín, como se ha dicho muy bien, «un cosmos en miniatura». En esta relación doméstica con la naturaleza, podemos liberar un aspecto reprimido de nuestra propia naturaleza.

También podemos recuperar una relación de complicidad con nuestro propio cuerpo, que reclama relajación, cuidados, caricias, y también danza y movimiento. Despertar y estimular de nuevo nuestros cinco sentidos con los placeres y las alegrías de la mirada, el oído, el olfato, el tacto y el gusto.

La relación estética no debe considerarse un lujo. Nos conecta con lo mejor y lo más sensible de nosotros mismos. Nos entrega un mensaje de autenticidad sobre nuestra relación con los demás, con la vida y el mundo. Nos proporciona la ocasión de maravillamos, nos ofrece momentos de felicidad. Esta capacidad no puede sino ayudarnos a resistir la crueldad de este mundo y la barbarie humana.

Lo mismo puede decirse del juego, que tan bien ha categorizado

Roger Caillois[81] y que Johan Huizinga ha definido correctamente como «provisto de un fin en sí, acompañado de tensión y alegría, y de una conciencia de ser distinto de lo que uno es en la vida corriente.[82] El juego no es un ocio secundario, es una de las maneras de vivir poéticamente.

La reforma de vida comportaría una aspiración a los estados de trance que encontramos en todas las grandes emociones estéticas y lúdicas, en todos los entusiasmos, todas las exaltaciones, todos los ardores amorosos y festivos que nos acercan al éxtasis. Son esos estados de trance, llenos de intensidad poética, los que dan la sensación de vida verdadera. En ellos nos perdemos para mejor reencontrarnos, en ellos nos reencontramos perdiéndonos. El éxtasis es el estado límite, bienaventurado, al que nos conduce el estado de trance que, entonces, se convierte en principal. Pero para evitar el riesgo de adicción a una sola fuente de placer o de éxtasis, es preciso mantener una pluralidad de aspiraciones, de deseos y emociones.

La reforma de vida debe abordar el problema complejo de la diversión. La diversión, en el sentido pascaliano del término, se aplica a todo lo que nos distrae de nuestros problemas fundamentales, entre ellos la muerte. Y se puede decir que uno de los efectos de las diversiones (juegos, goce estético, erotismo, etc.) es desviarnos de la conciencia de nuestro destino mortal. Pero esas mismas diversiones nos proporcionan, también, ciertas emociones poéticas de la vida, y, por lo tanto, son portadoras de verdades humanas, y no sólo de desviación de lo esencial. Pascal, aunque fue el pensador más complejo de lo humano en nuestra cultura, no percibió esa otra faceta de la diversión que lleva en sí la poesía de la vida.

La conciencia de que «la verdadera vida está ausente» ha aparecido por doquier. Por todas partes se manifiestan inconstantes deseos de reformar la vida, aspirando a vivirla de otra forma, a través del deseo de vivir mejor con uno mismo y con los demás, a veces, a través de la renuncia a una vida lucrativa por una vida de autorrealización, así como en la búsqueda de armonía con el mundo que puede manifestarse en la atracción que ejercen el budismo zen, las sabidurías orientales e, incluso, hasta en la búsqueda de la alimentación biológica.

Esta aspiración a vivir «de otra forma» se manifiesta de muchas maneras, y asistimos por doquier a una búsqueda a tientas de la poesía de la vida (amores, fiestas, aventuras, *rave parties*, etc.)

En este contexto, las vacaciones son un antídoto, reparten su tiempo entre una vida urbana a la cual están sometidos, con sus limitaciones y sus obligaciones, y una vida de fin de semana o de vacaciones, durante la cual se desprograman, escapan a la cronometría, abandonan el atuendo urbano por una ropa más rústica, o incluso por la desnudez, y viven libremente: el Club Méditerranée es un ejemplo de esa utopía concreta de una vida liberada incluso de la moneda (evidentemente hay que pagar por adelantado para vivir allí sin dinero...). Según Gauss, el contraste es tan fuerte como el que viven los esquimales que alternan una religión de verano y una religión de invierno, con dioses diferentes según las estaciones. Es como si también nosotros venerásemos unos dioses diferentes en función de los periodos de la semana o del año. Pero la reforma de vida requiere más que una alternancia: requiere una alternativa. Deberíamos cambiar de vida, integrando permanentemente algunas de las virtudes que nos aportan nuestras vacaciones y nuestros ocios.

El turismo también se explica por la necesidad de huir durante un tiempo de la prosa de la vida. Pero es absorbido por las agencias, que organizan unos *travels* estandarizados, cronometrados, unos contactos exclusivamente folklóricos con las poblaciones que, a pesar de contar con la ventaja del cambio de ambiente, contienen los vicios de aquello de lo que se huye. No obstante, está empezando a haber una reacción: cada vez se opta más por las casas rurales en lugar de por hoteles separados de la población, se practica el agroturismo en Italia, Portugal, España o Brasil; han aparecido nuevas formas de turismo: «Naturaleza y tradición», unos viajes que son peregrinaciones (al desierto), «viajes responsables» organizados por la agencia Thomas Cook, que hacen participar al turista en un programa de reforestación de la región visitada, etc. El nuevo turismo busca emociones estéticas, pero también una experiencia de vida en el encuentro con el extranjero, al que descubrimos como diferente y a la vez parecido a nosotros, especialmente en las culturas tradicionales y entre los pueblos indígenas. El turismo de festivales permite una participación

profunda en las grandes obras musicales o teatrales. El turismo globalizado (ochocientos millones de desplazamientos internacionales en el año 2005) es, a la vez, evasión y toma de conciencia planetaria.

El turismo debería dedicarse no sólo a la evasión, sino también a la comunicación; permitirnos abandonar nuestra casa, y también encontrarnos en casa mientras estamos en el mundo.

Sabemos que el bienestar material no garantiza la felicidad. Como dijo un editorial de Survival International, «los multimillonarios más ricos del mundo no son más felices que cualquier pastor masai de Kenia». La reforma de vida, aunque aporte una buena vida, no proporciona por sí sola la felicidad. Los momentos de felicidad pueden surgir de forma inopinada: contemplando el vuelo frenético de unas golondrinas o escuchando de pronto una música que nos gusta. Los periodos de felicidad, por su parte, sólo se producen gracias a una conjunción afortunada de unas condiciones externas (lugar y tiempo) con unas condiciones internas. La reforma de vida no puede crearlas, pero puede asegurar ciertas condiciones internas que aporten serenidad e intensidad y que eliminen odios, rencores, celos. No puede suprimir la infelicidad, que es el precio que se paga por la felicidad desaparecida y el amor perdido. Pero la reforma de vida nos permite vivir «bien», es decir, estar intensamente presentes para el mundo, para los demás y para los nuestros.

El sufrimiento es el precio que debemos pagar para vivir. Pero ese precio sólo se puede soportar si podemos acceder a la poesía de vivir.

Por otra parte, una gran desgracia puede convertirse, en ocasiones, en fuente de «resiliencia» (según la expresión de Boris Cyrulnik) y ser el origen de una felicidad inesperada. Como nos indica la fórmula de Beethoven, «*durch Leiden Freude*», hay un camino que lleva del sufrimiento a la alegría. También sucede a veces que la felicidad se ofrece por sí sola a quien sabe ofrecerse.

Más profundamente, la reforma de vida subordinaría la felicidad a la calidad poética de la vida. En este sentido, «la poesía es un artículo de primera necesidad», explica Nicanor Parra. Vivir poéticamente comporta innumerables felicidades hechas de comuniones, admiraciones, alegrías, y, a veces, éxtasis.

Por último, las edades de la vida deben ser, al mismo tiempo, reformadas y reformadoras de nuestras vidas. Al pasar de una edad a otra, todos deberíamos conservar las virtudes de la edad anterior: la curiosidad insaciable de la infancia, las aspiraciones infinitas y las rebeliones de la adolescencia, la conciencia de las responsabilidades de la edad adulta; si la vejez conservase las cualidades de las edades anteriores, tendría la posibilidad de exprimir todas las experiencias vividas. Pasando de una edad a otra, podremos cultivar el amor debido a los padres, a los amigos, a la compañera o compañero y a los hijos.

La reforma de vida no puede eludir ni esclarecer el misterio de la vida ni el enigma del universo, pero nos enfrenta poéticamente a ese misterio y a ese enigma. Tampoco puede hacer desaparecer nuestros miedos y nuestras angustias, pero enseña a vivir con ellos aplicándoles antídotos: la participación en el destino colectivo, el vínculo afectuoso con los demás, el amor. Es el Dr. Love quien cura a Mr. Hyde.

Hay mil esbozos de la reforma de vida, de la aspiración a la buena vida para escapar del malestar que ha producido la civilización del bienestar material, para practicar la convivialidad, pero esos esbozos aún no están conectados entre sí. Sin embargo, considerando el conjunto de esos elementos que, por separado, parecen mínimos, se percibe que la reforma de vida está inscrita en las posibilidades de nuestro devenir.

La experiencia de las comunidades

Se han creado muchas comunidades para vivir de forma alternativa. Las comunidades monásticas, cristianas o budistas, se constituyeron para abandonar la vida profana y dedicarse cada una a su credo. Las comunidades del Arca, creadas en 1948 por Lanza del Vasto después de su encuentro con Gandhi, combinan un aspecto religioso, abierto y sincrético, con una reforma psíquica y espiritual; practican la no violencia en todos los aspectos de la vida; entrañan plegarias, cantos, danzas y fiestas, jardinería, conocimiento de uno mismo, profunda reflexión espiritual.

Las comunidades basadas en una convicción religiosa han existido y existen todavía. En cambio, las comunidades laicas basadas en el deseo de una nueva forma de vida, de una «verdadera vida», sólo han durado un tiempo. Sucedió con las «comunas»

californianas y con los *kibutz* israelíes.

Los fracasos de las tentativas comunitarias no son sólo debidos a la huella cultural de la sociedad burguesa en su entorno, sino también, muchas veces, a la dificultad, e incluso a la incapacidad, de afrontar la relación con los demás a través de la comprensión, la humanización de las emociones y el respeto democrático.

La experiencia del Monte Verita fue interesante, sobre todo, porque tradujo la realización temporal de la gran aspiración a la armonía que nace y renace en la civilización occidental. En la Alemania entregada a una rapidísima industrialización y urbanización, a finales del siglo XIX, algunos hombres y mujeres partieron hacia la Suiza italiana y se instalaron en una colina a orillas del lago Mayor. Bautizaron el lugar con el nombre de «Monte Verita». Buscaban (ésa era su expresión) una reforma de vida que comportase una reforma del alma, del espíritu y del cuerpo. Vivieron en comunidad, rechazando la propiedad privada, se vistieron con togas, practicaron la jardinería, la danza y las bellas artes. La experiencia tenía la ambición de reformar las relaciones familiares y las sociales, eliminar la autoridad dogmática, emancipar a la mujer y estar en comunión con la naturaleza. Se instituyeron unas reglas higiénicas, especialmente para la alimentación y el vestido; se practicó la artesanía. La experiencia duró algunos años, pero se rompió por disensiones internas y porque estalló la guerra de 1914.

La comunidad de Cristiania, un barrio de Copenhague, empezó a funcionar en el año 1971 y se ha mantenido a pesar de todas las vicisitudes, la lucha contra la droga y los diversos conflictos; aún dura, y subsiste gracias a su economía artesanal.[83]

Más amplia fue la experiencia de Auroville,[84] en India, que se fundó inspirada en la filosofía de Aurobindo y cuyos participantes fueron seleccionados por «la Madre», la viuda de Aurobindo. Se creó una verdadera ciudad basada en principios comunitarios. Tras algunas dificultades y fracasos parciales, la experiencia continúa. A pesar de poseer algunos aspectos negativos, sigue siendo un éxito, sin duda porque ha perdurado una fuerte base filosófica común.

Los microcosmos de reforma de vida sobre una base exclusivamente secular han demostrado ser frágiles. Creemos que los fracasos se deben a que no ha tenido lugar una reforma personal

de los participantes que comporte la pacificación de las pulsiones y las emociones, ni se ha llevado a cabo un aprendizaje para el conocimiento de uno mismo y la comprensión del prójimo, por lo que surgen malentendidos, incomprensiones y peleas que acaban en separación; estos fracasos también pueden atribuirse al aislamiento de cada una de esas experiencias de vida, a la ausencia de una conjunción y relación de solidaridad con otras reformas similares.

La aspiración a la reforma de vida es la expresión de una aspiración a la armonía que atraviesa la historia de la humanidad y que se ha expresado en los paraísos, las utopías, las ideas libertarias, comunistas o socialistas, las «comunas» californianas, las explosiones juveniles de mayo del 68, etc.; renacerá sin cesar bajo otras formas, siempre con las mismas aspiraciones a la autonomía, a la comunidad y a vivir poéticamente.

Esa aspiración será cada vez más amplia y profunda en las sociedades tecnificadas, industrializadas, occidentalizadas, sobre todo si son asoladas por crisis y desastres. Pero no puede desarrollarse una reforma de vida si no se inician correlativamente las otras reformas, como ha reconocido muy bien la Asociación francesa «Transformation personnelle-Transformation sociale». La reforma de vida es indisociable de una regeneración ética, a su vez indisociable de una regeneración del civismo, a su vez indisociable de una regeneración democrática, a su vez indisociable de una regeneración de la solidaridad y de la responsabilidad, y todo ello inseparable de un proceso complejo, humano, social, político e histórico, que comporta una reforma del hábitat, del consumo y de la educación. La reforma de vida podría tener un alcance considerable en todos los problemas económicos y sociales. Patrick Viveret lo dice muy acertadamente: «La dureza de corazón y el dolor de vivir, no la escasez de recursos físicos y monetarios, son el origen de la mayoría de los problemas [...] ecológicos, políticos, culturales, sanitarios y sociales.» Naturalmente, a esta formulación se le puede dar la vuelta y afirmar que las reformas ecológicas, políticas, culturales, sanitarias y sociales contribuirían a la reforma de vida y a mejorar la calidad de vida.

Aunque sea indisociable de incentivos externos, la reforma de vida es una aventura interior; aunque sea indisociable de procesos sociales y colectivos, la reforma de vida es un proceso personal.

Todos debemos buscar aquello que es importante y necesario para nosotros, todos debemos encontrar el camino de nuestra regeneración.

Hablar de regeneración no puede conducir a la ilusión de un retorno al pasado, como si hubiese que olvidar (en las ambivalencias de la evolución histórica) las aportaciones positivas de la modernidad que vale la pena conservar y desarrollar. Hay que pensar, ya lo hemos dicho, en dar algún rodeo por el pasado. Pero, sobre todo, el término «regeneración» significa una vuelta a las fuentes generadoras, es decir, creadoras. Podremos acceder a una reforma de vida, a un tiempo producida y productora, a través de un desarrollo/involución humano, creador de una nueva civilización.

Capítulo 2
LA VÍA DE LA REFORMA MORAL

LA virtud sólo se puede enseñar y aprender a través de la amistad o del amor entre hombres verdaderos o de calidad, y frecuentando a los dioses que están dentro de nosotros.

FRIEDRICH SCHLEGEL

Los imperativos morales están presentes tanto en las grandes religiones universalistas como en el humanismo laico. Pero las religiones que han propugnado el amor al prójimo han desencadenado mucho odio, y las religiones de amor han sido capaces de las peores crueldades. El humanismo laico no ha podido disponer nunca de la autoridad de la religión, y su universalismo moral ha conocido muchas carencias y cegueras.

Parece, pues, que vale la pena replantearse la moral, y es de esperar que su reforma pueda volver a colocarla en el corazón de la subjetividad humana, aunque de un modo nuevo.

La noción de sujeto se define como la autoafirmación egocéntrica de un «yo» que se sitúa en el centro de su mundo de forma exclusiva (nadie puede decir «yo» en mi lugar), es decir, ser sujeto implica un principio egocéntrico que da prioridad al yo sobre toda otra persona o consideración. Pero, al mismo tiempo, todo sujeto lleva en sí un principio de inclusión en un «nosotros» que lo incita a integrarse en una relación comunitaria y de amor con los demás, con los «nuestros» (familia, amigos, patria), y que aparece desde el nacimiento con la necesidad vital de apego del recién nacido. Este principio de integración puede llevar al sujeto hasta el sacrificio de su vida en aras de ese nosotros. El ser humano se caracteriza por ese programa doble: el uno lo lleva al egocentrismo, a sacrificar a los demás; el otro lo lleva a sacrificarse por los demás,

al altruismo, a la amistad y al amor. Nuestra civilización tiende a favorecer el programa egocéntrico. El programa altruista y solidario está presente, sin duda, pero muchas veces se halla inhibido o dormido. Puede despertar. Es ese programa el que debe estimularse mediante la reforma ética.

En virtud de la trinidad humana: individuo/sociedad/especie, hay que concebir una ética en tres direcciones.

1. LA ÉTICA INDIVIDUAL

La ética individual requiere la integración, en la conciencia y la personalidad de cada uno, de un principio de autoexamen permanente, pues, sin saberlo, nos mentimos y nos engañamos constantemente. Modificamos los recuerdos a nuestro antojo, nuestra visión de nosotros mismos y de los demás es pervertida por el egocentrismo. Si queremos la reforma moral, no podemos prescindir del autoexamen y la autocrítica. Pero creemos que la solución a nuestros males psíquicos y morales depende exclusivamente de otros, de psicoterapeutas o de psicoanalistas. Indudablemente, los otros nos son imprescindibles para conocemos, pero sólo el autoexamen permite integrar la mirada del otro en un esfuerzo permanente, destinado a comprendernos mejor con nuestras carencias, nuestras lagunas y nuestras debilidades.

Es curioso que mostremos una plena comprensión de los demás en el mundo imaginario y estético de la novela, el teatro y el cine. En ese contexto, somos capaces de comprender a personajes totalmente alejados de nosotros, que viven en mundos exóticos, o a seres ambiguos, a veces criminales, como el «padrino» de la película de Francis Ford Coppola o los personajes de Shakespeare. Comprendemos la desdicha del oprimido, la desesperación del abandonado, entendemos a un vagabundo como Charlot. Pero, cuando volvemos a la vida corriente, perdemos nuestra capacidad de comprensión, nos apartamos del vagabundo y ya sólo consideramos el aspecto criminal de aquél cuya complejidad entendíamos en el teatro o el cine. En la vida cotidiana no damos muestras de la comprensión que somos capaces de sentir en la ficción.

La reforma moral debe, pues, desarrollar prioritariamente el autoexamen permanente y la aptitud para entender a los demás. Evidentemente, debe ir acompañada de la reforma de la educación y la reforma de vida, que deben, a su vez, combinarse con las otras

reformas.

2. LA ÉTICA CÍVICA

Es la ética del ciudadano que debe asumir sus deberes para con la colectividad en la sociedad dentro de la cual goza de derechos.

3. LA ÉTICA DEL GÉNERO HUMANO

Si la ética universal respecto a todos los hombres parecía algo abstracto antes del advenimiento de la era planetaria, ahora, la comunidad de destino de todos los seres humanos la ha convertido en algo concreto. Todo el mundo puede actuar hoy por el bien de la humanidad, es decir, contribuir a la toma de conciencia de la comunidad de destino de todos los humanos, e inscribirse en ella como ciudadano de la Tierra-Patria.

Capítulo 3
LA FAMILIA

ANTES, la familia reunía en una misma casa a tres generaciones bajo la autoridad de un padre patriarca; se debía respeto a los ancianos y a los padres. Ciertamente, había animosidades reprimidas y frustraciones dolorosas, pero la familia unía a los numerosos hermanos y hermanas, a los tíos, tías, primos y primas, formando una red de solidaridad y ayuda mutua. Los matrimonios eran alianzas entre familias decididas por los padres. Esta familia amplia se ha desintegrado en Occidente, donde las familias numerosas, salvo entre algunos inmigrantes del Sur, han desaparecido.

La familia era una microsociedad que tenía funciones económicas, protectoras, solidarias, educativas e, incluso, religiosas. La guardería, la escuela, el hospital, el asilo, la condición de asalariado han quitado a la familia una gran parte de sus misiones tradicionales. Sus miembros dejan de estar incondicionalmente subordinados a la institución colectiva; ya no se sienten unidos irrevocablemente, y pueden romper con la familia por decisión individual.

Sobrevive la familia nuclear, constituida por la pareja y su progenie. Pero también la pareja está en crisis: el trabajo de las mujeres, los encuentros externos de cada uno de los esposos, el desarrollo exagerado de un individualismo desbocado, la libertad sexual, las incomprensiones y disputas socavan y terminan por destruir la pareja.

Jacques Lévine ha enunciado las patologías de la familia contemporánea: padres abusivos o débiles, a su vez fruto de padres abusivos y débiles, que, cuando se añaden a la miseria, el

alcoholismo y una escuela en crisis, se forman unos niños «desestabilizados» y unos adolescentes perdidos, presa de la rabia o la autodestrucción.

Lo que une a la pareja ya no es la alianza entre dos familias. El amor es, ahora, lo que crea y une a la pareja. Como la pareja nace y vive del amor, cuando el amor desaparece en uno de los dos cónyuges, la pareja se desintegra.

Pero si la pareja en crisis se desintegra, los individuos devueltos a la soledad, nostálgicos del amor y el hogar, encuentran una nueva pareja, se casan otra vez y desean tener un hijo de ese nuevo amor. Así, paradójicamente, el matrimonio, aunque esté en crisis, se convierte en la respuesta a la crisis de la soledad individual. Una pareja se reconstituye sin cesar, procrea un nuevo hijo, aunque éste esté sometido, a su vez, a las fuerzas renacientes de la separación y el divorcio. El amor perdido destruye la familia. El nuevo amor la hace renacer. El infierno familiar se autodestruye, pero la necesidad de refugio reconstruye un nuevo nido. La familia muere y resucita continuamente.

La emancipación de las mujeres gracias al trabajo fuera del hogar ha puesto en crisis el sistema familiar tradicional, que comportaba la presencia nuclear de la madre en casa. Se efectúan reestructuraciones: el hombre asumirá una serie de tareas domésticas reservadas antiguamente a la mujer (lavar los platos, cambiar a los niños, llevarlos de paseo). Así, asistimos a una relativa democratización de la organización familiar. Como la sociedad, pero con un retraso significativo, la familia pasa insensiblemente del modelo autoritario al modelo igualitario hombre/mujer y, en la relación padres/hijos, del modelo de la obediencia al modelo de la tolerancia.

Tienen lugar separaciones sin odio de parejas en las que puede subsistir un fuerte vínculo afectivo, lo que permite que los hijos de los diferentes matrimonios confraternicen. Además, están los abuelos jubilados que tienen en su casa a los nietos durante las vacaciones de los padres y que vuelven a ejercer de abuelitos.

Aunque el padre es menos padre y la madre es menos madre, la *imago*, es decir, el poder mítico del padre y la madre sigue estando muy presente en los niños. Freud indicó que, incluso cuando el padre real es débil, el niño alimenta una imagen fuerte de él y

puede sufrir por su falta de autoridad. Incluso en el caso de las madres de alquiler, de la donación anónima de esperma, de la ausencia de padre y madre reales, existe una necesidad fundamental de padre, de madre, de familia. Las parejas homosexuales, masculinas o femeninas, asumen plenamente, desde el interior, incluso en versión doble, la condición de padre y de madre.

La familia tradicional inhibía los conflictos. Su estabilidad se basaba esencialmente en la autoridad. Evidentemente, había hijos y esposas frustrados en sus aspiraciones, pero la sacralidad de la familia permitía renunciar a ellas, salvo casos extremos de jóvenes que abandonaban la familia y eran ipso facto malditos y desheredados. Los conflictos han surgido con el inicio del declive de la familia tradicional. El «Familias, os odio» de André Gide está formulado en un mo mentó en que la familia empezaba a debilitarse. Pero, hoy en día, después de la crisis de la familia y de la familia como respuesta a la crisis del individualismo, la necesidad de familia haría desear un «¡Familias, os tengo!».[85] Perder el vínculo con la familia constituye una pérdida irreparable.

Por otra parte, fuera de la familia de sangre, se crean familias electivas de hermanos y hermanas por afinidad, de padres espirituales y de madres elegidas, e incluso de abuelos adoptivos.

Es más, nuestra psicología necesita la sustancia maternal y paternal. Esta se expresa míticamente en el apego a la patria, un término bisexuado que en Francia, como en España, nos hace hablar de la madre patria, mientras que en Alemania se denomina *Vaterland* (tierra del padre). Los humanos, sin renegar de la maternidad-paternidad de su patria, podrían encontrarse y unirse en la pertenencia a la Tierra-Patria.

La familia tradicional estaba sacralizada no sólo por su inscripción en la religión (bautismo, matrimonio, entierro), sino también como pilar modelo de toda vida social.

Es imposible, por supuesto, restaurar la antigua sacralidad de la familia, pero se podría instaurar una nueva sacralizando el amor, que es lo que une a las parejas modernas y a los padres con sus hijos.

Esa sacralización requiere una reforma de vida y del pensamiento. Los venenos de la relación conyugal, así como los de la relación padres/hijos, son la incomprensión y la barbarie

emocional que el individualismo contemporáneo provoca más que controla. De ahí las disputas, peleas y rupturas que minan el terreno (que hubiera debido ser sólido) del afecto y del amor; de ahí las relaciones detestables y los conflictos incesantes que hemos mencionado antes. La reforma de la enseñanza, que debería comportar unas clases de educación para la comprensión humana desde la escuela infantil (implicaría el desarrollo de la comprensión de uno mismo a través del autoexamen y la autocrítica), así como la reforma de vida, que implica la humanización de las emociones y la comprensión de los demás, es imprescindible para la sacralización del amor y de la comprensión. El amor sacralizado no es, en absoluto, el amor posesivo, ni el amor alucinado de la intoxicación amorosa, ni el capaz de transformarse en odio destructivo si se cree engañado, sino el amor oblativo que crea un verdadero nosotros.

La reforma de vida requiere una verdadera educación para el amor, capaz de dominar la posesividad amorosa, de resistir a la intoxicación amorosa, de reconocer la superficialidad del amor pasión, del amor ingenuo que toma cuerpo a partir de las apariencias, sin esperar a ver la cara oscura que todos, como la Luna, poseemos.

Si la relación padres/hijos debe basarse en la comprensión y el respeto mutuos, la responsabilidad de los padres no puede ser escamoteada, y es preciso, en los casos cruciales, asumir la autoridad. Pero la autoridad contemporánea de los padres sólo puede renacer dentro de una ética de vida y de honor que susciten respeto y deseo de imitación.

La laicidad va acompañada de la pérdida de la fe en la revelación divina. Pero la necesidad de comunión y de comunidad, de fe y de sacralidad sigue existiendo en el universo laico. Es esta necesidad la que puede alimentar una nueva sacralización de la familia a través de la confianza, el amor y la comprensión.

Capítulo 4
LA CONDICIÓN FEMENINA

LOS géneros masculino y femenino, en los *Homo sapiens*, manifiestan su diferencia no sólo a través de los órganos sexuales, sino también a través de rasgos sexuales secundarios (barba masculina, pecho y caderas femeninas) y por un ligero dimorfismo en la altura. No obstante, cada sexo, como hemos visto, lleva en sí de forma recesiva o atrofiada los caracteres del otro sexo (pezones masculinos, clítoris femenino). Probablemente, los caracteres socioculturales propios de la condición masculina (caza, guerra, poder) son los que han desarrollado más el hemisferio cerebral izquierdo que es el del análisis, la distinción y las disyunciones, a expensas del derecho; y son las condiciones socioculturales femeninas las que han desarrollado menos ese mismo hemisferio, pero han desarrollado más el derecho, que es el de la aprehensión global, la intuición y la empatia.

Las condiciones de vida de la humanidad han tenido una base cultural común (el lenguaje) y dos bases culturales complementarias. Las sociedades arcaicas son sociedades de cazadores recolectores: los hombres se han especializado en la caza, la fabricación de armas y herramientas, el trabajo de los metales. Además de los cuidados maternales y las tareas del hogar, las mujeres se han especializado en la recolección de plantas y frutas, en la búsqueda de forraje y en las labores de tejido y alfarería. La civilización humana se basa esencialmente en esa complementariedad cultural, pero no en la primacía de la caza.

De hecho, la unidad social arcaica es el producto de la conjunción de la bioclase masculina y la bioclase femenina, pero el poder «político», si no está centrado en un jefe único, se halla bajo

la autoridad masculina de los ancianos y de dos o tres individuos dominantes, chamanes o jefes guerreros.

En estas sociedades ciánicas, la función de esposo y la de padre están disociadas: es el hermano de la madre, el tío, quien ejerce de padre.

Luego, la dislocación del clan da lugar a la familia. El esposo se convierte en padre y tiende a usar y abusar de su autoridad, de ahí, la prohibición del incesto, que le impide copular con sus hijas, destinadas a un intercambio exógeno.

En estas sociedades tribales de nómadas guerreros se refuerza el poder único de un jefe, y una contaminación sanguínea unifica la legitimidad del poder del padre con la legitimidad del poder del jefe. En la mayor parte de sociedades históricas que emergen en Oriente Medio, India, China, México y los Andes, con una organización jerárquica que se impone a miles o millones de individuos, aparecerán los reyes o emperadores divinizados, encamaciones supremas del poder masculino, que no excluye, aunque de forma minoritaria, la omnipotencia de ciertas reinas.

Las sociedades históricas, en su mayoría, han impuesto el poder masculino sobre las mujeres, las han sometido, encerrándolas en el hogar o en los gineceos, y, en algunos casos, prescribiendo la poligamia. Ciertas religiones, incluso, han atribuido el sometimiento de la mujer a la voluntad divina.

Naturalmente, mediante el encanto, la seducción y la voluptuosidad, la mujer sometida ha logrado a veces someter a su feroz represor; es frecuente que, en una familia sometida al padre, el amor y el respeto de los hijos por la madre perduren en la edad adulta, y es frecuente que la mujer dominada empíricamente se convierta en adorada y sacralizada míticamente.

En la edad moderna del Occidente europeo, la diferencia entre el universo masculino y el femenino permitirá un maravilloso florecimiento en el seno de una cultura esencialmente femenina. Mientras el mundo masculino aristocrático se concentra cada vez más en las actividades guerreras e industriales, y el mundo masculino burgués se concentra cada vez más en el comercio y el lucro, surgen mujeres que organizan una isla cultural en sus salones, donde reciben a escritores, poetas y músicos que, desdeñando la guerra y los negocios, viven dedicados a la estética y

al pensamiento. Cuanto más bárbaro e inhumano es el mundo masculino, más la cultura aristocrática y burguesa femenina fomenta las obras que transmiten sensibilidad y belleza. En la época romántica, se da una estrecha simbiosis entre la cultura femenina y la de los geniales poetas adolescentes que, desde la musa del Atheneum hasta Lou Andreas Salomé, adoran y veneran a su Diotima.

El siglo XIX, cuando se inicia la conquista del mundo por la viril barbarie europea, es el momento en que la cultura femenina-adolescente-estética se convierte en el caldo de cultivo en el que nacen las obras maestras incomparables de la poesía romántica y la música.

Más tarde, el mensaje humanista y universalista de la Ilustración y del año 1789 es reivindicado por el movimiento feminista que emerge en los países anglosajones. Dicho mensaje, que reclama para las mujeres los mismos derechos que tienen los hombres en todos los campos, políticos y profesionales, se desarrolla, se generaliza y desemboca, durante el siglo XX y en una serie de países occidentales, en el derecho al voto de las mujeres y su acceso aún limitado a algunas carreras, reservadas hasta entonces a los varones. El feminismo encuentra su expresión más cabal en el beauvoirismo, que liberó a la mujer del bovarismo, pero también halla en él sus límites, pues habrá que esperar al Women's Lib y a las neofeministas de la década de 1960 para que la reivindicación de la igualdad vaya acompañada de la afirmación de la diferencia.

Los propios excesos de ese neofeminismo, que exalta la superioridad de la mujer, contienen una parte de verdad. A la civilización occidental le sobra testosterona y le falta foliculina. Las cualidades de amor y de ternura, las virtudes de hijas-hermanas-esposas-amantes deben impregnar al género masculino sin por ello disolverlo. Sí, la mujer es, efectivamente, el futuro del hombre...

Está claro que en el Occidente europeo la evolución de las costumbres ha debilitado las prohibiciones que la férula del catolicismo imponía sobre las mujeres. Pero el retorno de lo religioso en una gran parte de las regiones del mundo y el auge de los integrismos tienden a inhibir y a retrotraer un proceso de emancipación que ya se había iniciado, como en Argelia. Aunque todavía queda mucho por hacer (aún subsisten muchos «prejuicios»

machistas en las mentes y en los comportamientos; todavía hay muchas mujeres maltratadas y esclavizadas), podemos decir que la condición femenina ha cambiado en Occidente. Pero en el conjunto del planeta estamos muy lejos de lo que sería deseable, y, por lo tanto, la reforma de vida debe comportar la reforma de la condición femenina.

Marx y Engels veían en las sociedades arcaicas un comunismo primitivo que podía considerarse como el preludio o el anuncio del comunismo con el cual, supuestamente, la civilización humana llegaría a su plenitud. Es cierto que muchas sociedades arcaicas que aún sobreviven (véase el capítulo «Los pueblos indígenas»), especialmente en la Amazonia, dan un ejemplo de comunidad humana donde existe complementariedad entre la cultura masculina y la femenina, donde aún no se ha instaurado el sometimiento de la parte femenina de la humanidad que sí se produjo en las sociedades históricas. Deberíamos tender a una vuelta a esa complementariedad/comunidad arcaica de lo masculino y lo femenino, pero a escala mundial.

Capítulo 5
LA ADOLESCENCIA

ENTENDEMOS que la adolescencia es la edad sociológicamente situada entre el nido protegido de la infancia y la entrada de los adultos en el mundo profesional. Reducida a la mínima expresión en las civilizaciones donde los niños trabajan desde muy pequeños sin que haya discontinuidad sociológica con la vida adulta, la adolescencia se ha desarrollado en el mundo occidental con la autonomía adquirida o conquistada sobre la familia, la prolongación de los estudios, y, actualmente, puede prolongarse hasta los veinticinco años o más. En la década de 1960, la adolescencia se constituyó como clase biosocial, desarrollando sus costumbres, ritos, vestimenta y música.

Es una edad en la que uno aspira a la plena existencia, desea una vida autónoma y comunitaria a la vez, espera y desespera, se rebela contra el orden social del mundo adulto, significa transgresión, tormentos, angustias y sueños.

El adolescente es el eslabón débil de la sociedad: sale de la infancia, aspira a la existencia plena, aún no está integrado en el mundo adulto del trabajo, y, en él, fermentan aspiraciones, revueltas y angustias. El adolescente es el eslabón de la cadena social en el que las debilidades del conjunto alcanzan el punto de ruptura.

Si, mediante su revuelta, la juventud de mayo del 68 creyó encontrar una respuesta a sus males fue porque tuvo fe en las promesas de otra vida, de otro mundo, de otra sociedad que le mostraban, como un espejismo, los maoístas, los trotskistas y otros promotores de la revolución. Ahora bien, en la actualidad las promesas revolucionarias se han derrumbado y la esperanza ha

desaparecido. La incertidumbre y la angustia pueden convertirse en males insoportables en un mundo sin futuro donde los individuos están atomizados. La heroína que se inyecta el adolescente «colgado» es la respuesta exasperada a la misma angustia que el adulto calma con somníferos. Así, unos fenómenos periféricos pueden revestir una significación central. El adolescente es portador de los problemas de nuestra civilización, aunque de una forma más intensa.

Entre los adolescentes, el crecimiento de las incertidumbres sobre el porvenir personal y sobre el futuro global de nuestras sociedades favorece una desesperanza que se convierte en un aumento en los intentos de suicidio y en un incremento en el consumo de drogas.

La adolescencia constituye el fermento necesario para toda sociedad. Está animada por el espíritu de aventura y por el de resistencia a la vez. Fue la que aportó más efectivos a la lucha contra la ocupación nazi en Francia. Su capacidad creativa se manifestó en la contracultura californiana (el movimiento *hippy*, el auge de las comunas), así como en el mayo del 68 francés. La adolescencia encama, frente a la resignación domesticada por la integración social, la aspiración milenaria de la humanidad a la armonía y a la felicidad. Se trata, pues, de reconocer la verdad humana de los «secretos de la adolescencia» (que tan poéticamente expresó Rimbaud o describió James Dean en el cine) y saber asociarlos con los «secretos de la madurez».

Así pues, la adolescencia es, a un tiempo, el eslabón débil (por su falta de inserción sociológica) y el eslabón fuerte (por su energía) de la cadena de nuestras sociedades.

Habría que saber utilizar la formidable reserva de buena voluntad adolescente y crear un servicio civil nacional para ponerla al servicio de las innumerables necesidades de solidaridad en nuestro país y allí donde fuera útil (en caso de catástrofes, como terremotos, inundaciones, etc.).

La adolescencia favorece la toma de riesgos y las transgresiones, y, por lo tanto, también la delincuencia. El reconocimiento del hecho de que la adolescencia constituye una edad plástica, en la que el individuo puede transformarse y reformarse, debe conducir a una política de prevención y de redención, no de represión. Las

medidas de apoyo y comprensión pueden disminuir, y hasta eliminar, la delincuencia juvenil, mientras que el encarcelamiento de los adolescentes encierra de por vida a los adolescentes en la criminalidad. El único remedio verdadero contra la violencia y la delincuencia juvenil radica en la comprensión, la benevolencia y el amor, que, en muchos lugares del mundo, sobre todo en los países del Sur, han inspirado iniciativas en las que la música, la danza, el teatro, la pintura, el deporte y los trabajos comunitarios abren vías para prevenir la delincuencia.

La guetización en los suburbios o las villas miseria, la ausencia de los recursos que proporcionaría un trabajo asalariado normal, la desorganización de la familia y la degradación de la vida en las barriadas periféricas, los conflictos entre las normas de sus familias y las de Occidente que experimentan los jóvenes inmigrantes, la ausencia del superyó de la identidad nacional en las mentes adolescentes, acompañada de una fuerte conciencia de rechazo que les induce a rehuir lo que los rechaza, la presencia local de bandas, la atracción del riesgo propia de la adolescencia, todo ello favorece una delincuencia que crea su propia economía: la economía de la droga, del robo, del trabajo en negro del que viven los propios adolescentes y también sus familias, que están en el paro.

No son únicamente las condiciones histórico-sociales las que incitan a la violencia y la delincuencia. También influyen unas condiciones psicológicas que, por lo demás, no son ajenas a las angustias y a las ingenuidades histórico-sociales. Como indica Daniel Favre, la hiperagresividad está correlacionada con la ansiedad, la depresión y el déficit de empatia.[86] La violencia proporciona satisfacciones narcisistas de poder sobre los demás y eso hace que se convierta en una forma de adicción.

La extensión de la delincuencia e, incluso, de la criminalidad entre los muy jóvenes en ciudades como Medellín ha obligado a tomar medidas saludables que han eliminado prácticamente la delincuencia juvenil (sin duda, no de forma definitiva). La iniciativa del alcalde de Medellín, Sergio Fajardo, que reunió para este fin fondos públicos y fondos privados, desembocó en la creación de una gran Casa para los niños y los adolescentes, abierta también a las madres de familias desfavorecidas, donde se imparte una enseñanza escolar, clases de informática y de Internet, clases de pintura, de

música, de danza y de deportes. También hay una biblioteca y una discoteca a disposición de los jóvenes y sus madres.

En Río de Janeiro, se implantó en el año 2001 el proyecto «Espaço Criança Esperança» en el complejo de favelas Cantagalo y Pavão Pavãozinho (Copacabana e Ipanema), donde había una total exclusión social y un elevado nivel de delincuencia juvenil ligada al tráfico de drogas. Fue nuestro amigo Jairo quien reunió fondos públicos y privados para construir, en el corazón de la favela, un gran edificio que dispone de los mismos recursos que el de Medellín, animado permanentemente con su presencia. Ha integrado a mil ochocientos niños y adolescentes. Allí, los jóvenes tienen la oportunidad de adquirir dignidad y ciudadanía a partir de actividades culturales y deportivas, una formación profesional, una conciencia comunitaria y una cultura de la paz. Varios de estos jóvenes han cambiado hoy, totalmente, su vida personal y familiar, han logrado cursar estudios universitarios, y se han convertido en ciudadanos.

En Venezuela, José Antonio Abreu, que es economista, político y director de orquesta al mismo tiempo, ha inventado El Sistema (coros y orquesta), que induce y exige disciplina, trabajo, escucha de los demás y responsabilidad. Para Abreu, que los niños practiquen la música es la mejor respuesta posible a la violencia de las bandas que ensangrientan los barrios más pobres, abandonados por los poderes públicos. De esta concepción, en 1975, nació en Caracas la primera orquesta de jóvenes, formada por doce niños de los barrios. Hoy se han creado innumerables orquestas en todo el país. Hay doscientos sesenta y cinco mil niños entre dos y dieciséis años integrados en El Sistema. Tras asistir a la escuela por la mañana, van todas las tardes a un centro de música donde estudian durante cuatro horas. En Venezuela existen doscientos setenta centros de este tipo llamados «núcleos». La enseñanza es gratuita, el método educativo es el mismo en todos: se trata de aprender a tocar juntos más que de alcanzar la perfección técnica.

El admirable director de orquesta Gustavo Dudamel es un producto puro de El Sistema. Simón Rattle, el director de la orquesta filarmónica de Berlín, ha declarado; «El futuro de la música clásica está en Venezuela.»

En Quebec se ha creado un dispositivo de prevención que

recurre a sanciones extrajudiciales para evitar el encarcelamiento de los adolescentes. En el caso de que el menor acepte esta medida extrajudicial, la víctima se reúne con él en presencia de un mediador para determinar conjuntamente la naturaleza y la duración de la sanción.

A pesar de que en Estados Unidos y en otros países la experiencia ha demostrado que la cárcel es una escuela que consolida la delincuencia y forma criminales, el gobierno francés ha agravado la represión, ha rebajado la mayoría de edad penal y ha creado unos tribunales de delito flagrante ante los cuales los menores, abrumados por los testimonios policiales, se presentan sin testigos.

El Ministerio de Educación debería experimentar implantando institutos para adolescentes vulnerables y peligrosos en las *banlieues*, y yo me esforzaré por contribuir a que esto sea una realidad.

Capítulo 6
VEJEZ Y ENVEJECIMIENTO

EL estatus de la vejez ha cambiado. En las civilizaciones tradicionales, los viejos son los «ancianos» a los que se respeta, cuya experiencia y sabiduría se reconoce. Pero las condiciones contemporáneas (técnicas, económicas y sociales) de la civilización occidental devalúan la experiencia del pasado; los conocimientos adquiridos por los ancianos aparecen como una ignorancia de lo nuevo. El anciano, antes respetado, se ha convertido en un pobre viejo que no sabe nada.

Antiguamente, los ancianos vivían bajo el techo familiar con los hijos y los nietos. La desintegración de la «gran familia» ha separado las generaciones. Las jóvenes generaciones ya no tienen sitio para los viejos en sus casas ni, a veces, en su corazón. Están demasiado absorbidos y llevan una vida demasiado acelerada. Los viejos viven separados de sus hijos, pero, en ocasiones, pueden recuperar a sus nietos cuando los padres están de vacaciones. Los que ya no ejercen ninguna actividad ven cómo, con el tiempo, sus amigos van desapareciendo, cosa que aumenta su aislamiento. La viudedad comporta, a menudo, un final triste de la vida. En casos de incapacidad, las familias se apresuran a meter a sus ancianos en un asilo. La soledad corroe a los viejos.

Los africanos, los magrebíes y los asiáticos se escandalizan por la forma en la que tratamos a nuestros viejos, consideran horrible nuestra falta de respeto y nuestra prisa por deshacernos de ellos, nuestro furor cuando se vuelven inválidos y nos estorban.

Hay distintos tipos de envejecimiento:

1. El envejecimiento sin patología invalidante, cuando las capacidades funcionales y las actividades mentales se conservan.

Incluso, a veces, se observa una creatividad liberada por la edad. Hay artistas como Turner o Beethoven que se liberan de las convenciones que habían aceptado en su carrera como adultos, y expresan sin cortapisas un mensaje aún más genial que el de sus obras anteriores.

2. El envejecimiento que comporta fragilidad, riesgos, reducción de ciertas capacidades adaptativas.

3. El envejecimiento «patológico» o mórbido, que se manifiesta diversa o simultáneamente mediante depresión, deterioro de la memoria, demencia y trastornos locomotores.

La prolongación progresiva del tiempo de vida favorece los dos primeros tipos de envejecimiento, pero también alarga artificialmente el envejecimiento mórbido en asilos, convertidos en hospitales para agonizantes.

La jubilación es ambivalente, según las profesiones ejercidas y según el estado de salud del jubilado. Es liberación para aquél que abandona un oficio penoso, que no le daba satisfacciones y que eventualmente podía ser peligroso, pero es deprimente para quien encontraba placer en sus actividades y a quien la inactividad y la soledad desmoralizan.

La cantidad de vida se gana, con frecuencia, en detrimento de la calidad. La centenaria Rita Levi Montalcini, que todavía se mantiene activa, dice: «¡Dad vida a vuestros días más que días a vuestra vida!»

Por eso las vías de una política de la vejez deberían fomentar y estimular todo lo que pueda mejorar la calidad física y psíquica de la vida de los ancianos. Habría que multiplicar, por tanto, los centros de asistencia geriátrica, no sólo en los hospitales, sino en las Casas de la solidaridad.

Señalemos, entre las iniciativas positivas para la vejez, la del APA (*allocation personnalisée d'autonomie*, subsidio personalizado de autonomía) que recibe en Charente a cinco mil doscientas personas y que permite llevar cuidados, ayudas y, eventualmente, comidas a domicilio. Se crean casas de acogida donde las familias que viven en el primer piso se ocupan de dos o tres personas ancianas, que residen en la planta baja. Existen talleres de prevención del envejecimiento cognitivo que acogen a los ancianos afectados por trastornos de la memoria o de la expresión.

Los esfuerzos para mejorar la calidad de vida de los ancianos necesitan la presencia humana más que aparatos automáticos. Por eso, uno de los deberes de los estados occidentales sería aumentar el personal, tan insuficiente, de las profesiones de solidaridad y convivialidad que los viejos necesitan más que otros sectores de la población.

Por último, recordemos que las Casas de la solidaridad y el servicio cívico de solidaridad que una política de civilización requiere permitirían un intercambio intergeneracional, tan vivificante para los unos como para los otros, y serían de una utilidad crucial para atenuar los desastres y naufragios del envejecimiento.

Capítulo 7
LA MUERTE

LO que sigue es válido para aquellos espíritus secularizados que no pueden creer en una vida más allá de la muerte.

Evidentemente, la pérdida de la fe religiosa en un más allá o la no creencia en la supervivencia individualizada en forma de espíritu o de alma[87] es lo que provoca el miedo a ser aniquilado como sujeto (como yo) y determina la angustia de muerte. Esta puede reprimirse con más o menos fortuna, pero vuelve en forma de angustia vital y queda fijada en diversos temas.

Es en estas condiciones que la modernidad occidental ha intentado disimular la tragedia de la muerte. Hasta la década de 1970, la muerte era un tema tabú, y las obras sobre la muerte apenas se vendían. La muerte fue expulsada de los domicilios: hace cincuenta años, el *80%* de los fallecimientos se producían en casa; en 2007, el 80% de los fallecimientos se producen en el hospital. Antes del funeral, el muerto se instala, vestido y maquillado, en un tanatorio, donde parece la máscara de un vivo. Eso no calma para nada el dolor de las familias o de los allegados, pero proporciona un camuflaje relativo a los signos externos de la muerte. Los entierros laicos siguen careciendo de un ritual y un ceremonial que permita dirigir un adiós sagrado al difunto. Un poco de música, un discurso de amistad y unas rosas echadas sobre el ataúd en la fosa tratan de llenar, de alguna forma, el vacío y el horror.

La muerte sigue siendo invencible, aunque el Cantar de los cantares afirme que el amor es tan fuerte como ella. La verdad es que el amor es muy fuerte, pero no puede vencer a la muerte. Lo que puede ayudar a soportar o a superar la angustia de la muerte, aunque no la elimine por completo, es la inscripción del «yo» vivo

en el «nosotros» de la comunidad amada. Comunión, fiesta, amor y felicidad infunden el ardor y la poesía que impiden que la muerte corroa la vida.

Además, la muerte, reprimida durante tanto tiempo, ha vuelto para pedirle al vivo que tome conciencia de su inevitabilidad y su misterio. La biología nos muestra que la vida lucha contra la muerte utilizando la propia muerte. Así, el ciclo ecológico de vida, llamado «ciclo trófico», es, al mismo tiempo, ciclo de muerte: desde el insecto vegetariano hasta el león predador, y desde el león predador hasta los insectos y los gusanos necrófagos que se alimentarán de su cadáver, así como de las raíces de las plantas que absorberán sus sales minerales, los seres vivos matan seres vivos para alimentarse, es decir, para vivir. Asimismo, todo ser multicelular, como el ser humano, vive de la muerte de sus células, reemplazadas por células nuevas para mejor luchar contra la muerte, y, así, regenerarse. Por eso, yo he completado la fórmula de Bichat, según el cual «la vida es el conjunto de las funciones que luchan contra la muerte» añadiendo: «... ayudándose, al mismo tiempo, con la muerte». No sólo la vida está presente en el mundo mortal: la muerte está presente en el corazón del mundo vivo. Sigue siendo nuestra enemiga, pero ya no nos es ajena.

No hay que temer el descubrimiento de la muerte generalizada en el horizonte de la humanidad, de la Tierra y del Sol y en el propio cosmos. La Vía Láctea morirá. El universo morirá. Pero el reconocimiento de la muerte como soberana final no tiene que ver con una resignación fatalista. La lucha sisifiana contra la muerte puede y debe contener su parte dionisíaca. Además, el ser humano debe continuar luchando contra lo más horrible que precede a la muerte: el dolor y la soledad. De ahí, la doble deferencia necesaria para con el moribundo: la que calmará su dolor y la que lo acompañará hasta el último suspiro. Acompañar a los moribundos es una nueva misión humanista en el seno del universo laico. La ética nos exige hacer todo lo posible para evitarle al prójimo la soledad frente a la muerte.

Finalmente, debemos resucitar los rituales y ceremonias de la muerte. A veces, algunos pastores protestantes ofrecen sus templos, sin piadosa contrapartida, para una ceremonia laica. Sería deseable que existieran, en cada cementerio, edificios ceremoniales,

verdaderos templos laicos de la muerte, donde se pudiera interpretar la música que amaba el difunto, cantar sus cantos preferidos, leer sus textos y poemas predilectos, evocar las dichas y desdichas de su vida. Por último, en la comida funeraria, que reuniría a los que amaron al difunto, todos y cada uno rememorarían su vida, sus momentos felices, fastos y agradables, de manera que, en ese equivalente de comida endocaníbal, todos pudieran festejar al muerto, y cada uno pudiera integrarlo simbólicamente a su ser físico.

Así pues, la reforma de vida no puede sino ir acompañada de una reforma de la muerte. Como hemos visto, la poesía de la vida es la verdad más profunda de la reforma de vida. La reforma de vida, al vivificar su poesía, segrega los antídotos contra la angustia de la muerte y contribuye, así, a su reforma.

CONCLUSIÓN

INTERDEPENDENCIA Y ESPERANZA

LAS reformas son interdependientes. La reforma de vida, la moral, la de pensamiento, la de la educación, la de civilización y la política están interconectadas y, por eso, sus progresos les permitirían dinamizarse mutuamente.

Debemos ser conscientes, no obstante, del límite de las reformas. El *Homo* no sólo es *sapiens, faber, economicus*, sino también *demens, mythologicus, ludens*. Jamás se podrá eliminar la propensión al delirio del *Homo demens*; jamás se podrá racionalizar la existencia (equivaldría a normalizarla, a estandarizarla, a mecanizarla). Jamás se podrá realizar la utopía de la armonía permanente y de la felicidad garantizada.

No podemos esperar el mejor de los mundos, pero sí un mundo mejor. Sólo siguiendo las vías reformadoras regeneraremos el mundo humano, de forma que converja hacia la Vía que conduce a la metamorfosis. Porque sólo la metamorfosis podría mejorar el mundo.

Hay que reformarlo y transformarlo todo. Pero todo ha empezado a transformarse ya sin que nos hayamos dado cuenta. Hay millones de iniciativas que florecen en todas partes del mundo. Es cierto que, a menudo, son ignoradas, pero cada una, en su vía, aporta confianza y conciencia. Trabajemos para diagnosticar y transformar, ¡Trabajemos para relacionar y unir!

Repitámoslo: las reformas son solidarias. No son sólo institucionales, económicas y sociales, también son mentales, y requieren una aptitud para concebir y abarcar los problemas globales y fundamentales, una aptitud que, a su vez, precisa de una reforma de la mente.

La reforma de la mente depende de la reforma educativa, pero ésta también depende de una reforma del pensamiento: son dos reformas clave, que se retroalimentan, cada una es productora y producto de la otra, indispensables ambas para una reforma del pensamiento político que dirigirá, a su vez, las reformas sociales, económicas, etc. Pero la reforma de la educación también depende de la reforma política y de las reformas de la sociedad, que derivan de la restauración del espíritu de responsabilidad y de solidaridad, producto de la reforma de la mente, de la ética, de la vida.

Cada reforma se alimentaría, por lo tanto, de todas las demás. Existe, pues, un círculo virtuoso entre todas las reformas, que dependerían unas de otras y se estimularían recíprocamente.

Los caminos de las reformas podrían unirse progresivamente para formar la Vía. La Vía es la que regeneraría el mundo a fin de provocar la metamorfosis.

¿Podemos mantener esta esperanza? El momento es cada vez más grave. El recrudecimiento de la crisis planetaria; la intensificación de la lucha entre las fuerzas de vida y las fuerzas de muerte en todas partes, en todas las sociedades, en todas las mentes; la amplitud y la multiplicidad de las transformaciones que hay que efectuar tienden a hacernos sentir impotentes. La conciencia nos hace cobardes, decía Shakespeare. Pero una conciencia más elevada debe comunicarnos la valentía para ponernos manos a la obra.

Reitero aquí mis cinco «principios de esperanza»:

1. *El surgimiento de lo inesperado y la aparición de lo improbable*. La doble resistencia victoriosa de la pequeña Atenas frente al formidable poderío persa, cinco siglos antes de nuestra era, fue altamente improbable, pero permitió el nacimiento de la democracia y la filosofía. También fueron tan inesperadas como improbables la congelación de la ofensiva alemana ante Moscú en otoño de 1941, y, más tarde, la contraofensiva victoriosa de Yukov iniciada el 5 de diciembre y seguida, el día 8, del ataque a Pearl Harbor, que hizo entrar a Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

2. *Las virtudes generadoras/creadoras inherentes a la humanidad*. De la misma manera que, en todo organismo humano adulto existen unas células madre dotadas de las aptitudes polivalentes propias de

las células embrionarias, aunque sin activar, en todo ser humano, como en toda sociedad humana, también existen unas virtudes regeneradoras o generadoras en estado latente o inhibido. En las sociedades normalizadas, estabilizadas y rígidas, las fuerzas generadoras/creadoras se manifiestan en los inconformistas, es decir, los artistas, músicos, pintores, poetas, escritores, filósofos, descubridores, inventores. Ahora bien, la conciencia de que todos los grandes movimientos transformadores empiezan siempre, incluso en las sociedades esclerosadas, de forma marginal, desviada, modesta, nos muestra que las innovaciones creadoras son posibles siempre y en todas partes.

3. *Las virtudes de la crisis*. Las crisis despiertan fuerzas regresivas o desintegradoras, simultáneamente, despiertan también fuerzas generadoras/creadoras. Las crisis de la globalización, el neoliberalismo, y la humanidad en la era planetaria están llenas de peligros, pero también de posibilidades transformadoras. Así, de Seattle a Porto Alegre y Belem, se ha establecido una voluntad de responder a la globalización tecnoeconómica con un altermundialismo, término que hay que entender literalmente como una aspiración a otro mundo, que podría conducir a la elaboración de una verdadera «política de la humanidad».

4. *Las virtudes del peligro*. «Allí donde crece el peligro, crece también lo que salva» (Hölderlin). Allí donde crece la desesperación, crece también la esperanza. La oportunidad suprema está en el riesgo supremo.

5. *La multimilenaria aspiración de la humanidad a la armonía*. Se ha expresado en los paraísos y más tarde en las utopías, después en las ideologías libertarias/socialistas/comunistas, y finalmente en las aspiraciones juveniles de la década de 1960 (*Peace and Love*) y las revueltas estudiantiles de mayo del 68. Esta aspiración renace y renacerá siempre. Está presente en la multitud de iniciativas, variadas y dispersas, y en la base de las sociedades civiles, que podrán alimentar las vías reformadoras, a su vez destinadas a unirse en la Vía hacia la metamorfosis.

La esperanza parece muerta. Las viejas generaciones están desengañadas por falsas promesas y falsas esperanzas. Las jóvenes generaciones están desnortadas. Se quejan de que ya no haya ninguna causa por la que luchar, como la hubo para nosotros con la

Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial. Pero nuestra causa llevaba, en sí misma, su contrario. Como afirmaba Vasili Grossman, Stalingrado, la mayor victoria de la humanidad, fue, al mismo tiempo, su mayor derrota, puesto que el totalitarismo estaliniano salió vencedor. La victoria de las democracias restableció su colonialismo. Hoy, la causa es inequívoca, sublime: se trata nada más y nada menos que de salvar a la humanidad.

La esperanza ha resucitado en el corazón mismo de la desesperación. Esperanza no es sinónimo de ilusión. La esperanza verdadera sabe que no es certidumbre, pero sabe, como dijo el poeta Machado, que se hace camino al andar; sabe que la salvación a través de la metamorfosis, aunque improbable, no es imposible.

Pero la esperanza sólo es una ilusión si ignora que todo lo que no se regenera degenera. Como todo lo vivo, como todo lo humano, las nuevas vías están sujetas a degradaciones, envilecimientos y esclerosis. Esta conciencia también es indispensable, constantemente.

POSCONCLUSIÓN

MÁS ALLA DE LA VÍA

QUÉ increíble aventura la de los hombres. Pensemos en el pasado de la humanidad, cuando nuestros ancestros antropoides se convirtieron en bípedos, allá en África, hace más de seis millones de años (como indica el descubrimiento de Tumai por Michel Brunet); más tarde, la evolución, discontinua y continua al mismo tiempo, que desarrolló la mano y el cerebro del hombre e hizo aparecer la cultura humana con la invención del lenguaje doblemente articulado; más adelante, en el transcurso de una prehistoria de cincuenta a cien mil años, la diáspora por todos los continentes de pequeñas sociedades arcaicas sin agricultura, sin ciudades, sin Estado; después, la aparición hace ocho mil años, en Oriente Medio, India, China, México y los Andes, de fortificaciones e imperios con Estado, agricultura, ciudades, religiones, artes, monumentos grandiosos, guerras, esclavitud, declives y aniquilaciones. Retazos de una historia hecha de grandezas, locuras, ruidos y furor. A partir del siglo XV, los desarrollos técnicos, mercantiles y marítimos de las sociedades de Europa occidental, que se lanzan a la conquista del mundo y dominan el planeta hasta principios del siglo XX; posteriormente, en el transcurso de ese siglo, dos guerras mundiales, Hitler, Stalin, Auschwitz, el Gulag, Hiroshima; y, en su segunda parte, el auge de la globalización y el estadio actual de la era planetaria...

Cuando consideramos que, en todas las épocas, la mayoría de los humanos han sido conformistas, sometidos, relegados a tareas monótonas, dedicados a la repetición permanente del ciclo de nacimiento y muerte, sin *olvidar que los jóvenes, antes de ser adultos domesticados, arden en deseos de aventura*, es imposible no

sorprenderse y admirarse con personajes como Alejandro, Gengis Khan, Tamerlán, Buda, Jesús, Pablo de Tarso o Mahoma, que han cambiado el curso de la Historia, o con las minorías valientes y aventureras que cruzaron el horizonte, intentando llegar más allá de lo visible, de lo concebible, y que arrastraron a la humanidad en esa prodigiosa aventura que es su historia.

Cuando consideramos esa increíble aventura del pasado, ¿cómo pensar que la aventura del futuro pueda ser menos increíble? Cuando pensamos que, en cada etapa de ese pasado, la etapa siguiente era inconcebible, imposible de imaginar y de predecir, ¿cómo no pensar que, en el futuro, ocurrirá lo mismo?

Los incesantes progresos tecnocientíficos hacen entrever unas posibilidades inauditas de transformación en la naturaleza biológica del ser humano, así como en la de los mundos animal y vegetal, en la propia naturaleza de las técnicas y del conocimiento; estas transformaciones afectarían a la naturaleza misma del individuo, la sociedad y la especie.

Es imposible terminar este libro prospector sin predecir, o, cuando menos, sin preguntarnos sobre aquello que, en la actualidad, parecen posibilidades de futuro.

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE NUESTRAS POSIBILIDADES DE CONOCIMIENTO

—el desarrollo de los modos de conocimiento complejo;

—el descubrimiento de posibilidades cognitivas superiores;

—el desarrollo de un poder mental actualmente subdesarrollado.

DESDE EL PUNTO DE VISTA TÉCNICO

—el desarrollo de las nanotecnologías, portadoras de promesas y amenazas;

—la utilización de la fusión nuclear y el advenimiento de una captación nueva de la energía solar, que emplearemos con la misma normalidad con que las plantas asimilan la clorofila;

—el desarrollo de las invenciones biomiméticas (como la aerodinámica del tren bala japonés, inspirada en la del martín pescador);

—la producción de nuevas generaciones de superordenadores que incorporen cualidades biológicas e intelectuales;

—el desarrollo de las máquinas autónomas: droides, robots, tal vez androides semejantes a nosotros, repitiendo el acto creador del dios bíblico, que hizo el hombre a su imagen;

—el empleo de máquinas domésticas, como la impresora, para la fabricación de los objetos más diversos;

—la producción de bacterias artificiales para todos los usos, especialmente médicos y descontaminantes;

—la producción artificial de nuevas formas de vida, aptas para autorreproducirse, como nos indica Joel de Rosnay;[88]

—el desarrollo de la realidad virtual con la posibilidad creciente de vivir dos vidas, una real y una virtual, que podría ser más real que la real.

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA RELACIÓN ANTROPOCÓSMICA

—la colonización de la Luna, de Marte y de una de las lunas de Júpiter;

—la posibilidad de saber si somos los únicos seres conscientes en el universo o, si, por el contrario, existen otras formas de inteligencia de naturaleza cósmica;

—el avance de los conocimientos sobre el origen del universo, su devenir, la materia y las energías negras;

—la posibilidad de saber si hay universos paralelos;

—la posibilidad de saber si nuestra realidad espaciotemporal está inmersa en una realidad sin espacio ni tiempo;

—la posibilidad de viajar en el espacio durante miles de años, en caso de que la vida humana puede prolongarse de forma indefinida, o hallando el medio de viajar sin ser prisionero de la velocidad límite de la luz;

—en la perspectiva lejana del enfriamiento del Sol, la posibilidad de migraciones terrestres hacia planetas habitables.

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA NATURALEZA DE LA HUMANIDAD

—la continuación, con nuevos estadios, de las simbiosis entre el ser humano y sus productos tecnológicos (en especial, máquinas y ordenadores);

—la prolongación de la vida humana sin envejecimiento, gracias a las células madre presentes en cada organismo, a prótesis cognitivas en el cerebro (que mejorarían su rendimiento y sus competencias) y a través de terapias génicas;

—la modificación del ser humano mediante intervenciones genéticas.

LO QUE PLANTEARÍA ENORMES PROBLEMAS

En primer lugar, demográficos: la prolongación de las vidas humanas individuales y de nuestras capacidades intelectuales

implicaría una limitación extrema de los nacimientos (éstos sólo se podrían plantear para compensar los fallecimientos accidentales, que no cesarían).

El conjunto formado por las prótesis humanas/máquinas que anunciarían la llegada de los cyborg, las modificaciones genéticas/ prótesis cognitivas con el desarrollo de las facultades cerebrales y la prolongación indefinida de la vida darían lugar a una poshumanidad.[89] En cierto sentido, serían la continuación de la humanidad, de la misma manera en que la especie *Homo sapiens* ha continuado la hominización, e, incluso, sería una etapa nueva de la misma. Pero, en otro sentido, constituiría también una ruptura con nuestra humanidad actual y plantearía nuevos e innumerables problemas éticos, políticos y sociales. En especial los siguientes: ¿qué hay que conservar de nuestra humanidad?, ¿qué hay que mejorar? Mi respuesta es: sin duda su capacidad de combinar razón y pasión, su capacidad, aunque subdesarrollada, de comprender al prójimo, su capacidad de amar.

Pero, ¿qué hay que superar? ¿Hay que superar realmente toda posibilidad de delirios y discapacidades? ¿Acaso no sabemos que el genio emerge muy cerca o, incluso, en el seno mismo de la locura, que la discapacidad y la desdicha han inspirado las obras más sublimes de la poesía, la música y la pintura?

Hay que saber que, sea como sea, nunca existirá una humanidad perfecta. El mundo sólo ha podido prosperar en la imperfección (un mundo perfecto habría sido una máquina determinista, inmóvil y ciega); la vida sólo ha podido nacer en la inevitabilidad destructiva de la muerte. Para los seres humanos, es imposible concebir que se elimine la posibilidad de la locura, que se robotice a los hombres rebajándolos a máquinas triviales. Es imposible eliminar la dialógica *sapiens/de mens, faber/mythologicus, económicas/ludens*; es imposible eliminar la dialógica entre la programación egocéntrica y la programación comunitaria/altruista propia del sujeto humano.

No puede haber una poshumanidad inmortal; se puede imaginar una poshumanidad que prolongue su vida de planeta en planeta, huyendo de la muerte sucesiva de varios soles, pero estaría expuesta a accidentes, terremotos, erupciones volcánicas, caídas de aeronaves, y no podría eliminar bacterias y virus completamente.

Incluso en la poshumanidad, perdurará el carácter aleatorio y

mortal de la aventura humana.

Incluso, y sobre todo, convirtiéndose en poshumana, la aventura humana estará, más que nunca, sembrada de vicisitudes.

Todos esos problemas sobrepasan actualmente nuestra facultad para pensarlos. El futuro humano está lleno de incertidumbres y de incógnitas (inconcebibles para nuestro saber actual). Lo que es seguro, en cambio, es que, para planteárnoslas, debemos, desde ahora, preparar una reforma del conocimiento capaz de enfrentarse a esas incertidumbres y complejidades que le son inseparables.

Debemos emprender, ya y resueltamente, todas las vías reformadoras para preparar el advenimiento de la Vía, que impedirá que la humanidad sea esclavizada o destruida por la hipertrofia de los poderes que ella misma haya engendrado y no sea ya capaz de controlar.

Por supuesto, un desastre planetario aniquilaría esas perspectivas y, con ellas, la posibilidad de metamorfosis, al menos durante varios siglos. Repitámoslo: lo peor no es seguro. E incluso, en la peor de las hipótesis, todo podrá recomenzar para los supervivientes, rehabilitados, tal vez, de nuestras carencias, desconocimientos e incomprensiones. Quizás encuentren, en alguna parte de las ruinas de una biblioteca, este mensaje que les devuelva la esperanza y el coraje.

OBRAS DE EDGAR MORIN

EL MÉTODO

LA NAIure de la nature (t. 1), Seuil, 1977, «Points Essais», n° 123, 1981 (trad. cast.: *El método 1. La naturaleza de la naturaleza*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1986).

La Viede la vie (t. 2), Seuil, 1980, «Points Essais», n° 175,1985 (trad. cast.: *El método 2. La vida de la vida*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1983).

La Connaissance de la connaissance (t. 3), Seuil, 1986, «Points Essais», n° 236, 1992 (trad. cast.: *El método 3. El conocimiento del conocimiento*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1988).

Les idées. Leur habitat, leur vie, leurs moeurs, leur organisation (t. 4), Seuil, 1991, «Points Essais», n° 303, 1995 (trad. cast.*: El método 4. Las ideas*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1992).

L'Humanité de l'humanité. Eidentité humaine (t. 5), L'identité humaine, Seuil, 2001, «Points Essais», n° 508, 2003 (trad. cast: *El método. La humanidad de la humanidad: la identidad humana*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2003).

L'Éthique (t. 6), Seuil, 2004, «Points Essais», n° 555, 2006.

La Méthode, Seuil, Collection «Opus», 2 vol., 2008 (trad. cast.: *El método*, Madrid, Ediciones Cátedra).

EL PENSAMIENTO COMPLEJO

Science avec conscience, Fayard, 1982, Seuil, «Points Sciences», n° 564, 1990 (trad. cast.: *Ciencia con consciencia*, Barcelona, Anthropos, 1984).

Soaologie, Fayard, 1984, Seuil, «Points Essais», n° 276, 1994 (trad. cast.: *Sociología*, Madrid, Tecnos, 2000).

Introduction a la pensée complexe, ESF, 1990, Seuil, «Points Essais», n° 534, 2005.

La Complexité humaine, Flammarion, «Champs-l'Essentiel», n° 189, 1994.

L'Intelligence de la complexité, en colaboración con Jean-Louis Le Moigne, L'Harmattan, 2000.

Intelligence de la complexité. *Épistémologie et pratique, codirección con Jean*-Louis Le Moigne, actos del coloquio de Cerisy, junio de 2005, Éditions de l'Aube, 2006.

LA TRINIDAD HUMANA (INDIVIDUO-ESPECIE-SOCIEDAD)

L'Homme et la mort, Corrêa, 1951, reedición, Seuil, 1970, «Points Essais», n° 77, 1977 (trad. cast.: *El hombre y la muerte*, Barcelona, Kairós, 1974).

Le Cinéma ou l'Homme imaginaire, ensayo de antropología sociológica, Éditions de Minuit, 1956 (trad. cast.: *El cine o el hombre imaginario*, Barcelona, Paidós, 2001).

Le Paradigmeperdu: la nature humaine, Seuil, 1973, «Points Essais», n° 109, 1979 (trad. cast.: *El paradigma perdido*, Barcelona, Kairós, 1983).

LA TETRALOGÍA PEDAGÓGICA

La Tete bien faite. Repenser la réforme, réformer la pensée, Seuil, 1999 (trad. cast.: *La mente bien ordenada*, Barcelona, Seix Barral, 2007).

Relier les connaissances. Le défi du XXIe siécle, Joumées thématiques conques et animées par Edgar Morin, Unesco-Seuil, 1999.

Les Sept Savoirs nécessaires á l'éducation dufutur, Seuil, 2000 (trad. cast.: *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Barcelona, Paidós, 2009).

Éduquer pour l'ére planétaire: la pensée complexe comme méthode d'apprentissage dans l'erreur et l'incertitude humaines, con Emilio-Roger Ciurana y Raúl Domingo Motta, Balland, 2003.

LA ERA PLANETARIA

Un nouveau commencement, en colaboración con Gianluca Bocchi y Mauro Ceruti, Seuil, 1991.

Terre-Patrie, en colaboración con Anne Brígítte Kem, Seuil, 1993, «Points Essais», n° P207, 1996 (trad. cast.: *Tierra-Patria*, Barcelona, Kairós, 2005).

Planéte, l'aventure inconnue, en colaboración con Christophe Wulf, ARTE-Mille et une nuits, 1997.

La Violence du monde, en colaboración con Jean Baudrillard, Éditions du Félin, 2003.

Pour sortir du XXe siécle, Seuil, «Points Essais», n° 170, 1984, edición ampliada con un prefacio bajo el título *Pour entrer dans le XXIe siécle*, Seuil, «Points Essais», n° 518, 2004.

L'An I de l'ére écologique: la Terre dépend de l'homme qui dépend de la Terre, Tallandier, 2007 (trad. cast.: *El año I de la era ecológica: la Tierra que depende del hombre que depende de la tierra*, Barcelona, Paidós, 2008).

Oü va le monde?, Éd. de l'Heme, 2007.

Vers l'abîme?, Éd. de l'Herne, 2007 (trad. cast.: *¿Hacia el abismo?: globalización en el siglo XXI*, Barcelona, Paidós, 2010).

L'Esprit du temps. Essai sur la culture de masse, Grasset (t. 1) 1962, (t. 2) 1976, Armand Colin-INA, 2008 (nueva edición).

TIEMPO PRESENTE

Mai 68: la brèche. Tremières réflexions sur les événements, en colaboración con Claude Lefort y Comelius Castoriadis, Fayard, 1968, reeditado en 2008, antes de Vingt ans aprés.

Mais, Oswald, 1978.

La Rumeur d'Orléans, en colaboración con Bernard Paillard, Évelyne Burguiére, Claude Capulier y Suzanne de Lusignan, Seuil, 1969, «Points Essais», n° 143, 1982, edición ampliada con *La Rumeur d'Amiens*.

Commune en Trance: la métamorphose de Plozevet, Fayard, 1967, LGF, «Biblio-Essais», 1984.

La Rose et le Noir, Galilée, 1984.

New York: la ville des villes, Galilée, 1984.

Penser l'Europe, Gallimard, 1987, «Folio», 1990 (trad. cast.: *Pensar Europa*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994).

Le Monde moderne et la Question juive, Seuil, 2006.

PENSAMIENTO POLÍTICO

Introduction a une politique de l'homme, Seuil, 1965, «Points Politique», n° P029, 1969, nueva edición, «Points Essais», n° 381, 1999 (trad. cast.: *Introducción a una política del hombre*, Barcelona, Gedisa, 2002).

De la nature de l'URSS. Complexe totalitaire et nouvel Empire, Fayard, 1983.

Politique de civilisation, en colaboración con Sami Nair, Arléa, 1997.

Pour une politique de civilisation, Arléa, 2002.

Le Destín animal, Éd. de l'Herne, 2007.

Pour et contre Marx, Temps présent, 2010.

Ma gauche, Franqois Bourin, 2010.

MI VIA

Autocritique, Seuil, 1959, «Points Essais», n° 283, 1994, reeditado con un nuevo prefacio (trad. cast.: *Autocrítica*, Barcelona, Kairós, 1976.)

Vidal et les sietis, en colaboración con Véronique Nahoum-Grappe y Haím Vidal Sephiha, Seuil, 1989, «Points», n° P300, 1996 (trad. cast.: *Vidal y los suyos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg; Círculo de Lectores, 2009).

Mes démons, Stock, París, 1994 y 2008, «Points», n° P528, 1998 (trad. cast.: *Mis demonios*, Barcelona, Kairós, 2005).

Les Fratricides. Yougoslavie-Bosnie 1991-1995, Arléa, 1996

Amour, poésie, sagesse, Seuil, 1997, «Points», 1999 (trad. cast.: *Amor, poesía, sabiduría*, Barcelona, Seix Barral, 2006).

Culture et barbarie européennes, Bayard, 2005.

Mon chemin. Entretiens avec Djénane Kareh Tager, Fayard, 2008 (trad. cast.: *Mi camino: la vida y la obra del padre del pensamiento complejo: Djénane Kareh Tager conversa con Edgar Morin*, Barcelona, Gedisa, 2010).

Edwige, l'inséparable, Fayard, 2009.

MI VOZ (ENTREVISTAS-CONFERENCIAS)

Reliances, prefacio de Antoine Spire, Éditions de l'Aube-France Culture, 2000.

Nul ne connait le jour qui naítra, con Edmond Blattchen, Alice, 2000.

Itinérance. Entretien avec Marie-Christine Navarro, Arléa-France Culture, 2000, Arléa poche, 2006.

Dialogue sur la connaissance. Entretiens avec des lycéens, encuentros concebidos y animados por Alfredo Pena-Vega y Bemard Paillard, Éditions de l'Aube, 2002.

DIARIOS

Le Vif du sujet, Seuil, 1969, «Points Essais», n° 137, 1982. (*Journal de Californie*), Seuil, 1970, «Points Essais», n° 151, 1983 (trad. cast.: *Diario de California*, Madrid, *Fundamentos*, 1974).

Journal d'un livre, Inter-Édiuons, 1981.

Une année Sisyphe (Journal de la fin du siécle), Seuil, 1995.

Pleurer, Aimer, Rire, Comprendre, 1 de enero de 1995-31 de enero de 1996, Arléa, 1996.

Journal de Plozevet. Bretagne, 1985, prefacio de Bemard Paillard, Éditions de l'Aube, 2001.

COLOQUIOS

L'Unité de l'homme, (en colaboración con Massimo Piattelli-Palmarini), Seuil, 1974, «Points Essais», 3 vol., n° 91-93,1978 (trad. cast.: *La unidad del hombre: El primate y el hombre*, Barcelona, Argos Vergara, 1983).

Argumentspour une méthode, coloquio de Cerisy (sobre Edgar Morin), Seuil, 1990.

PÁGINA WEB

<www.iiac.cnrs.fr/CentreEdgarMorin>

Página oficial y bibliografía completa establecidas por el Centro Edgar Morin.

Notas

[1] «Reuno lo disperso» < <

[2] Véase ¿Hacia el abismo?: globalización en el siglo XXI, Barcelona, Paidós, 2010, donde desarrollo estos temas. < <

[3] P. Artus y M.-P. Virard, Globalisation: le pire est a venir, La Découverte, 2008 (trad. cast: Globalización: lo peor está por llegar, Barcelona, Icaria, 2009). <<

[4] Alan Greenspan, Le temps des turbulences, Lattés, 2007 (trad. cast: La era de las turbulencias, Barcelona, Ediciones B, 2008). < <

[5] A. Touraine, *Aprés la crise*, Seuil, 2010 (trad. cast.: *Después de la crisis*, Barcelona, Paidós, 2011). < <

[6] A causa de la multiplicación de los transportes por carretera, por barco y por avión, la deslocalización económica provoca un gran despilfarro de energía y una gran producción de gases de efecto invernadero. La fabricación de unos vaqueros requiere, en total, un periplo de 30.000 km. para reunir materiales y componentes; la de un yogur de fruta, 10.000 km. < <

[7] Veáse El método, t. 6, capítulos I, III. Por «ecología de la acción» se entiende que toda acción, una vez iniciada, entra en un juego de interacciones y retroalimentaciones dentro del medio en el cual se realiza, y puede no sólo desviarse, sino desencadenar fuerzas adversas más poderosas que aquéllas que la han puesto en marcha, y acabar golpeando como un bumerán a sus autores. < <

[8] Châteauvallon, Pour une utopie réaliste. Autour d'Edgar Morin, Arléa, 1996. < <

[9] En 1958 escribí: «La política es el arte más bárbaro de todos. La justicia penal es muy bárbara también, pero sólo castiga con la muerte los crímenes cometidos. La política todavía es más bárbara: puede matar por un vago peligro, por precaución [...]. Basta con poco para que el arte de la política degenere en carnicería [...]. Pero por repugnantes que sean la sangre y los humores que rezuma, y el pus amarillento de la estupidez, no deja de ser también un gran arte [...]. El profundo arte político, que juega con nuestras vidas a un juego necesario y atento, que exige de los artistas una paciencia y una intransigencia prodigiosas, una bondad infinita...» («La dialectique et l'action», Arguments, 1958, reproducido en *Pour et contre Marx*, Temps présent, 2010.) <<

[10] Las referencias de las obras de Edgar Morin se hallan al final del libro. < <

[11] Es decir, las cualidades, y propiedades nuevas de un todo, que están ausentes de los elementos considerados aisladamente y que son el resultado de la conjunción de dichos elementos. Por ejemplo, lo que llamamos vida está constituido por la emergencia de la organización compleja nucleoproteínica de moléculas físico-químicas que son la autorreproducción, la autorreparación, la auto-eco-organización y las capacidades cognitivas. <<

[12] Véase El método. La humanidad de la humanidad: la identidad humana. < <

[13] Véase Tierra-Patria. < <

[14] Des espaces urbains agréables a vivre, places, rúes, squares et jardins, Éd. du Moniteur, 1991. < <

[15] Véase J. Lévine, Fiction et déliaison, Art et thérapie, 1993, n° 48/49. Y J. Lé- vine y M. Develay, «Pour une anthropologie des savoirs scolaires», París, ESF, 2003. < <

[16] Es evidente que existe un umbral de tolerancia para la instalación de extranjeros en un territorio determinado que una etnia cerrada e instalada en la certidumbre absoluta de sus creencias y ritos no puede superar; pero para una nación moderna, que vive en el politeísmo y la pluralidad de valores, con el correspondiente espíritu crítico y escepticismo, que mantiene ideas universalistas, no se puede concebir ningún umbral de tolerancia. En cambio, el rechazo a la inmigración que se observa actualmente en Francia se debe no sólo a las angustias crecientes que he mencionado, sino también a un retraso en la aceptación del nuevo carácter de nuestro país, que se ha vuelto multicultural por la variedad étnica de sus provincias y también por la implantación de africanos, asiáticos y magrebíes, lo cual le asemeja, en cierto modo, a las repúblicas latinoamericanas. Son pocos los que han intentado concienciar a la opinión pública en este sentido. < <

[17] Departamento de Asuntos Indios de Brasil. < <

[18] Los alakaluf de la Tierra de Fuego, nómadas del mar, fueron víctimas de los predadores blancos, que se apoderaron de sus jóvenes. Sedentarizados por el gobierno chileno, privados de toda forma de vida nómada y de sus ritos, se dejaron morir. < <

[19] La sociedad Hydro-Québec les compró su territorio para construir una presa y un lago artificial. El lago cortó la ruta de los caribús que alimentaban a los krees, y el pescado, infectado de mercurio, ya no es comestible. Los hombres trabajaron temporalmente en la construcción de la presa, pero más tarde perdieron sus trabajos y fueron privados de su modo de vida tradicional. Las mujeres, instaladas en casas al estilo occidental, encontraron fogones, neveras y todo tipo de comodidades pero, al cambiar de alimentación y de modo de vida, se convirtieron en obesas. El alcoholismo hizo estragos entre los jóvenes, muchos se mataron en accidentes de coche; algunos niños se emborrachaban con cerveza. En general, la droga, la prostitución, la delincuencia y la degradación se apoderan de las poblaciones que la civilización, al pretender integrarlas, desintegra. < <

[20] La canícula del verano de 2003 hizo presentir a los franceses el problema de las perturbaciones energéticas, humanas, sanitarias, económicas y sociales que determinaría un calentamiento climático de nuestra zona templada. A ese contexto ecológico alterado se añaden un contexto económico problemático y uno geopolítico peligroso en el que se exasperan los antagonismos. < <

[21] El ayuntamiento de París prevé la instalación de una central fotovoltaica de 3.500 m^2 de paneles en el tejado de la Halle Pajol (distrito 18). De aquí a 2014 se habrían instalado 200.000 m^2 de paneles solares fotovoltaicos, que podrían proporcionar hasta un 25% del consumo energético de la capital. < <

[22] La región de Poitou-Charente ha incentivado la producción de «Simplicity», un pequeño vehículo eléctrico limpio y de bajo coste. < <

[23] Reactor termonuclear experimental internacional. < <

[24] Propuesto y divulgado por la asociación Pro-Natura, el biochar es un carbón que fertiliza la tierra, obtenido mediante la combustión de residuos vegetales. < <

[25] En el año 2010, quedan tres fuentes de agua potable en París, una en el distrito 13, una en el 16 y otra en el 17 < <

[26] El grupo EcoVita se inscribe dentro de la economía social y solidaria en un proceso humano y cualitativo. Está constituido por autoemprendedores, responsables de pequeñas microempresas deseosas de participar en un proceso mutualizado de desarrollo económico y de creación de riqueza. El grupo EcoVita tiene como objetivo crear un fondo común de recursos e implantar una estrategia comercial y de marketing destinada a facilitar la venta de los diferentes productos de sus asociados a los profesionales locales y regionales. Todas las prestaciones que ofrecen están de acuerdo con las reglas de la ética y la protección de los seres vivos. El grupo EcoVita pretende ayudar a aquellas personas que pasan por dificultades profesionales. Acoge a jóvenes creadores de empresas para que desarrollen sus proyectos bajo la tutela de emprendedores con experiencia. < <

[27] Sabah Abouessalam, Étude sociologique pour la création de la ville nouvelle de Tamesna, Rabat, Marruecos, 2004. < <

[28] Así, en la investigación de Edgar Morin sobre Plozevet, en el Pays Bigouden, se demostraba que, después de la década de 1960, los plozevetianos, por influencia de sus parientes residentes en París, consideraban pobres no sólo su modo de vida, sino también los *belels*, unos muebles rústicos de los que se deshacían para comprar mobiliario estándar, mientras los ricos y los esnobs urbanos instalaban estos muebles en sus apartamentos como signos de alto standing. < <

[29] Los límites del enfoque monetarista se deben, en primer lugar, al hecho de que los países afectados no siempre disponen de estadísticas nacionales detalladas sobre este tema; además, el cálculo de los ingresos ignora las actividades no mercantiles y/o los ingresos suplementarios proporcionados, a menudo, por el trabajo ocasiona] de la esposa o de los hijos, por no hablar de los segundos y terceros empleos «en negro». < <

[30] Sabah Abouessalam, «Pauvreté et projet d'intégration urbaine, le cas de Marrakech», en Benlahcen Tlemgani M., La problématique urbaine au Maroc: de la permanence aux ruptures, Perpiñán, PUP, 1998. < <

[31] Associations pour le maintien d'une agricuiture paysanne [Asociaciones para el mantenimiento de una agricultura campesina]. <<

[32] Véase «Le sang contaminé» en E. Morin, Sociologie, Le Seuil, «Points», pág. 426 (trad. cast.: Sociología, Madrid, Tecnos, 2000). <<

[33] El método, t. 2, La vida de la vida, tercera parte: la organización de las actividades vivas. < <

[34] Y (idea añadida por Sol France) ejercitar el pensamiento complejo. Sol France es una asociación que difunde y enriquece los conceptos y métodos del aprendizaje organizativo. < <

[35] Von Foerster ha contrapuesto la máquina «trivial», que es la máquina artificial, cuyo comportamiento conocemos cuando conocemos su programa, a la máquina no trivial, es decir, viva, o, mejor dicho, humana, que realiza actos inesperados, innovadores o creativos. < <

[36] Véase El método, t. 6. < <

[37] En Introduction a la pensée complexe y en El método, especialmente t. 1, 3 y 4. <<

[38] Véase E. Morin, Sociologie, op. cit, págs. 35-36 (trad. cast.: Sociología, Madrid, Tecnos, 2000). < <

[39] Señalemos, también, iniciativas ciudadanas como el PICRI (Partenariat ínstitutions-cítoyens pour la recherche et l'innovation) en Ile-de-France. Por último, actualmente Internet pone a disposición de la curiosidad de jóvenes y adultos miríadas de conocimientos. ¿No se podría formar también a los educadores para que contribuyeran a la utilización pertinente y crítica de lo que ofrece la red? < <

[40] Antonio R. Damasio, Spinoza avait raison. Joie et tristesse, le cerveau des émotions, Odile Jacob, 2003 (trad. cast.: En busca de Spinoza [Neurobtología de la emoción y de los sentimientos], Barcelona, Crítica, 2005). < <

[41] Éditions EDK, 2007. < <

[42] P. Abastado, L'Impasse du savoir. Essai d'épistémologie médicale, Éditions EDK, 2007, op. cit. < <

[43] íbid. < <

[44] Véase Solomon H. Katz, «Anthropologie sociaie/culturelie et biologie», en Edgar Morin, L'Unité de l'homme (trad. cast.: *La unidad del hombre: El primate y el hombre*, Barcelona, Argos Vergara, 1983). < <

[45] Veamos un ejemplo: los laboratorios americanos Bristol-Myers Squibb esperan actualmente una autorización de la UE para poner en el mercado europeo su nuevo neuroléptico (tratamiento sintomático de la esquizofrenia), el Abilify. Ya está en el mercado americano a un precio desorbitado. El laboratorio pedirá probablemente un precio parecido en Europa, cien veces más caro que el neuroléptico de referencia, el Haldol. Uno puede preguntarse: ¿es su beneficio cien veces superior al del Haldol? No lo sabemos, puesto que no hay ningún estudio comparativo en el expediente que han presentado. < <

[46] Naciones Unidas, Informe sobre la demografía de los PED (países en vías de desarrollo) en Info Project, Center for Communication Programs, volumen XXX, n° 4, otoño de 2002, serie M, n° 16, EE.UU. < <

[47] «La culture du bidonville», en Thierry Paquot (comp.), *Le Monde des villes, panorama urbain de la planéte*, Bruselas, Complexe, 1996, págs. 459-465. < <

[48] François Rangeon, «Désordres urbains», Centre universitaire de recherches administratives et politiques de Picardie, 1997. < <

[49] F. Ascher, «Les défis urbains de l'Europe», *Constructif*, n° 16, febrero 2007. < <

[50] Íbid. < <

[51] Íbid. < <

[52] Sabah Abouessalam, Étude sociologique pour la création de la ville nouvelle de Tamesna, Rabat, Marruecos, 2004. < <

[53] Sabah Abouessalam, *Programme VSB*, encuesta social, 2009, Marruecos. < <

[54] Beddington Zero Emissions Development. < <

[55] Radio Frequency Identification. < <

[56] Matthieu Caíame, *La Tourmente alimentaire. Pour une politique agricole mondiale*, Editions Charles Léopold Mayer, 2008, y Une agronomie pour le XXIe siécle, Éditions ECLM, 2007. < <

57 UN-WATER (***http://www.fao.org/nr/water/indexfr.htm***). < <

[58] International Assessment of Agricultura! Knowledge in Science and Technology for Development. < <

[59] Fabrice Dreyfus, en «Rapport de 1’expertise intergouvememental de l'IAASTD sur l’agriculture mondiale», abril de 2008. < <

[60] Jean Marc Meynard, en «Produire autrement: réinventer les systémes de culture», en R. Réau y T. Doré, Des systémes de culture innovants et durables: quelles méthodes pour les mettre au point et les évaluer?, Dijon, Educagri éditions, 2008. < <

[61] Pierre Mischler y Bernard Triomphe, CIRAD. Véase R. Réau y T. Doré, Systémes de culture innovants et durables, Dijon, Transversales et Educagri éditions, 2008. < <

[62] Es, sin duda, importante para los estados africanos desarrollar sus cultivos de exportación de frutas y productos tropicales (que requieren una industrialización moderada), pero a condición de salvaguardar su agricultura de subsistencia. < <

[63] M. Caíame, La Tourmente alimentaire. Pour une politique agricole mondiale, Éditions Charles Léopold Mayer, 2008. < <

[64] Paul Mathieu, experto en gestión de bienes raíces de la FAO. < <

[65] Liz Aiden Wily, «Whose land is it? Commons and conflict States», *Rights and Resources initiative*, Washington, 2008. < <

[66] India y China tienen ahora como proyecto político frenar el éxodo rural. < <

[67] La seguridad alimentaria es una verdadera protección social, según afirmó la directora ejecutiva del Programa Alimentario Mundial (PAM), Josette Sheeran, en la Cumbre de la Unión Africana en Kampala, Uganda, en julio de 2010. Afirma que: «El PAM promete estar presente al lado de los africanos que pasan hambre, atrapados en los conflictos y en las catástrofes climáticas. Los programas de protección social como las cantinas escolares o los programas como "Alimentos a cambio de educación" o "Alimentos a cambio de trabajo" son herramientas de base que permiten acabar con el hambre y la malnutrición y llevar más rápidamente al desarrollo económico y agrícola.» Según la directora del PAM, ofreciendo dinero a cambio de alimentación, estos programas participan directamente en la reconstrucción y en el desarrollo. Permiten inyectar dinero en la economía local, ofrecer un empleo y un salario a los beneficiarios, al tiempo que construyen carreteras, infraestructuras de irrigación o instalaciones industriales para acercar a los agricultores a los mercados. «Los programas de protección social basados en la alimentación pueden ser uno de los medios más fiables para comprar directamente a los pequeños campesinos», dijo en un discurso pronunciado delante de los participantes en la conferencia. El PAM proporciona alrededor de mil millones de dólares de ayuda alimentaria cada año, y multiplica, además, las iniciativas destinadas a mantener a los pequeños agricultores en sus comunidades a fin de permitir que los pueblos sean autosuficientes. A través de una iniciativa como «Compra para el progreso», establecida en dieciséis países africanos, se refuerzan las capacidades de los pequeños agricultores facilitándoles el acceso al mercado, como subrayó también la directora del PAM. «Recientemente he visitado Níger, la República Democrática del Congo (RDC), Ruanda y Uganda, y en todos esos países he oído la misma petición de los pueblos, que desean ser autónomos para construir una vida mejor para su comunidad, y, sobre todo, para acabar con la inseguridad alimentaria.» < <

[68] África se ve obligada a comprar una gran parte de sus alimentos en los mercados mundiales, pues ha invertido muy poco en su agricultura de subsistencia. La FAO señala que su producción se ha multiplicado por tres en veinticinco años, pero la falta de infraestructuras hace que la mitad de sus cosechas no lleguen a los mercados. < <

[69] Citemos, entre otros, al Mouvement pour la Terre et l'Humanisme: Colibris, fundado por Pierre Rabhi, que desarrolla la agricultura bio y la ecoconstrucción, e imparte enseñanzas de salud y ecología, organizando encuentros y foros. < <

[70] Movimiento asociativo que desea «actuar concretamente para permitir la instalación de campesinos y el desarrollo de una agricultura biológica». < <

[71] Experimento ya iniciado en Colombia por la asociación Las Gaviotas, de Paolo Lugari. < <

[72] E. Morin, Tierra-Patria. < <

[73] M. Caíame, La Tourmente alimentaire. Pour une politique agricole mondiale, Éditions Charles Léopold Mayer, 2008, op. cit. < <

[74] Junto con la lectura de los libros de Matthieu Caíame, citados en las notas a pie de página, este capítulo se ha enriquecido con la consulta de numerosos informes. < <

[75] Véase el peligroso rito de iniciación de la Chickie Run de James Dean en Rebelde sin causa de Nicholas Ray (1955). < <

[76] Sobre la consumación, véase Georges Bataille, *La Part maudite*, Éditions de Minuit, 1967. < <

[77] Alain Ehrenberg considera que el individualismo y el culto a los resultados explican la frecuencia con que se originan muchos trastornos depresivos; privado del apoyo de una comunidad, una Iglesia, un partido o un sindicato bien estructurados, exhortado a realizarse bajo su única responsabilidad, el hombre conoce la «fatiga de ser él mismo». < <

[78] G. Lipovetski y Jan Serroy, *La Culture monde, réponse a une sodété désorientée*, Odile Jacob, 2008, pág. 60. < <

[79] Association Mange ta soupe, 17, calle Yser, 50500 Carentan. < <

[80] Véase E. Morin, Los siete saberes necesarios para la educación, op. cit. < <

[81] Roger Caillois, *Les Jeux et les bommes*, Gallimard, 1958, y «Folio», 1992 (trad. cast.: Teoría de los juegos, Barcelona, Seix Barral, 1958). < <

[82] Johan Huizinga, *Homo Ludens*, ensayo sobre la función social del juego, Gallimard, co. «Tel», 1988 (trad. cast.: Homo ludens, Madrid, Alianza Editorial, 1998). < <

[83] Léase el relato de Jean Manuel Traimond, que fue uno de los protagonistas de la historia de Cristiania, «Naissance du droit á Cristiania», *Réfractions*, n° 6; véase también mi descripción en Une année Sisyphe, Le Seuil, 1995. < <

[84] Auroville (la ciudad de la Aurora) está situada al norte de Pondichéry, en el Tamil Nadu. Tiene la vocación de ser «el lugar de una vida comunitaria universal donde hombres y mujeres aprendan a vivir en paz en una perfecta armonía, más allá de todas las creencias, opiniones políticas y nacionalidades, en el respeto a la naturaleza y a su entorno». Fue construida por el arquitecto francés Roger Anger en el año 1968; en presencia del presidente de la República India y de representantes llegados de ciento veinticuatro países, cada uno echó un puñado de tierra de su suelo natal en una urna, como signo de fraternidad universal. Auroville debía acoger en principio a cincuenta mil habitantes; en 2008, la comunidad sólo contaba con dos mil dieciocho aurovilianos, mil quinientos setenta de los cuales eran adultos. < <

[85] El autor juega con la similitud y la diferencia en francés entre je vous hais (con hache aspirada: os odio) y je vous ai (sin hache y con liaison: os tengo). (N. de la t.) < <

[86] «L’agressívité, un déni d’émotívité», entrevista con Daniel Favre, Sciences humaines, febrero de 2008, n° 190 y sigs. < <

[87] Veáse E. Morin. El hombre y la muerte < <

[88] Et l'homme créa La vie. La folie aventure des architectes et des bricoleurs du vivant, LLL Les liens qui libérenr, 2010. < <

[89] Léase Jean-Michel Besnier, *Demain, les Postbumains*, Hachette Littératures, 2009. < <